teocracia católica

VOLUMEN VI

BX
945.2
.T4
1960
v.6

julio tapia c.

editorial del pacífico, s. a.
santiago de chile

"TEOCRACIA CATOLICA"

(Volumen VI)

por *Julio Tapia Cabezas*

Al presentar el volumen anterior de este ensayo histórico, explicábamos que su título de "Teocracia Católica" —que pudiera inducir al prejuicio de que estaba constreñido a una materia demasiado específica— obedece a que en el curso de la obra se mantiene un enfoque constante sobre la evolución de la influencia papal en relación con los acontecimientos estudiados. Esto, sin perjuicio de tratar todos los hechos de la Historia acaecidos en la época que abarca cada tomo.

El presente Volumen VI, que continúa desarrollando el plan general de este maduro estudio, contiene una síntesis de lo ocurrido en los cuarenta años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial.

La interesante teoría del autor acerca de la existencia de las culturas y su original clasificación de las mismas, ya expuesta en los tomos anteriores y materia de un capítulo especial en el Volumen V, es aplicada a los hechos que se estudian en este Volumen VI. A la luz de esta tesis, se analizan las características de la cultura norteamericana, con un lenguaje franco y un enfoque realmente novedoso.

Especial interés reviste el estudio sobre el pontificado de León XIII, en el

64
p.

1.—Teocracia ...

ENSAYO

Julio Tapia Cabezas / TEOCRACIA CATOLICA

Es propiedad.
Derechos reservados para todos los países.
(c) by Editorial del Pacífico, S. A.
Inscripción Nº 28333.
Santiago de Chile, 1964.

Impreso y hecho en Chile.
Editorial del Pacífico, S. A.
Santiago de Chile, 1964.
517

JULIO
TAPIA CABEZAS

THEOLOGICAL SEMINARY

TEOCRACIA CATOLICA

VOLUMEN SEXTO

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
SANTIAGO DE CHILE

PROLOGO

Hace unos tres o cuatro años, conoció la luz pública el primer volumen de este ensayo histórico titulado "Teocracia Católica".

Su autor don Julio Tapia C., ha continuado con admirable constancia e innegable mérito, elaborando el plan que se propuso al iniciar su apasionante estudio.

Al esfuerzo de investigación, de afinamiento y coordinación de hechos y sutiles procesos, ha debido —el autor— superar dos circunstancias diferentes y concretas. La primera no es otra que su natural modestia. Por temperamento y por ser un auténtico estudioso, los amigos de don Julio Tapia, sabemos cómo rehuye todo lo que pueda ser o aparecer afán de figuración o intención publicitaria. El profesor y profesional , y sobre todo el enamorado de los libros y el estudio, se encuentra cómodo y a sus anchas en el silencio de su biblioteca dialogando, o mejor monologando, en presencia de hombres o de hechos que ya pasaron, pero que dejan a través de sus vidas y actuaciones enseñanzas y experiencias que perduran. La otra ha sido, la tal vez indeliberada actitud de silencio o indiferencia propagandística que sorpresivamente ha rodeado la aparición de los primeros cinco volúmenes de "Teocracia Católica". Ante este hecho, inexplicable para los que hemos tenido el privilegio de conocer este estudio, sólo creemos encontrar como explicación de él, el error o el equívoco de muchos

ante el título de este audaz ensayo. Imaginamos que el nombre "Teocracia Católica", ha podido hacer pensar a más de un lector que se le ofrecía un libro de marcado tinte religioso... Como por desgracia abundan los que sintiendo y viviendo, como no puede menos que ocurrir, las inquietudes e interrogantes que a todos plantea el problema del espíritu y más exactamente, la problemática supra terrena, imaginan estar más de acuerdo con este siglo, engreído con sus conquistas técnicas y científicas, adoptando una actitud exterior de subestimación a todo lo que no viene precedido de una investigación de laboratorio o acreditado por una fórmula o ecuación elaborada en términos matemáticos.

Esta depresiva reflexión ha venido muchas veces a nuestro espíritu mientras leíamos con verdadera avidez las interesantes observaciones, que sin el menor espíritu dogmático, más aún con admirable sencillez, hace y se formula el autor de este ensayo al realizar la extraordinaria síntesis de casi veinte siglos de historia humana.

El presente volumen, el sexto de "Teocracia Católica", tiene, a nuestro juicio, una característica especial que lo diferencia de los cinco volúmenes anteriores. En efecto, los ya publicados, estudiaron y analizaron hombres y fenómenos que tuvieron como escenarios tiempos lejanos a los hombres de hoy. Esta lejanía hace más objetivo el personaje o el hecho que se estudia y asegura una más real ecuanimidad al espíritu del que realiza el estudio y de él deriva conclusiones. No ocurre lo mismo con este sexto volumen, y así debió sentirlo don Julio Tapia mientras iba volcando al papel el fruto de sus conocimientos y reflexiones. El volumen que hoy se entrega a los lectores, analiza hombres y hechos que están muy próximos a nuestra propia vida y experiencia.

Ante ellos, no es fácil al historiador o al que intente una interpretación del suceder histórico, desprenderse de influencias subjetivas, ideológicas o psicológicas que perturban la serenidad del juicio o que, en un sen-

tido u otro, le inducen a una captación personal, apasionada o parcial de lo que en cierta manera se ha vivido.

El firme propósito del autor de "Teocracia Católica" de ser un narrador objetivo y de entregar un pensamiento profundo, sin ánimo de imponerlo mañosamente a sus lectores, le ha permitido sortear con feliz éxito el obstáculo.

Bastará una rápida enumeración de los hechos más salientes que constituyen lo central de este sexto volumen para justificar la observación anterior. Desde luego, en el tiempo, nos ubica el autor entre los fines del siglo XIX y lo transcurrido en el presente siglo, casi hasta nuestros días. Por razón de lo mismo, veremos el conjunto de hechos que fueron dando forma y estructura al angustioso problema que se llamó y se sigue llamando la "Cuestión Social". El gran debate socio-económico ha tenido repercusiones en la vida internacional y en el desarrollo o la vida interna de grandes naciones que pasaron a ocupar un sitio preponderante en el concierto mundial, mientras otras, poderosas en el pasado, pierden en el presente, pese a todos sus esfuerzos, influencia y poderío. Una violenta lucha derriba imperios milenarios y da paso a nuevos esquemas de organización en lo político, lo social y lo económico. En menos de cincuenta años, dos veces la vieja Europa es campo y escenario de tremendos conflictos bélicos, que no sin razón se denominan conflictos mundiales. El inmenso continente afro-asiático se despierta de un sueño aparente y prolongado, sacude yugos colonialistas y se incorpora impetuoso y audaz en el conjunto del mundo independiente y soberano. América española, sin superar del todo su inestabilidad institucional, comienza a tomar conciencia de su verdadera significación, no quiere continuar siendo poseedora nominal de sus riquezas naturales y busca, con afanoso empeño, los senderos que le permi-

tan caminar por su propio destino, sin tutelajes paternalistas ni prepotentes imperialismos foráneos.

Son centenares los hombres de hoy que fuimos testigos reales, aunque a veces lejanos, de este inusitado acontecer. ¡Cuántos serán los que al recorrer estas páginas de "Teocracia Católica", sentirán que reviven en el recuerdo horas de su niñez o adolescencia! Ante la imaginación de éstos, volverá a extenderse ese mapa olvidado en el que íbamos colocando, acaso desaprensivamente, las pequeñas banderitas de los países beligerantes que nos indicaban avances o retrocesos en la apocalíptica carnicería humana.

Al centro de esos hechos, volverá nuestra mirada a encontrarse con quienes entonces nos fueron familiares. Jefes de Estado, Emperadores, Reyes, estadistas y políticos, unieron a sus nombres y actuaciones hechos de insospechada trascendencia. Junto a ellos, los conductores de las increíbles fuerzas militares, marinas y aéreas que se enfrentaron en los dilatados y sangrientos campos de batallas. Sociólogos, filósofos y economistas alzan su voz, unos para estimular y promover la dolorosa marcha de la humanidad; otros, para lanzar quemantes anatemas y llamar sin atenuantes ni rodeos a la rebeldía, a grandes sectores hasta entoces, elementos pasivos que se dejaban conducir o se resignaban a ser llevados a metas que no querían y que poco o nada les ofrecía frente a sus reales inquietudes.

Las jóvenes generaciones de hoy difícilmente entenderán lo que significaron en un momento de la historia, un Guillermo II, Emperador de Alemania; un Nicolás II, zar del inmenso imperio ruso; un Clemenceau o un Lloyd George, jefes políticos en Francia e Inglaterra en el primer conflicto armado que sacudió y destruyó viejos países europeos. Junto a éstos, los nombres de generales como Hindenburg, Jofre, Foch y otros que asumieron las más graves responsabilidades militares en ese evento guerrero. El autor de "Teocracia Católica"

no se limita al papel de un mero narrador episódico. De una parte, muestra apasionantes entretelones de intrigas y ambiciones que juegan el inevitable rol que corresponde a las pequeñas y mezquinas pasiones que se ocultan tras las severas apariencias de los "hombres grandes y notables". De otra, y por cierto que ello es más interesante y aleccionador, exhibe las dolorosas consecuencias de errores y equivocaciones cuyo desenlace no fue otro que la quiebra de los postulados en que se pretendió alzar la defensa definitiva de la paz, para precipitar a esos mismos pueblos en la más encarnizada y destructora conflagración que fue la segunda guerra europea. Es interesante anotar a este respecto el agudo y documentado estudio que "Teocracia Católica" nos ofrece sobre el discutido presidente Wilson, de los EE. UU. de Norteamérica. La singular personalidad del estadista norteamericano, a quien le cupo la paradojal misión de ser primero, el campeón de la neutralidad de su país, para convertirse después en el fervoroso, casi místico, promotor de su intervención en el conflicto bélico.

De acuerdo con el plan general, "Teocracia Católica" vuelve a señalarnos, como en un telón de fondo, la presencia singular de la Iglesia Católica y sus distintos conductores. La evocación de ellos, las características que configuran sus desiguales personalidades, hacen más evidente y extraña la supervivencia de la milenaria institución religiosa que, conforme a la sentencia de Cristo, "está en el mundo, pero no pertenece al mundo". Pontífices como León XIII, aristócrata por su cuna y origen, que será el resuelto y profético promotor del movimiento social de los cristianos que deberá enfrentarse con el egoísmo individualista y a la vez con el materialismo despiadado y brutal que proclaman los discípulos de Marx, alentados por una realidad de injusticias, desigualdades y desesperanzadas miserias. Al morir, el año 1903, el mundo entero, sin distinciones de ideologías, razas ni credos religiosos, dio público testi-

monio del prestigio y autoridad moral alcanzados por el Pontificado Romano en el largo gobierno del Papa León. Por curiosa paradoja en la medida en que se debilita el poder temporal del Papado, crecía su imperio espiritual... En el presente siglo, los Pontífices Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y el actual, Paulo VI, han sido actores de este extraño y singular desarrollo de su influencia innegable como jefes y depositarios de una fuerza moral, que nadie niega, aun cuando algunos pretendan discutir sus funciones. Confirmación de esto encontrará el lector en las documentadas páginas de este nuevo volumen de "Teocracia Católica".

No podemos terminar este superficial análisis sin hacer una última mención. Nos referimos a la aguda y personal interpretación de la historia, su proceso y desarrollo que hace don Julio Tapia a través de lo que él llama el confrontamiento de las culturas.

A esta idea ya insinuada en los volúmenes anteriores, en el presente le da más amplia exposición y, con argumentos y razones fundadas en la misma historia, justifica su original interpretación del acontecer histórico. Para un lector como nosotros, que nos corresponde vivir en este continente de la América del Sur, la hipótesis que se plantea a este respecto tiene una extraordinaria importancia. En algún sentido, diríamos que formula al hombre y a los pueblos de este continente, hoy calificado peyorativamente como pueblos subdesarrollados, una ruta, un destino y a la vez una esperanza.

Jorge Gómez Ugarte.

CAPITULO I

1) España. Amadeo de Saboya. Primera República. Alfonso XII.— 2) Estados Unidos. Ulises Grant.— 3) Varios Presidentes. Cleveland.— 4) y 5) Características de la cultura norteamericana. Primera y segunda característica.— 6) Tercera característica. El Adventismo.— 7) Los Testigos de Jehová.— 8) Los Mormones.—

1)

Amadeo de Saboya, duque de Aosta, hijo del rey Víctor Manuel II de Italia, era un hombre de veintiséis años de edad, cuando seducido por la grandiosidad de la oferta y por la habilidad del general Prim, aceptó la corona de España. No supo apreciar en su debido valor lo que significaba ir a reinar sobre uno de los pueblos más orgulloso y de más extremado nacionalismo entre los existentes en la Europa occidental, ni el no haber sido llamado por la nación, sino por un grupo de políticos y militares que se habían adueñado del poder.

Al emprender Prim sus negociaciones encaminadas a encontrar un rey para España, no tomaba en cuenta que equiparaba a su patria con los países recientemen-

te nacidos a la vida independiente, después de siglos de dominación extranjera como Grecia y Rumania. Todavía con el agravante de que existía una reina legítima, Isabel II, y un heredero, el futuro Alfonso XII. Que Serrano, Prim y sus partidarios hubieran declarado a los Borbones inaceptables no quería decir que fuera este el sentir de los españoles.

El nuevo rey tenía un carácter leal y franco, estaba convencido de la eficacia del constitucionalismo de su época; creía, de acuerdo con la ideología de la Ilustración, que el fracaso de las leyes se debía a que eran inadecuadas, los hombres eran buenos; los gobiernos injustos y las legislaciones inapropiadas los conducían a la revuelta y a los excesos revolucionarios. Llegó a España firmemente resuelto a cumplir lo que iba a jurar al ser proclamado rey por las Cortes.

Al desembarcar en Cartagena el príncipe Amadeo recibió la triste noticia de que el general Prim había muerto víctima de un atentado; perdía el más firme apoyo que hubiera podido tener su gobierno, mejor dicho el factor decisivo de su estabilidad.

España desde la invasión napoleónica había perdido su "gobierno en forma", es decir el gobierno típico para la psicología nacional. Se necesitaban hombres fuertes capaces de imponer su autoridad, prescindiendo si era necesario de la aparente voluntad popular expresada por las Cortes, que en la mayoría de los casos estaban formadas por un conjunto de ambiciosos demagogos y de políticos ilusos que sólo deseaban llegar al poder. Prim era el hombre que podría haberse impuesto y es muy posible que su odio hacia los Borbones fuera ficticio y debido a su deseo de encontrar un monarca manejable que no dependiera más que de su apoyo. Si hubiese vivido habría comprendido cuán equivocado estaba en su elección; el rey Amadeo respetó la constitución y cuando no pudo gobernar de acuerdo con ella, abdicó.

El reinado de Amadeo de Saboya duró veinticinco meses; fue un duro trabajo el tener que gobernar de acuerdo con ministros que dirigían partidos fraccionados, más como caudillos que como jefes de grupos de tendencias ideológicas. Era igualmente molesto el tener que recurrir a disolver las Cortes, a pesar de que era fácil ver que no representaban el sentir nacional, sino los intereses de los caciques electorales. Causaba alarma el renacimiento del separatismo regionalista, el haber comenzado la segunda guerra carlista y el avance cada vez mayor del partido que deseaba el regreso de los reyes legítimos; el monarca debería ser Alfonso XII que contaba con un fuerte apoyo en el ejército.

La falta de ambiente popular, un atentado contra su vida y la hiriente actitud de la nobleza española que en su mayor parte se negaba a reconocerlo como rey (despectivamente lo llamaban "Macarroni I"), decidieron a Amadeo de Saboya a retirarse. El tener que aceptar un decreto de reorganización del arma de artillería, algo que repugnaba a su conciencia, le dio el motivo para abdicar la corona.

Fue proclamada la República, la Primera República española, gobierno que llevó a España a una completa anarquía, hasta que los generales Martínez Campos y Pavía "se pronunciaron" por Alfonso XII, previa abdicación de Isabel II. El joven rey tuvo una excelente acogida y consiguió ser popular. Eligió como primer ministro a un hábil político, don Antonio Cánovas del Castillo, quien emprendió la reorganización administrativa de España, destrozada por el último período anárquico. Desgraciadamente el rey murió joven. De su segundo matrimonio con Cristina de Habsburgo dejó un hijo póstumo que fue Alfonso XIII.

La regencia de la reina Cristina, como lo veremos más adelante, tuvo que afrontar el problema, ya antiguo, de la sublevación de Cuba que trataba de obtener su independencia. El asesinato de Cánovas privó a la

reina de un ministro que había demostrado especial competencia.

2)

El primer período de la cultura norteamericana, el período X, o sea, el nacimiento y la juventud, se puede dividir en tres etapas. Hemos visto ya la primera; corresponde al tiempo transcurrido entre el nacimiento —declaración de la independencia— y la guerra de Secesión. Es este último acontecimiento un hecho transcendental en el desarrollo de dicha cultura. La segunda etapa que vamos a tratar de bosquejar, termina con la guerra contra España.

La guerra de Secesión arruinó los Estados del sur —en cuyos campos se desarrolló la lucha— tanto en el aspecto económico como en el social. Los acaudalados plantadores se vieron privados de su dinero y de su capital humano, al ser devastadas sus plantaciones e incendiadas sus casas y al abolirse la esclavitud. Los negros libertos se encontraban en una situación angustiosa al no encontrar trabajo y no tener qué hacer con una libertad que la mayor parte de ellos no había deseado.

A la muerte de Lincoln, cuyo buen criterio e innata bondad daban la impresión de que habría sabido encauzar el triunfo del norte evitando la ruina del sur y las represalias de los vencedores, consecuencia humana de toda larga guerra, sobre todo civil; correspondió la presidencia al Vicepresidente Johnson que demostró carácter y buen criterio como gobernante. Trató de evitar ante todo que se llevaran a cabo los proyectos de reducir a los del sur a la calidad de sometidos y de dar a los negros una importancia imposible de mantener.

Los intereses políticos jugaban en todo esto un papel principal; los republicanos deseaban ante todo obtener de nuevo la presidencia venciendo a los demócratas, a quienes trataban de identificar con los sudistas vencidos, y creyeron poder contar con los votos de los negros libertados. Como un triunfo electoral no era seguro, llevaron como candidato al general Ulises Grant, que contaba con el enorme prestigio de haber sido el general vencedor en tan encarnizada lucha. Grant aceptó la candidatura, a pesar de no saber si él era republicano o demócrata. Esto era algo que no le preocupaba. Fue elegido presidente.

Grant, buen general, era un pésimo político y su incapacidad como gobernante se acentuaba por la convicción que tenía de que era el país el que estaba en deuda con él, y no él quien se debía a la nación. Estimaba como algo natural el que se le hicieran regalos, a veces cuantiosos, los que aceptaba complacido sin pensar que no se hacían desinteresadamente y que rebajaban la dignidad presidencial. Hombre sin dinero, que había llevado una vida de escasas comodidades, se acostumbró a la opulencia y se rodeó de politiqueros que trataron de hacer enormes fortunas valiéndose de su situación política.

Se desencadenó con verdadera furia la acción de una serie de audaces hombres de negocios que desarrollaron la industria y el comercio. Uno de los primeros negocios que se emprendió en gran escala fue el de construir ferrocarriles que se explotaban con tarifas que producían ganancias indebidas. Se hizo célebre Vanderbilt, conocido como el "Comodoro Vanderbilt", no porque hubiese sido marino, ya que sólo había manejado un buque de carga en los canales interiores del país. Persona de una rara perspicacia y gran organizador, llegó a reunir una fortuna inmensa. La construcción de ferrocarriles entre la costa del Atlántico y la del Pacífico nos da una idea de la magnitud de estas empresas

si se considera la época y el hecho de que los trabajos se efectuaban en gran parte en zonas desérticas y aun expuestas al ataque de los indios. En 1860 había en Estados Unidos treinta mil millas de líneas férreas; en 1890 llegaron a ciento setenta y seis mil millas.

3)

Los Estados del sur comenzaron a reponerse lentamente de la ruina producida por la guerra civil. Los favoreció el descubrimiento de minas de cobre, plata y otros minerales; su explotación y el desarrollo de las industrias textiles y diferentes actividades vinieron a reemplazar las pérdidas de las grandes plantaciones. Antes se vendía el algodón y el tabaco como materias primas, ahora se comenzaba a elaborarlas.

La continua emigración, cada vez más numerosa, se dirigía a poblar los inmensos territorios hacia el Pacífico. Se ha hecho popular la figura del capitán Cody —Buffalo Bill—, que dedicado a la exploración y a la caza de bisontes casi logró hacer desaparecer esta especie que fue reemplazada por el ganado vacuno, cuya crianza produjo una fabulosa riqueza. Los indios naturales de estas regiones fueron exterminados y sólo en 1901 se les concedió el derecho de ciudadanía a los que quedaban; eran cerca de quinientos mil.

La administración de Grant se caracterizó por los abusos de los políticos y hombres de negocios. El Presidente era incapaz de contener la corrupción administrativa y la idea de que el norte victorioso podía disponer a su antojo del sur vencido; contaban con que los negros libertados votarían por el partido republicano y poder así mantener el control presidencial. Un político imparcial llegó a decir que la evolución al pro-

ducir a Grant después de Washington desmintió la teoría de Darwin.

Durante veinticinco años los republicanos se mantuvieron en el poder empleando toda clase de medios, hasta el de falsear las elecciones como en el caso del Presidente Hayes, que en realidad había sido derrotado por el candidato demócrata Tilden.

Hayes fue un hombre honrado que no aceptó las imposiciones del grupo de políticos plutócratas; a esto se debió el que no fuera reelegido para un segundo período, como ya era costumbre en la política norteamericana. Fue reemplazado por Garfield, que murió poco después de ser herido por un fanático desequilibrado. Lo reemplazó el Vicepresidente Chester Arthur, que demostró poseer carácter y honradez; fue el último presidente republicano de la serie iniciada por Lincoln.

Fue elegido el demócrata Grover Cleveland, persona de escasa cultura, que era como Lincoln hijo de su trabajo. Inteligente, de buen criterio, de carácter firme, hasta brutal cuando era necesario, se lanzó a la lucha para terminar con el sistema de despojos que consistía en que los puestos rentados en la administración eran repartidos entre los vencedores, no por méritos sino por las influencias electorales. Honradamente Cleveland trató de gobernar para la nación, no para un partido; combatió tenazmente el poderoso influjo del grupo de hombres de negocios.

Había llegado a su mayor esplendor el sistema de los monopolios, conocidos como los "trust". Se reunían en torno a un hombre de negocios, o éste los unía, y dominaban a los productores de un determinado artículo. Así se organizaron diferentes trust como el del acero, el del cobre, el ferroviario, el del petróleo y varios más. Una vez dueños de la totalidad de la producción, fijaban los precios con ganancias exorbitantes. Cleveland trató de combatir los trust y fue vencido; no consiguió su reelección.

4)

La cultura norteamericana tiene características especiales que la diferencian completamente de las culturas pasadas y presentes. En el volumen anterior hicimos notar que había cierto paralelismo entre ella y la cultura romana; esto se refería a ser ambas culturas céntricas y a su estructura general, lo que nos permitía emitir un juicio sobre el futuro que debe completar la cultura norteamericana.

Las principales características que establecen una profunda diferencia con otras culturas pueden reducirse a tres. La primera se refiere al instinto especial que guía al pensamiento norteamericano hacia la resolución de problemas útiles en el sentido de aprovechar las fuerzas y las riquezas naturales en beneficio de la humanidad. Es interesante meditar sobre el primer período de la cultura norteamericana. En la primera etapa de la cultura occidental, hombres de esclarecido talento, de rasgos geniales, se preocupan de problemas filosóficos y teológicos. Como un ejemplo tenemos la apasionante lucha entre el realismo y el nominalismo. El talento y elocuencia de Abelardo, el espíritu profético de Joaquín de Fiore, el análisis y la exposición de la filosofía y teología de Santo Tomás y después el genio del Dante formaron un asombroso conjunto de carácter especulativo que opone al practicismo norteamericano que se inicia con Franklin, continúa con Fulton, Bell y otros para llegar a tomar aspectos geniales con Edison. Es fácil apreciar cuánta diferencia hay entre el carácter especulativo de una cultura y la tendencia práctica de la otra, dedicada a la observación y a experimentar lo estudiado.

Se dirá que el norteamericano ha aprovechado los estudios y experiencias de los que vivieron antes y esto es verdad... y es uno de sus méritos; pero no hay

que olvidar que los occidentales contaron con los tesoros de los estudios hechos por los griegos y por los romanos y de ellos sólo tomaron los conocimientos de valor especulativo. Esto no quiere decir que pensemos que en la cultura norteamericana no haya habido exponentes de esta clase de pensadores; los ha habido y los hay, pero su influencia ha sido pequeña al lado del empuje practicista dominante.

La segunda característica corresponde al aspecto financiero. El valor del dinero es un elemento con frecuencia decisivo en la política interior norteamericana y después, en el exterior, un factor de penetración que se utiliza para ejercer un imperialismo indirecto, disimulado, no por esto menos efectivo que el colonialismo occidental en cuanto a explotar las riquezas de los países sometidos a este poder financiero.

La numerosa inmigración que llegó a Estados Unidos estaba compuesta por hombres fuertes, deseosos de tener trabajo y poseer tierras, de hacer fortuna. Crearon una inmensa riqueza en los cultivos agrícolas, en la explotación de la ganadería, en el trabajo de las minas y en diferentes industrias. Se formó un conjunto de eficientes organizadores, entre los cuales aparecieron verdaderos filibusteros, piratas de las finanzas que acumularon enormes fortunas. El dinero pasó a ser el factor determinante de la política corrompida de la administración estatal y la nacional. La elección de Mac Kinley como Presidente fue decidida por el dinero; las sumas reunidas por el Partido Republicano aplastaron por completo al Demócrata.

El factor dinero va a ejercer en la política norteamericana una influencia transcendental que supera ampliamente toda cuestión ideológica en forma muy distinta a lo que se observa en otras culturas. La legislación, al impedir la inicua explotación ejercida por los trust, desvió al poder financiero hacia un imperialismo internacional. En la administración Mac Kinley actúa

como gran potencia en los problemas internacionales y trata de imponer su voluntad. La doctrina Monroe, que aparecía como una fórmula protectora de la libertad del nuevo mundo, toma un aspecto dominador. Ya no es "América para los americanos", sino una advertencia de que América es para los norteamericanos. Se habla de un dominio hasta el Artico, es decir, una anexión del Canadá para unir Alaska, comprada a los rusos, con Estados Unidos. Se discute la construcción de un canal que una el Atlántico con el Pacífico, ya sea por Nicaragua o por Panamá.

El primer incidente que demuestra las ambiciones norteamericanas es el producido a raíz de una discusión entre Venezuela e Inglaterra por los límites con la Guayana Inglesa. La actitud de Estados Unidos, en el papel de protector de las repúblicas americanas que se había atribuido, llega hasta el extremo de amenazar con un conflicto bélico si fuera necesario. Inglaterra temió —con toda razón— una guerra que podía acarrearle la pérdida del Canadá y resolvió, prudentemente, ceder y llegar a un acuerdo pacífico.

5)

El segundo incidente tiene un carácter determinante y marca el final de la segunda etapa, de las tres en que hemos dividido el primer período de la cultura norteamericana. Es la guerra con España. Del inmenso imperio colonial español en América sólo quedaban las islas de Cuba y Puerto Rico. Cuba permanecía en constante inquietud, deseaba su independencia como las otras naciones hispanoamericanas. Estados Unidos favorecía este movimiento, lo que impedía a España mantener su dominio, y más todavía dada la situación anárquica en que se encontraba.

El gobierno español confió al general Mariano Weyler el mantener el orden en Cuba, mas a pesar de disponer este jefe militar de un numeroso ejército, no pudo terminar con la insurrección; fue reemplazado y el problema se agravó más aún. Los norteamericanos habían intensificado su penetración económica y deseaban que hubiera orden y no aceptaban un dominio europeo en América. El de Inglaterra sobre el Canadá era sólo nominal, pues a este país se le había dado una completa autonomía, en tal forma que su dependencia era de carácter tradicional. No se le daba importancia a las Guayanas ni a las posesiones de algunas islas del mar Caribe. Inglaterra, que poseía varios de estos dominios, seguía una hábil diplomacia encaminada a evitar cualquier choque con Estados Unidos.

Hemos considerado como una característica de la cultura norteamericana la penetración imperialista hecha por el dinero, es decir, un dominio económico que puede disfrazarse de varias maneras. A esto hay que agregar algo que se ha transformado en una modalidad: el no aparecer jamás como un agresor en caso de una guerra. Esperar pacientemente, o provocar en forma indirecta el motivo que justifique un conflicto bélico. España estaba dispuesta a dar a Cuba una situación similar a la del Canadá; pero a la política estadounidense le convenía una guerra, pues existía la seguridad de vencer sin ningún peligro.

Se envió a La Habana el acorazado "Maine" con el pretexto de proteger a los súbditos norteamericanos en Cuba. Una repentina explosión hundió el buque y de este accidente fue culpada España, a la que se declaró la guerra.

"Fue una pequeña guerra maravillosa", dirá un Secretario de Estado. La escuadra norteamericana, buques de acero, hundió en Santiago de Cuba a la flota española y desembarcó quince mil soldados que representaban un ejército nacional (ya se habían olvidado los odios

entre el Norte y el Sur). Poco después el almirante Dewey hundió en Cavite, en las Filipinas, otra escuadra española sin tener una sola baja.

España sólo deseaba la paz, la que se firmó en París; perdió Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Cuba quedó como una nación independiente bajo un semi-protectorado de Estados Unidos, y Puerto Rico y las Filipinas como posesiones de esta nación.

6)

La tercera característica de la cultura norteamericana se refiere al aspecto religioso. Es una cultura que ha partido y vivido bajo un régimen de libertad religiosa; no ha habido una Iglesia nacional. Las diferentes sectas nacidas de la Reforma y las Iglesias Protestantes, igual que la Católica, han vivido y se han desarrollado libremente.

Una de las diferencias más acentuadas que se producen entre las varias culturas corresponde a las ideas religiosas y a la política que siguen los gobiernos en esta materia; es por esto interesante el insistir sobre este aspecto en el caso de la cultura norteamericana. El gobierno es ejercido por protestantes o por hombres indiferentes en cuanto al credo religioso; pero han estado de acuerdo en dar libertad a las diferentes Iglesias y a las numerosas sectas y así se ha visto como ha avanzado la Iglesia Católica, lo que no pudo hacer durante la administración colonial. Las sectas protestantes se multiplican; pero es de especial interés conocer las que han nacido dentro del país, es decir, las que son de carácter nacional. La mayor parte se originan de las diferentes interpretaciones bíblicas, mas hay algunas que se alejan de la Biblia, son originales con cierto sabor eclesiástico que las asemeja al maniqueísmo o al Islam.

El siglo XIX en Estados Unidos, en cuanto al conjunto religioso, nos da la impresión del primer período de la cultura bizantina en que las múltiples doctrinas heréticas respecto del Cristianismo y de los restos del paganismo presentaban un complicado panorama religioso. Para dar una ligera idea de algo que merece un detenido estudio vamos a referirnos a tres de las muchas sectas nacidas en Norteamérica. ellas serán: el Adventismo, los Testigos de Jehová y los Mormones.

William Muller nació en 1782 en Pittsfield; a los treinta y cuatro años de edad no tenía fe religiosa y entonces se inscribió en la Iglesia Baptista Regular, secta a la que pertenecía su familia. Se apasionó por el estudio de la Biblia y creyó en la idea del milenarismo para concluir por fijar la venida de Cristo a la tierra para el año 1843.

En libros publicados y en una serie de alocuciones ante numerosos oventes, logró convertir a sus ideas a más de cincuenta mil adeptos que lo consideraban como un profeta. Hubo gran cantidad de campesinos que al acercarse la fecha indicada abandonaron sus labores para esperar el gran acontecimiento. A pesar de que la desilusión fue grande al ver que nada pasaba, los fieles continuaron creyendo en su profeta. En 1845 se fundó la primera "Iglesia Adventista".

La organizadora de la actual Iglesia Adventista fue Helen White. Mujer de raras cualidades, era una visionaria que se sentía poseída de un espíritu profético. Gobernaba la secta por intermedio de un organismo llamado "Conferencia General"; era un régimen absolutista e infalible; mucho más que el del Papado. A pesar de las diferentes divisiones que han dado origen a nuevas sectas, el Adventismo se ha extendido por toda la tierra; cuenta con más de ochocientos mil fieles. Es gran enemigo de la Iglesia Católica, a la que considera como la Bestia Negra del Apocalipsis.

7)

Carlos Russell, nacido en Pittburg en 1852, es uno de los exponentes más curiosos de la cultura norteamericana en el aspecto que estamos tratando. Comerciante, hombre de negocios, organizador de una empresa para publicar y distribuir folletos y libros en que se anunciaba la próxima realización de las ideas del milenarismo, se transformó en un profeta, en un visionario que recibía los mandatos divinos.

Russell, presbiteriano en su juventud, llegó a reunir una cuantiosa fortuna; consideró la doctrina calvinista como inhumana y estudió el adventismo milenario. Reunió un grupo de adeptos que primero se llamaron "Estudiantes de la Biblia". Desplegó una actividad propagandista propia de su nacionalidad: folletos, discos, gramófonos, etc., sirvieron para dar a conocer las nuevas doctrinas. Publicó varias obras; la más importante, "Las llaves de la Biblia", fue traducida a veinte idiomas. Se anunció el fin del mundo para el año 1914; al pasar esta fecha se fijó 1918. Russell murió antes; dejaba una secta que contaba con veinticinco mil creyentes y había distribuido por el mundo trescientos millones de folletos.

Fue designado como sucesor el juez Rutheford que desplegó mayor actividad que Russell. Se produjeron divisiones y en el año 1931 se adoptó para la secta el nombre de "Testigos de Jehová". Alcanzó a reunir ciento cincuenta mil adeptos.

Los Testigos de Jehová "atestiguan a Dios sobre la tierra; los hombres son mortales, sólo vivirán en la otra vida los creyentes, cuyo premio es la inmortalidad". Igual que para los adventistas, su gran enemigo es la Iglesia Católica, a la que atacan en forma virulenta. Con no menos saña atacan a las Iglesias protestantes.

Es conveniente conocer algunos de sus argumentos; los hay como estos:

"Es evidente que las personas que busquen a Dios y deseen conocerle y servirle hallarán grandes dificultades para amar y adorar a un monstruo deforme, una fenomenal divinidad de tres cabezas. Con esta invención el clero se contradice al enseñar que Dios hizo al hombre a su semejanza. ¡Nada más cierto que nadie ha visto nunca un ser humano con tres cabezas!".

Respecto del protestantismo, hay opiniones como esta:

"La progenie del catolicismo romano (llaman así a las Iglesias protestantes) se arroga igualmente el derecho de representar a Dios. También deforma su santo nombre al enseñar que el Señor atormenta a millones de almas infortunadas en un estanque de fuego eterno. Los dirigentes de tales sistemas protestantes se titulan hipócritamente "cristianos" y se erigen en representantes del Maestro mientras simultáneamente reniegan de la Biblia y desdeñan la sangre de Cristo dada como precio redentor de la raza adánica".

8)

Los Mormones, la "Iglesia de Cristo y de los Santos de los últimos días" es una de las sectas más curiosas y originales del cuantioso número de movimientos que en las culturas cristianas —es decir: bizantina, occidental y rusa— se denominan como herejías. Los Mormones son los que más se alejan de la interpretación bíblica y son los que han estado más cerca de fundar un nuevo Estado Teocrático.

José Smith nació cerca del lago Ontario en 1805. Su padre, humilde colono de religión presbiteriana, tenía una fe ardiente y de tendencia mística; sólo pudo

dar a su hijo una escasa educación. Las continuas discusiones y luchas entre las diferentes sectas protestantes tomaban un carácter odioso en esas regiones casi deshabitadas y cuyos pobladores, de escasa cultura, se entregaban a un fanatismo difícil de entender. Esto produjo en el joven Smith una impresión que seguramente aumentó su excesiva sensibilidad y agudizó su nota ble inteligencia.

Según sus relatos, desde los quince años tuvo visiones de seres celestiales que le anunciaron que él sería el restaurador de una verdadera iglesia cristiana. Sufrió el ataque de los adherentes a las otras sectas cuando trató de exponer sus nuevas ideas. Tuvo la visión definitiva del "ángel Moroni" que le indicó dónde se encontraban ocultas las placas de oro que contenían la verdadera historia del pueblo de Dios en América. Las encontró y dictó a un secretario la traducción de ellas. Estaban escritas en un egipcio que él llamó reformado, que pudo descifrar gracias a dos piedras milagrosas que las acompañaban. Nadie pudo ver estas tablas que el ángel volvió a ocultar una vez que había sido escrito "El Libro de Mormón", base de la nueva creencia. En 1830 fue publicado este libro y fundada la nueva iglesia por el profeta Smith y cinco compañeros.

Fueron innumerables los ataques y las persecuciones a los adeptos a la nueva secta. Smith fue asesinado junto con su hermano en la prisión de Carthago. Las autoridades permitieron que las turbas enardecidas cometieran el crimen que convirtió a José Smith en el mártir de su Iglesia, que fue gobernada por doce apóstoles que eligieron como jefe a Brighan Young. Era este un joven fanático, enérgico y sobre todo dotado de un especial talento como organizador. Después de establecerse en diferentes lugares de donde tenían que huir por las persecuciones de los habitantes, se trasladaron cada vez más al oeste hasta internarse en territorio mejicano, en los desiertos de las montañas Rocallosas. En

la meseta de Utah, en el Lago Salado, fundaron la ciudad de este nombre y gracias a un intenso trabajo transformaron el desierto en un fértil oasis.

El estado mormón, gobernado por una teocracia absolutista —totalitaria en los términos usados ahora—, pudo haber creado un imperio que se habría extendido hasta el Pacífico. El descubrimiento de oro en California, la avalancha emigratoria, el poder del gobierno norteamericano, consolidado con el triunfo obtenido en la guerra de Secesión, terminaron con las posibilidades de que en América se hubiese producido un caso como el del imperio musulmán. Soldados norteamericanos penetraron en Lago Salado; Brighan Young había muerto y su sucesor tuvo el buen criterio de recibir oportunamente un aviso divino, según el cual debía someterse al gobierno de Estados Unidos. Se creó un nuevo estado, el de Utah, y la iglesia mormona fue considerada como una de las numerosas sectas existentes; pero conservó sus inmensas riquezas, que unidas a los diezmos pagados por sus fieles la hacen la iglesia más rica de Norteamérica.

Al estudiar y reflexionar sobre el nacimiento y el desarrollo del mormonismo, la mente recuerda lo pasado en otras culturas. Hay cierta similitud y profunda diferencia entre José Smith y Manes. Este último hombre de gran talento y gran conocedor de las religiones existentes en su época, creó el maniqueísmo como un sincretismo religioso que comprendía lo mejor, según su criterio, de todas ellas. Debido a que Manés era filósofo y teólogo conoció las inquietudes espirituales que atormentaban a los hombres y trató de dar una solución a los múltiples problemas de esta naturaleza. Smith fue un hombre de gran talento y fantasía, pero falto de conocimientos e intelectualmente no puede compararse con Manes; mas en sus doctrinas hay semejanza en cuanto al peligro que encerraban para el Estado. Diocleciano persiguió con saña a los maniqueos y el gobierno de

Washington, además de prohibir la poligamía practicada por los mormones, eliminó drásticamente todo lo que contraviniera las leyes del Estado norteamericano.

En cambio, hay tanta similitud entre Mahoma y José Smith; ambos se sienten profetas y tratan de fundar un imperio teocrático; las circunstancias casuales favorecieron al primero y le fueron adversas al otro. Su procedimiento de anunciar el haber recibido revelaciones divinas y el de establecer un libro base, "El Corán" en un caso y "el Libro de Mormón" en el otro, obedecen a ideas y a técnicas parecidas. No son un producto ecléctico como sucedió con Manes, sino un conjunto de preceptos y enseñanzas adaptadas a la psicología de los futuros fieles. Ambos libros no tienen como base la Biblia, sino una revelación directa hecha al respectivo profeta.

"El Libro de Mormón" es en gran parte un fantástico relato de la llegada del pueblo elegido a América, después del episodio de la torre de Babel. Cuenta la fundación de un gran reino combatido y destruido después por los indios, los que como un castigo divino adquirieron el color rojo.

Hoy día el mormonismo, que cuenta con más de un millón de adeptos, se ha lanzado a la conquista del mundo; sus misioneros y su propaganda se encuentran en todos los países y cuenta con abundante dinero proveniente de su rica Iglesia, que en la ciudad del Lago Salado tiene un gran templo: el Tabernáculo.

CAPITULO II

1) La Iglesia Católica en Estados Unidos.— 2) La encíclica "Rerum novarum".— 3) Termina el pontificado de León XIII.— 4) y 5) El zar Alejandro III.— 6) El zar Nicolás II.— 7) Penetración rusa en China.—

1)

El catolicismo había progresado considerablemente en Estados Unidos; pero siempre era una minoría. La jerarquía eclesiástica se encontraba ante un grave problema: tenía que actuar frente a la constante hostilidad de las numerosas sectas existentes, algunas de carácter protestante y otras bien distantes del protestantismo; además, existía una masa considerable de la población a la que sólo interesaban los asuntos materiales y consideraban inútil lo relacionado con el espíritu religioso.

La posición inalterable de la Iglesia Católica frente al protestantismo, cada vez más prolífico en cuanto a la formación de nuevas sectas, había mantenido su unidad; mas algunos creían que esto no era posible, era perjudicial en el continente americano, donde existía un vasto campo de propaganda que convenía adaptar al modo de pensar del norteamericano tan distinto del eu-

ropeo. Se volvía a plantear el problema que los jesuítas trataron de resolver en China. Ya hemos visto cómo la Santa Sede no aceptó la interpretación dada por los jesuítas y cómo se produjo la ruina de las misiones en ese Imperio.

Algunos prelados norteamericanos, como el cardenal Gibbons, el arzobispo Ireland y el obispo Keane, rector de la Universidad Católica, estimaron que dentro de la ortodoxia católica podrían hacerse concesiones que facilitaran la propaganda católica de acuerdo con el modo de pensar propio de una cultura joven, sin tomar en cuenta lo que con el tiempo podía suceder. Otros sacerdotes comprendieron el peligro que había al llevar a la práctica estas ideas: Corrigan, arzobispo de Nueva York, y el obispo de Rochester veían con temor que un debilitamiento de los principios de la Iglesia podría llevar a un nuevo tipo de protestantismo, más aún cuando en Francia los católicos interpretaron el problema norteamericano según su criterio occidental y lo estimaron como un apoyo a sus ideas republicanas ante el ataque de los monárquicos.

Algo que llama especialmente la atención en el Papa León XIII es esa maravillosa intuición del futuro que ahora, después de tantos años pasados, podemos comprender en toda su amplitud, al meditar sobre el acontecer histórico del siglo XIX. Criticado, combatido y hasta calumniado por lo que expuso en sus encíclicas, hoy podemos ver cuánta razón tuvo al hacerlo. Muy pocos lo comprendieron, en parte debido a que los hombres de mente privilegiada están a veces cegados por las pasiones políticas.

En la encíclica "Testem benevolentiae", en 1899, el Papa condenó el "americanismo"; con esta palabra se designaba un conjunto de ideas que algunos llamaban "la herejía fantasma". La encíclica precisaba tres puntos límites que no debían traspasarse; estos eran los siguientes:

a) La Iglesia puede adaptarse a la época; pero no cambiar su disciplina esencial o sus doctrinas con el fin de ganar favores o reclutar nuevos conversos.

b) La Iglesia no puede eliminar sus costumbres tradicionales, para adoptar nuevas teorías populares o formas modernas de hacer las cosas.

c) Se puede aceptar la libertad de pensamiento siempre que éste no rebase la autoridad de la Iglesia.

La encíclica fue recibida al principio con pena por los católicos norteamericanos afectados por ella. Sin embargo, fue aceptada y muy pronto se pudo apreciar la profunda sabiduría que contenía. Algunos prelados protestaron de que jamás habían pretendido aceptar lo que en este documento se condenaba. El cardenal Gibbons dice al Papa, al acusar recibo de la encíclica:

"Estas doctrinas, que yo deliberadamente llamo extravagantes y absurdas, este americanismo, como ha sido llamado, no tiene nada en común con las aspiraciones, doctrina y conducta de los americanos. Yo no creo que pueda ser hallado en este país un obispo, un sacerdote o siquiera un laico con conocimiento de la religión que haya pronunciado tales enormidades. No, este no es, ni ha sido, ni será nunca nuestro americanismo. Estoy profundamente agradecido de Vuestra Santidad por haber hecho de propia intención esta salvedad en vuestra carta apostólica".

Poco después León XIII, refiriéndose a los prelados norteamericanos, les dice:

"Habéis, con vuestras prudentes medidas, procurado toda clase de organizaciones católicas, con tal sabiduría, que habéis previsto todas las necesidades y contingencias en armonía con el notable carácter de la gente de vuestro país".

2)

En 1891 fue publicada la encíclica "Rerum novarum", uno de los documentos más notables que registra la historia del Papado. El demuestra que el naciente Imperio Espiritual se ha despojado de todas las ligaduras temporales que coartaban la acción de la Iglesia para seguir la ruta grandiosa del cristianismo. El Alto Imperio Teocrático, la espléndida creación de Gregorio VII, se inició casi junto con la primera etapa de la cultura occidental y la dirigió en su primer período. Durante el Bajo Imperio Teocrático la Iglesia ve disminuir su poder político sobre las naciones que forman la cultura divergente europea; pero su influencia se extiende por todo el mundo independiente de las culturas o agrupaciones nacionales.

Al entrar la cultura occidental en su tercero y último período, siglo XIX, el avance de la burguesía se ve robustecido por la acción del dinero y los banqueros ya no forman grupos aislados, sino que se define el capitalismo que es internacional. Igual que en la época romana en que el capital usó la esclavitud para el desarrollo industrial, en los siglos XIX y XX se aprovecha el maquinismo que tras una pretendida libertad crea una esclavitud económica que reemplaza a la abolida.

Como reacción contra una burguesía poderosa, el antiguo tercer estado, aparece un cuarto estado: el proletariado. La burguesía le teme, ve en él un enemigo, el más peligroso; pues la nobleza que cree atraerse a los burgueses ricos es, a su vez, incorporada a una burguesía selecta del dinero y de la intelectualidad. La represión hecha en Francia en 1848, después en 1852 y, por último, el aplastamiento de la Comuna en 1870, hicieron creer que se podía dominar este cuarto estado; era un error. El manifiesto comunista de Marx, el auge

del Partido Socialista alemán, igual que el francés, eran pruebas que se había entablado una sorda lucha.

Algunos hombres de inteligencia selecta, políticos o filósofos, apreciaron el peligro existente y miraron con temor el porvenir. El problema social de la cultura divergente occidental era algo que había que solucionar. pues insensiblemente iba a precipitar el inexorable fin de su existencia. El espíritu clarovidente de León XIII vio con nitidez los factores decisivos y abordó el problema en forma valiente y realista. Se había acusado a la Iglesia de aliarse con la nobleza para detener a la burguesía, al tercer estado; ahora se planteaba una acusación semejante al sostener que la Iglesia apoyaba al capitalismo, al rico contra el pobre.

La encíclica "Rerum novarum" fue recibida con estupor por los no católicos, con indignación por los católicos de fortuna, con desconcierto por los demás. El "Papa se ha hecho socialista" se dijo en muchas partes; mas después de meditar y pensar lo que este documento decía, se pudo apreciar su profundo contenido, la realidad de lo que expresaba. Desgraciadamente se trató de olvidarlo, porque eran muy fuertes los intereses afectados y entre el poder del dinero y la idea religiosa triunfó el primero. La humanidad necesita que aparezcan grupos de hombres idealistas capaces de llegar al sacrificio, no sólo de su posición, sino de sus vidas por obtener el triunfo de un ideal como pasó en la época de los mártires.

León XIII indicaba claramente que el mundo iba a la lucha: el cristianismo, por un lado, y el marxismo por el otro; favorecía el triunfo de éste el mantener regímenes de fuerza para explotar a los desheredados de la fortuna, lo que sólo conducía a establecer abyectas dictaduras que debían ser el prólogo de un inevitable fin. El catolicismo no consiste sólo en el cumplimiento de preceptos religiosos, obliga a practicar la justicia social y la caridad como un deber de justicia. Con cuán-

ta energía, con cuánta sublime violencia Cristo había condenado a los fariseos que cumplían minuciosamente los mandatos de la ley, los preceptos religiosos y eran fríos, crueles, rapaces, sepulcros blanqueados... y fariseos hay en todas las religiones y en todos los regímenes políticos. Dentro de esta categoría caen los que cumplen todos los preceptos legales y se aprovechan de las inevitables fallas de las leyes humanas para abusar y enriquecerse explotando a sus semejantes. El más repugnante es el fariseo religioso, aquel que hinchado de vanidad y orgullo por su posición social o por su riqueza hace gala de observar prolijamente los mandatos de su credo, recibir con frecuencia los sacramentos, sin tomar en cuenta que los profana al observar su letra y burlar su espíritu.

La encíclica "Rerum novarum" indica la obligación de pagar al servidor no sólo el salario aceptado, sino el que le corresponde para llevar una vida de acuerdo con las necesidades de él y de su familia. Condena el lucro excesivo; pero establece las obligaciones de los obreros respecto de sus patrones. En los momentos en que se discutía el derecho de propiedad, la encíclica expone en forma terminante: Todo hombre tiene por naturaleza el derecho de poseer bienes en propiedad. El trabajo es una necesidad humana; es un engaño al creer que el hombre puede eximirse de él. Debe evitarse el trabajo de los niños hasta que no tengan la resistencia necesaria. Recomienda a las mujeres el trabajo del hogar. Aconseja las uniones sindicales.

Ha pasado más de medio siglo y podemos admirar la asombrosa exactitud de las ideas expuestas y lamentar que tantos mezquinos intereses impidieran realizar algo que habría evitado innumerables conflictos.

3)

Los contemporáneos de Pío IX creyeron que el Papa siempre se había negado a cualquier entendimiento con el gobierno italiano si no tenía por base la devolución, aunque fuera de una parte, de los dominios temporales. Al ceñir la tiara un nuevo soberano, se estimó que pronto se solucionaría el conflicto existente; fue una sorpresa el que nada se modificara.

León XIII antes que italiano, era un eclesiástico nacido en un territorio que pertenecía a la Santa Sede; como gobernador de Perusa le tocó apreciar la forma en que el nuevo reino de Italia consideraba a la Iglesia y al clero; al llegar al trono pontificio estaba impregnado de la idea de los derechos de la Iglesia y de su grandeza milenaria que le iba a corresponder dirigir. El aceptar las leyes de garantía votadas por el Parlamento italiano, significaba someterse a una dependencia incompatible con la universalidad de la Iglesia.

Tentativas de arreglo las hubo ya en tiempo de Pío IX y si Cavour no hubiera muerto seguramente se habría encontrado una solución. Desgraciadamente llegó al poder en Italia el sector anti-católico y la Masonería, igual que en Francia, se erigió en directora de un movimiento encaminado a terminar con le Papado. Si no se procedió en forma violenta fue debido al rey. Tanto él como los miembros de la dinastía de Saboya eran profundamente católicos y a pesar de las dificultades con el Vaticano, siempre indirectamente se había mantenido un mutuo acuerdo.

Cuando se habló de reunir el cónclave fuera de Italia y aun del traslado de la Santa Sede a otro país, la gran mayoría de los italianos y sus políticos hábiles, no cegados por la pasión anti-católica, vieron con temor la pérdida inmensa que esto significaba para Italia y mu-

chos recordaron las palabras de Pío IX: "¡Oh, Gran Dios, bendice a Italia...!"

El gobierno italiano garantizó el orden y una completa libertad y el nuevo Pontífice inició luego conversaciones en privado para llegar a un arreglo. Todo fracasó por la oposición del partido dominante. Las terribles escenas del traslado de los restos de Pío IX, tres años después de su muerte, a la Iglesia de San Lorenzo en las afueras de Roma; una serie de incidentes, algunos de franca provocación, como la erección de un monumento a Giordano Bruno, para recordarlo como un mártir de la intransigencia, de la tiranía religiosa, hicieron ver a León XIII la imposibilidad de entenderse con un gobierno como el italiano, fanatizado por la pasión anti-religiosa. No disminuyó el acercamiento entre la corte y el Papa. Al caer asesinado por un anarquista el rey Humberto I, la actitud del Papado y del clero demostró cuánta unión había entre la Iglesia y el pueblo.

Se ha llamado a León XIII "el Papa de las encíclicas". Estas fueron numerosas y tan oportunas que demostraron una amplia visión del porvenir. Comprendió el modo de sentir y de pensar de las distintas culturas y es así como pudo apreciar los problemas de la joven cultura norteamericana y observar los movimientos laboristas como el de los Caballeros del Trabajo. Es notable la encíclica "Libertas Prestantisimum", en que define la libertad como un don concedido por Dios al hombre y que, por lo tanto, sólo está sujeto a la observancia de los mandamientos divinos; se condena el abuso de la idea de libertad y se insiste en que la Iglesia jamás ha sido enemiga de la libertad humana.

Durante quince años León XIII tuvo como principal ministro al cardenal Rampolla del Tindaro. Hábil y valiente, no dio ninguna importancia a que se le in-

dicara como el inspirador de varias de las resoluciones del Papa; a la muerte de éste pudo calcular sus consecuencias.

El pontificado de León XIII fue una continuada sucesión de aciertos, tanto en el orden religioso como en el político y en el social. Su acción diplomática convirtió al "Prisionero del Vaticano" en un soberano espiritual respetado y querido por los gobiernos, no sólo de los estados católicos, sino de los de otros o de ningún credo religioso. Alcanzó a los noventa y tres años de edad y su muerte causó un pesar general.

Hoy, tantos años después de haber desaparecido este gran pontífice, que debe figurar al lado de los más notables Papas, no es difícil apreciar y criticar su obra grandiosa; basta meditar sobre lo que es el Imperio Espiritual; pero es curioso y llama la atención cómo fue juzgado por sus contemporáneos. Al saber su muerte un diario no católico, el "New York Daily Tribune", dijo lo siguiente:

"Podemos confiadamente llamarle grande, tomando como base su trabajo por la Iglesia. Al ascender al trono papal encontró esta histórica organización a su posiblemente más bajo nivel, después de las tempestades causadas por la Reforma. La ha llevado a la cúspide, probablemente, de la influencia y prosperidad que hubiera conocido durante siglos. Según nuestra opinión, es el mejor juicio contemporáneo sobre su obra y, sin duda, será el dictamen maduro de la historia. Al principio del reinado de León XIII la Iglesia se encontraba en términos de enemistad con casi todos los gobiernos del mundo y positivamente tenía como enemigos a los más importantes. A su final mantiene relaciones cordiales con todos, si se exceptúa Italia y aun con este país sus relaciones son mucho menos tirantes de lo que se supone corrientemente".

4)

Constantino Pobedonozew ha sido considerado como uno de los hombres más inteligentes, más reaccionarios y más cínicos de la Rusia de mediados y fines del siglo XIX. De aspecto débil, macilento, de ojos pequeños, daba la impresión de no poseer el carácter firme y convencimiento completo que tenía de la grandeza de la cultura rusa y de su importancia en el desenvolvimiento del progreso humano; fue admirador y amigo íntimo de Dostoiewski. Como Procurador del Santo Sínodo, era el director de la Iglesia de Rusia.

La influencia de Constantino Pobedonozew en la parte final del zarismo ruso no ha sido bien conocida debido a que fue ejercida en forma indirecta. Educador de Alejandro III, lo fue igualmente de Nicolás II, el último zar. Ambos discípulos, padre e hijo, aceptaron de él la idea del carácter divino del poder de los monarcas rusos, del cual sólo debían dar cuenta a Dios. La Iglesia ortodoxa de Rusia y el ejército eran los firmes pilares del zarismo y el Zar y el pueblo debían estar en contacto sin intervención de clases.

Alejandro III tenía cerca de cuarenta años de edad cuando ocupó el trono imperial, después del trágico fin de su padre Alejandro II. Hombre corpulento, de rostro tranquilo, daba la impresión de fuerza y de poder; no gustaba del lujo ni de la pompa imperial; deseaba la vida apacible del hogar. Trató de abdicar de su categoría de cesarevich, o sea, de príncipe heredero, para casar con la mujer que amaba. Esto no le fue aceptado por su padre y se vio obligado a unirse a la princesa danesa Dagmar, prometida al hijo mayor del zar, el príncipe Nicolás que murió prematuramente. El futuro Alejandro III se resignó, obedeció a su padre y fue muy feliz en su matrimonio.

Alejandro III hizo, en realidad, un gobierno de acuerdo con el carácter ruso. Vivió alejado de San Petersburgo, en el castillo de Gatchina, a 50 kms. de la capital.

Los nihilistas habían asesinado a Alejandro II y era de temer que continuaran con los atentados y persistieran en el terrorismo. La firme política interior de Alejandro III hizo cambiar la situación y muy pronto el movimiento terrorista fue disminuyendo. Contribuyó a este cambio la personalidad del zar; hemos visto que Alejandro II fue más occidental que ruso y le cupo en suerte primeramente tener que aceptar la derrota de Crimea y después, al frente del movimiento paneslavista, iniciar la guerra ruso-turca. Los primeros fracasos afectaron profundamente el crédito de la administración zarista. A continuación vino el Congreso de Berlín, que obligó al zar a renunciar al tratado de San Stefano que significaba el triunfo ruso y la realización del avance hacia Constantinopla. Este fracaso costó la vida a Alejandro II, tal como le había ocurrido a sus cuatro antecesores.

Alejandro III miraba al principio con temor el poder alemán y concluyó por detestarlo y tratar de rusificar la administración y el ejército alejando toda influencia germánica. Comprendió el gran error de su padre al permitir que Prusia venciera al Austria y unificara parte de Alemania. Esto significaba que Rusia ya no se encontraba frente a una Prusia que basaba toda su política en el apoyo ruso, sino ante una potencia poderosa. Y fue mayor el error al permitir la caída del Segundo Imperio francés y la creación del Segundo Imperio alemán; en adelante Rusia, en su avance hacia el occidente, iba a estar detenida por el bloque germánico (austro-alemán), muy difícil de vencer; imposible si contaba con el apoyo inglés.

Toda la política de Alejandro III fue anti-alemana, disimulada, pero firme y efectiva. Bien lo compren-

dió Bismarck y por eso miró con espanto cómo, al tener que retirarse del poder, el zar aprovechó las vacilaciones del gobierno alemán en cuanto a renovar el tratado que garantizaba una mutua neutralidad, entre Rusia y Alemania, en caso de verse atacada alguna de ellas por otra potencia. El resultado fue el acercamiento franco-ruso que se inició al colocarse empréstitos en Francia en muy favorables condiciones.

El avance ruso en Asia continuó en forma alarmante para Inglaterra al acercarse a las fronteras de la India por el Afganistán; por lo tanto, la amistad franco-rusa alarmaba a Inglaterra por unir a las dos potencias que amenazaban sus dominios coloniales. Es interesante advertir que los políticos ingleses se dieron cuenta, antes que los alemanes, cuán necesario era atraerse a estas dos potencias.

5)

Era Alejandro III un hombre honrado, lento en el resolver; pero aceptaba que sus ministros lo contradijeran y no vacilaba en reconocer su error. El, que se creía un representante de la divinidad en la tierra, miraba con lástima y desprecio a los monarcas constitucionales. Cuando uno de sus ministros le habla del gobierno imperial le observa: "¿Qué significa eso de gobierno imperial? Gracias a Dios no hay entre nosotros constitución". Considera a la reina Victoria como a una vieja chismosa y al káiser Guillermo II como "un loco del cual todo se puede esperar".

En su vida privada es un esposo ejemplar y no acepta entre sus servidores el menor escándalo. Al saber que uno de sus ministros vivía en forma dudosa, en una sesión de ministros llamó a sus lacayos y señalándoles al ministro afectado, les ordenó: "Saquen a ese puerco".

En cambio, un día que un ministro se atreve a decirle: "Su Majestad dice disparates", estudia el decreto al cual se refería el funcionario y declara que es necesario modificarlo. Es curioso conocer la forma en que ascendió Witte, el estadista más eficiente que tuvo el gobierno de los últimos zares. Era Witte, en 1888, jefe de tráfico de un sector ferroviario. Al detenerse el tren en que viajaba el zar, a una velocidad exagerada para las condiciones de la vía, subió al tren Witte y se dirigió al Ministro de Tráfico para advertirle el peligro que significaba viajar a esa velocidad; lo oyó el zar y le dijo al joven Witte en forma aplastante: "¿Qué está Ud. diciendo? Yo transito por toda Rusia a la misma velocidad y nadie me lo va a impedir. Sólo en este trecho no debo hacerlo. ¿Es que su ferrocarril está vendido a esos cerdos judíos?"

Witte no contestó al zar, sino que dirigiéndose al ministro le dice: "Pues, entonces, su Majestad se va a romper el cuello muy luego", y descendió del convoy imperial.

Poco tiempo después el tren del zar desrieló por exceso de velocidad. Alejandro III despidió al ministro y puso en su lugar a Witte y poco después lo nombró Ministro de Hacienda. Al poco tiempo pudo apreciar las dotes de buen administrador y la energía y talento del nuevo ministro, en el que depositó toda su confianza. Ante una grave crisis económica, Witte vio que la solución exigía la devaluación del rublo y se atrevió a proponerla al zar. Este lo escuchó con atención y concluyó diciéndole: "Mi querido Witte, sea como sea no entenderé su exposición; pero confío en Ud. y acepto sus reformas".

La política exterior de Alejandro III se caracterizó por su alejamiento de Alemania. Veía en Alemania y Austria los enemigos que iban a detener el avance ruso hacia el occidente y presentía que esto sería fatal para la existencia del zarismo. Cuando se trató de la

posibilidad de un ataque de Alemania a Francia, declaró enfáticamente que mientras él viviera no iba a permitir que hubiera una guerra en Europa y cumplió su palabra.

Después de una enfermedad de la cual el zar no sanó totalmente, los médicos diagnosticaron que estaba afectado por graves lesiones cardíacas que hacían peligrar su vida. Ante un próximo desenlace fatal, fue apresurado el matrimonio del futuro Nicolás II con la princesa alemana Alicia de Hesse. Poco tiempo después murió el zar.

6)

La figura de Nicolás II, último zar de Rusia, apasiona por su desgracia y por su trágico y terrible fin. En la cultura occidental hay dos monarcas con los cuales se puede comparar: Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia. Hay cierto parecido en el carácter obstinado y débil de estos soberanos, en el concepto que tienen acerca del origen divino de su autoridad. Los dos reyes occidentales son juzgados y condenados por los que se creen representantes del pueblo y ajusticiados en público en forma espectacular; en cambio, el monarca ruso es vilmente asesinado en unión de su familia y de sus fieles servidores. Se dice que se ha obedecido a una orden del Soviet revolucionario que ejerce el poder. Es difícil encontrar en la Historia nada comparable a tan espantosa escena; ni aun en la cultura bizantina, en la cual se ven suceder trágicos acontecimientos; sólo en la cultura musulmana hayamos algo semejante.

Aparentemente Rusia estaba tranquila al iniciarse el reinado de Nicolás II; el nihilismo se consideraba casi extinguido. Esto era debido al gobierno firme y enérgico de Alejandro III que lo ejerció de acuerdo con el

carácter ruso; debido a su corta duración no alcanzó a sentirse la nostalgia del imperialismo, o avance hacia el occidente.

El nuevo zar carecía de la tranquila energía del anterior monarca y no tenía la prestancia que producía su elevada estatura y su aspecto atlético, que para el vulgo se traducía en una manifestación de poder. De carácter débil y obstinado, era tímido e incapaz de expresar lo que le parecía mal, lo que daba la impresión de falsedad. No se atrevía a manifestar su voluntad en forma directa, sino por medios indirectos, lo que lo hacía aparecer en desacuerdo con lo dicho. Era frecuente que un ministro, después de una amable entrevista con el zar, al llegar a su casa se encontrara con la noticia de su destitución y, a veces, con la orden de alejarse de la corte.

Nicolás II se creía responsable de sus actos sólo ante Dios y además de estimar como su principal deber el mantener la autocracia y el poder religioso, estaba afectado por un complejo psicológico: el creerse predestinado a la desgracia; había nacido el día del Santo Job, que según el sentir ruso traía la fatalidad y la obligación de soportarla de acuerdo con el ejemplo del personaje bíblico.

Al subir al trono se encontró ante un clan de grandes duques, tíos y tíos abuelos, que se consideraban con derecho a participar de la autoridad imperial y a dirigir al débil soberano, a quien consideraban incapaz de soportar el peso abrumador del poder zarista. La nacionalidad alemana de la zarina tampoco agradó, a pesar de que fue sincera al adoptar la religión ortodoxa y sentirse verdaderamente rusa. Su exagerado misticismo perjudicó el carácter resignado y fatalista de Nicolás II. Fue un matrimonio de amor que los mantuvo unidos hasta su trágico fin.

Rusia, a pesar de sus inmensas riquezas, estaba afectada por una temible crisis económica. La habilidad y

energía de Witte, sus dotes de buen administrador, lograron gracias a los empréstitos franceses salvar la situación. El ministro trató de fomentar la industria y dio especial importancia a la construcción de líneas férreas, en tal forma que el Estado fuera el dueño de toda la red de ferrocarriles.

7)

Lo que Witte no pudo prever fue el peligro que se iba a desarrollar ante el avance ruso hacia el oriente. Tal vez estimó que una manera de hacer olvidar la ancestral tendencia hacia el dominio del occidente, algo ya imposible ante la potencia militar de los imperios germánicos, consistía en penetrar en China y explotar las inmensas riquezas de este imperio caduco.

Los rusos, dueños de las costas de Siberia en el Océano Pacífico, tenían la base naval de Vladivostok y una flota de guerra. China, cultura envejecida, incapaz de reaccionar, quedaba como Turquía expuesta a las ambiciones de las potencias poderosas; era "el hombre enfermo del lejano oriente" y por su posición geográfica era Rusia la principal heredera.

Después de la guerra del opio, Inglaterra y Francia invadieron el territorio chino y obligaron a su gobierno a aceptar una paz impuesta y a abrir los puertos al comercio extranjero. Todo esto contribuyó a desarrollar un movimiento nacionalista inspirado contra los blancos.

El Japón, que desde hacía mucho tiempo disputaba con China el protectorado de Corea, se lanzó a una guerra en que dio a conocer su naciente poder. Era el Japón un país de 42 millones de habitantes y atacaba a un imperio de 350 millones. Destruyó rápidamente la escuadra china y desembarcó un ejército en la peninsu-

la de Liao-Tung. Ante el peligro de que Pekín, la capital, cayera en poder de los invasores, los chinos firmaron el tratado de Simonoseki.

Las potencias más interesadas en dominar y comerciar en China eran Rusia e Inglaterra; se negaron a aceptar el tratado impuesto por el Japón, nación que se vio obligada a reducir sus pretensiones y contentarse con la isla de Formosa, y un no bien definido protectorado sobre Corea. Rusia aprovechó lo sucedido para aumentar su penetración en China, tanto en el campo económico como en el militar. La construcción del ferrocarril transiberíano se completó fácilmente atravesando la Manchuria hasta llegar a Vladivostok. El Banco Ruso-Chino proporcionó los capitales para construir un ferrocarril transmanchuriano que unió Mukden, capital de la Manchuria, con Pekín y Port Arthur, situado en el extremo de la península de Liao-Tung.

La sublevación de los boxers, quienes asesinaron a los misioneros europeos que no alcanzaron a refugiarse en las legaciones de las potencias en Pekín, produjo una nueva crisis. Una expedición internacional obligó a los chinos a acceder a una serie de imposiciones, entre ellas la de arrendar por 99 años territorios para que las naciones interesadas establecieran factorías comerciales. Así lo hicieron Francia, Alemania e Inglaterra. Rusia obtuvo Port Arthur, donde se construyó un puerto comercial y una base naval. Una nueva escuadra rusa, ahora establecida en un puerto libre de hielos, combinada con la de Vladivostok, iba a dominar en el mar del Japón. Al mismo tiempo los rusos ocuparon militarmente la Manchuria con el pretexto de defender el ferrocarril transmanchuriano y empezaron a penetrar en Corea, lo que causó la guerra ruso-japonesa.

CAPITULO III

1) Colonias europeas en Asia, Africa y Oceanía.— 2) Teófilo Delcassé.— 3) Acercamiento anglo-francés.— 4) El Japón.— 5) Causas de la guerra ruso-japonesa.— 6) La guerra terrestre.— 7) Fin de la guerra.—

1)

Durante el siglo XIX y comienzos del XX, las naciones que forman la cultura occidental extendieron sus posesiones coloniales hasta dominar continentes enteros como Africa y Oceanía o parte de estos, como ha pasado en Asia y América.

El imperio colonial más grande corresponde a Inglaterra, que con la experiencia de lo pasado, ha convertido algunas de sus colonias en Estados autónomos, ligados por la persona del soberano, que según la costumbre inglesa sólo reina, quedando el gobierno en manos de un Parlamento netamente nacional. Se crearon así cuatro dominios: Canadá, que abarca todo el territorio americano al norte de Estados Unidos —menos Alaska— desde el Atlántico al Pacífico; país de inmensas riquezas, pero de un clima duro, ha llegado a constituir un estado cada vez más próspero. El segundo do-

minio es el de Australia, formado por los diferentes estados en que está dividida la isla que puede considerarse un continente por su considerable extensión. La isla de Nueva Zelandia es el tercer dominio del imperio colonial británico.

El Africa, explorada en todo su vasto territorio, dejó de ser el continente misterioso y despertó la ambición de las potencias occidentales. En el siglo XVI, España y Portugal habían adquirido posesiones en el continente africano. España, en la parte de Marruecos, en los pequeños y famosos presidios que tanto costó mantener. Portugal adquirió en la parte sur dos grandes colonias: Angola y Mozambique; la primera hacia el océano Atlántico y hacia el Indico la segunda. La gran habilidad diplomática de Bismarck se pudo apreciar plenamente al conseguir para el imperio alemán una serie de ricas colonias sin necesidad de guerras y sin disponer de una fuerza naval de importancia. Cuatro grandes territorios en Africa, la mitad de la extensa isla de Guinea en Oceanía, además de una serie de islas como las Salomón y varias otras pequeñas diseminadas en el Pacífico.

Inglaterra, dueña de la colonia del Cabo, había ocupado el Egipto y el Sudán oriental; uno de sus hombres más notables en esa época, Cecilio Rhodes, emprendía la obra grandiosa de que su patria adquiriera vastos territorios que harían posible el que se construyera un ferrocarril de la Ciudad del Cabo al Cairo, es decir, atravesar el Africa de norte a sur a través de posesiones inglesas. Los antiguos colonos de origen holandés fundaron al norte del Cabo dos repúblicas: Transvaal y Orange y además el Natal. El descubrimiento de riquísimas minas de oro y de diamantes despertó el interés de Inglaterra por tomar posesión de estas regiones que completaban su afán de dominio. La guerra de los boers fue larga y difícil. La hábil política inglesa transformó a los vencidos en fieles miembros del impe-

rio británico. Con los territorios del sur de Africa se creó el Dominio de Sud Africa, que corresponde al cuarto de los anteriormente citados.

La posesión más rica y que Inglaterra consideraba como la más importante era la India. Gobernada al principio por compañías controladas por el gobierno inglés, a mediados del siglo XIX estalló la terrible sublevación de los cipayos; eran estos los soldados indígenas al servicio de Inglaterra. La dura campaña que hubo necesidad de emprender para sofocar la rebelión debía a su vez aplastar el sentimiento nacionalista, lo que se pudo conseguir gracias a la anarquía existente en este inmenso imperio. El ministro Benjamín Disraeli encontró la solución para poder dar estabilidad a la dominación inglesa. Se suprimieron las compañías y se estableció el Imperio de la India, cuyo Emperador sería el rey de Inglaterra. Se contaba con el apoyo incondicional de los príncipes indios, rajaes y maharajaes, a los que se les dejó completa libertad para gobernar sus estados. El título de Emperador de la India tenía un carácter exótico, impropio del temperamento inglés; pero muy de acuerdo con la fantasía de Disraeli debida a su ascendencia semita. Fue aceptado con entusiasmo por parte de la reina Victoria.

El dominio inglés sobre la India estaba amenazado por el avance ruso a través del Turquestán. Para defender las fronteras se emprendió la conquista del Beluchistán y se trató de dominar el Afganistán, al que finalmente se le consideró como un estado independiente que iba a separar las posesiones rusas de las inglesas en esta parte del Asia. El imperialismo colonial inglés se extendió hacia el este de la India al apoderarse de Birmania, región que comprendía casi un tercio de la superficie de la península de la Indochina.

Una de las colonias más curiosas del Africa por el modo como fue adquirida, es el Congo Belga, llamado así para distinguirlo de la colonia francesa del mismo

nombre. El rey Leopoldo II de Bélgica fue un soberano de especiales dotes como estadista y diplomático; en la repartición del Africa obtuvo se le entregara a título personal un inmenso y rico dominio, que después por testamento legó a su patria, Bélgica.

Italia quiso aumentar sus posesiones en Eritrea, costas del mar Rojo y en la península del Somal. Emprendió una guerra de conquista contra Abisinia que le fue fatal y tuvo que contentarse con sus anteriores dominios. El imperio francés en Africa tuvo como base la conquista de Argel; después de un constante avance hacia el interior se llegó a dominar la región del Sahara y el Sudán Central. La anexión de Túnez despertó el deseo de apoderarse de Marruecos y completar así un imperio francés en el Africa occidental. En el Asia, Francia se había apoderado de la región oriental de la península de Indochina y quedó como separación respecto de las posesiones inglesas, el reino de Siam, hoy llamado Tahilandia.

2)

Teófilo Delcassé ha sido uno de los ministros de relaciones más eficaces que ha tenido Francia. Recuerda a Lyonne y a Vergennes. Político prudente y de gran talento, supo sacar a Francia del aislamiento, resultado de la guerra franco-alemana, y llevarla a formar parte de combinaciones internacionales que la colocaron nuevamente en su papel de gran potencia. Lo más admirable en el trabajo de Delcassé es el poder convencer a sus adversarios en el Parlamento de que no había peligro de guerra al desarrollar su activa política. Su profundo patriotismo lo encaminaba hacia la gran solución de devolver a Francia las provincias perdidas en la última guerra: Alsacia y Lorena.

La política internacional del ministro Delcassé se guiaba por tres directivas principales: a) Alianza con Rusia para evitar el ataque alemán; b) Acercamiento hacia Inglaterra, y c) Disminución de la tensión italiana hasta conseguir la seguridad de que ante un ataque austro-alemán, Italia permanecería neutral; es decir, que ante una guerra contra la Triple Alianza, Francia podía ser atacada sólo por la frontera alemana.

Lo que era más combatido por los elementos izquierdistas era la alianza con Rusia; se consideraba como algo abominable que la República Francesa se aliara con el más autocrático de los Estados como era el Imperio de los Zares. Se decía con cierta razón, que el mayor interés ruso estaba en los capitales franceses y que en caso de un conflicto franco-alemán, Rusia nada haría.

El acercamiento anglo-francés partió de un punto crítico que fue el incidente de Fachoda. Uno de los sueños de los estadistas franceses era el adueñarse de la región africana llamada el Sudán (país de negros), extensa faja del territorio que abarcaba desde el Atlántico hasta el Indico, al sur del Sahara. Al mismo tiempo que el coronel francés Marchand, después de una expedición heroica a través del Sahara, llegaba a Fachoda, sobre el Nilo Blanco, y ocupaba este puerto, aparecía una flotilla inglesa procedente del Egipto.

Los ingleses estaban dispuestos a quitar a los franceses la posesión de Fachoda y éstos resueltos a resistir, con lo que se podía producir una guerra colonial entre Francia e Inglaterra que podía transformarse en un conflicto total, como había pasado en los tiempos de Luis XV al estallar parecidos incidentes en la India y en el Canadá. La actuación de Delcassé fue digna de todo elogio. Francia no podía iniciar una rivalidad colonial contra Inglaterra teniendo pendiente el peligro alemán; en cambio, este incidente podía ser la base de un entendimiento que valía mucho más que el dominar

en Fachoda. Delcassé cedió, dio orden a Marchand de retirarse y se llegó con el gobierno inglés a un acuerdo total no sólo en cuanto a los problemas coloniales, sino también en los asuntos europeos. Francia dejaba manos libres a Inglaterra en Egipto, en el Sudán oriental y al sur, y esta apoyaba las pretensiones francesas sobre Marruecos, destinadas a crear un imperio francés en el occidente del Africa.

3)

La rivalidad anglo-alemana producida por el extraordinario desarrollo de la industria alemana que comenzó a competir con la inglesa en los mercados mundiales, se agravó al construir Alemania una flota de guerra que la iba a convertir en una gran potencia marítima. Se produjo lo que Bismarck había tratado de evitar: el acercamiento franco-inglés. Durante la guerra contra los boers el gobierno inglés pudo apreciar muy bien cuánto valía la amistad francesa.

En este tiempo se produjeron una serie de complicaciones causadas por la guerra ruso-japonesa. Entre Francia y Rusia existía una alianza que no obligaba en ningún caso a la primera a intervenir en el conflicto producido en el extremo oriente; pero no había duda que trataría de ayudar a su aliada en todo lo que las circunstancias lo permitieran. Por otra parte, Inglaterra ante el avance ruso en China y en la frontera de la India, estimó que el Japón era el aliado que le convenía en el extremo oriente, para detener las ambiciones rusas. Se firmó un acuerdo entre Inglaterra y el Japón, que no obligaba a Inglaterra a entrar en la contienda contra Rusia; pero igual que en el caso francés, trataría de ayudar a la nación aliada. Y así ocurría que tanto Francia como Inglaterra se encontraban indirecta-

mente en campos contrarios, ambas decididas a que esto no afectara el entendimiento logrado.

Alemania, al ver el giro que tomaba la guerra y el completo debilitamiento de la fuerza militar rusa, buscó todos los motivos posibles para amenazar a Francia que sólo contaba con el posible apoyo inglés, de escaso valor militar, frente al potente ejército alemán. Delcassé logró evitar todo conflicto; pero atacado por sus enemigos políticos tuvo que renunciar ante las imposiciones alemanas que causaron temor al primer ministro Rouvier. Seis años había permanecido en su puesto Delcassé, duración inusitada durante la Tercera República en la que no se alcanzaba a más de tres años como ministro.

El otro gran triunfo de Delcassé fue su política respecto de Italia. Consiguió suavizar las asperezas existentes y aseguró al gobierno italiano el apoyo francés para que adquiriera Trípoli. La ruptura de relaciones con el Vaticano contribuyó a acercar a los dos gobiernos que seguían una política semejante en este sentido. El rey de Italia era un decidido partidario de Francia, de tal forma que la Triple Alianza era algo sólo nominal, tanto que se garantizó a Francia que podía contar con la neutralidad italiana ante un ataque alemán.

4)

Japón, el Imperio del Sol Naciente, se componía de una isla grande, Nipón, y otra más pequeña al norte, Yeso, y dos más chicas al sur, Kiusiu y Sikoko, separadas del continente asiático por el mar del Japón. Se encuentran frente a las costas de China, de la península de Corea y de las posesiones rusas de Siberia frente al Océano Pacífico. Los japoneses, de raza amarilla, son distintos de los chinos y hablan un idioma de una estructura completamente diferente.

La posición geográfica del Japón hizo que durante la época en que el Océano Pacífico era desconocido para los europeos, estuviera aislado por la costa oriental; sólo tenía contacto con China y Corea. En estas islas se desarrolló un pueblo de grandes cualidades guerreras, inteligente y trabajador; pero limitado por su aislamiento. Durante muchos siglos predominó un régimen feudal, en que los daimios, que eran los señores, y los samurai, los guerreros, dominaràn el país. El Chogun representaba la autoridad civil y el Mikado era el jefe religioso.

San Francisco Javier, en sus ansias de llevar el cristianismo a China, llegó al Japón y tras él entraron al país varios portugueses, hasta que el gobierno japonés, considerando un peligro para las instituciones nacionales esta penetración de extranjeros, desencadenó una terrible persecución contra los católicos y cerró el país prohibiendo tanto la salida de los japoneses como la entrada de extranjeros.

En 1868 llegó al Japón una escuadra norteamericana y exigió la apertura de los puertos al comercio. Las autoridades japonesas examinaron los buques, así como el armamento de ellos, y comprendieron la imposibilidad de oponerse. Pero junto con abrir el país se inició la transformación de él, producida por el vehemente deseo de llegar a ser tan fuertes como los que les obligaban a tomar medidas que repugnaban a su exclusivismo nacional. Se enviaron jóvenes japoneses a estudiar a los países europeos y se contrataron misiones técnicas para organizar el ejército y la marina de acuerdo con los adelantos modernos. En igual forma se procedió en cuanto a las actividades industriales y administrativas. El gobierno se concentró en manos del Mikado, que pasó a ser un soberano cesaropapista, César y Papa a la vez. Se estableció un Senado cuyos miembros eran nombrados por el Emperador (Mikado) y una Cámara de representates elegidos por el pueblo.

Hoy día es corriente emplear la palabra "un milagro" para expresar el avance inusitado de un pueblo. El mismo término puede aplicarse al caso del Japón, cuyo cambio comenzó a sospecharse después de la guerra chino-japonesa y fue ampliamente confirmado al triunfar en el conflicto ruso-japonés. La pérdida de gran parte del fruto de la victoria obtenida sobre China, y que había sido aceptado por el tratado de Simoseki, amargó al gobierno japonés y lo convenció de la necesidad que había de contar con un fuerte ejército y una potente marina. Quedó demostrado que su gran enemiga era Rusia; contra ella había que prepararse y así se hizo. Muchos habrían estimado ridícula la pretensión de creer que un país como el Japón podría hacer frente al imperio ruso, la mayor potencia mundial que existía. Para el japonés era un problema que había que resolver y lo resolvió. Se estudiaron prolijamente las condiciones desfavorables para Rusia en una guerra en esta parte del oriente: las enormes distancias de sus centros de abastecimiento y, sobre todo, el papel decisivo que podía tener la fuerza marítima. Se comenzó a robustecer el ejército. Se contaba con el apoyo indirecto de Inglaterra, con instructores ingleses para la marina y alemanes para el ejército.

Es conveniente estudiar y analizar, aunque sea en forma rápida, la guerra ruso-japonesa por ser el primer prólogo —hubo dos— de las dos guerras mundiales que van a causar la ruina de la cultura occidental. Hay que observar su gestación diplomática, su desarrollo militar y naval y, sobre todo, los motivos que la hicieron terminar.

5)

Es posible que el zar Nicolás y sus ministros, entre ellos Witte que era el más capaz, estimaran que la pe-

netración rusa hacia el extremo oriente asiático satisfaría el ansia de conquista que caracterizaba el alma del pueblo ruso y olvidara el avance hacia el occidente, difícil o ya imposible debido al bloque formado por los dos imperios germánicos —Austria y Alemania— y por la negativa inglesa que no permitía el avasallamiento del imperio turco por parte de Rusia. Fue éste el primer error político zarista: para el pueblo no tenían gran valor las conquistas coloniales hacia el oriente. El segundo error, y el más grave, fue el subestimar el poderío japonés. No cabía en la mentalidad rusa la posibilidad de un triunfo de los soldados amarillos sobre el poderoso ejército de los zares.

Los estados mayores japoneses habían estudiado detalladamente las posibilidades de triunfo en caso de un conflicto bélico. Ante todo, el éxito dependía del dominio del mar del Japón; la escuadra rusa era ligeramente superior a la japonesa. Esto se refería a la escuadra que Rusia tenía en el oriente asiático, que estaba dividida: una parte en Vladivostok y la otra en Port Arthur; la primera quedaba inmovilizada por los hielos en invierno, no así la segunda que actuaba en un mar libre. Entre ambos puertos, en línea recta, había una distancia de 1.500 kms.; los separaba el mar del Japón; era relativamente fácil encontrar una ocasión para separar las dos escuadras y combatirlas aisladamente.

En cuanto a la parte militar, Rusia contaba con un ejército enormemente superior al japonés en el número de soldados. Si tomamos como centro del imperio ruso a Moscow, entre esta ciudad y Por Arthur había una distancia de cerca de 10.000 kms.; la vía de comunicación era el ferrocarril transiberiano, continuado por el transmanchuriano. Era una línea férrea construida con la mayor economía debido a su elevado costo por su gran longitud; vía débil, sólo capaz de dar paso a convoyes livianos de poco tonelaje de transporte. Además el transiberiano estaba interrumpido por el lago Baikal; en la

época en que se helaba había que transportar la carga en trineo, y en lanchones cuando se podía navegar en él. Estas condiciones impedían que Rusia pudiera hacer efectivo su poder militar en Manchuria, donde debería seguramente desarrollarse la parte principal de la guerra; por lo tanto era necesario reunir un fuerte ejército y almacenar todos los elementos requeridos para una campaña; en caso contrario, todo esfuerzo iba a estar limitado por la capacidad de transporte de la línea férrea, lo que limitaría el ejército a cerca de 400.000 hombres.

Se ve que el Japón, para tener probabilidades de victoria, debería atacar antes que Rusia concentrara un fuerte ejército en Manchuria; debería hacerlo por sorpresa para destruir separadamente la escuadra rusa y aprovechar el invierno que presentaba más dificultades a los transportes rusos.

Existía un acuerdo por el cual Rusia se había comprometido a evacuar Manchuria en tres etapas. Cumplió la primera; la segunda no. El gobierno ruso pidió a China nuevas concesiones y, ante las protestas del Japón, declaró que éste era un problema entre Rusia y China exclusivamente y al mismo tiempo empezó a reforzar el ejército en el extremo oriente. Empresas rusas iniciaron la explotación de los bosques existentes en ambas márgenes del río Yalú que se encuentra en la frontera de Corea con Manchuria. El Japón consideraba que Rusia violaba lo pactado respecto de los derechos adquiridos por él en Corea.

Las reclamaciones diplomáticas japonesas eran retenidas por el gobierno ruso con la disculpa de que los asuntos del extremo oriente eran resueltos por el virrey Alexief. El Japón, que contaba con un eficiente servicio de espionaje, tuvo seguridad de que se trataba de medidas dilatorias para darse tiempo y poder robustecer el ejército destacado en Manchuria. En vista de esta situación, se resolvió ir a la guerra y en forma sorpresi-

va, tal como convenía a sus intereses. Se rompieron las relaciones diplomáticas, y antes de declarar la guerra la escuadra japonesa destruyó en las costas de Corea a dos buques de guerra rusos y sorprendió a la flota anclada en Port Arthur hundiendo con torpedos varias de las unidades rusas y averiando otras. Como resultado se consiguió la superioridad naval antes de iniciar el ataque por tierra.

6)

La guerra terrestre por parte del Japón tiene el sello característico de la austro-prusiana y la franco-alemana; el estado mayor japonés siguió la escuela alemana de sus instructores. Se desarrolló un plan metódico, con talento, sin audacia y sin ningún rasgo genial. Por parte de los rusos hubo diversidad de mando, lo que fue fatal. El general en jefe, Kuropakine, optó por el método tradicional ruso: una tenaz defensa y una retirada antes de comprometerse en una acción desastrosa. En cambio el virrey Alexief, la otra autoridad, era partidario de un ataque enérgico; pero él no se movía de su cómodo coche salón y sólo conseguía entorpecer las operaciones, ya que los generales subordinados de Kuropakine viéndose apoyados, no seguían las directivas de su jefe cuando lo estimaban conveniente. Esta falta de unidad de mando se ve en la defensa de Port Arthur. Kodratenko, ingeniero militar que fue el alma de la resistencia, no obedecía al jefe de la guarnición, Stoessel. Cuando Kodratenko murió, Stoessel rindió la plaza.

Los ejércitos japoneses desembarcaron en Corea y en la península de Liao-Tung para poner sitio a Port Arthur. El ejército de Corea atacó en las orillas del Yalú a los rusos, que a pesar de tener orden de retirarse resistieron y fueron derrotados. Esta victoria y otra ob-

tenida en Liao Yan causaron en Europa estupor; se sabía que el soldado ruso peleaba con firmeza, con heroísmo, igual el japonés; pero no había duda que las operaciones estaban mal dirigidas, no por Kuropakine que había demostrado ser un buen general, sino por la anarquía de mando que destruía toda posibilidad de triunfo.

Después de la caída de Port Arthur, el ejército japonés, al mando del mariscal Oyama, avanzó hacia Mukden, capital de la Manchuria. Se dio ahí una batalla que duró varios días; los japoneses atacaron de frente y comenzaron a rebasar el ala izquierda. Los rusos construyeron defensas en ángulo recto respecto de su frente, de tal manera que el ejército ruso resistía tras dos líneas de trincheras situadas a noventa grados una respecto de la otra. En igual forma atacaban los japoneses y cuando éstos comenzaban a rebasar el ala derecha, ante el peligro de ser envueltos, los rusos se retiraron. Kuropakine continuaba la idea estratégica fundamental de los rusos: no se exponían a un desastre y al retirarse hacia el interior se acercaban a sus bases de aprovisionamiento y alejaban de las propias al enemigo; en resumen, traspasaban al contrario el motivo más grave de sus dificultades.

7)

El gobierno ruso, completamente ajeno a la realidad del valor de su marina, resolvió enviar hacia los mares de oriente la escuadra del Báltico, a la que se proyectaba agregar otras unidades. No tomaba en cuenta que se trataba de un conjunto de buques en su mayor parte anticuados, mal equipados y con tripulaciones improvisadas, sin experiencia ninguna. Esta escuadra debería hacer un recorrido enorme, sin tener bases nava-

les para ir a combatir, lo que era seguro, antes de llegar a Vladivostok, con un enemigo que había demostrado conocer y usar todos los métodos modernos de lucha.

Hay que admirar el valor y el fatalismo de marinos como el almirante Rojesvenski, el jefe de la escuadra, que muy bien se daba cuenta que se le enviaba a la derrota y a un fin trágico. Se contaba con la secreta ayuda francesa que iba a estar sujeta a la condición de no comprometer a Francia en un conflicto con el Japón. La navegación de la escuadra rusa hacia el lejano oriente da la impresión de una marcha fatalista hacia la muerte.

Al penetrar la escuadra rusa en el mar del norte, confundió torpemente buques pesqueros ingleses con torpederos japoneses (era imposible que hubieran llegado a esos puntos sin contar con bases navales); dispararon contra ellos y hundieron algunos. Este acontecimiento provocó un grave problema con Inglaterra que la diplomacia francesa trató de atenuar. Años antes el zar Nicolás II, al saber que los alemanes estaban renovando su artillería por otra más potente y en la imposibilidad económica de hacer igual cosa en Rusia, trató de iniciar un movimiento para limitar la carrera armamentista. Una medida encaminada a este fin, un disimulado movimiento de flanco, fue el proponer la creación de un tribunal internacional que fallara en los litigios que pudieran suscitarse entre las naciones. Así nació el tribunal internacional de La Haya al cual se entregó la solución del conflicto producido. Con todo tacto, hubo que fallar contra Rusia y condenarla a pagar las indemnizaciones correspondientes.

La flota rusa dio vuelta por el sur del Africa y se detuvo en una bahía solitaria de la isla de Madagascar, hasta que los reclamos del Japón obligaron al gobierno francés a exigir el retiro de los buques rusos; siguió hacia el norte y después de una corta detención en las cos-

tas de la Indochina francesa, continuó su viaje por el mar del Japón rumbo a Vladivostok.

La escuadra japonesa, al mando del almirante Togo, estaba perfectamente preparada e informada de la ruta seguida por la flota rusa. La batalla se trabó en el estrecho de Tsuschima. Más que batalla fue el lógico e inevitable desastre que destruyó completamente la armada rusa. El almirante Rojesvensky pereció en el combate. La victoria japonesa, que despertó gran entusiasmo por su marina de guerra, no tenía nada de particular; era el triunfo de la nueva técnica naval del occidente aplicada con toda precisión por los marinos japoneses; no influyó en la marcha de la guerra, pues era algo esperado por los que conocían las condiciones de ambas flotas.

La retirada de los rusos después de Mukden podía alargar la guerra indefinidamente e impedía que los japoneses obtuvieran un triunfo total; sin embargo. la intranquilidad existente en Rusia, el descontento popular contra el gobierno zarista y la pérdida del prestigio militar causada por la derrota en lo que se creía una aventura sin importancia, contra un pueblo que se consideraba inferior, contribuyeron a que fuera necesario terminar la guerra antes que se desendacenara una revolución. Por otra parte, el Japón victorioso estaba económicamente agotado y no le era posible continuar tan enorme esfuerzo. En estas circunstancias se recibió una insinuación del presidente Teodoro Roosevelt, de Estados Unidos, en el sentido de que él podía servir de intermediario en una conferencia de paz. La nota americana, hábilmente redactada, dejaba sospechar la intención de no permitir que continuara una lucha que había hecho aparecer una nueva potencia militar y naval en el oriente, donde Estados Unidos tenía posesiones como las islas Filipinas, Hawai y otras islas pequeñas en el Pacífico, además de grandes intereses comerciales en China.

Tanto Rusia como el Japón se vieron obligados a enviar sus representantes a Estados Unidos, a Portsmouth, donde se firmó la paz. Los rusos mantuvieron sus condiciones como si ellos hubieran sido los vencedores. Cedieron al Japón la península de Liao-Tung, evacuaron la Manchuria que pasó a China, Corea quedaba bajo el dominio japonés; pero se negaron a pagar ninguna suma de dinero; sólo entregaron al Japón la mitad de la isla de Sakalin, helada y considerada de muy poca importancia.

La guerra ruso-japonesa tuvo como consecuencia el hacer aparecer en oriente una potencia que en adelante había que tomar en cuenta para cualquier modificación que se pretendiera hacer. Aun Inglaterra, aliada del Japón, vio el grave error que se había cometido al despertar el oriente asiático que ya no iba a poder explotar libremente. Rusia abandonó sus pretensiones de avance hacia el Pacífico y necesariamente volvió hacia su política nacional de expansión en el occidente.

CAPITULO IV

1) Teodoro Roosevelt.— 2) El cónclave de 1903. Veto austríaco.— 3) José Sarto, Patriarca de Venecia.— 4) Elección de Pío X.— 5) Ruptura entre el Vaticano y Francia.— 6) Bulow, Holstein y Eulemburg.— 7) Incidente del Daily Telegraph.— 8) Caída de Bulow.—

1)

Teodoro Roosevelt nació en 1861. Descendiente de una familia holandesa establecida en Nueva York, cuando todavía se llamaba Nueva Amsterdam, era el tipo genuino del norteamericano con ascendientes holandeses, ingleses e irlandeses. Niño débil y enfermizo, leyó con entusiasmo las novelas de Feminore Cooper y Mayne Reid; estas lecturas le despertaron un gusto fanático por la caza y por los deportes que lo convirtieron en un hombre sano y deseoso de llevar una vida activa. A pesar de ser miope, de usar lentes, no vacilaba en arriesgar su vida cazando fieras.

Roosevelt, después de haber terminado sus estudios, se dedicó a la política; fue diputado y el presidente Mac Kinley lo nombró Subsecretario de Marina. Su enérgica actividad tuvo como fin el crear una flota de guerra

siempre con la idea de que pronto iba a estallar un conflicto bélico; éste fue el entablado con España por la independencia de Cuba. Consideró que era inmoral no ir a pelear, no exponer su vida, después de haber abogado tanto por que Estados Unidos interviniera en la guerra y organizó un regimiento de voluntarios, llegando a ser nombrado general por su brillante actuación. Alcalde de Nueva York, pasó a ser una figura prominente del partido republicano, de tal importancia que al presentarse como candidato a la reelección el presidente Mac Kinley, llevó para la vicepresidencia a Roosevelt que fue elegido. Tiempo después, al perecer Mac Kinley asesinado por un anarquista, asumió la presidencia Roosevelt.

Pronto se pudo apreciar la dirección vigorosa de la administración y el partido republicano pudo ver que el nuevo presidente encarnaba la idea imperialista del partido. Estados Unidos ya no era una colonia americana que llevaba una vida independiente; era una potencia, era una potencia mundial que tenía posesiones en el continente asiático e islas que le aseguraban un futuro dominio del Océano Pacífico. Ya hemos visto cómo se interpretaba la llamada doctrina Monroe; ahora era una fórmula que reservaba el continente americano para el dominio de los Estados Unidos.

La necesidad de un canal que uniera el Atlántico con el Pacífico a través de la América Central era algo de vital necesidad para los norteamericanos; la guerra ruso-japonesa había hecho apreciar lo que significaba una potencia como el Japón; no era difícil prever que esta nación era el próximo rival. La defensa del Pacífico hacía necesaria la unión de las flotas de ambos océanos. La construcción del canal era un proyecto muy antiguo en cuya ejecución había fracasado la compañía francesa dirigida por Lesseps que trató de hacerlo cortando el istmo de Panamá. Se estimó que ésta era la

solución más conveniente y así a este fin se dirigió la política de Roosevelt.

Se iniciaron las negociaciones en tres direcciones: Primero, adquirir todos los derechos que sobre este trabajo tenía la compañía francesa, lo que implicaba el pago de las deudas existentes. Segundo, negociar con Inglaterra que aceptara la apertura de un canal controlado por Estados Unidos. Tercero, conseguir que Colombia, dueña del istmo de Panamá, aceptara la ejecución de la obra y cediera la faja del terreno en que se iba a trabajar.

El primer punto fue fácil solucionar; por cuarenta millones de dólares la compañía francesa cedió todos sus derechos. En cambio, las negociaciones con Inglaterra fueron largas y difíciles. Se había terminado la guerra contra los boers y se temía el dar origen a un conflicto que seguramente iba a afectar al Canadá. Estas consideraciones llevaron al gobierno inglés a aceptar la propuesta norteamericana. La posesión del territorio de Bélice en Honduras y Jamaica le daban una base similar a la de la isla de Chipre respecto del canal de Suez.

La dificultad mayor se presentó en el tercer punto. El gobierno de Colombia se negó a ceder el terreno necesario; se aceptaba la apertura del canal, pero en terreno colombiano. Poco después se produjo una sublevación en Panamá y se proclamó su independencia respecto de Colombia. El gobierno de Washington se apresuró a reconocer la nueva república de Panamá y a firmar un tratado por el cual ésta accedía a las condiciones fijadas por Estados Unidos para abrir el canal.

Se supo y no cabía duda acerca del proceder norteamericano. Este gobierno había favorecido e impulsado el movimiento separatista panameño que costó a Colombia la pérdida de este territorio. Causó un hondo malestar y preocupación en las repúblicas americanas el giro que tomaba el poderío de Estados Unidos y la forma de proceder. No se dio importancia ni se analizó

debidamente el hecho de que el poderoso imperio inglés hubiera tenido que ceder ante las exigencias norteamericanas de que el canal fuera abierto en territorio ya perteneciente a esta nación. No se podía comparar el caso de Suez con el de Panamá. Si se estudia la evolución de las relaciones entre Inglaterra y Estados Unidos se podía ver que, cada vez más, se iba subordinando, en forma indirecta si se quiere, la política internacional de la primera respecto de la segunda nación.

Solucionado los preliminares se inició y terminó esta obra admirable de ingeniería que permitía a Estados Unidos unir fácilmente sus escuadras en caso de un conflicto bélico. Al estudiar el trazado del canal hubo opiniones en el sentido de hacer el canal más al norte, en Nicaragua, de mayor longitud, pero que no tenía el inconveniente de las esclusas que hacen esta solución vulnerable para el caso de una guerra.

La política exterior de Roosevelt se caracterizó por la forma altiva de su actuación que colocó a Estados Unidos al nivel de las grandes potencias. Es digna de admiración la forma como intervino en el conflicto ruso-japonés. Previó el peligro que representaba para su patria la formación de una potencia asiática que necesariamente iba a intervenir en el Pacífico. Ya hemos visto cómo indirectamente ayudó a Rusia.

Tiempo después se produjo la tensión franco-alemana por el dominio de Marruecos. Como esto implicaba la intervención inglesa y un posible conflicto de imprevisibles consecuencias, Roosevelt actuó con energía y así contribuyó a que se reuniera la conferencia de Algeciras.

2)

El 10 de agosto de 1903 se reunieron 56 cardenales en el cónclave que debía elegir al sucesor de León XIII.

La figura más brillante del Sacro Colegio era el cardenal Mariano Rampolla del Tíndaro, el ministro de León XIII. En la primera votación Rampolla obtuvo 24 votos y hubo 5 por el cardenal Sarto. Al reunirse el cónclave, el cardenal francés Lecot se dirigió en este idioma a su vecino y preguntó de dónde era su Eminencia; el aludido contestó en latín que lamentaba no hablar francés y que él era el Patriarca de Venecia. Lecot observó que sentía no hablara francés, pues esto le impedía ser elegido Papa. "Gracias a Dios" respondió Sarto, que al saber después que había obtenido 5 votos creyó que los cardenales habían querido entretenerse a su costa, pues esos votos sólo podían obedecer al no saber todavía por quién decidirse.

En la segunda votación Sarto obtuvo 10 votos; en la tercera se produjo un incidente grave. El cardenal Puzyna, arzobispo de Cracovia, declaró que en nombre del emperador de Austria, Francisco José, se oponía y excluía, en virtud de un antiguo derecho, a que fuera elegido el cardenal Mariano Rampolla. Esta declaración provocó la indignación de los cardenales; se trataba de un privilegio no reconocido y con mayor razón después de 1870, es decir, que no tenía valor ninguno en el actual Imperio Espiritual. Las palabras que pronunció el cardenal Rampolla, dichas con nobleza y dignidad, causaron sensación:

"Lo siento por el grave atentado que se ha hecho a la libertad de la Iglesia; por lo que a mí atañe, nada más agradable y honroso me podía pasar".

Pesaba sobre Rampolla la acusación de que la política francófila de León XIII había sido inspirada por él y se temió que la declaración de Francisco José involucraba la voluntad no sólo del Austria, sino también la de la Triple Alianza. El disgusto francés por la no elección de Rampolla se manifestó en la política desarrollada después. La tercera votación dio 24 votos al cardenal Sarto y entonces éste, en forma conmovedora,

manifestó al Sacro Colegio que se creía indigno e incapaz de tan excelsa designación; su falta de conocimiento de idiomas, el no haber desempeñado jamás cargos diplomáticos, no le permitían aceptar si se continuaba pesando en él. La manera humilde y digna de expresarse, hizo ver cuánta grandeza de alma y cuán poca ambición tenía, lo que causó el efecto contrario de lo que él deseaba.

3)

El cardenal José Sarto, Patriarca de Venecia, había nacido en Riese, pequeño pueblo de la llanura veneciana, hijo de una humilde familia cuyo jefe era el cartero y tenía otras actividades además del cultivo de una pequeña parcela en que estaba la cabaña en que vivía con su esposa y sus diez hijos. José, el segundo hijo, era un muchacho robusto, inteligente, y demostró desde niño una profunda piedad. Se cuenta que un día el cura de la parroquia dijo a los niños de su escuela: "Voy a dar una manzana al que me diga dónde está Dios". El alumno José Sarto exclamó: "Yo daría dos manzanas al que me dijera dónde no está Dios".

Al salir de la escuela del pueblo declaró que deseaba ser sacerdote y a pesar de que su trabajo era necesario a la familia, se aceptó que siguiera los estudios que requería su vocación. Todas las pobrezas, los inconvenientes, fueron subsanados. Al llegar a sacerdote, pasó a ser primero ayudante cura de un pequeño pueblo y después cura de otro: Bolzano. Su carácter afable, su completa dedicación a los que sufrían ya fueran pobrezas o enfermedad, el olvido de sí mismo para dedicar los días y parte de las noches a un intenso trabajo en favor de los necesitados, lo transformaron en un admirable protector del que lo necesitaba. Los que lo cono-

cían expusiero al obispo de Treviso sus temores de que este sacerdote ejemplar fuera pronto víctima de alguna enfermedad, debido al desgaste de su salud producida por la agobiadora tarea que soportaba. Nombrado en Treviso para diferentes cargos eclesiásticos, tomó con especial interés la dirección del Seminario.

Un día el obispo lo llamó y entregándole un sobre cerrado le dijo: "Obedezca". La Santa Sede lo había nombrado obispo de Mantua. Fue a Roma, y a pesar de que humildemente declaró que no era digno de ser un príncipe de la Iglesia, tuvo que aceptar. León XIII había comprendido muy bien el carácter y la virtud de aquel modesto sacerdote.

Le tocó a José Sarto oír los comentarios airados de algunas personas de Mantua, que no imaginaban quién era el que los escuchaba, por haberles nombrado como obispo a un clérigo campesino, a un pobre cura de aldea y, según ellos creían, sin ningún mérito para ocupar tal alto cargo. El estaba de acuerdo con esta opinión, pero tenía que obedecer las órdenes del Papa. Cuando Mantua pudo apreciar cuál era su carácter pasó como le había sucedido antes; gozó no sólo del aprecio, sino de la admiración de sus feligreses.

Sin que él lo esperara, le llegó un día la noticia de que había sido promovido al cardenalato por León XIII y días después de recibir al capelo fue nombrado Patriarca de Venecia. Parece que el Papa lo nombró primero cardenal para que no fuera a pensar que por ser Patriarca se le llevaba al Sacro Colegio.

El gobierno italiano protestó por el nombramiento. Alegaba no haber sido consultado; el Patriarcado de Venecia era un cargo de enorme importancia. Duró meses el diferendo entre el Papado y el gobierno italiano, durante los cuales el cardenal Sarto permaneció en su obispado de Mantua hasta que se llegó a un arreglo. La entrada de José Sarto, el nuevo Patriarca, en Venecia, revistió caracteres especiales. Todas las autoridades gu-

bernamentales dieron por no sabido este acontecimiento; en cambio, el pueblo de Venecia convirtió su llegada en una verdadera apoteosis popular.

4)

Monseñor Merry del Val, secretario del cónclave, recibió el encargo de preguntar al cardenal Sarto si aceptaría su elección como Sumo Pontífice. Ante su negativa fue abordado por varios cardenales, uno de ellos era el norteamericano Gibbsons, los que pidieron que aceptara, que la Iglesia lo necesitaba y al contestar que no era digno ni capaz, que el peso de la corona papal causaría su muerte, uno de ellos empleó las palabras de Caifás: "Es mejor que muera un hombre por la salvación de todos". Con las palabras "Hágase la voluntad de Dios", se dio por aceptada su elección que fue hecha en la votación siguiente. Al preguntársele qué nombre elegía, contestó: "Como los Papas que más han sufrido por la Iglesia durante el último siglo se llamaron Pío, yo también tomaré este nombre".

La elección de Pío X causó en el pueblo magnífica impresión y sus primeras medidas en que llamaba la atención su bondad y sencillez, confirmaron el sentir popular. El cuerpo diplomático ante el Vaticano esperaba con impaciencia conocer al nuevo Papa. Después de un Pontífice tan experto en las lides diplomáticas y de tan aristocráticos modales se preguntaban cómo iría a actuar el nuevo, un campesino, un cura rural que no había tenido contacto con las cancillerías. Monseñor Rafael Merry del Val, a quien el Papa pidió lo ayudara en las primeras tareas de su pontificado, explicó a Pío X la forma en que se acostumbraba proceder en esta primera recepción, y lleno de inquietud esperó el término de ella para indagar la impresión de los represen-

tantes de los países ante el Vaticano. Se dirigió primero al embajador alemán —Merry del Val hablaba este idioma— que le preguntó: "Dígame, Monseñor, ¿qué tiene de especial este hombre que seduce al oírlo y verlo, en una forma inexplicable?" Pío X había oído desde su trono el discurso protocolar del decano del cuerpo diplomático y después se había levantado y dirigido para saludar y dar la mano a cada uno de los diplomáticos. Sus modales, las pocas palabras que pronunció, causaron un encanto cuya causa era imposible comprender.

Pío X nombró a Merry del Val su primer ministro y lo hizo cardenal. Este rápido ascenso fue muy comentado, y cuando comenzaron las primeras dificultades diplomáticas no faltó quien opinara que esto se debía a la inexperiencia del Papa y de su ministro. Era un comentario sin base, pues Merry del Val pertenecía a una familia de diplomáticos y era bastante conocedor de este ramo. Una de las cualidades que apreció especialmente el Papa fue el que su ministro hablara correctamente varios idiomas.

Es Pío X un Papa característico del Imperio Espiritual por su profunda piedad, por la especial importancia que dio a los asuntos religiosos, por el interés que demostró por el desenvolvimiento de los Seminarios y por su completa indiferencia respecto de los bienes materiales de la Iglesia y en particular por los que se referían a su persona. Con razón pudo decir en su testamento: "Nací pobre, he vivido pobre y muero aún más pobre". Era famoso por su espíritu caritativo y por dar al necesitado lo que poseía, aunque le fuera indispensable. Alguien que lo conocía dijo cuando fue elegido Papa: "Es capaz de vender el Vaticano para dar limosna a los pobres". No fue así, los bienes del Papado no eran de él; se consideraba sólo su depositario.

5)

El primer problema grave que tuvo que afrontar Pío X fue el relacionado con Francia. Se ha culpado a la falta de tacto diplomático del Papa y de su ministro, a su política, tan distinta a la seguida por León XIII, el que se produjera la crisis de la Iglesia y el Estado en esa nación, con el consiguiente perjuicio para los católicos franceses. Es un cargo injusto, lo que es fácil apreciar si se estudia la política francesa de esa época. Se ve que lo acontecido era un fin al cual se encaminaba el gobierno de Francia. Puede ser que la habilidad diplomática del Pontífice anterior hubiera logrado dilatar algún tiempo o paliar aparentemente la brusquedad de la ruptura; pero los resultados finales habrían sido los mismos.

La burguesía acaudalada que imperaba en Francia y que por medio de leyes constitucionales, hábilmente estudiadas, daba la impresión de representar el sentir de la nación, había encontrado en las logias masónicas su centro de acción y éstas, como en Italia, tomaron un carácter anti-católico encaminado hacia la destrucción de la Iglesia. El espíritu de la Ilustración, dominado en algunos de los períodos de la Revolución Francesa, aplastado durante la Restauración y el Segundo Imperio, renació triunfante con la Tercera República y con un racionalismo más acentuado. El admirable avance de la ciencia terminó por completar la idea de muchos de que la inteligencia humana era omnipotente; en un tiempo más se descubriría el origen de la vida. Las ideas religiosas eran resabios de una época de ignorancia y los fenómenos espiritualistas el resultado de combinaciones electromagnéticas cuyas leyes pronto se determinarían. Y así se llegó a un materialismo delirante que veía en el laicismo la única base digna de un gobierno.

No es posible negar la evidencia de que el ataque al Vaticano fue algo premeditado; se creó el motivo y el gobierno papal protestó. El presidente de Francia, Loubet, viajó a Roma a visitar a los reyes de Italia y no tomó en cuenta a la corte pontificia. Era sabido que era considerado como un ultraje el que un gobernante visitara al rey primero y no al Papa. Cuando el presidente francés procedió así, su cancillería sabía muy bien las consecuencias que se iban a producir. Producida la protesta del Nuncio en París, Francia retiró su Embajador ante la Santa Sede.

Poco después fueron llamados por el Vaticano los obispos de Dijon y Laval para dar cuenta de varios cargos que pesaban sobre ellos. El premier del gobierno francés Emilio Combes declaró, ante la apelación de los dos prelados, que esta actitud del Vaticano significaba la ruptura del concordato. El Nuncio fue retirado de París y entonces se propuso la separación de la Iglesia del Estado, ley que fue aprobada.

En la encíclica "Vehemanter", Pío X se dirigió a la jerarquía, al clero y a toda la nación francesa para condenar la ley de separación, calificada como una grave ofensa a Dios, en términos que adquirirían un carácter profético al decir que Francia, cuya gloria había crecido en unión del Papado, vería disminuir tristemente su poder por esta separación. Quedaba el problema de la posesión de los bienes eclesiásticos. Ante una terminante negativa del Papa para autorizar nada que significara una transacción, un acuerdo indirecto, el gobierno francés se apoderó de los bienes pertenecientes a 30.000 parroquias y 100.000 sacerdotes y las rentas de la Iglesia. Los sacerdotes fueron autorizados a decir misa en las iglesias que ahora eran del Estado.

Como respuesta a las críticas que se hicieron por no haber demostrado más flexibilidad para salvar los bienes eclesiásticos, Pío X llegó a decir:

"Hablan demasiado de los bienes de la Iglesia y demasiado poco de su bien. Decidles que la historia se repite. Siglos ha, en la cumbre de un monte, dos poderes se encontraron cara a cara. Todo esto te daré dijo uno, ofreciendo los reinos de la tierra y sus riquezas; si postrándote a mis pies me adoras. El otro rehusó y todavía está rehusando".

Ante la digna actitud de los católicos franceses, el Papa les dice:

"Nunca cesaremos de dar gracias a Dios por el espíritu que ha animado a nuestros hijos de Francia. Nuestro consejo de seguirnos en el sufrimiento ha sido obedecido espléndidamente. Nuestra sola aflicción es no poder participar en toda la amargura de la batalla que vosotros experimentáis. Ahora Francia se ha mostrado verdaderamente digna del título de Hija Mayor de la Iglesia".

6)

Bernardo Bulow, cuarto canciller de Guillermo II, fue el único después de Bismarck que tuvo dotes de estadista. Desgraciadamente había subido al poder apoyado por dos de los más nefastos miembros de la camarilla de aduladores que rodeaba al káiser, que con objeto de mantenerse en el favor del soberano, con su constante adulación le impedían ver la realidad de los hechos: El príncipe Eulemburg, inteligente, de un notable gusto artístico, especialidad propia de su temperamento afeminado, y el barón Holstein, consejero privado de la cancillería, hombre que dominaba la política internacional, y que llevado por su raro carácter siempre quiso ser una eminencia gris, que ejercía el poder tras otras personas.

Holstein impuso sus ideas políticas que partían de tales errores que el tiempo demostró cuán equivocadas eran. Creía imposible que se produjera una alianza entre la Rusia zarista y la Francia republicana; estimaba imposible un acercamiento anglo-francés ante el cúmulo de intereses coloniales contrapuestos, y más difícil un entendimiento anglo-ruso. Esto explica el motivo de los desaciertos de la política alemana después de Bismarck; el menor secreto de ella carecía de perspicacia sobre la posible evolución de las relaciones entre las naciones y mañosamente inducía al káiser a seguir sus conceptos básicos erróneos.

El almirante Tirpitz propuso al Emperador la construcción de una poderosa flota de guerra, proyecto que Bismarck se había negado a tratar ante el temor de despertar la suspicacia de Inglaterra. Si Alemania había adquirido un vasto imperio colonial, era lógico que debería disponer de una escuadra para defenderlo. Guillermo II acogió con entusiasmo la idea y se emprendió la construcción de buques de acuerdo con los últimos adelantos navales.

Se ha dicho que la construcción de la escuadra alemana provocó la enemistad de Inglaterra; fue sin duda uno de los motivos que determinaron esta rivalidad; pero no el más importante; es conveniente recordar que el gobierno inglés trataba de mantener la superioridad de la escuadra inglesa respecto de la suma de las dos más poderosas que le seguían. La causa decisiva de la animosidad contra Alemania se debía al admirable desarrollo de la industria de ésta, que empezó primero a competir en los mercados mundiales con la inglesa; pero después se vio que amenazaba desplazarla gracias a sus precios inferiores y a su óptima calidad. Así ocurrió primeramente con la industria siderúrgica y continuó con otras como la textil. Las maquinarias de último modelo de que disponían los alemanes les permitían una fabricación más rápida y más barata. En cambio, las fá-

bricas inglesas debían renovar sus plantas, lo que requería inversiones de capital que a veces no estaban a su alcance.

Hubo industrias, como la de los productos químicos, que los alemanes desarrollaron en forma novedosa, dándole especial interés al estudio científico que les proporcionaba increíbles adelantos. La situación llegó a ser tal —y esto hay que tomarlo muy en cuenta al estudiar el génesis de los acontecimientos que van a seguir— que Inglaterra, cuyo poderío se fundaba en su imperio comercial, se encontraba ante la amenaza de una competencia ruinosa que debería producir su decadencia.

Hemos visto ya como lentamente se produjo el acercamiento franco-ruso, que terminó con una alianza defensiva. La muerte del zar Alejandro III y la subida al trono de Nicolás II fue un acontecimiento favorable para la política de Guillermo II. Sabía cuán triste idea tenía de él el poderoso zar fallecido; en cambio, el débil sucesor podía ser en sus manos un juguete fácil de manejar. No comprendió el káiser, dentro de su inagotable vanidad, cuál era el verdadero carácter de Nicolás II. Su aparente debilidad, su bizantinismo tan bien disimulado engañaba hasta sus más cercanos colaboradores. El zar detestaba todo lo alemán, era un ruso completo; pensaba que el gran obstáculo para realizar el ansiado avance hacia el oeste que comprendía primero la posesión total de Polonia, de Constantinopla y de los estrechos, era el Imperio alemán. Su ascendencia materna, danesa, le hacía recordar el atropello que significó la guerra de los ducados. Su timidez le impedía un rotundo no a las constantes presiones del monarca alemán; pero después hacía caso omiso de ellas.

Guillermo II creyó que era una hábil política el impulsar al zar hacia la expansión en el extremo oriente asiático; no imaginó el grado de poder del Japón y mucho menos las graves consecuencias que iba a generar el fracaso ruso. Lo más perjudicial para Alemania

fue el no haber sabido aprovechar la debilidad de Francia al no contar con la ayuda rusa. La política alemana perdió su tiempo en torpes amenazas que no pensaba realizar. En cambio, se inició con gran éxito el acercamiento anglo-francés. El rey de Inglaterra, Eduardo VII lo apoyó decididamente, y ante la cuestión de Marruecos y las amenazas alemanas se estrechó aún más la amistad de estas dos naciones. El ministro francés Delcassé, como ya lo hemos visto, tuvo que retirarse por la imposición alemana. Ya se sabía que el Estado Mayor estudiaba la invasión de Francia a través de Bélgica para evitar el ataque a las fortificaciones francesas de la frontera franco-alemana.

La intervención del presidente Roosevelt decidió la reunión de una conferencia internacional que se verificó en Algeciras (España). Ahí se pudo ver fácilmente que Alemania, fuera de la alianza austríaca, estaba aislada. Francia recibió el consentimiento de las potencias para actuar en Marruecos, que pasó a ser un protectorado francés completando así el Imperio francés en el Africa noroccidental; en compensación, tuvo que ceder a Alemania territorios en el Africa Ecuatorial.

7)

Bulow tenía que distraer parte de su tiempo en tratar de dar diferente interpretación a frases de los discursos del káiser y a veces solucionar verdaderas complicaciones provocadas por la falta de tacto al hacer declaraciones inoportunas. Tal fue el caso de un artículo publicado en un diario inglés, el Daily Telegraph. El autor había conversado con Guillermo II, redactó el artículo y lo envió al káiser para que le diera su aprobación. El Emperador lo mandó en consulta a su ministro Bulow, el cual no lo leyó, sino que lo entregó a uno

de sus ayudantes, el que tampoco lo revisó y equivocadamente lo dio por aprobado.

Hay partes de este artículo que dan la impresión de ser la opinión de un muchacho turbulento, mal educado; jamás la de un monarca. Dice por ejemplo:

"¡Vosotros los ingleses sois como los toros furiosos que todo lo ven rojo! ¿Qué es lo que ha sucedido para que nos cubráis con un haz de sospechas indignas de una gran nación? ¿He faltado alguna vez a mi palabra? Durante la guerra boers la opinión y la prensa alemana estaban contra vosotros. Sin embargo, ¡recordadlo! ¿Qué hice yo? ¿Quién fue el que detuvo en Europa a los delegados boers que buscaban apoyo y fueron festejados en París, y quién imposibilitó su misión? Yo fui el único que no los recibió".

Sin reparar en la humillación que significa lo que dice referente a las fuerzas armadas inglesas y a toda una nación orgullosa de su poder, agrega más adelante, refiriéndose a una carta de la reina Victoria en que le manifiesta sus inquietudes por el conflicto en el Africa:

"¡Y aún hice mal! Hice que mis ayudantes me prepararan una descripción todo lo exacta posible, del número y situación de los ejércitos, tal como se encontraban entonces. Con estos datos preparé, según mi opinión, el mejor plan de campaña posible y lo sometí a la crítica de mi Estado Mayor; después lo envié a Inglaterra, y en el castillo de Windsor espera el juicio imparcial de la Historia. Y permitidme que apunte una extraña coincidencia: mi plan era casi idéntico al que después adoptó Lord Roberts y merced al cual logró la victoria".

El gran conocedor de la estrategia, el señor del arte guerrero, se digna trazar el plan que los pobres ingleses sin decirlo llevaran a cabo para conseguir el triunfo. Después torpemente se refiere al punto crítico: la construcción de la escuadra alemana, y manifestó que esto se hacía para ayudar a Inglaterra en un posible con-

flicto en el Pacífico, donde el poder japonés y el despertar de China eran síntomas graves que debían considerarse. No pensaba en la pésima impresión que estas frases iban a causar en el Japón, cuya importancia como potencia no se podía desdeñar.

La indignación producida en Inglaterra fue incalculable; la frase del embajador alemán en Londres, Metternich, es un resumen elocuente: "Ya podemos empezar a cerrar la tienda". Y esto no fue nada comparado con el efecto producido en Alemania; hubo una condenación general, no ya de un partido de oposición, sino del país entero. La revista alemana "Simplicissimus" publicó una caricatura en que el Emperador Guillermo I pide perdón a Dios por su nieto y dice que es Emperador por la gracia de Dios, a lo que Dios responde: "¡Ahora queréis echarme a mí la culpa otra vez!" En otro periódico aparece el capellán de palacio levantando las manos al cielo y citando la frase bíblica:

"Ah, si pudiera poner un cerrojo a mi boca, y un sello a mis labios".

La opinión alemana llegó hasta hablar de una abdicación. La solución estaba en manos de Bulow; declaró que él era el culpable; pero como no renunció a su cargo de canciller, perdió el favor del káiser que nunca pudo olvidar que había sido defendido tímidamente.

8)

El triunvirato formado por Bulow, Eulemburg y Holstein se disgregó porque los intereses y aspiraciones de los tres políticos tomaron diferentes direcciones para terminar en una sorda rivalidad. Bulow, verdadero estadista, no estaba de acuerdo con la política de Holstein que a veces se veía obligado a seguir. Lentamente convenció al Emperador de que era necesario dar el re-

tiro a este funcionario que continuamente solicitaba se le concediera en la creencia de que sus servicios eran indispensables y le sería negado. Y ocurrió que en una de las veces que presentó su renuncia, el káiser la firmó, posiblemente algo muy propio de su carácter versátil, sin tomar en cuenta las complicaciones futuras que podían producirse.

Holstein en su retiro, culpó de su desgracia a Eulemburg (puede haber sido el mismo Bulow el que le confirmó esta idea) y desató contra el que creía culpable una terrible campaña. Un periodista de mucha fama, Maximiliano Harden, aludió en varios artículos la existencia de un grupo de personajes que se designaban entre ellos con nombres que ocultaban una vergonzosa intimidad. No se daba el nombre de estas personas ni se decía nada que pudiera estimarse como una calumnia. Los afectados llenos de temor precipitaron los acontecimientos. Un alto jefe de la policía de Berlín, poco antes de morir, entregó al káiser un paquete de documentos secretos que probaban la vida inmoral de algunos de los cortesanos que rodeaban a Guillermo II. El Emperador no quiso abrir el paquete y ordenó archivarlo; ante la ola de comentarios producidos por los artículos de la prensa, el soberano ordenó que se le trajera, lo abrió y al leer los documentos que contenía, vio con horror la prueba de que en su corte había una serie de homosexuales que con sus degradantes intimidades comprometían el prestigio, tanto de él como de sus allegados. Pocos podían creer que el monarca jamás había sospechado lo que pasaba.

Uno de los comprometidos era nada menos que el jefe militar de Berlín, el general Kuno von Moltke y otro Eulemburg ,a quien junta con Bulow, el káiser recientemente los había hecho príncipes. Los dos triunviros afectados por los acontecimientos, Holstein por su retiro y Eulemburg por el escándalo, no perdonaron a

Bulow el haberse mantenido alejado y no haberlos defendido en ninguna forma y aun sospecharon que indirectamente había trabajado en contra de ellos.

Bulow perdió su ascendiente sobre el Káiser y tuvo que retirarse; Alemania perdió un canciller capaz de dirigir la política en los momentos difíciles que se aproximaban; fue nombrado en su lugar Bethman Holweg, ministro y antiguo funcionario, persona correcta y honrada, pero que carecía de las dotes necesarias para encauzar en debida forma la cada vez más complicada política exterior.

Ahora podemos apreciar cómo después de la conferencia de Algeciras, los acontecimientos se encaminaban hacia el fatal desenlace de 1914. Un hombre como Bismarck habría evitado y habría dado otra dirección a las causas que conducían a un conflicto que se debía evitar; Bethmann no vio hacia dónde se iba y Guillermo II no tenía el criterio ni el carácter necesarios para evitar la catástrofe; da la impresión que se lo lleva la corriente y no se da cuenta de ello.

CAPITULO V

1) El Imperio austro-húngaro.— 2) La anexión de Bosnia y Herzegovina al Austria.— 3) El zar Nicolás II convoca una Duma o Parlamento.— 4) El carácter ruso según su literatura.— 5) Guerras italo-turca y balcánicas.— 6) El progreso material es incapaz de evitar la guerra.—

1)

Después de la guerra austro-prusiana, Austria quedó excluida de los asuntos alemanes, lo que se vio confirmado cuatro años después al proclamarse en Versalles el Segundo Imperio alemán. La monarquía austríaca pasó a ser un Estado sin ninguna vinculación con los diferentes reinos y principados que formaron el Imperio Federal de Alemania.

El Emperador Francisco José era un hombre carente de fantasía, pero un esclavo de sus deberes como soberano; trabajador incansable durante todo su largo reinado, jamás dejó de estar al corriente de todos los asuntos administrativos y políticos de su heteregéneo Imperio. La desgracia lo persiguió desde joven; primero la revolución, después las guerras desastrosas y finalmente las dolorosas desgracias familiares. El heredero de la co-

rona, el archiduque Rodolfo, estimado y querido por su simpatía personal, después de su matrimonio —concertado como la generalidad de las uniones entre príncipes, en las que el amor no es el factor principal— se sintió desgraciado, falto de un ideal. No hay duda que lo afectaba la neurosis de los príncipes bávaros heredada por su madre la emperatriz Isabel. Parece que las complicaciones políticas y familiares lo afectaron en tal forma que repentinamente se suicidó. Este acontecimiento ha dado motivo a diferentes interpretaciones, la mayor parte de carácter novelesco. La verdad nunca se sabrá, pues Francisco José que presentía el fin del Imperio, entregó los documentos relativos a este desgraciado incidente a su ministro Taafe y le pidió que destruyera esos papeles si podían caer en manos extrañas. El honrado y fiel funcionario los quemó cuando vio venir la caída de la monarquía de los Habsburgos.

La hermosa y buena emperatriz Isabel contribuyó decididamente a solucionar uno de los problemas más graves del Imperio austríaco: la tenaz oposición húngara a ser gobernada desde Viena como un país sometido. La rebelión de 1848, que sólo había sido posible vencer con la ayuda de los rusos, creó un ambiente de rencor que fue aumentado por la cruel represión austríaca; se hizo lo posible por exasperar aún más el espíritu de independencia de los húngaros. Hungría, dirigida por una nobleza de tipo feudal, se preparaba en secreto para una nueva sublevación que debería estallar en un momento propicio. Al acceder Francisco José a entregar la Lombardía, en la guerra franco-austríaca, lo hizo ante el temor de que estallara la guerra en Hungría.

Bismarck comprendió muy bien que uno de los puntos débiles del poder austríaco era el mantener quietos a los húngaros y entró en tratos secretos con los dirigentes revolucionarios. Después de Sadowa, nuevamente uno de los motivos básicos que obligaron al gobierno

de Austria a firmar la paz fue el peligro húngaro, y Bismarck continuó sus maquinaciones en Hungría para transformar el Imperio austríaco de rival en un aliado seguro por la comunidad de intereses.

La emperatriz Isabel, de acuerdo con Francisco José, tomó a su cargo el problema húngaro. Emprendió un viaje a Hungría. El encanto femenino de su persona, su bondad y el tacto inteligente de su trato causaron honda impresión entre los magnates húngaros y muy luego los más recalcitrantes, algunos de ellos perseguidos por las autoridades austríacas, confiaron en la emperatriz. Después de su regreso a Viena y de prolongadas negociaciones, se llegó a un acuerdo que transformó el Imperio austríaco en la Monarquía Dual austro-húngara y los húngaros de enemigos pasaron a ser firmes sostenedores del Imperio.

La emperatriz Isabel, ahora reina de Hungría, fue considerada como la imagen de la recobrada nacionalidad; recordaba a la santa reina Isabel de Hungría. Se pudo ver cuánta era su popularidad entre todo el pueblo húngaro por la manifestación que se le hizo al celebrarse el milenio de Hungría como nación. Cuando en la solemne reunión de la corte y de los representantes del pueblo húngaro, en Budapest, apareció el emperador Francisco José y tras él, pálida, triste y enlutada, la emperatriz Isabel, estalló un grito unánime de entusiasmo que revelaba cómo se había conquistado el amor del pueblo: ¡Elisabeth, Elisabeth! Se pudo ver cómo las lágrimas asomaron a sus ojos y el consuelo que sintió al verse tan amada a pesar de haberse alejado de Hungría y de Austria, pues sus desgracias y su espíritu inquieto la obligaban a vivir viajando y cambiando continuamente de ambiente. Tristes noticias de su familia amargaron sus días hasta que encontró un trágico fin en Ginebra al ser asesinada por un anarquista que deseaba cometer un atentado sensacional.

2)

En el Congreso de Berlín se acordó entregar al Austria dos territorios del Imperio turco: Bosnia y Herzegovina, los cuales estaban situados al norte de Servia y Montenegro, que pasaron a ser naciones independientes. Ambas regiones estaban habitadas por eslavos, en su mayor parte servios, de religión musulmana en algunas partes y ortodoxa en otras. No hay duda que el espíritu de este acuerdo era que el Austria administrara al principio estos territorios para incorporarlos a su Imperio después; el carácter hetereogéneo de éste hacía posible una anexión futura.

Este acuerdo fue una jugada maestra de la política de Bismarck; compensaba al Austria de sus pérdidas territoriales en Italia y desplazaba el centro del Imperio austríaco hacia los Balcanes, alejándolo de los intereses alemanes; convertía al Austria en una fiel aliada cuya unión con Alemania evitaría el avance ruso y transformaba la península balcánica en un campo de acción alemana. Había otro motivo muy interesante para la política germana: el acuerdo que cambió el Austria en una monarquía dual, Austria-Hungría, entregó a la parte germana la vigilancia de los estados eslavos del norte; es decir, Bohemia y Eslovaquia, y las regiones servias y rumanas a los húngaros, como Bosnia, Herzegovina y Transilvania.

La concentración de la influencia germana en Bohemia tendía a conseguir un fin perseguido a través de varios siglos: el dominar por completo a los habitantes de Bohemia, los checos, uno de los pueblos más cultos del grupo eslavo.

La política humana, producto de una inteligencia limitada, no alcanza a prever los acontecimientos que llamamos casuales, los que escapan a las aparentes posibilidades. Bismarck veía en el archiduque Rodolfo un

continuador de la política de los Habsburgos; nadie imaginó su muerte prematura, su suicidio. Al faltar Rodolfo, el heredero del trono según las leyes familiares de la monarquía austríaca era el hermano de Francisco José, quien por su edad y carácter no aceptaba la corona. Francisco José se inclinaba en favor de su segundo sobrino, Otto; pero la serie de escándalos que había protagonizado lo hacían incapaz de ser proclamado como príncipe heredero. Hubo que aceptar al hermano mayor, el archiduque Francisco Fernando.

El nuevo heredero del trono era un príncipe de carácter reservado, no agradaba al emperador y el primer disgusto que hubo entre ellos se produjo cuando pidió permiso para contraer matrimonio con la condesa Sofía Chotek, de origen checo y que era la dama de compañía de la esposa e hijas del archiduque Federico. Ante la firme voluntad de Francisco Fernando, hubo que autorizar un matrimonio morganático; los futuros hijos del príncipe heredero no tendrían derecho a heredar el trono. El emperador nombró a Sofía Chotek duquesa de Hohemberg.

Se desarrolló entre el anciano Emperador y Francisco Fernando una sorda rivalidad; este último encontró en su esposa el amor y el apoyo necesarios para estimular sus secretos proyectos. Los checos deberían tener dentro del Imperio una situación similar a la de los húngaros y con este objeto el príncipe comenzó a estudiar la manera de transformar el Imperio en una federación en que todos los pueblos que lo componían tuvieran iguales derechos. Guillermo II no simpatizaba con Francisco José; el carácter versátil del primero no podía congeniar con el austero y tranquilo monarca austríaco. Esto vastó para que Francisco Fernando considerara al emperador alemán como su más firme apoyo.

Las continuas luchas entre los países balcánicos, Bulgaria, Rumania, Servia, Grecia y Montenegro y sus ataques a Turquía, así como la situación inestable de es-

te país agravada por la sublevación de los "jóvenes turcos", vinieron a confirmar la idea del zar Nicolás I sobre "el hombre enfermo". El gobierno austríaco deseaba completar sus derechos sobre Bosnia y Herzegovina declarando anexados estos territorios al Imperio; en ellos se había invertido grandes sumas en construir caminos y en establecer una administración progresista. Austria inició conversaciones con Rusia sobre la posible anexión; el Imperio ruso quería como compensación establecer la libre navegación de los estrechos para dar salida a la flota del mar Negro. Hubo entrevistas entre los ministros de relaciones de ambos Imperios, a fin de llegar a un acuerdo y causó malestar en Rusia cuando el Austria, firme con el apoyo alemán, envió una nota diplomática a las potencias anunciando que se había decretado la anexión.

La más afectada de las potencias era Rusia, que trataba de mantener una especie de protectorado sobre los países balcánicos independizados del Imperio turco. La única de estas naciones de verdadero origen eslavo era Servia; durante largo tiempo había reinado en este país la familia de los Obrenovich, afectos al Austria por la dependencia económica que ligaba Servia con el Imperio austríaco. Una sangrienta revuelta de carácter militar dio como resultado el alevoso asesinato del rey Alejandro y su esposa la reina Draga. Poco después ocupó el trono Pedro Karageorgevich, cuya familia siempre había sido rival y enemiga de los Obrenovich. Necesariamente, el nuevo rey de Servia buscó el apoyo de Rusia para mantenerse en el trono; con este objeto planteó el problema de la Gran Servia, es decir, de la anexión de los pueblos de origen servio, unos sometidos a los turcos y otros al Austria como eran Bosnia y Herzegovina.

3)

El gobierno zarista del Imperio ruso se deslizaba por un plano inclinado hacia un trágico final. Alejandro III, de carácter firme, había logrado mantener el orden y terminar con el nihilismo. A su muerte, Rusia daba la impresión de una potencia autocrática de temible poder. Su alianza con Francia y el estímulo del capital francés invertido crearon una equivocada impresión de estabilidad del gobierno.

Ya hemos visto la primera parte del reinado de Nicolás II. Falto de carácter, era obstinado y tímido, incapaz de imponer su voluntad, usaba métodos bizantinos para gobernar. La molesta imposición del cortejo de grandes duques y el influjo de la nobleza en la corte alejó al zar del pueblo. A principio del siglo recrudeció de nuevo el terrorismo, no ya en la forma nihilista, pero siempre dentro del aspecto destructor del carácter ruso.

El zar Nicolás II cometió el grave error de provocar la guerra contra el Japón. Se ha culpado al káiser Guillermo II de haber instigado al zar a emprender esta torpe aventura. Es verdad que hubo por parte del Emperador alemán toda clase de consejos e insinuaciones; pero tanto Nicolás II como la corte rusa eran antialemanas; los verdaderos culpables de que se produjera esta guerra desastrosa fueron aventureros rusos, entre los que figuraban grandes duques y nobles capitalistas que esperaban obtener pingües ganancias en la explotación de las riquezas de Corea.

Los fracasos del ejército, los desastres de Mukden y Tsushima causaron un hondo malestar en el pueblo ruso. La guerra popular, el ardiente deseo, era el avance hacia el occidente, el tomar posesión de Constantinopla y en vez de esta cruzada nacional se emprendía una guerra que terminaba en una vergonzosa derrota.

La ola de terrorismo se ensañó con los servidores del Estado; el asesinato del ministro Plehve y poco después el del gran duque Sergio, tío del zar y gobernador de Moscú, hicieron ver a Nicolás II que era necesario hacer un cambio completo. El pueblo recordaba con horror el día sangriento en que una muchedumbre se había dirigido al palacio imperial para entregar sus peticiones al zar y había sido ametrallada por los soldados de la guarnición.

El terrorismo no era compartido por todos los elementos revolucionarios. Entre las masas obreras formadas en las ciudades por el desarrollo de la industria, había prendido el socialismo que bajo la dirección de jefes como Wladimir Ulianof, conocido como Lenin, seguían el marxismo, interpretado a la rusa y organizado como el partido bolchevique, nombre que significaba el máximo, para diferenciarlo de los mencheviques, que pedían el mínimo de las reformas.

Después de un período de revueltas y desórdenes en que actuaron soviets de obreros y campesinos, al firmarse la paz con el Japón se restableció el orden y se promulgó un decreto imperial que convocaba a una Duma, o sea, un parlamento ruso. La Duma no dio el resultado esperado; disuelta y vuelta a convocar varias veces, se consiguió al restringir el derecho electoral dar voto sólo a los que algo poseían y no deseaban cambios fundamentales; esto produjo la certeza de que solamente una gran revolución que derribara la monarquía podía solucionar el problema existente.

Aparentemente Rusia había recuperado su poder militar y se volvió a poner de actualidad la política de intervención en los Balcanes. La alianza con Francia y el acuerdo con Inglaterra constituían la Triple Entente que se oponía a la Triple Alianza.

4)

Es difícil entender el problema de la política interna rusa si se trata de analizarlo según el criterio occidental. Como hemos visto antes, el mejor exponente del alma rusa se encuentra en su literatura. En la época de que estamos tratando sucede igual que en las anteriores. Los críticos admiran con razón la belleza de la forma literaria, el detallado aspecto psicológico de los personajes; pero no observan el fondo, ese algo que sencillamente no comprenden los hombres de otras culturas. Basta leer algunos de los más célebres escritores, como Tolstoi, Andreiew, Goncharof, Garin y otros, para observar que en su modo de pensar expresado por medio de sus personajes hay algo inexplicable.

Uno de los más conocidos de estos autores, el conde León Tolstoi, en cada una de sus obras acentúa ese algo destructor del carácter ruso. En alguno de sus libros como Ana Karenine, La guerra y la paz o Resurrección, se encuentran frases como estas: "La propiedad es la causa de todo mal, no es sino la manera de apropiarse del trabajo de los demás" — "La Iglesia ortodoxa es una alianza impía con el poder oficial; es la unión de los farsantes con los bandidos". Llega a decir: "Me he convencido poco a poco de que la enseñanza de la Iglesia no está hecha más que de supersticiones groseras y de farsas impúdicas". El Santo Sínodo de la Iglesia rusa, al excomulgarlo, dice:

"Seducido por el demonio de su orgullo, el conde León Nicolaievch se ha revelado audazmente contra Dios, Nuestro Señor Jesucristo. Con ardor fanático propaga el derrumbamiento de todos los dogmas..."

5)

Después que la conferencia de Algeciras entregó el protectorado de Marruecos a Francia, se produjeron tres guerras que aparecen como una especie de prólogo de la de 1914, la primera guerra mundial que inicia el período de conflictos, que concluyen por dar fin al predominio de la cultura occidental y tal vez causaran ya no sólo su decadencia, sino su posible final.

Estas tres guerras son la ítalo-turca y las dos balcánicas. Italia, que contaba con el asentimiento de las grandes potencias, envió a Turquía un ultimátum en que le exigía la entrega de Tripolitania y Cirenaica, territorios situados en las cosas del Mediterráneo, entre Túnez y Egipto. Como Turquía no lo aceptara, Italia le declaró la guerra y procedió a desembarcar un ejército en Africa. Después de una larga lucha en que las tropas turcas fueron vencidas y los árabes pobladores de estas regiones sometidos, se procedió a llevar la guerra a las islas del mar Egeo y a los Dardanelos.

La situación amenazadora de los pueblos balcánicos obligó a Turquía a firmar la paz e Italia quedó dueña de los territorios africanos que había conquistado. A pesar de esta derrota, los turcos continuaron oprimiendo a las poblaciones cristianas de la faja de territorios que se extendía desde el Adriático al mar Negro al sur de Servia y Bulgaria. Se formó una coalición entre Servia, Grecia, Bulgaria y Montenegro; sin preocuparse de las grandes potencias se lanzaron contra Turquía.

Los búlgaros en forma brillante derrotaron a los turcos en Kir Kilisia y Lule Burgas y avanzaron sobre Constantinopla, defendida por una fuerte línea de fortificaciones. Al mismo tiempo los servios vencían en Kumanovo y los griegos se apoderaban de Salónica. Al ver a Turquía completamente derrotada, Rusia y Austria, tras la cual estaba Alemania, trataron de salvar los res-

tos del Imperio turco en Europa y evitar el excesivo engrandecimiento de los países balcánicos; los rusos no aceptaban que los búlgaros entraran en Constantinopla y los autríacos no iban a permitir que Servia llegara a las costas del Adriático.

Las pretensiones búlgaras, fundadas en sus éxitos militares, de quedarse con la mayor parte de los territorios conquistados, produjo la ruptura con Servia, Grecia y Montenegro, ayudados por los rumanos que deseaban participar del botín. Bulgaria no pudo resistir el ataque de sus ex aliados y de los turcos. El tratado de Bucarest puso fin a la segunda guerra balcánica. El dominio turco en Europa quedó reducido a una faja de territorio a lo largo de los estrechos. Lo demás fue repartido entre los vencedores; para evitar el engrandecimiento de Servia y que llegara al Adriático, se creó el estado de Albania.

6)

Al comenzar el año 1914 una ola de optimismo se había extendido por toda la tierra. El progreso acelerado de la ciencia, los nuevos inventos cada vez más asombrosos, aprovechados por la industria para aumentar las comodidades de la vida, daban la sensación de que el hombre poseía una inteligencia de un poder ilimitado. Las burguesías enriquecidas ejercían el poder por intermedio de los gobiernos representativos generados por hábiles leyes constitucionales y electorales que daban la impresión de existir una completa libertad e igualdad. Se considera como un triunfo definitivo el que las monarquías autocráticas como Rusia y Turquía hubieran establecido Parlamentos: la Duma en Rusia y el Diván en Turquía. En el lejano oriente el Mikado, el emperador del Japón, gobernaba de acuerdo con un

Parlamento: la Dieta; la antiquísima monarquía de los manchúes había desaparecido para dar paso a la República China.

Se cuenta que el príncipe Talleyrand dijo un día que las personas que no habían vividos antes de 1789, es decir, antes de la Revolución Francesa, no sabían lo que era vivir; se refería a que ya había desaparecido el encanto, la refinada cortesía de una aristocracia que sólo se preocupaba del placer que le proporcionaba el trabajo de las clases no privilegiadas. Algo parecido, en otro sentido, puede decirse del modo de vivir y pensar de antes de 1914. Se creía que el hombre había llegado a la meta de una perfecta organización social y política que no habían alcanzado a disfrutar las generaciones anteriores. Y junto con esta satisfacción de la vida cómoda, iba alejándose la idea de la divinidad. Dios era para muchos sólo una palabra, un concepto arcaico próximo a desaparecer.

Los hombres pensadores, los políticos honrados que conocían la continua inquietud de los gobernantes, veían la situación en otra forma. La política internacional se iba deslizando hacia una complicación tal, que fácilmente podía sobrevenir una catástrofe. Los grandes inventos se aprovechaban también para idear armas destructoras. Existía en los pueblos de la cultura occidental y en otros el servicio militar obligatorio, que al aumentar cada día más la fuerza de ejércitos numerosos iba lentamente creando un ambiente bélico, el cual debería provocar, como única solución, una guerra catastrófica. Una caricatura de esa época muestra en forma gráfica el temor de muchos: se titulaba "el equilibrio europeo", aparecía una esfera que giraba equilibrándose en el filo de una espada.

La pretensión humana de haber llegado a un grado de civilización en que se iban a proscribir las guerras, se exponía en varias obras. Una de ellas, "La gran

ilusión", de un autor inglés, Norman Angel, trataba de explicar la imposibilidad de que estallara una guerra entre las grandes potencias, pues el gasto que significaba el mantener tan numerosos ejércitos y tan potentes flotas no era posible hacerlo, superaba todas las posibilidades financieras.

Otra obra interesante sobre este tema fue publicada en Inglaterra: "¿Es posible ahora la guerra?" Era un resumen con algunas modificaciones de un estudio hecho por un financista polaco: I. S. Bloch. Trataba de demostrar que las guerras del futuro iban a causar una ruina general. La dependencia existente entre la economía de las diferentes naciones era de tal naturaleza que la ruina de una —en menor producción y al mismo tiempo en una disminución del poder comprador— tenía que afectar a las otras. Hacía observaciones de carácter militar que los estados mayores de los diferentes ejércitos no las tomaron en cuenta; las estimaron como algo sin valor, producto de un autor sin conocimientos militares. Sostenía Bloch que los nuevos ejércitos de millones de combatientes no iban a formar ejércitos aislados, separados unos de otros como antes, que podían maniobrar y hacer concentraciones estratégicas; se iba a luchar en líneas continuas que cubrirían las fronteras en toda su extensión. El poder mortífero de las armas de fuego obligaría a volver al sistema de atrincheramientos. Había armas, como la caballería, que serían inútiles. No iba a ser posible desarrollar guerras rápidas; serían guerras largas que terminarían por producir el hambre y la miseria general.

CAPITULO VI

1) Causas de la primera guerra mundial.— 2) La guerra de 1914 considerada como una lucha de culturas.— 3) Alemania, la Triple Alianza y la Triple Entente.— 4) y 5) Influencia de los planes militares en el estallido de la guerra.— 6) Austria-Hungría.—

1)

Mucho se ha escrito sobre las causas que produjeron la primera guerra mundial, la de 1914. Se han analizado y estudiado concienzudamente todos los factores que pudieron ocasionarla y se ha tomado en cuenta hasta lo sucedido cincuenta o cien años antes. Sin embargo, la mayor parte de estas obras adolecen de la falta de equidad para juzgar los hechos acontecidos por estar inspiradas algunas por un nacionalismo extremo y otras por un partidismo hábilmente disimulado. Los vencedores culparon del estallido de la contienda a los vencidos y estos, cuando pudieron reaccionar, se encontraron muy pronto con el segundo conflicto mundial que exacerbó aún más el deseo de culpar al enemigo del desastre producido.

Hay que tratar en forma diferente las causas lejanas que produjeron la guerra de 1914, respecto de los

pretextos, las causas próximas o mejor dicho los inevitables factores, inconscientemente preparados unos —ocasionales otros— que produjeron el estallido bélico. Una forma clara de apreciar las causas lejanas consiste en recurrir a la hipótesis de la existencia de las culturas, que permite ver con claridad meridiana que este acontecimiento fatalmente debería suceder; se podía haber aplazado, pero finalmente debía producirse.

Hemos tratado algunos aspectos de la cultura rusa, nacida de los gérmenes que sobrevivieron al brutal aplastamiento que hicieron los tártaros de una naciente cultura originada entre los pueblos de raza eslava que habitaban la gran llanura de la Europa oriental. La cultura rusa, más joven que la occidental, empezó a intervenir en la política europea a mediados de la segunda etapa de su existencia, entre Pedro el Grande y la caída del zarismo.

Caracteriza el alma rusa un afán destructor que exige un gobierno firme, despótico, de inexorable autoridad y uno de sus objetivos será el satisfacer esa ansia de dominar hacia el occidente. Moscú es la tercera Roma, debe rescatar a Bizancio y someter el occidente.

María Teresa de Austria y su hijo José II tuvieron una falsa visión del futuro cuando buscaron la alianza rusa y emprendieron la guerra contra Turquía, la constante enemiga del cristianismo. Después aceptaron la infame proposición de Federico II de Prusia para repartirse Polonia, la nación que había sido y era el baluarte de la cultura occidental en el oriente europeo.

Como vimos en el volumen IV, fue Napoleón el primero que tuvo un concepto claro de lo que significaba el Imperio ruso y el peligro que envolvía para el porvenir de la cultura occidental. La expedición napoleónica a Rusia fue la primera tentativa de vencer la cultura moscovita y repelerla hacia los Urales; pero hay que observar que en estas luchas entre una cultura céntrica y otra divergente las ventajas están por parte de

la primera. Es una característica de las culturas divergentes la rivalidad que existe entre los diferentes pueblos o naciones que la componen; ésta los lleva a impedir que una de ellas pueda realizar la hegemonía; en otros términos, tratan de oponerse a que la cultura divergente se transforme en una céntrica. Esta oposición lleva hasta la alianza de uno o varios de sus componentes con la cultura o pueblo dominador enemigo para vencer a la nación que pretende unirlos bajo su dominio.

Es un ejemplo claro de esto lo ocurrido en la cultura griega. Estados como Esparta y Atenas en diferentes ocasiones llegaron a favorecer el enemigo tradicional, el Imperio persa, y después del efímero triunfo de Tebas combatieron tenazmente el dominio de Macedonia, hasta llegar a aliarse con Roma, que finalmente las sometió y puso fin a la cultura griega. En la cultura occidental vemos a Francia aliarse con los turcos, enemigos tradicionales; no los detiene ni siquiera el ideal religioso con tal de resistir el imperialismo de Carlos V. Inglaterra es la que ha seguido la política de oposición más hábil dentro de la cultura occidental. "Somos un Imperio comercial", declaró uno de sus ministros y con una fuerte flota y la abundancia de dinero vigiló celosamente que no fuera a desarrollarse en el continente una nación capaz de dominar a las otras y no vaciló en ir a la guerra y aceptar cualquier aliado para mantener el continente dividido y ejercer un predominio que evitaría una hegemonía continental.

Es Inglaterra la que detiene la marcha victoriosa de Napoleón, auxilia económicamente a Rusia y consigue que el Austria vuelva a formar parte de otra coalición que impedirá la unión de la cultura occidental, acortando así su existencia. El ministro Metternich contribuye decididamente a impedir la consolidación del Imperio francés; es un hombre de talento, un buen estadista, pero de esos que creen se puede mantener sin va-

riaciones lo existente, que carecen por completo de visión del porvenir y no comprenden la evolución natural de los pueblos y de las culturas.

La caída de Napoleón hace poner de manifiesto la ambición rusa, su verdadero carácter, y entonces, como una ironía del destino, es Inglaterra la que tiene que encabezar la resistencia contra el avance moscovita.

2)

El segundo episodio bélico en que la cultura occidental trata de detener el dominio ruso, es el de la guerra de Crimea. Inglaterra se apoya en Francia; ya no puede contratar como antes soldados alemanes; tienen que ir a luchar tropas inglesas y sólo la visible amenaza de la unión a esta alianza de Austria y Prusia obliga a Rusia a ceder.

La guerra ruso-turca casi decidió el que Rusia realizara parte de su ideal. Dos hombres de un excepcional talento político y de una nítida visión del peligro existente detuvieron la marcha de la cultura rusa. Estos fueron Bismarck y Disraeli. En secreto acuerdo llegaron al congreso de Berlín y ahí Rusia vio la imposibilidad de vencer el bloque austro-alemán apoyado por Inglaterra, y la gran guerra no estalló. Gracias a esto se aplazó por 35 años.

La primera guerra mundial es el tercer episodio guerrero de la lucha entre la cultura rusa y parte de la occidental. Como veremos más adelante, Rusia se encuentra ante un terrible dilema: o iba a una guerra popular que satisficiera el ansia de destruir el occidente o la monarquía zarista se derrumbaba. Debía ser una guerra victoriosa, pues la dinastía no podía sobrevivir a una tercera derrota. La guerra pudo ser de nuevo aplazada de haberse encontrado al frente de los gobiernos de las

naciones comprometidas en el posible conflicto, algún estadista con la capacidad de Disraeli o Bismarck; pero habría sido sólo un nuevo compás de espera. La guerra debería fatalmente estallar hasta que uno de los dos adversarios quedara aniquilado o una de las dos culturas entrara en el caos.

Hay que considerar, entonces, la primera guerra mundial como la lucha imposible de evitar entre la cultura céntrica rusa aliada con naciones de la cultura occidental, divergente, contra el bloque que impedía su avance hacia el occidente. Para comprender mejor la forma en que estalló la guerra, vamos a procurar dar una rápida idea sobre la situación de las cinco naciones que fueron las responsables de la sangrienta contienda. Estas naciones, enumeradas por orden alfabético, son Alemania, Austria, Francia, Inglaterra y Rusia.

3)

Alemania.—El Imperio alemán era la potencia militar más formidable que existía en ese tiempo; su ejército era el más preparado, mejor armado y organizado. dirigido por un estado mayor formado por militares estudiosos y completamente dedicados a su profesión. Contaba Alemania, además, con una industria bélica capaz de abastecer cualquier necesidad durante la guerra.

Se habla hoy día, con admiración, de lo que se llama "el milagro alemán". Se refiere al extraordinario desarrollo de la industria alemana, a la capacidad de trabajo que ha hecho posible reemplazar la ruina dejada por la terrible última guerra, por una creciente riqueza. Bien podía llamarse éste "el segundo milagro alemán". El primero sería la inesperada transformación de Alemania, a fines del siglo XIX, en una gran potencia industrial, el increíble desarrollo de nuevas industrias,

como las químicas, que dieron al Imperio una holgada situación económica. En 1914, Alemania lo único que necesitaba para seguir prosperando era la paz.

Bismarck había creado el imperio colonial alemán en Africa y Oceanía; equivalía en superficie a poco menos de la cuarta parte del inglés, el más grande del mundo, que había demorado siglos y grandes y costosas guerras en formarse. En cambio, el imperio colonial alemán era la obra de un hombre, conseguida por medios diplomáticos y hecha en pocos años.

La situación de Alemania era espléndida; no le convenía una guerra; desgraciadamente su tercer Emperador, Guillermo II, no era capaz de apreciar la verdad de esto. Como lo hemos visto ya, era un hombre con un conjunto de buenas y malas cualidades; falto de criterio, predominaba en él la vanidad y el instinto teatral que lo impelía a dar siempre espectáculos. Da la impresión del político ateniense Alcibíades, cuya mayor preocupación era dar motivos para que el pueblo de Atenas estuviese preocupado de lo que él hacía. El káiser hablaba bien, pero en sus discursos no le daba importancia a la tracendencia de las frases que decía, sólo le preocupaba la grandiosidad y la belleza del conjunto. Era completamente versátil en su oratoria; pronunciaba discursos de carácter guerrero para después, a bordo de su yate, reemplazar a un pastor en la homilía dominical correspondiente. Una muestra de su carácter se puede apreciar al considerar la importancia que le atribuía al esplendor de los uniformes y se da el caso que para asistir a la ópera a oír el Buque Fantasma vestía de almirante.

Guillermo II, después de despedir a Bismarck, sólo tuvo un canciller capaz, Bulow, y éste preocupado ante todo de mantener el favor del soberano, subordinó su acción política a los caprichos de él. Fue un período fatal para la política alemana, en que las continuadas amenazas hacia Francia, que debido a la guerra ru-

so-japonesa no contaba con el apoyo de Rusia, despertaron en el gobierno francés el deseo de acercarse a Inglaterra, algo que estimulaba el rey Eduardo VII con una hábil política. Ante el peligro que significaba para el comercio inglés el extraordinario desarrollo del alemán y el aumento de poder de la flota de guerra alemana, lo que ya no obedecía a un plan lógico de poseer una marina para defender las colonias, sino a superar y transformar el Imperio alemán en una gran potencia marítima, Inglaterra tenía que impedirlo.

El acercamiento de Inglaterra a Rusia terminó con la formación de lo que se llamó la Triple Entente, que se oponía a la Triple Alianza. La diferencia estaba en que la Triple Alianza, creación de Bismarck, no era una amenaza, sino una manera de asegurar la paz europea; las continuas bravatas del káiser le dieron un aspecto ofensivo, sin fijarse que uno de sus componentes era de muy dudosa fidelidad. A una diplomacia eficiente no se le podía escapar el hecho de que Francia había logrado de que en caso de una guerra Italia no atacaría la frontera francesa. Había fuertes probabilidades de que al estallar el conflicto entre la Triple Alianza y la Triple Entente, la primera quedara reducida a una doble alianza y la otra convertida en una cuádruple.

La alianza con Austria, parte fundamental de la política de Bismarck, se basaba en una disimulada protección de Alemania y en la condición fundamental de que Alemania nunca se dejaría arrastrar a una aventura balcánica por parte de Austria. Los cancilleres que sucedieron a Bismarck no tomaron en cuenta esta condición tan importante; y lentamente, llevados por la incapacidad, pasaron a ser los puntos de apoyo de los ministros austríacos y húngaros para especular con el fuerte poder alemán. La anexión de Bosnia y Herzegovina fue una prueba de la evolución que había sufrido la alianza austro-alemana. Ante este peligro, a Guillermo

II sólo se le ocurren frases grandilocuentes como la de que "había que mantener la fidelidad de los Nibelungos"; jamás Alemania dejaría en la estacada a Austria.

4)

Un factor decisivo que contribuyó a que se produjera el conflicto bélico de 1914, fue la importancia determinante que tomaron los estados mayores y sus planes de guerra cuidadosamente estudiados. Vamos a ver modo de dar una idea de lo que significó este punto, cuya consideración explica la imposibilidad de evitar la guerra.

Al no renovarse el tratado con Rusia, después de la caída de Bismarck, el ejército alemán tuvo que afrontar la posibilidad de una guerra en dos frentes. Moltke estudió un plan de guerra contra rusos y franceses. Su experiencia de la guerra de 1870 lo llevó a estimar que el ejército más potente era el ruso y por esto ideó tomar la ofensiva en el oriente y la defensiva en el frente occidental.

Cuando Moltke se retiró debido a su avanzada edad, ocupó su puesto el conde Schliessen, de gran fama como estratega. Poco después sobrevino la guerra ruso-japonesa y pudo observarse la táctica rusa y la increíble desorganización en cuanto a movilizar, concentrar y abastecer los ejércitos en campaña. Los militares alemanes llegaron a la conclusión de que los rusos eran buenos y heroicos soldados; pero que estaban tan mal dirigidos que en conjunto sus ejércitos no eran tan temibles como se creía. Estas consideraciones llevaron a SSchliessen a cambiar los planes existentes y a estimar que el ejército francés era el más peligroso y el que había que eliminar antes de emprender un ataque fuerte contra Rusia.

Entre la oficialidad alemana predominó durante un tiempo gran admiración por las campañas napoleónicas. La superioridad estimó que esto era anti-nacional y consiguió que se estudiara y considerara a Federico II como el gran genio de la guerra. A pesar de todo, para el militar alemán el ejemplo más digno de imitarse era el de la batalla de Canas y de aquí nació la estrategia tipo Canas, que era la predilecta de los generales alemanes.

El cartaginés Aníbal, con un ejército inferior en el número de combatientes, logró envolver al romano gracias a su genio militar que no se atenía a métodos, sino al saber aprovechar hábilmente todos los factores favorables. Era costumbre que los ejércitos en los campos de batalla, se desplegaran formando un frente de igual longitud que el contrario y colocar la caballería en ambas alas. Aníbal colocó su infantería con débiles filas en el centro y escalonadas la mayor parte de ellas en los extremos, de tal modo que al mirar de frente —no había otro método de observación— se viera una longitud de despliegue igual a la romana. Al avanzar la infantería cartaginesa, después de haber retrocedido la caballería romana vencida por la de Cartago, las filas escalonadas se fueron desplegando en tal forma que rebasaron la infantería romana y pudieron, auxiliados por la caballería vencedora, envolver al ejército romano. Este fue el tipo Canas: envolver al enemigo.

El rey de Prusia Federico II había usado el sistema ideado por el tebano Epaminondas, que se conocía como "el orden oblicuo". Consistía en distribuir el ejército colocando más fuerzas en una ala, el ala ofensiva y menos en la otra, el ala defensiva. Exagerando podría decirse que geométricamente la distribución de la infantería estaba representada por un rectángulo en el sistema clásico y por un triángulo en el orden oblicuo. Uno de sus mayores éxitos lo obtuvo Federico en la batalla de Leuthen, contra los austríacos. Cuando enfren-

tó al ejército contrario, formado según el sistema clásico, colocó una izquierda débil y una fuerte derecha que al atacar abrumó a la izquierda austríaca, la cual, al retroceder, introdujo la confusión en el ejército que tuvo que retirarse derrotado.

5)

El conde Schliessen partió de la base de que había que emprender contra Francia una guerra relámpago que destruyera su ejército antes que Rusia terminara su movilización y pudiera actuar con todo su poderío militar. Los franceses habían construido a lo largo de la frontera con Alemania una serie de fortalezas que les aseguraba una defensa muy difícil de vencer. Un ataque directo del ejército alemán, un Canas gigantesco, era imposible. En cambio el gobierno francés no se había preocupado de la frontera con Bélgica; como éste era un país declarado neutral, se estimó que no era necesario defender este límite.

El no estar defendida la frontera franco-belga fue lo que consideró Schliessen para proyectar un ataque tipo Leuthen en gran escala. Se trataba de desplegar un ala defensiva a lo largo de la frontera francesa, hasta Metz, y concentrar un ala ofensiva que penetrando a través de Bélgica se iba a desplegar en Francia hasta el mar. En resumen, el ejército alemán se iba a alinear —es una forma simplista de explicar— según una recta desde Belfort, cerca de Suiza, hasta Metz, aproximadamente en una extensión de 175 kms.; esta sería el ala defensiva que en caso de un ataque fuerte debería retirarse y atraer al ejército hacia Alemania. El ala ofensiva partía desde Metz, punto de giro, tendría una extensión variable que iría aumentando en Bélgica y Francia hasta pasar cerca de Ruan, es decir, iba a cubrir

una longitud doble de la del ala defensiva, cerca de 340 kms.

El ala derecha (ofensiva) del ejército giraría con centro en Metz, hasta envolver en su totalidad el ejército francés; en su marcha rebasaría París, ciudad que sería sitiada por un pequeño ejército, el mínimun posible. Según Schliessen, el ala derecha debía tener una superioridad, en cuanto a fuerza, no el doble de la izquierda defensiva, sino abrumadora, y por una serie de combinaciones llegó a establecer una proporción de 100 a 9 entre ambas. Mientras más retrocediera el ala izquierda alemana ante la derecha francesa, más se favorecía el avance de la derecha alemana envolvente. La gran preocupación de Schliessen era mantener, y si era posible aumentar, la desproporción entre la izquierda defensiva y la derecha ofensiva. Se cuenta que en su lecho de muerte sus últimas palabras fueron: "reforzad la derecha".

Guillermo II, llevado por su carácter teatral, nombró como sucesor de Schliessen al general Helmuth von Moltke, no tanto por pertenecer a su camarilla de favoritos militares como por el nombre de Moltke; pensaba que esto iba a causar temor tanto en Francia como en Rusia. Sobrino y ayudante de su tío, el gran Moltke no tenía de él nada más que el apellido. Buen general como jefe de división a las órdenes de un superior enérgico, era indeciso, tímido y falto de calma. No hay duda que el plan de Schliessen lo atemorizó; el dejar una fuerza tan débil en el sector en que estaba ubicada la parte principal de la industria siderúrgica que proveía al ejército era algo de una audacia tal que no pudo aceptar, y en cambio hizo todo lo contrario de lo que aconsejaba Schliessen: debilitó la derecha para robustecer la izquierda; en vez de la proporción 100 a 9 estableción la de 100 a 42. Moltke conservó el plan Schliessen, pero un plan mutilado, expuesto a fracasar si se

encontraba ante un general capaz de aprovechar la posición defectuosa a que debería llegar en su avance el ejército atacante.

6)

Austria.—Austria-Hungría era una monarquía dual; el soberano, Francisco José, era emperador de Austria y rey de Hungría. Las desgracias que le habían afectado, su avanzada edad, su vida siempre correcta dedicada ante todo a cumplir con sus deberes de monarca, su buen gobierno y el bienestar de sus súbditos lo convirtieron en el centro de unión de su hetereogéneo imperio; gozaba no sólo del respeto, sino del fervoroso cariño de todos los habitantes tan dispares de la monarquía dual.

Parece que el emperador Francisco José presentía el próximo fin del Imperio austro-húngaro; él sería su último Emperador. Miraba con desconfianza y temor a su obligado heredero, el archiduque Francisco Fernando, el cual hacía gala de sus ideas tan opuestas a las del soberano reinante en cuanto a la nueva organización que pensaba dar al conjunto de pueblos que formaban la monarquía dual y era de temer su amistad con Guillermo II. Se preocupaba el archiduque especialmente del ejército; su matrimonio con una dama de Bohemia lo inclinaba a manifestar sus simpatías por los eslavos. Era lógico pensar que su gran aspiración consistía en que sus hijos fueran los herederos del trono, excluidos de él por los acuerdos imperiales respecto de su matrimonio morganático.

Igual que en Alemania, el ejército era un poder formidable; la industria austríaca podía abastecer holgadamente las necesidades bélicas en caso de un conflicto. El punto grave era la no disimulada enemistad servia, fomentada por la dinastía de los Karageorgevich, que

estimaban como una aspiración natural la unión de los territorios servios que estaban bajo el dominio austríaco.

La última guerra balcánica, la terminante oposición de Austria-Hungría a que Servia llegara al Adriático y la creación del Estado de Albania, crearon un clima de odios que fue apoyado por Rusia. La situación llegó a tal extremo que algunos jefes del ejército austríaco, como el general Conrado von Hoetzendorf, opinaban que era necesario una guerra preventiva.

Es interesante conocer los diálogos entre el emperador y el general cuando éste le propone primero un ataque a Italia y años después le expone las razones por las cuales considera de absoluta necesidad atacar a Servia. Francisco José se negó terminantemente a aceptar cualquier aventura guerrera. Tomaba muy en cuenta que en caso de un conflicto, los soldados de origen eslavo no iban a combatir con entusiasmo contra hombres de su misma raza. Habían pasado los tiempos en que Federico II enrolaba en sus ejércitos a los soldados vencidos y esto hacía especialmente temible un conflicto con Rusia, de donde partía una abundante propaganda paneslavista.

CAPITULO VII

1) Francia.— 2) Inglaterra.— 3) Rusia.— 4) Síntesis de las causas de la guerra del año 14.— 5) Asesinato del archiduque Francisco Fernando.— 6) Ultimátum del Austria a Servia.— 7) Estalla la guerra de 1914.—

1)

Francia.—De las cinco potencias que intervinieron en la generación de la primera guerra mundial, la menos culpable fue Francia; aun se puede decir que fue una víctima del conflicto. La serie de alianzas, tratados y arreglos diplomáticos y el mantener un fuerte ejército, que le daba un carácter peligroso a su neutralidad, la obligaron a intervenir en una guerra que no le convenía y produjo su decadencia como potencia de primer orden.

Cuando Bismarck no pudo atacar a Francia por segunda vez, después de la guerra del 70, trató de evitar en lo posible que tuviera un gobierno fuerte. Consiguió que fracasara la restauración monárquica y prestó todo su apoyo a la república. El carácter autoritario del gran canciller alemán no aceptaba un gobierno de mayorías parlamentarias tan variables que según él jamás podían

desarrollar uno continuado. Estaba muy de acuerdo con la opinión de Enrique Robert Petic que dice:

"La Tercera República va a ser una perpetua agitación en la calle, una caída ininterrumpida de ministerios, una explotación constante de escándalos formidables, una descomposición lenta y progresiva de la nación que nos llevará, más de una vez, al borde del abismo".

Este párrafo, de un carácter profético, se encuentra en su obra "La dictadura de las logias".

Los países que han tenido la suerte de que la formación de su nacionalidad sea la obra de una dinastía, a veces milenaria como es el caso de Francia, cometen el más grave error al prescindir de ella para entregarse a una aparente libertad que no es nada más que la explotación ejercida por una oligarquía que por medio de hábiles leyes da la impresión de que es el ciudadano el que decide con su voto la generación del gobierno. Con razón ha dicho Ernesto Renán: "El día que Francia cortó la cabeza a su rey, se suicidó", y agrega en otra parte: "La fatalidad de la república es provocar la anarquía y, al mismo tiempo, reprimirla muy duramente" y "El egoísmo, fuente del socialismo, y la envidia, manantial de la democracia, no lograrán sino una sociedad débil, incapaz de resistir a vecinos poderosos".

Bismarck alentó igualmente la formación del imperio colonial francés; así se creaba un vasto campo al espíritu aventurero, ingenioso y heroico del francés y se alejaba de la rivalidad nacional europea; se creaba una abierta competencia con Inglaterra y veía claramente que esto no favorecía el poder militar. Las campañas coloniales desarrollaban cualidades militares distintas de las que se iban a necesitar en la dirección de enormes masas de hombres que constituirían los ejércitos en una guerra en Europa.

Francia adquirió un considerable imperio colonial, el tercero de los existentes; equivalía en superficie al 78

por ciento del inglés. Guillermo II siguió una política contraria a la de Bismarck y trató de impedir el engrandecimiento colonial de Francia cuando adquirió el protectorado de Marruecos. La prosperidad de Francia fue apagando las ideas de revancha y de recuperar los territorios cedidos a Alemania en 1870: Alsacia y Lorena.

Cuando se indica como una de las causas de la primera guerra mundial el deseo de Francia de vengar la derrota del año 70, se incurre en un error. El pueblo francés disfrutaba de la riqueza obtenida por el trabajo y no deseaba la guerra, al contrario, la temía; las continuas amenazas del gobierno alemán crearon clima de inquietud. El gran ministro que fue Delcassé cultivaba la alianza rusa y procuraba obtener la de Inglaterra, no con fines de revancha, sino como factor de seguridad ante el cada vez más poderoso potencial bélico alemán. Muchas veces manifestó la creencia de que Francia volvería a recuperar las provincias perdidas por medios pacíficos. Estimaba posible, casi seguro, la disgregación del Imperio austríaco a la muerte de Francisco José y ante la expansión de Alemania se llegaría a un sistema de compensaciones territoriales.

Durante la guerra ruso-japonesa y la impotencia rusa en Europa, arreció el peligro para Francia de una agresión alemana. Un oficial del estado mayor alemán, oculto tras el nombre de "El Vengador", vendió a Francia el plan Schliessen, en circunstancias que el ejército francés estaba desorganizado. Después de la guerra franco-alemana se había organizado el ejército de acuerdo con las nuevas teorías militares; se construyó a lo largo de la nueva frontera con Alemania una serie de fortalezas en que Belfort, Epinal, Toul y Verdún eran los puntos principales; constituían una línea defensiva tal que el romperla implicaba un desgaste considerable para el ejército atacante. Pero la política corrompió a la oficialidad francesa; el escándalo del ministro de guerra, general Andree, abofeteado en la Cámara al denun-

ciarse la existencia de las fichas masónicas, sin las cuales los oficiales eran postergados en sus ascensos, sin tomar en cuenta sus méritos, hizo ver el triste estado en que se encontraba un ejército considerado como uno de los más eficientes.

Francia no deseaba la guerra, su alianza en la Triple Entente era de un carácter defensivo; pero el contar con un fuerte ejército, con una poderosa escuadra, con enormes recursos económicos y con una industria bélica eficiente, hacían que fuera considerada como un factor indispensable en cualquier conflicto guerrero. Ya hemos visto cómo el estado mayor alemán estimaba como algo indispensable aplastar primero a Francia en caso de una guerra, aunque ésta no deseara intervenir en el conflicto.

2)

Inglaterra.—Desde el siglo XVIII Inglaterra ejercía el papel de potencia preponderante gracias a su poderosa marina y su fuerte poder económico. Como base de su política trataba de impedir que ninguna nación continental pudiera dominar a las otras y realizar la hegemonía de la Europa occidental. El congreso de Berlín, cuyos principales acuerdos habían sido secretamente estudiados por Bismarck y Disraeli, fue un gran triunfo inglés. El Imperio británico, dueño de Gibraltar, Malta y Chipre, dominaba el Mediterráneo. La compra de una gran parte de las acciones de la compañía del canal de Suez y la ocupación de Egipto de acuerdo con Francia, le aseguraba el camino más corto hacia la India, su más valiosa posesión.

Al subir al trono alemán Guillermo II, se iniciaron los primeros desacuerdos entre Inglaterra y Alemania. A pesar de que el káiser era nieto de la reina Victoria

de Inglaterra y sobrino de Eduardo VII, existía entre tío y sobrino una no disimulada antipatía. Todo se agravó ante el inusitado desarrollo de la industria y del comercio alemán. La guerra boers fue aprovechada torpemente por Guillermo II para hacer ver hacia Inglaterra una antipatía que sólo era aparente y no real; de esto se aprovecharon los estadistas ingleses para dar un aspecto político a algo que era una rivalidad comercial.

Al terminar el siglo XIX, Alemania había aumentado su población de 41 millones de habitantes a 55 millones y para alimentarla había que recurrir a la industria que producía a menos precio y mejor que la inglesa, pues trabajaban con maquinarias nuevas y más apropiadas; algo que los industriales ingleses no podían hacer ya que esto los obligaba a invertir enormes sumas de dinero para renovar totalmente sus instalaciones. Además los alemanes estudiaron novedosas producciones, como pasó con las industrias químicas. El comercio alemán en un período de 10 años, desde 1894, aumentó en un 70 por ciento y su flota mercante en 234 por ciento. Se le atribuye al ministro inglés Balfour la siguiente declaración, dicha en un tono irónico:

"Creo que somos unos imbéciles al no encontrar motivos para una declaración de guerra a Alemania antes de que este país construya demasiados buques y se apodere de nuestro comercio".

Cuando debido a las iniciativas del almirante alemán Tirpitz se aprobaron las primeras leyes para crear la flota de guerra alemana, fue fácil convencer al ciudadano inglés y al mundo el peligro que existía para Inglaterra de perder su preponderancia marítima. Era lógico que Alemania tuviera naves de guerra; poseía un vasto imperio colonial y debía defenderlo. Por lo demás, se ha hecho gran caudal del argumento de que Alemania pretendía superar el poder de la flota de guerra inglesa; en ello hay una evidente exageración, hábilmente explotada por el gobierno de Inglaterra. La

marina de guerra inglesa se mantenía superior a la suma de las dos más poderosas de otras naciones. En su mayor potencia, la escuadra alemana era inferior a una de las dos que mantenía Inglaterra frente a las costas alemanes del mar del Norte. Y en cuanto a las negociaciones encaminadas a limitar las construcciones navales de carácter bélico, de cuyo fracaso se culpó a Alemania, no tenían la importancia que se les atribuía, pues existía la alianza con Francia y Rusia que a su vez aumentaban sus flotas de guerra, las cuales en un conflicto armado iban actuar de acuerdo con la marina inglesa.

La verdadera razón de la rivalidad anglo-alemana era de carácter comercial y ella afectaba la base más importante del poder inglés: la fuerza económica. Inglaterra, ante todo, era un imperio comercial y había que defenderlo; por esto no se vaciló en dar a la política inglesa un giro completamente distinto al hasta entonces seguido. El entendimiento con Rusia significaba renunciar a mantener la integridad del Imperio turco, y ayudada por Francia se iba a la destrucción del poder germánico que era la única barrera que podía detener el avance ruso hacia el occidente. El gobierno inglés calculaba que costaría menos una guerra que el perder la supremacía comercial.

3)

Rusia.—Apaciguados los movimientos revolucionarios producidos al terminar la guerra ruso-japonesa y establecida la Duma, Rusia daba la impresión de que había entrado en el camino de las reformas que la iban a llevar a constituir una democracia de gobierno representativo, cual era el ideal imperante. La calma producida era sólo aparente; el zar Nicolás II, bajo sus apariencias de hombre de carácter débil y fácil de mane-

jar, era obstinado y convencido de que ejercía un poder de origen divino y por lo tanto debía mantenerlo incólume. Fatalista, creía en un triste destino; se estimaba una víctima que debería sufrir resignadamente las desgracias que iban a sobrevenir y que no podía evitar.

No todos los pueblos o naciones pueden tener un gobierno semejante. Un sistema presidencial resulta en algunos países, fracasa en otros. El parlamentarismo, un éxito en Inglaterra, es un evidente fracaso en Francia y aún más en España. Rusia es un país de cultura céntrica, necesita por su carácter, por el genio ruso, un gobierno despótico; el zarismo era su expresión nacional, pero un zarismo en contacto con el pueblo, con los millones de campesinos que veían en el soberano un padre. La aristocracia opulenta y ambiciosa siempre había tratado de controlar el poder monárquico hasta que zares como Iván IV, Pedro el Grande, Catalina II o Nicolás I habían sabido colocarla en el sitio que le correspondía. La numerosa familia imperial, apoyada por esa aristocracia, impedía toda reforma que tratara de unir al zar con su pueblo y por eso la Duma era sólo un medio de disfrazar un gobierno absolutista.

El desarrollo de la industria había creado masas obreras en que las doctrinas socialistas de carácter marxista encontraron entusiasta acogida. El nihilismo, expresión tan propia del carácter ruso, fue reemplazado por un terrorismo que, cosa increíble, era fomentado por el gobierno ruso, sin que el monarca lo supiera. Se había creado la Ocrana, policía secreta, la cual para aumentar su poder pagaba agentes provocadores que eran los más terribles terroristas. Por último, los verdaderos revolucionarios lograban comprobar el engaño, como pasó con el pope Gapon que estaba a sueldo de la policía. El más famoso terrorista vivía en el extranjero y entraba secretamente a Rusia a preparar los atentados; Evno Azef era un agente que ganaba gruesas sumas de dinero como provocador pagado por la Ocrana.

Boris Savincov, célebre revolucionario —veremos más adelante que fue ejecutado por orden de Stalin—, dice refiriéndose a Azef (esta opinión tiene mucha importancia porque Savincov fue el ejecutor de varios de los últimos atentados):

"Se ha pretendido hacer de Evno Azef un personaje diabólico, un demoníaco, cuya suprema satisfacción era sembrar a su alrededor la ruina y la muerte, que no concebía alegría más grande que la de tener en sus manos —manos de plebeyo hebreo— los destinos de los más grandes personajes y el mismo porvenir de Rusia. ¡Nada de eso!... Azef no fue nada más que un venal traidor, un vulgar provocador, que no entregaba más que a medias sus secretos a la policía. El terrorismo era para él una fuente inagotable de provechos y de satisfacciones; era la gallina de los huevos de oro, toda su habilidad consistía en saber comercializar hasta el más alto precio la potencia formidable que le proporcionaba la Organización de Combate, es decir, la dirección terrorista".

Queda la pregunta: ¿Supo la Ocrana, o sea la policía secreta, los complots para asesinar al ministro Plevhe, al gran duque Sergio, al ministro Stolypine y a tantos otros? Hay en todo esto un misterio que no se ha podido dilucidar; aun la misma muerte de Alejandro II ha sugerido siempre la duda de por qué una policía tan eficiente como era el servicio secreto no tomó las medidas necesarias para evitar el atentado.

Junto con la aristocracia que impedía que el zar se acercara al pueblo, existía el formidable poder del ejército; la gran mayoría de la oficialidad y la jefatura pertenecía a la aristocracia y formaban un conjunto muy distinto del alemán o del francés, dedicados a sus asuntos profesionales. Sobre el poder militar ruso había una leyenda de eficiencia que el fracaso de la guerra ruso-japonesa no pudo disipar. El ejército, la masa, era enorme, el soldado que lo componía valiente, capaz de gran-

des sacrificios y de ir a la muerte heroicamente; pero estaba dirigido por jefes incapaces del estudio del arte guerrero moderno, no pensaban en aprovechar los nuevos adelantos en la organización de los abastecimientos tanto alimenticios como bélicos, lo que era de absoluta necesidad. Sólo sabían lanzar sus hombres al ataque, a la muerte; pero lo hacían en forma varonil, ellos eran los primeros en dar el ejemplo. El descuido, la falta de preparación era tan grande que ni siquiera se disponía de los mapas necesarios de las zonas en que se iban a desarrollar las operaciones militares.

El ansia de lucha, de avance hacia el occidente, volvió a surgir como en los tiempos de Alejandro II, antes de la guerra ruso-turca. El odio contra el austríaco, contra todo lo alemán; el considerar los países balcánicos como zonas de influencia rusa y el Imperio turco como una herencia que había que recoger; todo esto agravado con las guerras balcánicas, llevó a considerar que la lucha contra el bloque germánico era la única salvación del zarismo. Se cultivó el instinto guerrero y patriótico del pueblo ruso y en esto ayudaron los partidos revolucionarios, que estimaban que al producirse una guerra vendría la caída del gobierno de los zares. Rusia necesitaba un monarca como Alejandro III, duro, enérgico y franco. Nicolás II era lo contrario, se consideraba más una víctima expiatoria que el soberano déspota y arrogante que exigían las circunstancias.

4)

De lo dicho anteriormente se deduce que de las cinco potencias que iniciaron la primera guerra mundial, una de ellas, Francia, no deseaba la guerra ni ésta le convenía; las continuadas amenazas alemanas la habían obligado a pactar una alianza con Rusia, alianza que llegó a ser estimada como la base de su política internacional.

La segunda potencia a la que no convenía ir a la guerra, era Alemania; el pujante desarrollo de su industria, de su comercio, de su riqueza en general, se basaba en la paz; la paz significaba la prosperidad, la guerra, la ruina y tal vez la miseria.

Rusia, en cambio, deseaba la guerra; tanto su burguesía como el ejército veían en ella la forma de asegurar la estabilidad de sus instituciones, y el pueblo ruso la continuidad de su devenir histórico.

Austria necesitaba una guerra para hacer desaparecer el continuo aumento del peligro servio. Se había llegado a la conclusión de que la guerra era algo de vida o muerte para el Imperio austro-húngaro. Si era posible, contra Servia solamente; si era necesario y se contaba con el apoyo alemán, se iría contra Rusia.

La guerra era la única solución que en secreto veía Inglaterra para anular la rivalidad comercial e industrial alemana que amenazaba destruir su imperio comercial. El ideal era una guerra de Alemania contra otras potencias continentales, así ella podía observar el desarrollo e inclinar la balanza cuando le conviniera y si no era posible mantener su neutralidad, entrar al conflicto con todo su poder.

No hay duda de que la guerra del año 14 pudo ser detenida; pudo hacerlo Inglaterra, pudo hacerlo Alemania si hubiera estado gobernada por un canciller capaz de imponer al káiser una política lógica; pudo ser aplazada. Sin embargo, el conflicto era inevitable dadas las condiciones existentes; lo más grave era el sistema de ejércitos permanentes con una oficialidad dedicada al estudio de la manera más segura de triunfar; se gastaba parte de la renta nacional en mantener un armamento cada vez más exagerado; ineludiblemente se debía llegar a una guerra.

Es imposible detener la marcha de la Historia; las naciones, las culturas son entidades vivas que se desarrollan e inexorablemente deben morir. Ocurren aconteci-

mientos casuales, imposibles de ser controlados por los hombres, pero que es probable que obedezcan a una ley desconocida que debe formar parte de lo que podríamos llamar la "Mecánica de la Historia"; a veces una aparente insignificancia decide o provoca el estallido de un conflicto, que se ha ido gestando desde tiempo atrás. Da la impresión que los hombres sin quererlo, sin pensar sus consecuencias dentro de su soberbia, acumulan las materias inflamables y basta una chispa para producir la catástrofe.

La cultura occidental había llegado al máximo de su poder; dentro del maravilloso círculo del progreso de las ciencias, nadie pensaba hacia dónde se iba. La primera guerra mundial inicia la decadencia de la que ha sido hasta ahora la cultura en que con más vigor se ha manifestado el poder de la intéligencia humana en cuanto al desarrollo de las ciencias y de las artes.

5)

Como hemos visto en los volúmenes anteriores, las sociedades secretas han existido en todas las épocas y en todos los pueblos. La variedad es tan grande en número como en sus móviles, ya sean religiosos, políticos, económicos y aún criminales.

No se ha podido precisar el origen de la sociedad secreta "La Mano Negra": existió y existe en Nápoles, Sicilia y principalmente en España y en Estados Unidos. Apareció en Servia a fines del siglo XVIII, tomó un carácter nacionalista y procedía por el terror. Su jefe máximo "Apis" era un oficial del estado mayor servio, Agustín Dimitrovich. Se pretendía la unión de todos los pueblos de origen servio y se comenzó por atacar a la dinastía de los Obrenovich por ser favorables al Austria. El terrible complot que puso fin a la vida

del rey Alejandro y de su esposa la reina Draga, asesinados vilmente, fue continuada con la muerte de varias otras personas, entre ellas los hermanos de la reina Draga. Los conjurados llevaron al trono a los Karageorgevich y se inició en las regiones servias sometidas al Imperio austríaco la propaganda de la sociedad, llegándose a contar con más de diez mil afiliados.

El fin de la guerra balcánica y la oposición del Austria a que Servia llegara a las costas del mar Adriático exacerbó la pasión terrorista de "La Mano Negra". Cuando se supo que el heredero de la corona austrohúngara, el archiduque Francisco Fernando, iba a pasar revista al ejército que estaba en maniobras en la frontera servia, se resolvió su asesinato. El gobierno servio conocía la existencia y naturaleza de la sociedad secreta y sabía la forma en que iba a proceder. Lo raro es que la policía austríaca que sospechaba lo que podía pasar, no tomara las precauciones debidas.

Pensaba Francisco Fernando que por sus simpatías hacia los eslavos nada tenía que temer, y con el objeto de que el ejército conociera a su esposa morganática se hizo acompañar por ella. Esperaba que al ser Emperador podría derogar las leyes imperiales existentes y elevarla al trono, asegurando así la herencia de la corona para sus hijos. Al pasar por una de las calles de Sarajevo, fue lanzada una bomba que hizo explosión produciendo varias víctimas entre el cortejo que acompañaba al archiduque y a su esposa; ellos no fueron heridos; pero al regresar de una visita hecha al hospital donde habían ido a imponerse del estado de los heridos, el automóvil que los conducía tuvo que detenerse por estar obstruido el tráfico; un joven, Gabriel Princep, saltó a la pisadera y ultimó a balazos a Francisco Fernando y su esposa, Sofía Chotek, duquesa de Hohemberg.

El crimen cometido causó honda sensación, pero muy pocos pudieron imaginar qué consecuencias iba a

producir tan trágico suceso. La muerte del príncipe heredero era para el anciano Emperador uno más de los terribles acontecimientos que habían amargado su ya largo reinado. Bajo ciertas consideraciones, la muerte de Francisco Fernando eliminaba el peligro de los cambios trascendentales de la estructura imperial proyectados por el desgraciado príncipe asesinado. La severa etiqueta imperial mantuvo en los funerales la odiosa diferencia establecida en la pareja archiducal.

6)

El gobierno austríaco estimó que había llegado el momento propicio para terminar con el peligro que significaban las ambiciones servias. Había que aprovechar la indignación general provocada por el atentado de Serajevo; seguramente Rusia no trataría de auxiliar en ninguna forma a un pueblo que en tan poco tiempo había demostrado el poco respeto que le merecían las familias reales.

Berchthold, el canciller de Austria-Hungría, trató primero de conocer la opinión de Guillermo II y si éste apoyaría al Austria. El emperador alemán, con su acostumbrada precipitación, no sólo aceptó dar su apoyo, sino que aun exitó al gobierno austro-húngaro a tomar medidas violentas. Creía que jamás el zar iba a ir a una guerra por esta causa, que afectaba a todos los soberanos.

Cuando se discutió entre los ministros del Imperio austro-húngaro el ultimátum que se iba a enviar al gobierno servicio, en que se le daba un plazo de 48 horas para contestar, todos estaban de acuerdo; el único que dudó fue el húngaro conde Tisza; previó lo que podía sobrevenir, pero no se atrevió a oponerse abiertamente, veía que era inútil. El anciano emperador se

siente dominado por un fatalismo originado por las revoluciones, las guerras perdidas y las trágicas y continuadas desgracias de su familia; ha llegado a creer que con él terminará el Imperio. No puede oponerse y acepta que sea enviado a Belgrado, capital de Servia, un documento hábilmente redactado, que es en realidad una declaración de guerra, pues no es posible que una nación abdique de su soberanía en la forma que veladamente se le exige.

Las cuatro potencias afectadas ante la posibilidad de una guerra producida por el ultimátum austríaco tomaron en cuenta la gravedad de la situación. Y aquí se puede apreciar el triste resultado del sistema de dar instrucción militar obligatoria a todos los hombres de una nación; la seguridad de ella está en una rápida movilización y al hacerlo una, fatalmente deberían hacerlo todas las que podían ser comprometidas por el conflicto. El ministro ruso Sazonoff advierte que Rusia no puede aceptar un ataque armado a Servia y que si esto pasara se vería obligado a movilizar las tropas correspondientes al sector de la frontera austro-húngara. En un caso así, Alemania tiene igualmente que movilizar, no un sector, sino la totalidad de sus fuerzas. Toda la estrategia alemana está fundada en la rapidez de su movilización y la lentitud de la rusa, debido a su defectuosa organización y a la vastedad del Imperio. Si Alemania moviliza contra Rusia, debe hacerlo Francia, no sólo por auxiliar a su aliado, sino porque es sabido que el plan de guerra alemán parte de un fulminante ataque a Francia.

El ministro inglés sir Eduardo Grey, tiene en sus manos el factor que puede dar la solución al problema internacional planteado; pero hay que proceder con suma cautela y existe ante todo el interés de su patria. A Inglaterra le conviene una guerra ruso-germana, siempre que Francia no intervenga; la posibilidad de que el ejército alemán llegue a dominar en las costas del ca-

nal de la Mancha es algo fatal para el Imperio inglés. ¿Cómo evitar un conflicto cuyas complicaciones es imposible prever? El sistema parlamentario de Inglaterra impide tomar medidas que pueden ser desautorizadas por las Cámaras; sólo puede hacer insinuaciones, recomendaciones, que tienen un relativo valor según quien las interprete; en resumen, es mejor no tomar ninguna medida efectiva capaz de impedir una guerra.

7)

El gobierno servio se decide a tomar una medida impensada y bastante hábil: acepta el duro, el durísimo últimátum austríaco; pero rechaza la parte que afecta su soberanía como nación libre. Austria puede obtener, entonces, un resonante triunfo diplomático; pero no es eso lo que se ha pretendido; se quiere una solución radical. El embajador austro-húngaro pide sus pasaportes y la guerra entre las monarquías austríaca y servia queda declarada.

En el momento crítico viene el káiser a tomar en cuenta que la tempestad va a estallar; de los tres emperadores, él es el único que no piensa que está en peligro su corona; tanto Nicolás II como Francisco José se creen víctimas del destino. Se cambian telegramas entre Guillermo II y el zar sin resultado, pues ambos han caído en manos del ejército. Los militares rusos advierten al zar que la movilización no se puede detener y ya no es un secreto el que esta no es parcial como se había declarado, sino total en todo el Imperio. Para Rusia es de absoluta necesidad ganar tiempo.

La movilización rusa obliga a Francia a tomar igual medida. Alemania puede evitar la guerra con Francia; no hay motivo para emprenderla; pero el jefe del estado mayor alemán, Moltke, comunica al káiser que es

imposible detener la movilización hacia la frontera francesa; así está estudiada y el cambiarla introducirá la confusión completa en el ejército. Torpemente se insinúa a Francia que la entrega de sus principales fortalezas, como garantía, podría evitar el ataque alemán inmediato.

Inglaterra asegura a Francia que no permitirá que la escuadra alemana irrumpa en el canal. Ante la noticia de que Alemania ha invadido Bélgica, se presenta el motivo que justifica su entrada a la guerra.

Entre Alemania y Austria-Hungría por una parte, y Rusia, Francia e Inglaterra por otra, queda declarada la guerra. Servia pasa a ser un detalle; Bélgica una víctima. En cambio Italia, que forma parte de la Triple Alianza, sabe muy bien encontrar el motivo para permanecer neutral. Hace tiempo que ha asegurado a Francia que no debe temer ningún ataque por su parte.

CAPITULO VIII

1) Batalla del Marne.— 2) Batalla de Tannemberg.— 3) Muerte de Pío X.— 4) Elección de Benedicto XV.— 5) Estabilización del frente occidental y avance alemán en Rusia.—

1)

El éxito, cuando es continuado, oscurece la mente humana y hace que la o las personas que lo obtienen caigan en el error de creer que todo se debe a su talento y a la especial inteligencia que han desplegado al estudiar y preparar un hecho. El orgullo, la soberbia, le impiden hacer un frío análisis de lo ocurrido y ver que los factores casuales, a veces imprevisibles, son los que han determinado el triunfo.

El estado mayor alemán, una de las entidades de perfecta organización según Bismarck, deslumbrado por el éxito obtenido en la guerra austro-prusiana y después con el resonante triunfo alcanzado sobre Francia en 1870, cayó en el error de atribuir sus victorias únicamente al especial talento y preparación de sus jefes y a la excelente organización del ejército, que contaba con soldados valientes y disciplinados. Sin embargo, un ac-

cidente casual había obligado a emprender la invasión de Bohemia, en la guerra austro-prusiana, por dos ejércitos separados y no por uno solo concentrado como se había proyectado; este fue el factor determinante del triunfo en Sadowa.

La campaña contra Francia, tan minuciosamente estudiada y preparada por Moltke, debió su victoria principalmente a que el ejército alemán era más numeroso que el francés, su artillería muy superior y a una serie de factores políticos desastrosos para Francia. Los comentarios alemanes han alabado el que Moltke dejara iniciativa a los jefes de los diferentes ejércitos; sólo debían seguir en general las directivas del estado mayor; una crítica desapasionada hace ver que el plan de ataque no estaba bien concebido, los generales alemanes cometieron bastantes desaciertos, pero triunfaron plenamente gracias a la ineptitud de los jefes franceses.

El plan de ataque del conde Schliessen para envolver totalmente el ejército francés fue modificado por Helmuth von Moltke, y al hacerlo cometió un error capital: debilitó excesivamente el ala ofensiva, en tal forma que debía dejar París a su retaguardia sin ningún ejército de observación; esto implicaba la posibilidad de que la guarnición de esa ciudad pudiera tomar la ofensiva detrás del ala derecha alemana. Además, en la distribución de los mandos entregó los tres ejércitos de la izquierda a los príncipes Ruperto de Baviera, el de Wutemberg y el Kromprinz, o sea el heredero del Imperio. Ninguno de estos tres jefes estaba dispuesto a retroceder ante los franceses. Era algo esencial en la estrategia aceptada el dar la impresión de que el ala izquierda alemana se veía obligada a retirarse ante el empuje francés, con el objeto de atraer el ala derecha de ese ejército.

El general en jefe francés, que no había comandado grandes ejércitos, tenía el mérito de ser un buen organizador y, sobre todo, la cualidad que le dio el triun-

lo: el tener nervios fuertes y poder guardar completa tranquilidad ante cualquier contratiempo. Y algo increíble, tenía la ventaja de no estar sujeto a plan ninguno.

El estado mayor francés conocía el plan Schliessen, la invasión por Bélgica; pero Jofré, el general en jefe francés, no sólo dudaba de su efectividad, sino que no conocía por dónde ni en qué forma se iba a descargar la ofensiva con mayor intensidad; resolvió distribuir el ejército francés de modo que pudiera agruparlo según lo exigieran las circunstancias. No olvidaba la opinión de que el francés es apto para la ofensiva y cargó su mayor fuerza en el ala izquierda con el objeto de atacar por Lorena, frente a Metz, o correrse hacia Bélgica si se verificaba la anunciada invasión; igualmente, mantuvo un fuerte ejército de reserva. Jofré, hombre tranquilo y pensador, no olvidaba el precepto napoleónico de que es fácil hacer un buen plan, pero es muy difícil ejecutarlo como es debido; no olvidó que el ejército estaba maleado por la política y que era necesario barrer con toda la oficialidad que no fuera capaz de afrontar la durísima prueba que se avecinaba.

Al no aceptar Bélgica el paso de las tropas alemanas por su territorio, fue invadida y en 23 días el ejército alemán tomó las dos principales ciudades fuertes: Lieja y Namur, y penetró en Francia. Los ejércitos belga, inglés y francés que trataron de oponerse fueron arrollados; el 8 de septiembre del año 1914 el ala derecha alemana, el ala ofensiva, formaba un ángulo recto con la izquierda, extendida desde Metz hasta Belfort. Por supuesto las líneas de combate formaban numerosas curvas, mas empleamos el término para dar una idea objetiva.

El general Jofré, con admirable serenidad, había recibido una tras otra las noticias de las derrotas sufridas. Al ver la forma del avance alemán despachó parte del ejército de reserva y algunas divisiones de su derecha al norte de París, donde reunió un fuerte ejér-

cito a las órdenes del general Manoury. Los alemanes habían cruzado el Marne, río afluente del Sena que se une a éste poco antes de París; el general von Kluck, que comandaba el ejército de la extrema derecha, al ver su flanco amagado por Manoury, resolvió hacer girar su frente un tercio del ala derecha, de tal modo que al enfrentar a la nueva extrema izquierda francesa formó una recta de dirección perpendicular a la línea ofensiva, derecha alemana; este giro separó el ejército de Kluck del que le seguía, el de Bulow, y dejó un espacio de más de 30 kms. abierto a la ofensiva francesa.

Jofré tenía como principal ayudante al general Foch, a quien se le había mantenido en el ejército, a pesar de ser católico, por su reconocida competencia y sus cualidades militares que lo distinguían en la jefatura; había sido protegido por Clemenceau, el más fanático e intransigente anticatólico de los políticos franceses, pero que deponía sus pasiones partidistas ante su sincero patriotismo. Al ver la situación que se había producido, Jofré dio la orden de atacar. En frases sencillas hizo ver que la suerte de Francia dependía del empuje combativo que se desplegara; nadie debía retroceder. Se logró que los ingleses situados frente al boquete producido entre los ejércitos de Kluck y Bulow apoyaran la ofensiva del ejército de Foch.

El general Gallieni, gobernador militar de París, trasladó rápidamente las tropas que pudo para reforzar a Manoury que trataba de rebasar y envolver la extrema derecha alemana. El general en jefe Moltke se había instalado en Coblenza, a cerca de 300 kms. de distancia de algunos de sus generales; no podía darse cuenta de la situación cambiante de los ejércitos que debía dirigir al desplazarse éstos con tanta rapidez; además el permitir una iniciativa demasiado amplia a los jefes de los diferentes ejércitos contribuyó a aumentar la incertidumbre sobre la verdadera situación militar. Al contrario de Jofré, se encontraba cada vez más afectado

en su estado nervioso al recibir las diferentes noticias del frente. De Prusia oriental se pedían refuerzos ante el avance de los rusos; se resolvió retirar divisiones de la derecha para enviarlas al frente oriental; se debilitó así aún más la parte ofensiva al destacar tropas contra los restos del ejército belga que se retiraba hacia Amberes. En resumen, se hacía todo lo contrario de lo que había aconsejado Schliessen, se debilitaba la derecha en vez de robustecerla y llegó un momento en que parece que Moltke no vio más solución que cambiar al plan primitivo, Leuthen, por el tradicional Canas; reforzar la izquierda y tratar de envolver el ejército francés por ambas alas. No era el general alemán capaz de dirigir un cambio de ataque tan sustancial, ni era el momento oportuno para hacerlo.

No se ha podido precisar si la orden de retirada de los ejércitos que formaban la derecha alemana fue impartida desde el estado mayor u obedeció a la iniciativa de Kluck, que al retirarse arrastró a los otros dos ejércitos. Es más probable la segunda hipótesis. Kluck era un general muy consciente de su responsabilidad, era un jefe de primer orden y lo demostró ampliamente por la forma magistral como dirigió la retirada de su ejército. Al haberse mantenido en su puesto, en forma heroica como ocurriría en una guerra futura, habría sido envuelto y obligado a rendirse con todo su ejército.

Se ha llamado batalla del Marne el conjunto de operaciones militares que comenzaron con el ataque de Manoury y su amenaza de rebasar la extrema derecha alemana, siguiendo con la penetración de los franceses e ingleses en el espacio libre producido por el cambio de frente de Kluck para detener a Manoury. Fue un gran triunfo estratégico que produjo la retirada de la derecha ofensiva alemana, lo que significó el fracaso completo del plan Schliessen modificado por Moltke. Hubo que abandonar la idea básica del estado mayor

alemán de aplastar a Francia para después atacar a Rusia. Se cumplieron los temores de Bismarck: Alemania tenía que luchar en dos frentes.

La segunda guerra mundial ha venido a demostrar que aunque hubiera triunfado el plan Schliessen, ello no significaba que Alemania pudiera emplear todo su potencial guerrero contra Rusia. Se ha visto claramente que el bloque germano —Alemania y Austria— podía detener el avance ruso, siempre que contara con la ayuda o con la completa neutralidad del occidente europeo. El no contar con esta condición y el prescindir de ella ha causado la ruina de la cultura occidental y el triunfo de la cultura rusa.

Z)

Ante el avance de la invasión alemana por Bélgica, el gobierno francés pidió a los rusos emprendieran una ofensiva rápida para aliviar la presión en el frente occidental. Los rusos aceptaron este pedido y lanzaron dos ejércitos contra la Prusia oriental, sin ninguna preparación técnica, basados sólo en el empuje combativo del soldado ruso.

Los alemanes habían dispuesto la defensa en la frontera rusa sólo con pequeños ejércitos capaces de resistir con prudentes retiradas el ataque ruso, el cual se suponía vendría con toda su intensidad después que Rusia hubiera movilizado todas sus fuerzas militares: se calculaba que esto daba tiempo para traer los ejércitos destacados en el frente occidental. Se había colocado un ejército en la frontera cercana al Niemen; era el más fuerte. A lo largo del límite de Prusia con la Polonia rusa estaba la región de los lagos Masurianos, fácil de defender e inadecuada para una ofensiva hacia la región prusiana; no así la parte comprendida entre la

zona de los lagos y el río Vístula; ahí se situó un segundo ejército más débil que el anterior.

El plan de la invasión rusa era muy lógico y sencillo: un ejército de 200.000 hombres al mando de Rennekampf por la parte del Niemen en dirección a Königsberg y otro de 250.000 soldados a las órdenes de Samsonoff invadiría la Prusia por la frontera polaca, entre los lagos Masurianos y el Vístula en dirección a Tannemberg. El ejército ruso más poderoso atacaría al más débil alemán, con el objeto de avanzar después hacia Königsberg y encerrar los ejércitos alemanes. Al ser arrollado por los rusos el primer ejército alemán, el general von Prittwitz, de acuerdo con las instrucciones dadas por Moltke, resolvió retroceder y retirarse tras el Vístula, es decir, abandonar la Prusia oriental a los invasores; mas al conocer el plan ruso, por mensajes interceptados de Samsonoff a Rennekamff, que ni siquiera se había tenido la precaución de escribir en clave, decidió, de acuerdo con el coronel Hoffmann, jefe de su estado mayor, resistir y no retirarse.

El clamor y las protestas de los habitantes de la Prusia oriental obligó al gobierno alemán a defender el territorio amenazado. Se estimó necesario cambiar al jefe y se nombró en su lugar al mariscal Paul von Hindenburg, ya retirado, pero que tenía fama de ser un experto general; se le dio como jefe de estado mayor al general Ludendorff, que ya se había distinguido en la toma de Lieja. Pocas veces se ha visto nombramientos más acertados; Hindenburg y Ludendorff eran dos militares cuyas cualidades se complementaban para formar una excelente dirección de un gran ejército. A pesar de no conocerse, muy luego estuvieron de acuerdo en lo que debía hacerse y aprobaron ampliamente las ideas de Hoffmann. Se trataba del siguiente plan: retirar el ejército frente a Rennekampf, sin que éste lo notara y llevarlo a unirse con el segundo para aplastar al de Sam-

sonoff. Se quería aplicar el sistema ideal de los militares alemanes, el plan Canas.

El primer ejército se deslizó bordeando el extremo de la zona de los lagos Masurianos y pasó a formar una fuerte izquierda con un centro débil hacia Tannemberg donde se concentraba la mayor parte de las fuerzas rusas; casi todo el segundo ejército se cargó hacia la derecha y con las dos alas potentes se atacó al ejército rebasando sus extremos y envolviéndolo casi totalmente.

Hindenburg informó al káiser de haber obtenido una gran victoria; el ejército de Samsonoff había sido deshecho, dejaba 60.000 prisioneros y un enorme botín. El general ruso logró huir y murió en la retirada; se cree que se suicidó. Los alemanes dieron el nombre de Tannemberg a esta batalla para borrar el recuerdo de la derrota que en ese lugar sufrieron los caballeros teutónicos en su lucha contra los polacos. La batalla de Tannemberg produjo enorme entusiasmo en Alemania y creó la fama de gran general de Hindenburg. El ejército de Rennekampf emprendió la retirada y evacuó la parte invadida de la Prusia oriental.

3)

Pío X nunca fue un diplomático; descendiente de una familia humilde, cura de aldea durante varios años, obispo de Mantua y Patriarca de Venecia, siempre estuvo en contacto con los pobres, con los que más lo necesitaban. Su espíritu caritativo, su piedad, su carácter profundamente bondadoso dieron a su aspecto algo inexplicable, que algunos en pocas palabras lo definieron al decir que era un hálito de santidad. Aceptó la corona pontificia como una obligación; obedecía a un mandato divino, pero tal como lo había dicho, encontraba que no tenía las cualidades necesarias para continuar la

obra de un Papa como León XIII, el cual demostró un especial conocimiento de las relaciones con los diferentes gobiernos de las naciones.

Le tocó la crisis de las relaciones con Francia, que como hemos visto terminó con la ruptura de las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno francés; esto le causó honda pena que aumentó el sufrimiento que sentía al comprender que se avecinaba una catástrofe. Tuvo el presentimiento de que venía una guerra terrible, no ya entre dos naciones, sino un conflicto mundial; en varias conversaciones habló sobre esto y llegó a anunciar que no pasaría el año 14 sin producirse.

El estallido de la conflagración mundial no lo sorprendió; era algo que tenía que pasar, pero sentía profundo dolor al ver que nada podía hacer para evitar el conflicto. La Iglesia ya no tenía, como durante el Alto Imperio Teocrático, poder sobre los soberanos o gobiernos para detenerlos en su carrera hacia el precipicio.

Cuando el Embajador de Austria, en su audiencia de despedida, pidió al Papa que diera su bendición a los católicos alemanes y austríacos que iban a luchar (esto lo hacía por mandato del Emperador Francisco José), Pío X tembló de indignación y contestó que sólo bendecía la paz y no la guerra y dio por terminada la audiencia.

Pocos días después de declarada la guerra se sintió enfermo y dio gracias a Dios que le evitaba presenciar los horrores que imaginaba iban a suceder. Es interesante conocer su testamento; termina de confirmar la idea que muchos se habían formado acerca de su extraordinario carácter. Comienza así:

"Nacido pobre, habiendo vivido pobre y estando cierto de morir muy pobre, tengo el sentimiento de reconocer mi incapacidad para recompensar a las personas que me han ayudado, especialmente en Mantua, en Venecia y en Roma, y puesto que no puedo dejar otro

signo de gratitud, ruego a Dios las recompense con las más escogidas de sus bendiciones. Debiendo proveer para mis hermanas, que han vivido siempre conmigo y me han servido durante toda la vida sin percibir por ello la menor remuneración, las recomienda a la generosidad de la Santa Sede, a fin de que, mientras una de ellas viva, les sea concebida una pensión de trescientas libras..."

Uno de los actos más combatidos de Pío X fue la publicación de la encíclica de diciembre de 1907: "Pascendi dominici gregis", en que se condena el "Modernismo". El efecto producido puede compararse en cierto modo a lo pasado al conocerse el Sillabus de Pío IX. Se entendía por Modernismo la tendencia racionalista que había invadido el campo ideológico y trataba de penetrar en el religioso. Al estudio de la Vida de Cristo de Straus, de Renán y de otros, había seguido el análisis de los Evangelios. Se notaba ilusionismo en algunos autores e hipocresía en otros al pretender aplicar a las verdades dogmáticas un método racionalista; da a veces la impresión de que ni siquiera se entendía el sentido de las matemáticas, de no poder comprender la diferencia entre una unidad y una serie. Se quería establecer que la religión evolucionaba de acuerdo con el pensamiento humano; no estaba sobre él, sino que era una función de él.

La condenación del Modernismo fue amplia y severa y se exigió el juramento de no aceptarlo a los eclesiásticos y en especial a los que enseñaban en los seminarios.

4)

La muerte de Pío X creaba el problema de la reunión del cónclave para elegir al nuevo Papa; en esos momentos tenía especial gravedad a pesar de que Ita-

lia todavía permanecía neutral. Sin embargo, todo se desarrolló en completa armonía y fue elegido con sorpresa general el cardenal arzobispo de Bolonia, Santiago della Chiesa. Muy rara vez se designaba un cardenal de reciente promoción y éste era el caso del cardenal Della Chiesa, que tomó el nombre de Benedicto XV.

Sexto hijo del marqués Della Chiesa, familia noble de Génova, era de un físico defectuoso y de una clara inteligencia. Desde muy joven manifestó deseos de ser sacerdote y siguió los estudios eclesiásticos y los de Derecho. Acompañó a Rampolla en su misión en España, donde actuó en forma notable. Con el cardenal Rampolla como ministro de León XIII, Della Chiesa dio a conocer sus dotes especiales en el campo de la diplomacia. Durante el pontificado de Pío X fue designado arzobispo de Bolonia y a pesar de que no gozaba de las simpatías del cardenal Merry del Val, obtuvo el capelo cardenalicio; sus enemigos llegaron hasta acusarlo de ser partidario del Modernismo.

Estaba prohibido a los conclavistas comentar lo que ha pasado dentro del cónclave, prohibición que ha sido acentuada después; a pesar de esto, por algunas frases que sin fijarse dijo Benedicto XV, se ha podido saber que éste fue elegido con los dos tercios de los votos, que era el mínimo que se necesitaba; pero como no se podía establecer si el afectado había votado por sí mismo, se repitió al día siguiente la elección. El cardenal Della Chiesa, que sabía no haber votado por sí mismo, podía considerarse ya esa noche que era Papa. Poco después se estableció que en adelante el elegido debería contar, por lo menos, con los dos tercios más uno de los votos emitidos.

Era el nuevo Papa un hombre de gran talento, carácter firme y buen criterio. Desde el primer día actuó con tal naturalidad que daba la impresión de tener varios años de pontificado. Se cuenta que el día de su co-

ronación, al ver al cardenal Merry de Val le citó el versículo de un salmo: "La piedra rechazada por los constructores ha sido hecha piedra angular". A lo que el cardenal contestó citando la parte siguiente: "Y esto constituye el asombro de nuestros ojos". Las cualidades y conocimientos de las relaciones internacionales correspondientes a los diversos problemas que el Vaticano debería afrontar producidos por la cruenta guerra que se había desatado le facilitaron su tarea.

Las primeras encíclicas y los llamamientos hacia la concordia que hizo Benedicto XV no fueron bien recibidos por los bandos en lucha. Los franceses, belgas e ingleses lo acusaron de manifiesta parcialidad hacia Alemania y, en cambio, alemanes y austríacos estimaron que no había la debida firmeza en sus exhortaciones en pro de la paz.

El problema más agudo por el momento para el Vaticano era la posibilidad, cada vez mayor, de que Italia entrara a la guerra. ¿Cómo podría la Santa Sede mantener comunicaciones con los católicos de las naciones que iban en el campo opuesto al italiano? Nunca más que entonces se vio la absoluta necesidad que existía de que la Iglesia actuara en un territorio propio, independiente, neutral para todas las naciones del orbe.

5)

Las batallas del Marne y de Tannemberg cambiaron por completo el aspecto inicial de la guerra. La primera hizo fracasar el plan fundamental del estado mayor alemán: aplastar primero rápidamente a Francia y después iniciar la ofensiva en Rusia. La segunda, Tannemberg, dio a comprender a los alemanos cuál era el valor efectivo del ejército ruso: soldados valientes, heroicos, capaces como la oficialidad, de cualquier sacrifi-

cio; organización más que deficiente. mala, y un estado mayor falto de estudios, que no correspondía a la técnica moderna. Rusia no era un peligro, a pesar de sus inagotables recursos. Había que vencer ante todo en el occidente.

La retirada de von Kluck arrastró a toda el ala derecha alemana con el objeto de unir los dos ejércitos de von Kluck y de Bulow y el evitar el ser rebasados por el ala izquierda francesa y así se desarrolló el movimiento llamado "carrera hacia el mar". Ambos ejércitos, el aliado y el alemán, trataron de extender su frente para impedir el ser envueltos. Había que llegar a las costas del canal de la Mancha. En Neuport se unieron los ingleses y franceses a los restos del ejército belga. Igualmente, el extremo del ejército alemán llegó a la costa, de modo que los dos ejércitos enemigos formaron una línea sinuosa continua que se extendía desde la frontera Suiza hasta el canal de la Mancha.

Se había producido la situación que a fines del siglo XIX había previsto el polaco Boch, en el caso de una gran guerra. No era posible la estrategia de grandes movimientos; se pasaba a la guerra de sitio. Según los principios del ejército alemán —el sudor economiza la sangre— se excavaron trincheras protegidas por líneas de alambrados. Los ataques de la infantería eran rechazados por el fuego de fusilería y de ametralladoras. Se procedió a lanzar formidables bombardeos de una intensidad hasta entonces desconocida, se despedazaba el terreno y se hacía imposible cualquier rápido avance y se llegó al caso impensado de que el factor determinante de la acción guerrera no era la potencialidad de los ejércitos, sino el poder industrial que podía abastecer el gasto inmenso de proyectiles.

Para tener una idea de lo que significaba el derroche de municiones de toda especie, tanto para la artillería como para las ametralladoras y fusiles, basta saber que al comenzar la guerra en Francia se ocupaba

en la industria 50.000 operarios; al terminar se necesitaban 1.600.000. En la primera ofensiva inglesa, en el bombardeo preliminar de Hooge, en 1915, se gastaron 18.000 proyectiles; en una de las últimas batallas, la de Ypres en 1917, se ocuparon 4.300.000.

Las industrias alemana y austríaca eran capaces de servir las necesidades bélicas; la francesa e inglesa no bastaban y se ocupó la fabricación norteamericana. Los estados mayores no encontraron la forma de cambiar los nuevos métodos de combate que amenazaban con prolongar el conflicto indefinidamente, hasta que se produjera el agotamiento no ya de los ejércitos, sino el de las naciones en lucha. Se emprendía formidables ofensivas con un derroche de cientos de miles de vidas para conseguir una penetración que no producía la ruptura del frente enemigo, sino el formar una curvatura entrante, una "bolsa" como se designó este tipo de penetración. La bolsa obtenida a tan elevado costo era a veces más peligrosa para el agresor que para el que se defendía, pues se corría el peligro que se iniciara una ofensiva en los extremos encaminada a encerrar a los vencedores. La facilidad de los transportes proporcionados por las redes ferroviarias hacía que el ejército amenazado fuera rápidamente reforzado en el sector necesario.

En el frente oriental de tan vasta extensión, se pudo efectuar la guerra de movimientos. Los rusos atacaron con furia a los ejércitos austríacos de Galitzia y los destrozaron. En Servia los austríacos no pudieron invadir el país y tuvieron que retirarse. Como el general en jefe ruso, el gran duque Nicolás, concentrara sus tropas para ocupar Gracovia y avanzar por Silesia y Moravia hacia Viena, los alemanes resolvieron auxiliar a los austríacos. Hindenburg, que era el jefe supremo en el frente oriental, con Ludendorff como jefe de su estado mayor, llevaron divisiones alemanas a Galitzia y partiendo desde esta región y desde Prusia oriental pro-

yectaron emprender una gigantesca batalla de Canas con el objeto de encerrar y rendir los ejércitos rusos que luchaban en Polonia, en la antigua Polonia rusa.

Los rusos se encontraban ante el problema de que su industria bélica no daba abasto con las necesidades de armas y proyectiles exigidos por sus numerosos ejércitos y no había posibilidad de recibir auxilio del exterior por estar tanto el mar Negro como el Báltico cerrados y el Artico helado; sólo quedaba el ferrocarril transiberiano, de muy escasa capacidad de transporte. Hubo que emprender la retirada y de abandonar Varsovia y toda la región polaca después de haber sacrificado cientos de miles de soldados y un inmenso material.

CAPITULO IX

1) Turquía entra en la guerra. Ataque a los Dardanelos.— 2) Entrada de Italia en la guerra.— 3) Acción del Pontificado.— 4) La prensa y el espionaje.— 5) Verdún.— 6) Rumania y Portugal toman parte en la guerra.— 7) Muere el Emperador Francisco José.—

1)

Al comenzar el acercamiento anglo-ruso que dio como resultado la formación de la Triple Entente, el gobierno turco vio que las dos potencias que lo habían defendido de las ambiciones rusas, Francia e Inglaterra, pasaban a ser aliadas de Rusia y era lo más probable que el Imperio turco hubiera sido sacrificado en aras de esa naciente amistad. Había que buscar una nueva protección, y esta era necesariamente la de los dos Imperios germánicos.

Había llegado a Constatinopla una misión militar alemana que dio comienzo a la reorganización del ejército turco. El viaje de Guillermo II al oriente, su proyecto de construir un ferrocarril a Bagdad, indicaron que Turquía había entrado en la órbita germana; era un motivo más para aumentar la rivalidad ruso-germana.

Al principiar la guerra se encontraban en el Mediterráneo dos cruceros alemanes, que ante la imposibilidad de regresar a Alemania se dirigieron hacia Constantinopla, donde fueron incorporados a la flota turca. A fines de octubre del año 14, Turquía entró a la guerra como aliada de los Imperios germánicos.

Rusia en cierto modo quedaba bloqueada, pues como hemos visto antes sólo tenía comunicaciones libres a través de Siberia, por las costas del Pacífico; por este motivo pidió a sus aliados —Francia e Inglaterra— que abrieran el paso hacia el mar Negro. Uno de los Lores del Almirantazgo inglés era Winston Churchill, partidario de una expedición a los Dardanelos. El problema por resolver estaba en si bastaría un ataque marítimo para romper la resistencia o sería necesario desembarcar un ejército en la península de Galípoli, parte europea de la zona del estrecho de los Dardanelos.

Los gobiernos parlamentarios son incapaces de dirigir acertadamente una guerra hasta que tienen la suerte de encontrar un político de excepcionales condiciones que logra imponer su voluntad a las mayorías parlamentarias y convencen al país de que él es capaz de asumir el poder y tomar la responsabilidad del mando supremo. Antes, el primer ministro y sus colegas nada resuelven sin ver la conveniencia política que los asegure en sus cargos. Se oyen todas las opiniones sin preocuparse si convienen o no; sólo se trata de armonizar y resolver algo que esté de acuerdo con los deseos de los más influyentes. Y esto produjo tremendos fracasos tanto en Inglaterra como en Francia. Esta última contaba con un general, Jofré, que actuaba sin tomar en cuenta la situación política; sólo le preocupaba el interés de triunfar y salvar a su patria de la invasión.

En Inglaterra, el jefe de la escuadra, el almirante Jelicoe, y su estado mayor habían estudiado detenidamente el futuro conflicto y procedían de acuerdo con planes largamente meditados; pero no les correspondía

la conducción general de la guerra. No hubo un plan debidamente coordinado y así se produjo el gran desacierto que fue la expedición a los Dardalenos; costó 252.000 hombres, más del 50 por ciento de los soldados que desembarcaron en total.

En la marina inglesa había partidarios de forzar los pasos hacia el mar Báltico; otros opinaban por el ataque a los Dardanelos; en resumen, había muchas opiniones y plan estudiado ninguno y por último se llegó a una transacción. Se envió una escuadra anglo-francesa a los Dardanelos, la que no pudo forzar el paso y sirvió de aviso a los turcos para que prepararan la defensa de los estrechos. Una segunda tentativa con una fuerte escuadra fracasó y hubo considerables pérdidas navales. Finalmente se resolvió desembarcar tropas en Galípoli, soldados franceses, ingleses, australianos y neozelandeses. La resistencia turca, dirigida por el general alemán Liman von Sander y el turco Mustafá Kemal, triunfó plenamente y hubo que reembarcar el ejército atacante después de sufrir enormes pérdidas de hombres y de material de guerra.

El fracaso de la expedición a los Dardanelos prolongó la guerra y tuvo graves consecuencias. Si los aliados hubieran conseguido dominar en los estrechos habrían podido proveer de armas ampliamente a los rusos, y el ataque por la frontera oriental y por los Balcanes habría causado la derrota de los alemanes. En cambio Rusia quedaba bloqueada y algunos pueblos balcánicos como Bulgaria se inclinaron hacia la alianza con Alemania.

En el extremo oriente, el Japón aprovechó el tener un pacto con Inglaterra para apoderarse de la base alemana en China, Kiauchau, y emprender la conquista de las islas que Alemania tenía en el Pacífico.

2)

Al iniciarse la guerra de 1914, Italia se declaró neutral; a pesar de pertenecer a la Triple Alianza no se consideró obligada por no haber sido consultada antes de las rupturas de Alemania y Austria con las naciones de la Triple Entente. Era sabido que Italia encontraría uno u otro motivo para no entrar en la contienda. El problema más difícil era poder mantener la neutralidad. La opinión pública italiana fue agitada por un poeta, Gabriel Danunzio, y un periodista, Benito Mussolini, director de un diario de tendencia socialista, el "Avanti".

El gobierno alemán trató de conservar a Italia neutral, y ante la campaña de que se podía arrebatar al Austria los territorios que estaban habitados por italianos, inició conversaciones en que se ofrecía a Italia entregar algunos territorios del Tirol.

Al mismo tiempo, los aliados comenzaron a hacer ofertas para conseguir que Italia entrara a la guerra contra los Imperios germánicos. Todo esto despertó las ambiciones del gobierno italiano, que pidió a sus ex aliados la entrega de gran parte del Tirol, la península de Istria, costas de Dalmacia y como ya había tomado posesión de Valona, en Albania, iba a transformar el Adriático en un mar italiano y dejar encerrada a Austria-Hungría.

A pesar de que era algo violento y odioso el pasar de aliado al papel de agresor, sólo por las conveniencias, una política que había sido tradicional en el Piamonte, el aliarse con el que tenía más probabilidades de triunfo, las ofertas fueron tan tentadoras que Italia firmó el tratado de Londres por el cual se comprometía a entrar a la guerra; se le prometió la cesión del Tirol, Istria, el protectorado de Albania, las islas del Dodecaneso, situadas en las costas del Asia Menor, y po-

sesiones en esta región y, lo más seductor por el momento, un empréstito por 1.250 millones de liras. A fines de mayo del año 16, Italia declaró la guerra al Austria.

La entrada de Italia a la guerra fue un grave error del gobierno italiano y la fuente de innumerables males que afectaron a esta nación después de terminar el conflicto. Nada justificaba moralmente el atacar a un ex aliado, sólo iba en ello una no disimulada apetencia de adquirir nuevos territorios; el argumento de que se trataba de libertar regiones irridentas no tenía ningún valor, pues no era sólo el Imperio austro-húngaro el que dominaba territorios habitados por italianos. Nada podía justificar el acto odioso de atacar a un vecino por haber probabilidades de que iba a ser vencido. Si Italia hubiera mantenido una vigorosa neutralidad se habría enriquecido honradamente y, al final, habría adquirido más territorios que los que le fueron adjudicados después de la guerra, y sobre todo se habría evitado el auge del socialismo contaminado con el comunismo que provocó, como salvación, el movimiento fascista.

Para los aliados no fue tampoco un factor decisivo como se pensó la ayuda italiana. Ni los alemanes ni los austríacos le temían al ejército italiano; se mantenían latente los recuerdos de Novara y Custozza; las campañas de Abisinia y la guerra contra Turquía demostraron que el valor efectivo de las fuerzas italianas estaba lejos de ser lo que se pretendía.

3)

La entrada de Italia en la guerra creó al Vaticano un gravísimo problema. Por el artículo XIV del tratado secreto de Londres, Francia, Inglaterra y Rusia se comprometían a ayudar a Italia a impedir toda acción

de la Santa Sede encaminada a restablecer la paz o regular cualquier cuestión relacionada con la guerra. Los representantes diplomáticos ante el Vaticano de los países adversos a los aliados tuvieron que retirarse y se trató de impedir la publicación de toda medida del Papado que significara una intervención internacional.

Las palabras y proposiciones de Benedicto XV para poner fin a la horrible carnicería que demostró ser la contienda al principiar la guerra, algo que se iba acentuando cada vez más, no tuvieron ninguna aceptación. Como se vio al final, los famosos catorce puntos del presidente Wilson sólo fueron una reproducción de lo que el Papa ya tiempo atrás había propuesto.

La acción del Papado tomó entonces otro camino: se dedicó a socorrer a los prisioneros de guerra, a los heridos o inválidos que necesitaban un clima apropiado a sus dolencias para recuperar la salud o evitar un próximo fin. El Vaticano trató de dar noticias a las familias sobre sus parientes desaparecidos o indicarles cuáles estaban prisioneros, dándoles facilidades para comunicarse con ellos. Todas estas obras de caridad dieron un espléndido resultado dentro del angustioso problema que afectaba a cientos de miles de seres humanos. No se hizo distinción ninguna de ideas religiosas o de nacionalidad.

La Roma pontificia en vez de disminuir su prestigio por el aislamiento en que se pretendió colocarla, lo aumentó; pasó a ser el Pontificado una institución que estaba sobre el problema de las nacionalidades y de las razas, dedicada sin distinción a los seres humanos. En vida de Benedicto XV, le fue eregida una estatua en Constantinopla; en ella se encuentra la siguiente inscripción:

"Al gran pontífice de la tragedia mundial, Benedicto XV, bienhechor de los pueblos, sin distinción de nacionalidades ni religiones, en señal de reconocimiento; el Oriente".

La tenaz campaña anti-católica desarrollada principalmente en Francia e Italia, tuvo que detenerse ante la reacción religiosa producida por las calamidades resultantes de la guerra. La idea de que la razón y el talento de los hombres llevaría a la humanidad a un progreso indefinido se desvanecía al ver la realidad de lo que pasaba. Al mismo tiempo que la ciencia médica progresaba cada vez más, se inventaban poderosos medios de destrucción. Los pactos, los convenios internacionales no eran respetados en ninguna forma si no convenía hacerlo. Ante el dolor, el hombre volvía a sentirse pequeño y dirigía sus ojos a Dios.

4)

A través del siglo XIX se ve cómo se desarrollan y van aumentando de importancia dos factores que influyen en la política internacional y especialmente en los períodos bélicos; estos son: la prensa, en general la propaganda, y en segundo lugar el espionaje.

Napoleón sometió la prensa al control del Estado y por eso sus boletines y las noticias que se publicaban no reflejaban la verdad de lo acontecido, sino lo que el gobierno estimaba conveniente dar a conocer. Después del período napoleónico, la libertad y la difusión de los periódicos aumentó cada día más y en el presente siglo ha llegado a ser un factor determinante tanto en la política interior de las naciones como en sus relaciones exteriores.

La propaganda en general, tanto en su aspecto político como en el literario, es un arma formidable y en este período fue esgrimida con admirable sagacidad por los aliados. Los favoreció el hecho de que el mundo conocía mucho más los idiomas inglés y francés que el alemán. Fueron los ingleses los que organizaron me-

jor la propaganda y con este objeto se creó un Departamento especial para el trabajo en los países enemigos. Lord Northcliffe se reveló como un hombre de extraordinario talento para dirigir esta actividad.

La propaganda aliada trató y consiguió convencer de que Alemania era un pueblo militarizado, su emperador un autócrata, un tirano ambicioso, sediento de gloria guerrera; los "yunkers" (aristócratas prusianos) pretendían el dominio universal. Para esta campaña de difusión se empleó toda clase de argumentos en que se falsearon los datos y se mintió abiertamente

Alemania no era un país militarizado; a pesar de que la base del Estado prusiano había sido el ejército, al formarse el Imperio alemán no se mantuvo la preponderancia del elemento militar ni la proporción del número de soldados respecto de la población como antes. El ejército alemán era inferior en efectivos al ruso, pero muy superior en su organización; el estado mayor estudiaba las posibles guerras en forma científica y la preparación de sus miembros era notable. Vale la pena observar que en cuanto a gastos en armamentos había las siguientes diferencias: Francia gastaba 19,29 francos por habitante y Alemania 14.94. Si se comparan los gastos totales en mantener las fuerzas armadas, es decir, militares y navales, se tienen las siguientes cifras: Alemania 21,86, Francia 29,67 e Inglaterra 32,85, todo calculado en francos franceses.

Calificar a Guillermo II como un déspota deseoso de emprender guerras de conquistas no era sólo un error, sino una falsedad completa, pues era sabido que el káiser era incapaz de seguir una política continuada. Sólo aceptaba ministros que le agradaran sin fijarse en su competencia. Alejaba a hombres como Ludendorff o Tirpitz que no sabían ser cortesanos. Estaba muy lejos de parecerse a su abuelo Guillermo I y sí recordaba a Federico I, el rey sargento, a quien le encantaba tener

un vistoso ejército y no deseaba destruirlo en una guerra.

El espionaje se ha transformado en el presente siglo en una actividad de gran importancia. Disfrazados con nombres especiales: Servicios Secretos, Servicios de Inteligencia... existían poderosas organizaciones en todas las grandes potencias, servidas por hombres sedientos de aventuras, otros guiados por un abnegado patriotismo y la mayor parte por dinero. Los hay desde el más distinguido embajador hasta el disimulado agente que tras un modesto trabajo oculta lo que es en realidad.

Al lado de los servicios de espionaje ha habido que crear los de contra-espionaje, y es curioso que muchos de los agentes a sueldo sirven a veces a más de una nación y se venden falsos secretos en grandes sumas de dinero. Ante el temor que los datos adquiridos ocultaran un premeditado fin se incurría en nuevos gastos para asegurar la efectividad de los secretos comprados. Así fue en el caso del plan Schliessen, vendido al gobierno francsé, el cual siempre continuó dudando si era cierto o sólo un engaño del contra-espionaje alemán. Es frecuente que los mismos servicios de espionaje denuncien indirectamente a los agentes cuya fidelidad es dudosa a los gobiernos espiados.

5)

El año 1915 la guerra se caracterizó por el gran triunfo alemán en Rusia; además de conquistar Polonia, Curlandia y Lituania, los alemanes resolvieron terminar con el frente servio que había resistido a los austríacos. Bulgaria entró a la guerra como aliada de Alemania, tanto por las ofertas turcas que le aseguraban una salida al mar del Archipiélago, como por recupe-

rar los territorios que le habían arrebatado los servios después de la segunda guerra balcánica. La ofensiva alemana tuvo pleno éxito y toda Servia fue ocupada.

Los aliados que tanto habían protestado por la violación de la neutralidad belga, no vacilaron en hacer lo mismo en Grecia; ocuparon Salónica y unidos a los restos del ejército servio abrieron un nuevo frente en los Balcanes.

El jefe del ejército alemán von Falkenhayn expuso ante el káiser y el estado mayor un estudio sobre el frente occidental, donde la guerra de trincheras impedía la movilidad de maniobras que pudiera producir un triunfo rápido. El ejército inglés aumentaba cada vez más, y a pesar de que no eran soldados experimentados, el valor y la tenacidad para combatir hacían inútiles los esfuerzos para romper la línea que ellos defendían.

Falkenhayn llegaba a la conclusión de que después de las victorias obtenidas en el frente oriental no convenía seguir adelante, pues la inmensidad territorial de Rusia y sus inagotables recursos iban a absorber todo el potencial bélico alemán sin conseguir un resultado definitvo; éste había que obtenerlo en el frente occidental rompiendo la línea defensiva en el punto de unión entre el ejército inglés y el francés. Para esto era necesario atacar a los franceses en una parte vital que les obligara llevar hacia ella todas sus reservas y producir un desgaste tal que agotara el poder militar francés. El punto de ataque debería ser Verdún, fortaleza que los franceses defenderían sin vacilar.

El mariscal Hindenburg opinaba que la guerra exigía generales de nervios fuertes, que supieran esperar el momento preciso para atacar. No hay duda que había necesidad de estar dotado de un carácter especial para poder soportar el horror de tener que mandar a la muerte fríamente a cientos de miles de hombres, no con el objeto de una gran maniobra estratégica, sino

para debilitar al enemigo, lo que lógicamente implicaba un desgaste de la fuerza atacante. Este es el caso de Verdún; Falkenhayn proyectaba destruir por desgaste el ejército francés; no había ninguna concepción estratégica. Se trataba de atraer hacia Verdún soldados que debían morir dominados por una potente artillería. Una vez debilitada la resistencia francesa, se rompería el frente para empujar hacia el mar al ejército inglés. En los cálculos del general alemán se partía de un desgaste definitivo de las fuerzas francesas, el que se obtendría con un mínimum de pérdidas por parte del ejército alemán.

En febrero de 1916 se empezó el gran ataque a Verdún que tuvo éxito al principio; cayeron en poder de los alemanes los principales fuertes, pero el resto resistió cada vez con más vigor y, tal como se había supuesto, los franceses emplearon sus reservas en la defensa. El general Petain recibió el encargo de resistir y lo hizo en tal forma que, después de meses de una ofensiva vigorosa, ésta fue decayendo hasta detenerla en vista de que si era efectivo el desgaste francés, también sufría un mal calculado desgaste el alemán. El asalto a Verdún costó 285.000 bajas a los alemanes y 315.000 a los franceses; es decir, se llevó a la muerte a 600.000 hombres, jóvenes la mayor parte, debido a una torpe concepción del arte de la guerra.

Si se medita un poco sobre lo acontecido en Verdún, se tiene en parte la explicación de lo que va a suceder en el período de la segunda guerra mundial.

6)

El fracaso del ataque a Verdún produjo el retiro del general Falkenhayn como general en jefe del ejército alemán. Al recibir veladas insinuaciones del gabinete militar del káiser, presentó su renuncia que le fue

inmediatamente aceptada, nombrándose en su lugar a Hindenburg, quien con su jefe de estado mayor, Ludendorff, habían pasado a ser, por las victorias obtenidas en el frente oriental, el símbolo del triunfo del Imperio alemán sobre la Entente.

Fue Falkenhayn el tipo del general alemán, trabajador, estudioso, buen organizador, capaz de abarcar los múltiples problemas que genera el mando militar y, sobre todo, profundamente patriótico y fiel a su soberano, o a su jefe superior. No fue, como todos los generales que actuaron en la guerra del año 14, por ambos lados, un hombre de extraordinario talento militar. Demostró su modestia y su afán de servir a Alemania, al aceptar el mando del ejército que iba a luchar contra Rumania, mando secundario comparado con el que acababa de entregar.

En el año 16, dos nuevas naciones entraron a la guerra por parte de la Entente: Portugal y Rumania. La primera fue obligada a intervenir en un conflicto que no le interesaba, por Inglaterra, nación que dominaba totalmente la economía portuguesa. La segunda había oscilado entre los Imperios centrales o la Entente; la entrada de Bulgaria a favor de Alemania, el aplastamiento de Servia y la seguridad de no participar en la división territorial de este país, la llevaron hacia la Entente. La decidió la ofensiva rusa victoriosa en Galitzia y Bukovina.

Los alemanes se habían dedicado a reforzar sus líneas de defensa contra los rusos y a organizar la producción de las regiones conquistadas construyendo nuevas vías ferroviarias y caminos que aseguraban el abastecimiento de sus ejércitos. Este descanso de las operaciones ofensivas fue aprovechada por los rusos para organizar nuevos ejércitos; el material humano era inagotable, no así el bélico. Con armamentos recibidos a través de Siberia se pudo equipar un ejército numeroso,

no tan bien armado ni preparado como el primero y carente en parte de la oficialidad necesaria.

Al mando del general Brusiloff, emprendieron los rusos la ofensiva contra los austríacos y obtuvieron triunfos que obligaron a éstos a retirarse hacia los Cárpatos. El ataque fue llevado sin ninguna estrategia hábil; fue sólo un violento combate de frente que produjo luego el agotamiento del ejército vencedor. Esta ofensiva fue el canto del cisne del zarismo ruso; fue la última y decisiva para convencer al pueblo de la incapacidad del gobierno.

Creyeron tanto la Entente como Rumania, que Austria-Hungría había llegado a un extremo agotamiento; el ejército rumano atravesó las montañas e invadió Transilvania, que contaba con parte de población rumana; pero el Austria no estaba sola; un ejército alemán al mando de Falkenhayn venció a los rumanos en forma tan rápida que fue conquistada la Valaquia. El gobierno rumano, al no recibir ayuda por parte de los rusos, tuvo que firmar un armisticio que dejó en poder de los alemanes las ricas llanuras valacas y los pozos petrolíferos tan necesarios a los Imperios centrales.

7)

Ya muy anciano murió el emperador Francisco José de Austria, cumpliendo su deber de soberano hasta el último momento de su vida, la cual recuerda las tragedias de Sóflocles, Esquilo o Eurípides. Tanto las desgracias familiares como los fracasos políticos y guerreros no pudieron doblegar su espíritu dedicado a cumplir su misión de monarca heredero de una tradición centenaria. Tal como él lo presentía, fue el último emperador del Imperio austríaco, pues el sucesor, el emperador Carlos, sólo fue un desesperado epílogo de cor-

tísima duración de la monarquía de los Habsburgos. La fatalidad que persiguió a Francisco José durante toda su vida le impidió, después de Schwartzemberg, encontrar un ministro capaz de comprender y afrontar la crisis que se aproximaba. Lejos de eso, sus colaboradores contribuyeron a aumentar las causas que iban a hacerla estallar.

El nuevo emperador Carlos de Habsburgo, casado con la pricesa Zita de Borbón, supo apreciar la crítica situación en que se encontraba la monarquía dual; sólo había una solución: obtener la paz a cualquier precio; pero el ejército austríaco dependía cada vez más de la ayuda alemana, por lo tanto era imposible llegar a un acuerdo si Alemania no lo aprobaba. Se iniciaron sondeos preliminares para ver si el canciller alemán Bethmann aceptaba pedir al presidente Wilson de Estados Unidos su mediación.

Alemania ofrecía, no pedía la paz; lo hacía en su calidad de vencedor, pues ocupaba vastos territorios conquistados; pero bien se sabía que los Imperios centrales habían llegado al límite de sus fuerzas. El bloqueo impuesto por los aliados era abrumador y por este motivo éstos rechazaron toda tentativa de negociar la paz; querían imponerla. En una caricatura de una revista de ese tiempo se hace decir al ministro inglés Eduardo Grey en la Cámara de los Comunes: "Continuaremos la guerra mientras un solo soldado francés viva". Sin embargo todo había cambiado en Inglaterra; se había establecido el servicio militar obligatorio y organizado un ejército numeroso que transformó a Gran Bretaña en una potencia no sólo marítima, sino también militar. El nuevo primer ministro, Lloyd George, era un verdadero dictador, tal como el que Alemania no tuvo la suerte de encontrar y Francia lo halló poco después en la persona de Clemenceau. Eran hombres que estaban dispuestos, ante todo, a vencer.

CAPITULO X

1) La batalla naval de Jutlandia.— 2) Nicolás II.— 3) Rasputín.— 4) Revolución rusa.— 5) La guerra en el frente italiano.— 6) Woodrow Wilson.—

1)

La acción naval más importante de la primera guerra mundial fue la batalla de Jutlandia. La escuadra alemana vigilaba la entrada del mar Báltico y se aventuraba por el mar del norte hasta las cosas de Inglaterra, pero evitaba un encuentro con la flota británica, muy superior a ella. Igualmente, los ingleses recorrían el mar del Norte sin acercarse demasiado a la isla de Heligoland ni a las costas alemanas por temor a las minas o al ataque de los submarinos. En una de estas salidas ambas escuadras se encontraron impensadamente.

La escuadra alemana al mando del almirante Scheer, con una vanguardia de buques ligeros, avistó a la primera escuadra inglesa del almirante Beatty, cuya vanguardia era igualmente formada por buques livianos, y se travó en combate; la llegada de los grandes acorazados alemanes causó varias pérdidas a los buques ingleses; éstos muy pronto se vieron reforzados por sus gran-

des navíos de combate. La batalla había empezado a las 4½ de la tarde y la neblina que sobrevino impidió una clara visibilidad.

La llegada de la segunda escuadra inglesa, dirigida por el almirante Jellicoe, comandante en jefe de toda la flota, alarmó a los alemanes, que vieron que los buques ingleses se deslizaban hacia las cercanas costas de Dinamarca para impedir la retirada a sus bases de la escuadra alemana.

Con un enérgico ataque a los buques ingleses, los alemanes pudieron evitar el ser envueltos y se retiraron hacia sus puertos. El total de pérdidas por ambos lados y el resultado final ha sido muy discutido. En realidad las pérdidas inglesas en hombres y tonelaje fueron superiores a las alemanas; la artillería inglesa era más potente que la alemana, pero las corazas de los buques alemanes eran más fuertes que las de los navíos ingleses y resistieron mejor el efecto de los obuses. En resumen, la marina alemana demostró una espléndida preparación tanto en su tripulación como en el material. Los jefes ingleses, a excepción de Beatty, no demostraron la agresividad característica de la marina de guerra británica.

La batalla de Jutlandia produjo resultados muy distintos de los que Alemania pudo haber obtenido. El káiser no permitió una nueva ofensiva marítima alemana, a pesar del entusiasmo de los jefes que estimaban haber obtenido una gran victoria al haber conseguido con una escuadra sin experiencia resistir el ataque inglés y haber inflingido fuertes pérdidas al adversario. La pasividad a que se obligó a la marinería generó el descontento, que tuvo como resultado la revuelta que aceleró la rendición de Alemania.

2)

El Imperio de los zares era un mosaico de pueblos de distintas razas, religiones e idiomas dominados por los rusos. El vínculo de unión era el poder del zar; éste debía ser un hombre de carácter enérgico e implacable para mantener el orden sobre súbditos tan inquietos como los rusos y poder mantener el dominio sobre los pueblos sometidos.

Ya hemos visto cómo Nicolás II carecía de los dotes necesarios para poder mantener su autoridad. Era tenaz, pero desconfiado, tímido e incapaz de expresar su pensamiento ante el afectado; prefería emplear medios indirectos para dar a conocer su voluntad. Convencido de los fundamentos divinos de su poder, creía igualmente ser una víctima expiatoria que debía soportar las desgracias con resignación, pues era la voluntad de Dios.

Es interesante observar que los tres emperadores de los dos Imperios de la Europa central y el de la parte oriental eran enemigos de la guerra y, a pesar de esto, desencadenaron un espantoso conflicto bélico por ser incapaces de oponerse a la opinión militar y a resistir las consecuencias de los acontecimientos casuales que iban a provocar la guerra. Los tres destruyeron las monarquías sobre las cuales reinaban; el ruso y el austríaco se creían dominados por la fatalidad; el alemán, voluble y falto de criterio, no supo apreciar la gravedad del momento en que vivía.

El conde Witte, ministro de Alejandro III y de Nicolás II, nos da en sus memorias el siguiente juicio sobre este último:

"Un gobernante en quien no se puede fiar, que aprueba hoy lo que mañana rechazará, es incapaz de conducir la nave del Estado a puerto seguro. Su principal defecto es la falta de voluntad; aunque bondado-

so y no escaso de inteligencia, ello lo incapacita para el gobierno autocrático y sin límites del pueblo ruso. ¡Pobre y desdichado emperador! No había nacido para desempeñar el papel histórico que la fatalidad le ha confiado".

"Hay en el carácter de Su Majestad un exceso de optimismo y una extraña miopía en lo relativo al tiempo y al espacio. Sólo siente miedo cuando la tormenta está cercana y desaparece todo temor cuando el peligro ha pasado. Y así, después de concedida lo Constitución, Nicolás se considera como un autócrata, en el sentido que puede formularse como sigue: Hago lo que quiero y lo que quiero es bueno; si el pueblo no lo ve, es porque está formado por simples mortales y yo estoy ungido por Dios".

"Es incapaz de jugar limpio y siempre busca medios clandestinos y caminos subterráneos. Siente verdadera pasión por los métodos y notas secretas. Hasta en los momentos más críticos no abandona sus trajes de ceremonia bizantinos. Pero como no tenía el talento de Talleyrand, ni de Metternich, se metía por lo general en charcos de barro o de sangre".

3)

La idea de una revolución era algo latente en el pueblo ruso; venía de tiempos muy anteriores y estuvo a punto de triunfar a fines de la guerra contra el Japón; la fidelidad del ejército salvó a la monarquía zarista; pero no hay duda que desde entonces quedo maleado. El pueblo no tuvo una idea precisa de cómo fue dirigida esta guerra por desarrollarse en regiones tan distantes y no pudo apreciar claramente sus consecuencias.

La aristocracia rusa, siempre levantisca y deseosa de dominar al zar, había llegado a ser partidaria de una república aristocrática. En este deseo estaba apoyada por un grupo financiero que esperaba participar en el ejercicio del poder. La clase media, los intelectuales y universitarios soñaban con una república liberal, completamente en desacuerdo con el sentir popular.

El desarrollo de la industria había empezado en pleno zarismo y no como se quiere hacer creer que es una creación del régimen actual; había dado origen a una clase obrera, que en conjunto con el proletariado eran partidarios de una revolución socialista. La mayor parte del pueblo ruso pertenecía a la clase campesina; la reforma de Alejandro II abolió la servidumbre, pero no solucionó el problema de la tenencia de la tierra. La base del zarismo debería haber estado en el apoyo popular de esta clase, que consideraba al zar como el representante de todos los poderes; era el "Padrecito".

La guerra fue popular al iniciarse; volvió a surgir el instinto del alma rusa: la marcha hacia el occidente. Las derrotas, los triunfos pasajeros seguidos de fracasos que hacían retroceder al ejército ruso, llenaron de amargura el sentir popular. Se culpó al zar de la mala organización y, lo que es peor, se habló de traición; de la influencia de los elementos alemanes, y se indicaba a la Emperatriz como la más responsable.

Siempre se ha notado la similitud del destino de la zarina Alejandra y el de la reina María Antonieta de Francia. En el caso de la Emperatriz rusa hubo una abierta injustica al creer que su origen alemán la hacía simpatizar y aun ayudar a los Imperios germánicos en la guerra. La zarina era rusa por su religión y por el sentimiento hacia la patria de su esposo e hijos. Refuerza esta similitud el caso de Rasputín, que recuerda a Cagliostro.

Rasputín ha dado origen a toda una leyenda; la novela y el periodismo han llegado a crear un persona-

je de una importancia muy distinta de la que en realidad tuvo. Vulgar campesino ruso siberiano, estaba dotado de una fuerza magnética extraordinaria. Astuto, de excelente memoria, tenía más que inteligencia un instinto admirable que le permitía ver con claridad el fondo de los problemas e intrigas en que tuvo que actuar. Se captó la benevolencia imperial gracias al haber detenido por su fuerza magnética el mal que aquejaba al zarevich, único hijo varón de Nicolás II. Llegó a convencer a la zarina, que llevada por un extremo misticismo estaba ansiosa de rodearse de personas que la acercaran a lo ultraterrenal, de que mientras él estuviera cerca no peligraba la vida del príncipe imperial y aun llegó a decir en tono profético que si el desaparecía el zarismo se extinguiría.

No tuvo Rasputín ninguna connivencia con el espionaje alemán; fue enemigo de la guerra porque percibía el modo de pensar del pueblo y preveía que la guerra prolongada iba a ser la causa del fin de la monarquía. Fue, en realidad, Rasputín un personaje vulgar y grotesco que no tuvo nunca una influencia decisiva en la política rusa. Detestado por la aristocracia que le atribuía más importancia que la que tenía, fue asesinado por un grupo de aristócratas e intelectuales que creían librar a Rusia de un grave peligro.

4)

Tres años de una guerra dura y sangrienta desorganizaron por completo el gobierno ruso y produjeron la revolución. Una guerra rápida y victoriosa habría robustecido el zarismo; una larga y desastrosa lo derrumbó. Ya se había visto el peligro durante la guerra contra el Japón y muy poco se hizo. Rusia, con una población de 160 millones de habitantes, podía llevar al

frente de batalla 16 millones de soldados; pero su industria bélica era insuficiente y debido a su posición geográfica sólo podía recibir escaso material del exterior. Su estado mayor en preparación y estudio era muy inferior al alemán.

El zar tuvo la malhadada idea de tomar el mando en jefe del ejército asesorado por el almirante Alexieff, ya de triste memoria en la guerra ruso-japonesa. El completo fracaso en el ramo de transporte produjo el hambre en algunas ciudades como Petrogrado —nombre ruso que se dio a San Petersburgo. Estallaron huelgas y sublevaciones que fue imposible dominar cuando las tropas de guarnición se pusieron de parte de los sublevados. Las tropas veteranas y leales habían perecido en la guerra. En esta situación comenzaron a organizarse los primeros soviet o comité de obreros y soldados.

El grupo aristócrata y burgués de la Duma creyó que podía gobernar y en esto fue apoyado por las embajadas de Francia e Inglaterra, cuyo mayor interés era que Rusia continuara la guerra. Como solución se planteó la abdicación del zar en favor de su hijo enfermo. Ejercería la regencia el gran duque Miguel, hermano de Nicolás II. Al no contar con el apoyo de los jefes militares, el zar abdicó en nombre de él y de su hijo en favor de Miguel, que no aceptó el trono ante la imposibilidad de imponer su autoridad. Se nombró un gobierno provisional en el cual el diputado a la Duma, Kerenski, audaz y buen orador, tomó el papel principal. De acuerdo con las potencias aliadas, resolvió iniciar una nueva ofensiva. El general Brusiloff, como general en jefe, atacó con éxito momentáneo en Galitzia y Bucovina; muy luego sobrevino el contra-ataque alemán que fue un nuevo descalabro para los rusos.

Con permiso del gobierno alemán, atravesó Alemania, procedente de Suiza, en un vagón cerrado, el revolucionario ruso Wladimir Ulianov, conocido como Lenin. Se olvidaron los alemanes que es peligroso pren-

der fuego a la casa del vecino. Lenin encontró en otro antiguo revolucionario de origen hebreo, Levi Bronstein, Trotzky, un hombre enérgico y audaz que organizó y dirigió un golpe de estado para derribar el débil gobierno provisional que temblaba ante las imposiciones de los soviet de Petrogrado. Tanto Lenin como Trotzky, al igual que Marx, jamás habían trabajado como obreros, pero estaban de acuerdo con las ideas mesiánicas del célebre ideólogo del comunismo de que el proletariado debería tomar el poder e imponerse por la lucha de clases.

¿Quién o quiénes financiaron el golpe de estado que llevó al poder a los bolcheviques? Es algo que todavía no se sabe con certeza; se sospecha solamente que un grupo de banqueros norteamericanos dirigidos por Jacobo Schief, de origen hebreo, pariente de los Rostchild, tuvo participación en este acontecimiento.

El nuevo gobierno ruso tenía que afrontar ante todo el problema de la guerra. Se iniciaron conversaciones con los alemanes en Brest-Litovsk; las condiciones impuestas por los Imperios centrales fueron tan duras que se resolvió no hacer la paz ni proseguir la guerra. Los alemanes no permitieron ninguna clase de propaganda y reconocieron la república de Ucrania como una nación independiente de Rusia y prosiguieron su avance hacia Riga y Petrogrado y Moscú. Esta amenaza alemana obligó al gobierno comunista ruso a ceptar el tratado de Brest-Litovsk por el cual Rusia perdía las provincias bálticas, Polonia y Ucrania, es decir, las conquistas de cerca de dos siglos.

Lenin firmó la paz por estimar que no quedaba otro camino que tomar; estaba seguro de que el tratado concluido iba a ser de corta duración, era algo provisional; la revolución comunista luego prendería en Alemania y por otra parte era de absoluta necesidad un descanso para el nuevo gobierno.

5)

La Entente creyó que con la entrada de Italia a la guerra se iba a conseguir un triunfo rápido. Se estimaba que Austria, que no había podido vencer a Servia y que gracias al auxilio alemán había detenido la invasión rusa, no sería capaz de resistir el ataque italiano. El error fue completo y grave.

La frontera austro-italiana tenía más o menos 560 kms. de longitud, de los cuales 80 correspondían a la región del Carso en la parte veneciana, donde era posible desarrollar una ofensiva; los 420 kms. restantes estaban situados en la parte montañosa de los Alpes, fácil de defender por la parte austríaca. A esto se debió que la ofensiva italiana se desarrollara a orillas del río Isonzo, antiguo límite entre los Imperios de Oriente y de Occidente.

Hubo once batallas a orillas del Isonzo; en algunas se avanzaba para retroceder en otras después. Costaron más de un millón de muertos a los italianos y posiblemente otros tantos a los austríacos; se había llegado a lo predicho por Bloch: la guerra por agotamiento. Alguien dijo que la guerra en el frente italiano era una guerra de opereta, comparada con la del frente francés que era una trágica ópera. Era en verdad una opereta, pero una sanguinaria opereta que sólo se diferenciaba de la ópera del frente alemán por la magnitud mayor de las batallas y, por lo tanto, la mayor pérdida de vidas humanas; el resultado era igualmente inútil en ambos frentes.

Napoleón había dicho: "La guera, arte sencillo y todo ejecución". Cien años después los militares no supieron interpretar esta breve definición. Los hombres de talento de los varios ejércitos europeos, especialmente los alemanes, transformaron en un método algo que es imposible encerrar en un marco de reglas precisas;

algo que exige al jefe un conjunto de cualidades entre las cuales debe predominar el poder abarcar el conjunto y analizar donde está el punto débil para atacar con audacia y energía, asumiendo una total responsabilidad, sin descuidar ni dar más importancia de la debida a los factores negativos.

Los estados mayores eran ante todo planificadores y dejaban en segundo lugar la ejecución. Es interesante analizar el caso de la guerra franco-alemana. Plan de Moltke, excelente; pero se dejó su ejecución en gran parte a los generales de los diferentes ejércitos, en tal forma que si Francia hubiese tenido un buen general habría triunfado a pesar de las desventajas existentes. El plan Schliessen, modificado por Moltke el año 14, fue estudiado y detallado admirablemente; pero se dejó actuar a los diferentes jefes sin que el generalísimo, a más de 300 kms. de distancia, actuara en la forma debida.

En los frentes occidentales, franco-inglés e italiano, se mantuvo la agotadora guerra de trincheras. Era una increíble carnicería, sin que apareciera en ninguno de los dos bandos combatientes un general que, en un destello de genio, encontrara una nueva forma que diera una rápida victoria y se evitara el desastre a que se encaminaba la cultura occidental.

Las continuas batallas del Isonzo, con el pavoroso número de bajas producido, sin conseguir ningún resultado efectivo, afectó la moral del ejército italiano, lo que se tradujo en actos de indisciplina, tal como se habían producido en el ejército francés después de Verdún. El malestar afectó a toda Italia, malestar provocado por una disimulada propaganda alemana. Llegó un momento que el estado mayor alemán estimó propicio para dar un golpe decisivo a las fuerzas italianas. Se llevaron divisiones alemanas con las cuales se inició una ofensiva en el sector veneciano con el objeto de romper el frente y llegar al golfo de Venecia para encerar

el grueso del ejército italiano que luchaba en el Carso, es decir, en el Isonzo. Se trataba de un "Canas", la maniobra favorita de los estrategas alemanes.

La ruptura se produjo en un punto llamado Caporetto y debido al estado de desorganización en que se encontraba el ejército italiano, la batalla se transformó en un desastre; un dato como el siguiente demuestra lo dicho: hubo 40.000 bajas y se rindieron más de 260.000 hombres con un inmenso material de guerra. A medida que avanzaba, como pasó en todas las ofensivas de esta guerra, el empuje alemán se debilitó; alcanzó a llegar a las orillas del río Piave, donde se afirmó la resistencia italiana apoyada por divisiones francesas e inglesas que habían sido trasladadas rápidamente desde el frente occidental. El mariscal francés Fernando Foch, considerado como el más capaz de los generales de los aliados, pero que tenía para el gobierno francés el grave defecto de ser católico, dirigió y logró detener totalmente el avance alemán a las orillas del Piave.

El desastre de Caporetto tuvo un efecto curioso en Italia: resurgió todo el patriotismo de la nación y se vio cuánto mal había hecho la propaganda derrotista de los elementos revolucionarios alentados por el triunfo comunista en Rusia.

6)

Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, nació en el estado de Virginia; era hijo de un distinguido pastor presbiteriano, literato y hombre de estudio. Influyeron en el carácter de Wilson las ideas y gustos de su padre. Se dedicó al profesorado, ejerciéndolo con éxito en varias Universidades. Su carrera política se inició cuando fue elegido gobernador de Nueva Jersey. Su buena administración, su fama de hombre correcto y

honrado y su popularidad universitaria contribuyeron a que fuera elegido presidente con una abrumadora mayoría respecto de los otros candidatos, conocidos políticos y hombres de estado como eran Roosevelt y Taft, ambos ex presidentes.

Los primeros tiempos de su administración fueron un éxito en cuanto a la política interior; trató igualmente de modificar la línea seguida por sus antecesores respecto de la exterior en lo que se refería a las relaciones con la América Latina. La diplomacia del dólar, como se había denominado al imperialismo norteamericano ejercido en los países de la América Latina, había creado un clima de odiosidad que Wilson trató de disipar con métodos de una política distinta que diera la impresión de que se procedía con honradez y justicia. Le dio fama de político justo que actuaba de acuerdo con la jurisprudencia internacional, que había enseñado como profesor, el caso de las tarifas del canal de Panamá. Por una ley se había eximido al cabotaje norteamericano del pago de los derechos de tránsito por el canal, que se exigía a todos los buques extranjeros. Inglaterra protestó, pues según los tratados relativos a la construcción del canal, se estipulaba que los buques de todas las naciones deberían pagar esos derechos. El gobierno norteamericano interpretaba la frase "todas las naciones" aplicable a las otras, no a Estados Unidos.

El presidente Wilson se dirigió al Senado pidiendo la derogación de la ley e interpretando el tratado como en realidad se había querido establecer. Dice en parte de su mensaje al Senado:

"No he dirigido ninguna comunicación al Congreso que pueda tener complicaciones más grandes y extremas para el país". Pide la derogación de la ley como que es un deber el respetar los acuerdos establecidos por tratados internacionales; es algo que afecta al ho-

nor de la política norteamericana. Después de largos debates el Senado aprobó lo propuesto por el presidente.

A pesar de su política amistosa hacia los países americanos, fue imposible evitar un conflicto con Méjico, donde después de la caída de la dictadura de Porfirio Díaz sobrevino una situación anárquica producida por la lucha entre los varios caudillos que se disputaban el poder. Un incidente de poca importancia en el puerto de Tampico con marinos norteamericanos decidió a Wilson a intervenir; la escuadra norteamericana desembarcó tropas que ocuparon Veracruz.

Los países sudamericanos Brasil Argentina y Chile, designados como el ABC, ofrecieron su mediación que fue aceptada por Wilson y puso término a la ocupación de Veracruz. La guerra europea daba margen a tantas complicaciones que el asunto mejicano era nimio al lado de lo que se veía venir.

Al estallar la guerra del año 14, la opinión norteamericana estaba dividida, pero muy luego se manifestó partidaria de los aliados, especialmente debido a que la industria bélica tuvo un vasto campo al abastecer a los países de la Entente; sin embargo, lo que más se deseaba era la neutralidad y fue la base de la campaña electoral que triunfó al ser Wilson reelegido como presidente para un nuevo período.

CAPITULO XI

1) Estados Unidos entra en la guerra.— 2) Diferencias de culturas.— 3) Factores económicos.— 4) Propaganda.— 5) Presión de la gran finanza.— 6) El fin de la guerra.—

1)

A fines de julio de 1915, el Papa Benedicto XV hizo un nuevo llamado a las naciones en guerra para terminar tan abominable contienda que estaba sembrando de cadáveres los más florecientes países de Europa. Tiene frases de conmovedora belleza al decir: "No se diga que el monstruoso conflicto no puede solucionarse sin la violencia de las armas. Depóngase el mutuo propósito de destrucción, téngase en cuenta que las naciones no mueren, sino que aun humilladas y oprimidas, llevan furiosas el yugo impuesto, preparando el desquite y transmitiendo de generación en generación una triste herencia de odios y de venganza..."

El Papa proponía como base de un arreglo cinco condiciones, que pueden expresarse como sigue:

a) Creación de una fuerza armada internacional que haga cumplir la fuerza moral del derecho establecido.

b) Libertad y uso común de los mares.

c) Solución pacífica de los problemas territoriales atendiendo a las justas aspiraciones de los pueblos. En la paz no debería haber vencidos ni vencedores.

Se envió a Alemania a un funcionario de la Secretaría, Eugenio Pacelli, nombrado arzobispo, para que sondeara al gobierno alemán sobre las probabilidades de llegar a una solución. Se envió, también, una copia al presidente Wilson, el que no la recibió con agrado; a pesar de esto contestó en términos elogiosos, pero con final destructor: "Pero será una locura seguirlo (plan del Papa); no lleva efectivamente al objeto que se propone". Es interesante recordar esta opinión cuando se hace un análisis de los catorce puntos de presidente Wilson.

Las complicaciones producidas por el bloqueo aliado a Alemania, que se extendía a los países limítrofes como Holanda y Dinamarca, eran pequeñas al lado de las generadas por el bloqueo alemán respecto de las Islas Británicas, ejercido por los submarinos alemanes. El que éstos torpedearan y hundieran hasta los buques de las naciones neutrales produjo grandes protestas que culminaron al ser hundido el gran trasatlántico Lusitania, en el que perecieron pasajeros de diferentes países que no estaban en guerra, entre ellos más de cien norteamericanos. Las protestas del gobierno de Washington aparentemente se las aceptó y se mantuvo la idea de que Estados Unidos permanecía neutral; mas era fácil ver que cada vez aumentaba más el interés económico de los industriales norteamericanos por el triunfo aliado.

La revolución rusa, la caída del zarismo y la probable derrota de Rusia contribuyeron a que el gobierno alemán desencadenara con más vigor la guerra submarina, lo que finalmente produjo la declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania.

La política de Wilson, figura decisiva en el final de la guerra de 1914 y en los tratados de paz, se ha

prestado a fuertes críticas debido a sus espectaculares variaciones difíciles de explicar y de justificar en forma irrebatible. Para hacer un análisis de su actuación política que nos dé una idea menos confusa, es conveniente considerar cuatro factores que son de capital importancia para poder emitir un juicio acertado sobre la personalidad del presidente de Estados Unidos. Estos factores son:

a) Diferencias de culturas.
b) Factores económicos.
c) Propaganda.
d) Presión de la gran finanza respecto de la política internacional.

2)

a) Diferencias de culturas.—En el capítulo XI del volumen III y en el XV del volumen V de este Ensayo, se ha tratado de exponer en forma muy breve la tesis sobre la existencia de las "culturas". Se ha partido de ideas de Vico, de Danilewski, de Spengler y de Tonybee, para proponer a la consideración de los lectores un esquema de lo que podría llamarse una "Mecánica del acontecer histórico". Es algo imposible de negar que todo lo existente está regido por leyes de las cuales conocemos sólo una ínfima parte y no en forma definitiva; varias de las conocidas están en un continuado estudio hacia su perfección.

La limitada inteligencia humana jamás podrá comprender lo infinito, lo divino, si no hay una fe que acepte el que hay casos en que se ha permitido al hombre conocer algo de lo que es el "Gran Misterio". Pero es muy posible que se logre en lo referente al desarrollo histórico, igual que en las ciencias matemáticas, fí-

sicas y biológicas, establecer leyes que se justifiquen por lo sucedido a través de los siglos.

Si aceptamos como una hipótesis la existencia de las culturas en la forma propuesta, se pueden explicar muchos de los acontecimientos históricos como algo que lógicamente debería suceder. Es lo que se ha tratado de hacer en este relato que abarca cerca de 2.000 años de existir humano. Se ha querido diferenciar lo que hemos llamado hechos causales de los casuales. Estos últimos —cuyo nombre implica las ideas de casualidad, suerte, el hado, el destino según el mundo pagano— seguramente no son arbitrarios; obedecen a leyes desconocidas por el momento; sólo podemos observar que han tenido y tienen un carácter decisivo en el acontecer histórico.

Hemos llegado a un punto culminante de nuestra historia: la primera guerra mundial y especialmente el final de ella. En este último acontecer se encierra el término del segundo período de la cultura rusa; el aniquilamiento de la aristocracia y de la clase media y el triunfo aparente del proletariado. Rusia entra en la última etapa de su histórica cultura; junto a esto nos encontramos con el paso de la cultura norteamericana del primero al segundo período de su existencia. Estados Unidos lleva sus ejércitos a Europa y se convierte de nación fuerte en una gran potencia; para seguir el camino que la llevará a transformarse en la potencia dominante en el mundo terrestre. La cultura occidental sufre el comienzo de la gran crisis que la hará perder su papel de árbitro de la política mundial para caer en un rápido derrumbe de su poderío. Está en la última etapa de su existencia; puede acontecer su fin producido por el paso de sus diferentes nacionalidades al estado caótico, como el haber entrado a un período de una senilidad de acentuada decadencia.

La personalidad de Wilson es una figura central al concluir la primera guerra mundial. La política que si-

gue antes de entrar al conflicto, como la desarrollada después al estudiarse el tratado de paz, han dado margen a críticas sumamente dispares. Así, por ejemplo, publicado en el "The XIX Centruy", se encuentra lo siguiente:

"No es —Wilson— en sus relaciones personales ni en las políticas un gran hombre. Testarudo, voluntarioso, un tanto vengativo, aficionado a representar el papel de arcángel, maestro de escuela, sermoneando acerca de su depravada actitud a cuantos no comparten su opinión, no es persona para prestarse buenamente a facilitar las cosas".

La anterior es una opinión norteamericana; a continuación una francesa, publicada en 1920 en "Le Correspondant":

"Desde el momento en que se hizo entrar a los Estados Unidos en la guerra, el pueblo norteamericano no tuvo medio alguno de dar a conocer sus sentimientos acerca de la política de Wilson. Medidas de todas clases, de una severidad excesiva, una censura por lo menos igual a la que reducía al silencio a la prensa europea; la supresión del derecho de hablar, de escribir, de reunirse, cosas todas sin precedente en los Estados Unidos, aun bajo el rigor del que llamaron los americanos "Jorge III el bruto", impidieron toda manifestación de opiniones".

El periódico "The World" hizo un análisis de los discursos de Wilson y llega a decir lo siguiente:

"El antiguo ídolo de la democracia se halla, después de la guerra, desacreditado y condenado. Sus frases retóricas, oropeles rotos y mustios de un pensamiento del cual los hombres dudan ahora, no caerán ya nunca con embeleso hipnótico sobre los oídos de la ávida muchedumbre.

"La máscara de preceptos éticos y de filosofía política que durante mucho tiempo cerró los ojos de los

más perspicaces, ha sido arrancada; se ha revelado a todos los pueblos como un autócrata arrogante y un político de compromiso".

Se ha dicho que el error más grande de Wilson fue hacer entrar a Estados Unidos en la guerra; si esto no hubiese pasado, si hubiera permanecido esta nación neutral, los estados en guerra se hubieran visto obligados a firmar una paz negociada. Es este el pensamiento de Winston Churchill cuando dice:

"América no debió haberse inmiscuido en la guerra y hubiera hecho mejor permaneciendo al margen de la misma. Si no hubiese entrado en la contienda los aliados habrían hecho la paz con Alemania en la primavera de 1917. Y de ocurrir así no se habría producido el colapso de Rusia, seguido por el comunismo, ni el hundimiento de Italia seguido por el fascismo, ni Alemania hubiese firmado el tratado de Versalles, causa de la preponderancia nazi en dicho país".

El mismo presidente Wilson pensaba en forma distinta de como procedió después. La noche antes de mandar el mensaje al Congreso pidiendo la declaración de guerra dice el periodista Frank Cobb, de Nueva York:

"La guerra trastornará nuestro mundo actual. Mientras hemos permanecido al margen del conflicto, existió una preponderancia de la neutralidad, pero en cuanto nos unamos a los aliados el mundo abandonará su base pacífica para adoptar otra completamente bélica. Esto significará perder la cabeza junto con los demás y cesar de establecer el equilibrio deseado entre el bien y el mal. Una gran parte de los pueblos de este hemisferio quedará enloquecido por la guerra; dejará de pensar y dedicará sus esfuerzos a la destrucción".

¿Cómo explicar el que fuera a la guerra si pensaba en esa forma? ¿Por qué? Estaba impelido por los factores b) y c) que vamos a tratar más adelante. Además, para juzgar la actitud de Wilson, hay que considerar que era un norteamericano y pensaba de acuerdo con

su "cultura"; al criticarlo los franceses e ingleses lo hacen basándose en la ideología propia de la cultura occidental. Esta completa disparidad de pensamiento la vamos a encontrar con toda su gravedad al fijar las condiciones del armisticio y al estudiar las bases del tratado de Versalles.

3)

b) Factores económicos.—Antes del año 14 se creía imposible que estallara la guerra entre la Entente y la Triple Alianza o, en caso que esto llegara a suceder, sería un conflicto de corta duración, uno o dos meses, debido a que los gastos iban a superar las posibilidades económicas de los países en lucha. Fue esta, como muchas otras opiniones respecto de la guerra que se veía venir, una completa equivocación. Se pensaba, también, en acciones rápidas, fulminantes, que decidirían la contienda en muy corto tiempo. Fueron muy pocos los que imaginaron la posibilidad de la guerra de trincheras y el estancamiento de la guerra de maniobra.

Inglaterra y Francia eran países muy ricos, países acreedores; gran parte de los continentes asiáticos, africano y americano eran explotados por capitales ingleses y franceses. Londres era un gran centro financiero; en Francia se habían colocado los empréstitos rusos. Cuando estalló la guerra nadie previó, ni aun los militares, la enorme cantidad de material bélico que se iba a consumir superior a todas las magnitudes calculadas. Así, en Francia el número de obreros ocupados en las fábricas de armas aumentó en un 3.200%. Las industrias inglesas y francesas ampliadas no dieron abasto y hubo que hacer grandes pedidos a Estados Unidos, donde se desarrolló en gran escala la industria, no sólo de mate-

rial de guerra, sino también de todos los productos necesarios para avituallar los ejércitos.

Los pedidos hechos a las industrias norteamericanas costaban tanto dinero que hubo necesidad de recurrir a pedir empréstitos y se llegó a una situación tal que la derrota de los aliados significaba cuantiosas pérdidas a la economía de Estados Unidos, pues era lógico pensar que los vencedores iban a exigir fuertes indemnizaciones que arruinarían a los vencidos y no podrían cumplir los compromisos contraídos.

El triunfo aliado interesaba económicamente a los norteamericanos, y esto se vio claramente cuando comenzó a desarrollarse una campaña en el sentido de que era necesaria una intervención armada para asegurar la victoria.

4)

c) Propaganda.—Los ingleses encontraron en Lord Northcliffe un eximio director de propaganda por el triunfo de la Entente, pero los grandes maestros en este arte han sido los norteamericanos. Después de la elección de Wilson para un segundo período presidencial se inició con toda intensidad la propaganda en favor de los aliados.

Como con la revolución rusa había desaparecido el régimen zarista, se hablaba de una verdadera cruzada por la libertad que tenía como base la democracia. Se pintaba al káiser como un déspota y se hacía recaer en los Imperios centrales toda la culpabilidad de haber provocado la guerra. Las atrocidades alemanas cometidas en Bélgica y en la parte de Francia invadida se describían con una técnica hábil encaminada a despertar una indignación que llegaba al paroxismo. James Duane se expresa acerca del resultado de la propaganda en la siguiente forma:

"Incitado por tales nociones —se decía que los soldados alemanes cortaban las manos a los niños belgas— acerca del comportamiento del enemigo y de otras ideas igualmente absurdas, el pueblo norteamericano se lanzó a la guerra preso de un histerismo emocional que sólo puede ser comprendido si se analiza la fuerza de la propaganda cuando se trata de incitar a la acción a un país bajo determinadas condiciones. Los no conformes con la ideología de aquella guerra eran, por lo general, pocos y de escasa fuerza. Estos éxtasis casi primitivos, que a veces afectan al pueblo norteamericano, se han visto reproducidos en nuestros días de manera bien clara.

"Aborrecemos con un odio colectivo que resultaba estimulante. El firmante de este artículo recuerda haber asistido a cierto gran mitin en Nueva Inglaterra, celebrado bajo los auspicios de una determinada organización religiosa, en el que un orador exigió que cuando se hiciera prisionero al káiser, se le arrojara a una caldera de aceite hirviendo. El auditorio subido a las sillas, empezó a lanzar gritos de frenética aprobación. Tal era nuestro estado de ánimo, tal la locura que se había apoderado de nosotros".

La psicosis producida en el pueblo norteamericano tuvo que afectar en algo al primer mandatario; tal vez esto explica que después de haber hablado de neutralidad y de buenas relaciones con Alemania buscara un pretexto para justificar, en parte, el cambio tan total que se iba a verificar; y lo encontró al estallar la revolución rusa. Se dijo que se iba a combatir por la libertad y la democracia, no contra el pueblo alemán, sino por el pueblo alemán, para libertarlo de la tiranía que lo oprimía y encauzaba en tan nefasta contienda. En su mensaje al Senado, dice Wilson en una parte:

"No tenemos querella alguna contra el pueblo alemán. Sentimos por él simpatía y amistad. Por otra parte, no fue bajo su impulso, ni siquiera con su aprobación, como el gobierno alemán declaró la guerra. Esta

se decidió como las antiguas querellas de otros tiempos, cuando no se consultaba a los pueblos y la lucha en interés de las dinastías o de un pequeño grupo de ambiciosos.

"Nos vemos, pues, obligados a aceptar la batalla con un gobierno que es enemigo natural de toda libertad, batalla en que pondremos las fuerzas todas de la nación, sacrificando con noble orgullo a un deber tan alto nuestra vida, nuestra fortuna y cuanto poseemos".

Es admirable que se haya expresado así un profesor, un catedrático de Derecho Internacional, que se supone debía conocer la estructura política de naciones de tal importancia como Alemania. Hasta entonces Wilson había llamado la atención por su honrado proceder. ¿Se puede aceptar que el presidente, obligado por motivos políticos, tratara de mistificar la situación real para convencer de la necesidad de ir a la guerra? ¿O era una víctima de ese histerismo creado por una hábil propaganda? El lector puede juzgar al conocer lo que sucedió después y sobre todo al conocer el tratado de Versalles y analizar sus consecuencias.

5)

d) Presión de la gran finanza.—El dinero, el capital, no tiene nacionalidad y se evade hacia los países que le ofrecen seguridad y mayor ganancia. A fines de la Edad Media y principios de la Moderna, los principales banqueros estaban en Roma, Milán, Florencia y Venecia; después pasaron a ser centros financieros Nuremberg y Francfort, seguidos por Amsterdan y Amberes. A fines del siglo XIX y en el actual, se reveló Estados Unidos como una tierra de promisión para los grandes negocios. La construcción de ferrocarriles, su explotación, el petróleo y los trust que se formaban con-

virtieron a Nueva York en uno de los más grandes centros financieros del mundo.

Si el dinero no reconoce nacionalidad, es lógico pensar que los que lo poseen y lo dedican a grandes especulaciones si reconocen una patria, ésta tiene que ser de carácter temporal, mientras convenga a sus intereses. Es curioso notar que gran número de poderosos magnates de las finanzas son de raza hebrea; el internacionalismo de su origen favorece el esfuerzo que significa el prescindir de la idea y de las obligaciones que encierra el sentido de la patria.

Los banqueros y grandes financistas son aficionados a la política, que les deja espléndidas utilidades. A algunos les gusta figurar y ostentar el poder; otros, al contrario, lo ejercen sin que nadie lo sospeche y repetidas veces ha pasado que se forman consorcios que actúan, que deciden acontecimientos cuyo motivo se atribuye a circunstancias casuales. Hay políticos y hombres audaces que sirven a estas fuerzas en cierto modo misteriosas no por el dinero, sino por que satisfacen un ideal o por el espíritu de aventura o de acción que los domina. La revolución rusa fue impulsada y aprovechada por estas fuerzas; se sabe que Kerenski era un instrumento de ellas; banqueros de Nueva York financiaron el golpe de estado comunista. Trotski, de origen hebreo, estaba de acuerdo por intermedio de su esposa con esos banqueros y era el designado para tomar el poder en Rusia y llevar la revolución a la Europa Occidental.

¿Qué relación hubo entre el presidente Wilson y estas fuerzas tan potentes como ocultas? No se sabe, pero el cambio total en el proceder de un hombre reconocido como honrado e idealista que llega a dejar ejecutar todo lo contrario de lo que prometió, es algo que hace pensar que hay muchos, muchísimos datos que no conocemos todavía y que nos darán la explicación de lo sucedido.

6)

Después de haberse firmado el tratado de Brest-Litovsk, el gobierno alemán resolvió vencer en el occidente por medio de una intensa campaña submarina que bloqueara a las Islas Británicas y con una violenta ofensiva destinada a destruir los ejércitos anglo-franceses.

Ludendorff era en realidad un dictador militar. Tras la fama de Hindenburg, dirigía todo el ejército alemán. Se retiraron del frente ruso setenta divisiones para reforzar el frente occidental y emprender una ofensiva cuyo principal objetivo era separar el ejército inglés del francés, lo que obligaría al primero a retirarse hacia la costa. Alemania esperaba vencer antes que llegaran las tropas norteamericanas, a las que en todo caso no les atribuía gran valor militar.

Al amanecer del 21 de marzo del año 18, comenzó el bombardeo de la artillería alemana en un frente de 80 kms., desde Arras hasta Noyon. Los proyectiles de gases asfixiantes aplastaron toda resistencia en una profundidad de 10 kms. Horas después se lanzaron al asalto 500.000 hombres; el frente no se rompió; se retiró la línea defensiva, perdió terreno, pero la ruptura no se produjo. Después de cinco ataques sucesivos, los alemanes llegaron a las cercanías de Amiens sin lograr apoderarse de esta ciudad.

Los aliados resolvieron unificar su comando y acordaron nombrar general en jefe al general francés Fernando Foch, después mariscal Foch. Se concentraron reservas para defender Amiens, en tal forma que el comando alemán vio la imposibilidad de apoderarse de esta ciudad que se iba a transformar en un nuevo Verdún; es decir, se llegaba a una lucha por agotamiento, en circunstancias que se estaban empleando las últimas reservas. En cambio, había comenzado a llegar el contingente norteamericano; en marzo había en Francia 300.000

soldados; en octubre del mismo 1.700.000 y pronto llegarían 100 divisiones más.

El 8 de agosto se inició la ofensiva aliada, con tal éxito que Hindenburg la llama "nuestra primera desgracia". El ataque continuó con toda intensidad y la línea alemana cedió. El mariscal Hindenburg hizo saber al káiser que el ejército no podía resistir; había que hacer la paz. Guillermo II nombró su último canciller: el príncipe Max de Baden, el que al dirigirse al presidente Wilson supo que los aliados rehusaban tratar con los Hohenzollern y exigían una rendición completa. Ludendorff fue llamado por el káiser y presentó su renuncia; no quedaba más solución que la abdicación de Guillermo II, mas éste se negó.

Se encontraba Guillermo II en Spa cuando le llegó la noticia de que la escuadra se había sublevado. Había estallado la revolución en Berlín y que el canciller Max de Baden se había visto obligado a anunciar la abdicación del káiser para evitar peores acontecimientos. Los reyes de Sajonia y de Baviera habían tenido que huir. El emperador, ante la advertencia de los generales de que no se podía contar con el ejército, se refugió en Holanda.

En Rothondes, en el bosque de Compiegne, la delegación alemana se vio obligada a firmar el armisticio. En él se comprometía a desarmar el ejército, entregar la escuadra, 5.000 locomotoras y 150.000 vagones; el ejército aliado iba a ocupar toda la orilla izquierda del Rhin y los puentes que dan acceso a la parte derecha. Alemania quedaba maniatada y tendría que aceptar las condiciones de paz que los aliados acordaran.

CAPITULO XII

1) Acuerdos principales tomados en Versalles.— 2) Consideraciones sobre el congreso de Versalles.— 3) Los catorce puntos del presidente Wilson.— 4) Política y carácter de Woodrow Wilson.—

1)

Al entrar Estados Unidos a la guerra arrastró tras sí a la mayor parte de los países del continente americano. Con un pretexto u otro fueron declarando la guerra a Alemania, obligados por la presión norteamericana y a veces seducidos algunos gobiernos por el deseo de apoderarse de los bienes de los alemanes o instituciones alemanas residentes. Las pequeñas repúblicas de Centroamérica y aun países mediterráneos como Bolivia, entraron nominalmente a la contienda. Méjico, disgustado con Estados Unidos, se abstuvo; y como un ejemplo de política independiente, se puede citar a Chile y Argentina, gobernados por los presidentes Sanfuentes e Irigoyen, respectivamente, que se negaron a romper relaciones con Alemania por no haber ningún motivo para hacerlo.

Como casi todas las naciones de la tierra estaban en guerra contra Alemania, el congreso que se reunió en

Versalles para estudiar el tratado de paz fue el más concurrido de los que hasta entonces se habían reunido con igual objetivo. Pasó lo contrario del título de la célebre novela de Dumas "Los Tres Mosqueteros", que en realidad eran cuatro; en el congreso se decía que todo estaba en manos de los "cuatro grandes", que en realidad eran tres: Wilson, Lloyd George y Clemenceau, que representaban a Estados Unidos, Inglaterra y Francia respectivamente; al cuarto, que debería ser el representante de Italia, Orlando, no lo tomaban en cuenta en las discusiones de los acuerdos que formaron el conjunto del tratado.

Wilson se trasladó a Francia para tomar parte en el congreso. Se le hizo un recibimiento que fue una verdadera apoteosis; visitó otras capitales de Europa además de París. Poco antes de partir hacia Europa, había habido elecciones parlamentarias en Estados Unidos y el presidente pudo confirmar con estupor que se había formado un bloque de oposición en el Senado que tenía la mayoría suficiente para rechazar, si lo estimaban conveniente, los acuerdos internacionales que él aceptara.

El tratado de paz sólo fue acordado por los tres grandes; la participación de los delegados restantes fue mínima, nula, más que todo protocolar. De estos tres grandes, dos eran los vencedores: Wilson y Lloyd George. Francia había triunfado en la guerra, pero había perdido la paz. A pesar del carácter dilatorial de Clemenceau frente al norteamericano y al inglés, tuvo que proceder con sumo tacto y aceptar conclusiones que no estaban de acuerdo con el sentir francés. Hay que recordar que Francia estaba agotada por tan larga y dura guerra y que en su territorio estaban dos fuertes ejércitos: el inglés y el norteamericano.

Inglaterra comenzó por conseguir su dos objetivos principales: destruir la competencia comercial e industrial de Alemania y eliminar la marina de guerra de ésta. Esto lo alcanzó según lo estipulado en el armis-

ticio; la escuadra alemana debió rendirse; se dirigió a la base naval inglesa de Scapa Flow y ahí, antes de entregarse, los marinos alemanes hudieron sus barcos. Francia consiguió recuperar Alsacia y Lorena, pero la ocupación de la Renania era sólo por 15 años como prenda del pago de las reparaciones alemanas por los destrozos causados en los territorios invadidos. En iguales condiciones se entregaban los puentes sobre el Rhin. Los deseos franceses de anexarse Renania, o sea, la orilla izquierda del Rhin, no fueron aceptados, ni tampoco el constituir un estado independiente neutral con estas regiones. Inglaterra mantuvo su política tradicional de evitar que, en este caso Francia, llegase a ser una potencia dominante en el continente. En cambio, se le entregaba parte de las colonias alemanas en Africa y los territorios del Líbano y Siria que dejaban de pertenecer a Turquía.

El peor tratado de los aliados vencedores fue Italia; no se consideró el tratado de Londres y sólo adquirió territorios en el Trentino y en Istria.

Alemania perdió Alsacia y Lorena, parte del Schlevig que pasó a Dinamarca, territorios en Silesia y Posnania que se entregaron a Polonia y un corredor por el cual esta nación salía al mar a lo largo del río Vístula; el puerto de Danzig pasaba a ser una ciudad libre. Este corredor, "el corredor polaco" como se le llamó, separaba Alemania de la Prusia Oriental. Se formaba el estado polaco con los territorios austríacos de Galitzia, la Polonia rusa y las partes que entregaba Alemania. Se creó una Polonia de 31 millones de habitantes, de los cuales sólo 18 millones eran polacos. Se creaban los Estados Bálticos con las posesiones rusas del Báltico: Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania.

Alemania perdió todas sus colonias; las africanas pasaron algunas a Francia, la mayor parte a Inglaterra, igualmente los territorios de Nueva Guinea. La mayor

parte de las islas alemanas del Pacífico pasaron a poder del Japón y también la colonia de Kiauchau en la península de Changtung.

2)

En el teatro Dionisios de la antigua Atenas se acostumbraba representar tres tragedias y al final una comedia. Se procuraba por medio de una sátira de la vida política o social, algo alegre, irónico, divertido, disipar la impresión tétrica de las obras de los grandes poetas trágicos como Esquilo, Sófocles o Eurípedes. Los autores de comedias, como Aristófanes o Menandro, lograban con sus piezas teatrales disipar el ambiente sombrío que se producía entre los espectadores.

Parece que en el siglo XX se ha imitado, o se ha querido imitar, esta costumbre ateniense. Ha sido ante un público mundial lo representado en el congreso de Versalles, verdadera pieza cómica de fatales consecuencias para la cultura occidental, después de cuatro años de una guerra sangrienta, agotadora, de trágicos recuerdos.

El congreso de Versalles produjo el tratado de este nombre y varios otros que lo complementaron. Pasados los años, ahora, ya menos afectados por los naturales apasionamientos producidos por los odios causados por tan cruel contienda, se puede analizar con más tranquilidad el contenido de este tratado, el resultado producido y, lo que es más grave, la posible oculta intención que encierran sus acuerdos.

En todas las conferencias o congresos con que terminaban las guerras, vencedores y vencidos discutían la forma de ponerse de acuerdo y dar fin al conflicto. En Versalles pasó algo muy distinto; sólo hubo vencedores que discutieron las condiciones que se iban a imponer

a los vencidos sin que éstos tuvieran voz, ni menos voto. El final de la guerra de 1914 inauguró el fatal sistema de exigir rendición incondicional del vencido; más rudo y más brutal que el "Vae Victis" del galo Breno: éste por los menos discutió con los vencidos.

El llamado tratado de Versalles fue una farsa trági-cómica, protagonizada por tres actores principales y un conjunto de actores secundarios —el coro de las antiguas tragedias griegas— formado por los representantes diplomáticos ante el congreso de todas las naciones en guerra con los Imperios centrales; éstos debían dar la impresión que lo acordado era algo resuelto por todos. Los tres actores principales fueron Clemenceau, Lloyd George y el presidente Wilson.

Ya hemos conocido anteriormente al francés Clemenceau, espíritu apasionado, combativo, lleno de odios y siempre deseoso de satisfacerlos. Tuvo su época gloriosa cuando Francia, al borde de la ruina debido a la indisciplina del ejército producida por el cansancio de la guerra, la descuidada alimentación de los soldados y aumentadas estas causas por la penetración de las ideas comunistas que habían triunfado en Rusia, necesitaba un hombre de energía y carácter excepcional. Los parlamentarios que apoyaron a Clemenceau como primer ministro sabían que se daban un amo, mas había una necesidad imperiosa de hacerlo. Clemenceau restableció el orden y con razón se le llamó el padre de la victoria. A pesar de que odiaba a la Iglesia Católica y al catolicismo, dio toda su confianza a Foch; pero cuando éste trató de intervenir en el estudio de las condiciones de paz, no tuvo empacho en llamar al orden al generalísimo aliado victorioso. Con toda rudeza le advirtió que el general debería preocuparse del ejército, pero no tenía por que intervenir en asuntos políticos.

Clemenceau, buen dictador, era el hombre menos a propósito para estudiar la paz; lo dominaba un odio feroz contra todo lo alemán; en cierto modo explicable

en un hombre de carácter tan vehemente y de tan intenso patriotismo: había visto a Francia dos veces invadida por los ejércitos alemanes. Hizo lo que pudo ante dos contendores de acuerdo entre sí: el inglés y el norteamericano.

Lloyd George era el más hábil y el de más rápida inteligencia entre los tres. Como hemos visto, logró conseguir que en las condiciones del armisticio se incluyeran las dos más importantes para Inglaterra: eliminar la competencia industrial y comercial y destruir la escuadra alemana. En el congreso siguió la sistemática política inglesa de evitar que una potencia, en este caso Francia, llegara a dominar en el continente.

Es interesante conocer la idea que sobre Wilson se había formado en el congreso. La que vamos a dar es la de Keenes, autor inglés que figuraba como experto sobre finanzas; en un estudio sobre el congreso de Versalles dice: "Basta ver una vez al presidente Wilson para comprender que cualquiera que fuera su idiosincracia, no era un hombre de estudio, ni poseía el conocimiento del mundo que hace de Clemenceau y de Balfour personajes de exquisita cultura. Era insensible a los fenómenos puramente externos y los que lo rodeaban no ejercían sobre él influencia ninguna. ¿Qué podía esperarse de semejante hombre contra Lloyd George, cuya sutil atención se fijaba inmediatamente de modo infalible y casi magnético sobre los que lo rodeaban. Era fácil comprender que el pobre presidente se veía obligado a jugar en esta asamblea a la gallina ciega".

Se ha dicho que Wilson no llevaba nada estudiado, nada preparado y que fue incapaz de contrarrestar el odio inextinguible de Clemenceau y el maquiavelismo de Lloyd George. Puede ser esto un error; lo curioso está en que si analizamos los resultados producidos, vemos que lo hecho en Versalles convenía en forma egoísta ante todo a Estados Unidos. Esto nos hace

pensar que si Maquiavelo volviera a vivir, estudiaría con especial interés la técnica de la diplomacia norteamericana.

3)

Poco después de entrar Estados Unidos a la guerra, el presidente Wilson enunció todo un programa conocido como "Los catorce puntos". En ellos se expresa lo que se pretende hacer para que triunfen los principios de justicia que deban regir a las naciones de la tierra. Tienen como base —y esto no se dice— lo enunciado por Benedicto XV en sus proposiciones de paz, pero están especificados y ampliados en un sentido materialista, tras un idealismo que no convence por la falta de una base espiritual.

Al terminar la resistencia alemana, Wilson habló de que no se combatía al pueblo alemán, sino al gobierno autoritario que lo había llevado a tan sangriento conflicto sin consultarlo; la guerra había sido el producto de las rivalidades dinásticas según estas opiniones. Ese llamado al pueblo alemán acabó de terminar con la voluntad de resistir de una nación agotada por cuatro años de privaciones y de un terrible combatir. Al no cumplir con nada de lo ofrecido, se pudo comprender que todo lo dicho sólo había sido un odioso y premeditado engaño.

Llama la atención el ver detalladamente lo que cada uno de los catorce puntos establecidos y la forma contraria como fue cumplida según lo acordado por el tratado de Versalles y por los tratados que lo complementaron. Examinaremos algunos de ellos:

1) "Claro tratado de paz precedido de claras negociaciones, tras las cuales no se ocultarán acuerdos inter-

nacionales particulares. La diplomacia se hará siempre franca y públicamente".

Las conversaciones de paz fueron secretas y tratadas sólo por los cuatro grandes, que eran tres en realidad. Se establecieron pactos secretos entre Francia, Bélgica y Polonia; se hizo todo lo posible por crear alrededor de Alemania desarmada un cordón militar.

2) "Absoluta libertad de navegación en los mares fuera de las aguas territoriales".

Por el tratado de Versalles se le quitó a Alemania toda su flota de guerra y tuvo que entregar su marina mercante y como se dijo que no alcanzaba a reemplazar el tonelaje hundido por los submarinos, se le obligó a construir para los vencedores 200.000 toneladas de barcos anuales para reparar las pérdidas ocasionadas. El Austria pasó a ser un país mediterráneo; es fácil ver la forma irónica en que se interpretó el segundo punto.

3) "Destrucción de todas las barreras económicas e igualdad en las condiciones comerciales".

Se impuso a Alemania condiciones aduaneras que permitían la entrada de mercaderías extranjeras y fuertes recargos para impedir la competencia del comercio alemán en los demás países.

Es en las condiciones económicas donde se nota el deseo de abrumar a los vencidos, en tal forma que se llega hasta la contradicción entre unas y otras. Se había hablado del principio de que no hubiera indemnizaciones de guerra, pero con un maquivelismo grosero se creó el sistema de reparaciones por la destrucción y perjuicios que los ejércitos alemanes habían causado principalmente en Francia y Bélgica. Se estableció que los alemanes deberían pagar, mas no se fijó una suma como era costumbre, sino algo indefinido; es decir, se reducía a toda una nación a una servidumbre económica, sin fijar su monto ni el tiempo que duraría y, lo más grotesco, al pueblo que debía pagar se le quitaban

en gran parte los útiles de trabajo; en otras palabras, se le reducía a la imposibilidad de poder satisfacer lo que se le exigía.

El último punto de los catorce establecidos por Wilson, como un programa de un futuro promisor, se refiere a la creación de la "Liga de las Naciones".

"Deberá formarse una sociedad de las naciones por medio de convenios especiales con sólo el objeto de asegurar las garantías recíprocas de independencia política y de integridad territorial, que será la misma para los grandes como para los pequeños Estados".

Era una idea vaga, idealista si se quiere, pero sin ningún estudio sobre su organización y la forma en que debería funcionar para evitar que los pequeños estados fueran víctimas de los intereses de los grandes. No hay en este proyecto la base espiritual indicada por Benedicto XV. Siglos atrás, primero un bohemio y después el rey de Francia Enrique IV, habían pensado ya en algo semejante.

El error más grande fue la destrucción del Imperio Austra-Húngaro. En su lugar se crearon nuevos estados incapaces de llevar una vida estable; en general se balcanizó la Europa Central, contradiciendo la tendencia hacia la unión para formar naciones fuertes y aparecieron gran cantidad de estados pequeños. Se partía de la creencia de que ya no existía el peligro del imperialismo ruso.

4)

El entusiasmo delirante con que fue recibido el presidente Wilson a su llegada a Francia disminuyó progresivamente, en tal forma que se produjo indiferencia hacia su persona y al final cierta hostilidad. Cuando el presidente regresó definitivamente a Estados Unidos, ya

no era el gran político triunfador. La fuerte oposición despertada por las condiciones del tratado de paz se manifestó al no aprobar el Senado norteamericano el tratado de Versalles y fue rechazada con especial ahinco la formación de la Liga de las Naciones.

El hecho de que Estados Unidos se comprometiera a mezclarse en los problemas políticos de un conjunto de países era algo que repugnaba a los norteamericanos, que creían poder mantenerse en su espléndido aislamiento, gracias a su posición geográfica y a la extensión y riqueza de su territorio; bastaba con el influjo ejercido sobre el continente americano. Los que así pensaban no tomaban en cuenta la evolución, la marcha inexorable de la Historia, que no permite el aislamiento, la vida estacionaria, sino por espacios de tiempo, variables según el desarrollo de cada país.

Woodrow Wilson es una figura netamente norteamericana y al tratar de comprender su personalidad hay que considerarla de acuerdo con la cultura a la cual pertenece. Al sentar la hipótesis de la existencia de las culturas hemos aceptado que Estados Unidos constituyen una cultura céntrica, que es por lo tanto completamente distinta de la occidental y de la rusa. Wilson no fue comprendido por los occidentales ni por los rusos; estimaron que era un hombre que no entendía la política internacional, que no sabía apreciar los problemas del mundo europeo y aun se llegó a decir que había sido un juguete manejado por el astuto inglés Lloyd George y el tenaz y violento francés Clemenceau, que concluyeron por imponer sus puntos de vista y engañar al ingenuo político norteamericano.

Contribuyó a reforzar esta apreciación la completa disparidad que se nota entre las declaraciones del presidente al entrar a la guerra, en la enunciación de sus catorce puntos, base de su política y lo que se acordó después agravado por el repudio que dio el Senado de Estados Unidos a los acuerdos firmados por Wilson. To-

do esto amargó profundamente el último tiempo de la administración del presidente Wilson; aquejado por una grave enfermedad, algo que no se supo en toda su magnitud, murió poco después de haber terminado su mandato.

¿Cuál es la verdad sobre la actuación internacional de Wilson? ¿Cuál es el juicio histórico que se puede dar sobre su personalidad? Si no juzgamos lo pasado con un criterio consecuente con la respectiva cultura, según la cual se manifiesta el juicio por los resultados que deben afectarlo; si tratamos de mirar lo sucedido como algo propio del acontecer histórico, podemos decir lo siguiente:

Wilson es una personalidad clave de la cultura norteamericana; marca el final del primer período de ella, la juventud, y el paso al segundo, la edad madura. Después de la primera guerra mundial Estados Unidos, ya una potencia, pasa a ser una gran potencia; posiblemente la mayor potencia existente. Estados Unidos e Inglaterra (es decir, el Imperio británico) son las dos naciones más poderosas, con la diferencia que Inglaterra está arruinada y agotada. Su fuerza depende en mucha parte de sus dominios, algo que puede ser una ayuda problemática. Uno de ellos, el más fiel y cercano, Canadá, es casualmente el punto débil que subordina la política inglesa a la norteamericana ante el temor de un conflicto armado en el cual el Canadá sería aplastado por la formidable potencialidad de Estados Unidos. Si se recuerda el período desde la segunda guerra entre Inglaterra y Estados Unidos, terminada por el tratado de Gante, al iniciarse el congreso de Viena, se puede observar que toda la política inglesa tiene como primera condición evitar un conflicto de esa naturaleza.

Lo anteriormente dicho explica la actitud inglesa durante la guerra de Secesión y lo que sigue después, muy especialmente en el asunto de la construcción del canal de Panamá. Inglaterra cede, cede en forma disi-

mulada, elegante; pero cede, algo que nunca hizo en otras situaciones como en el caso de su rivalidad con Francia. Por todo esto puede decirse que Estados Unidos pasa a ser la primera potencia mundial.

Durante tres años el gobierno norteamericano no entró a la guerra, protestó por el hundimiento de barcos en que viajabán ciudadanos de su nacionalidad, hecho por los submarinos alemanes; se enriqueció vendiendo armamentos y todo lo que necesitaban los países de la Entente, sin estimar que esto afectaba a su neutralidad. La realidad fue que absorbió en gran parté el capital de los países acreedores como eran Francia e Inglaterra. Al producirse la revolución rusa y desaparecer esta nación como gran potencia, Estados Unidos declaró la guerra en el momento preciso en que podía haberse hecho una paz negociada entre los beligerantes; los territorios rusos conquistados por los alemanes podían haber compensado ampliamente cualquiera cesión en el occidente.

Se desarrolló una táctica política característica de la cultura céntrica norteamericana, ya usada y continuada después: no aparecer nunca como agresor; preparar hábilmente todo para elegir el momento favorable de entrar a la guerra. Las declaraciones de Wilson, incluso sus catorce puntos, formaron parte de esta táctica; jamás se pensó en su cumplimiento; eran la base de una propaganda tan genuinamente propia del pueblo de Estados Unidos.

No se puede decir que Wilson tratara de engañar; fue un idealista intoxicado por una propaganda que envenena lentamente y llega al extremo psicológico de que creen las exageraciones y falsedades los mismos que las inventan.

El hecho claro y preciso producido por el absurdo tratado de Versalles radica en que beneficiaba sólo a

Estados Unidos. Europa quedaba convertida, después de desaparecer las tres grandes monarquías: rusa, alemana y austríaca, en un conjunto de múltiples estados de intereses opuestos en que los más poderosos nada podían hacer. Sobre este estado caótico se mantenía vigilante el poder inglés, que no podía contrariar el interés norteamericano. Disimuladamente Estados Unidos, gracias a la guerra del año 14, pasaba a ser la primera potencia mundial.

CAPITULO XIII

1) La revolución rusa.— 2) Lenin y Trotzky.— 3) José Pilsudski y la batalla de Varsovia.— 4) Aquiles Ratti.— 5) Elección de Pío XI.—

1)

No es posible, todavía, formarse una idea exacta de lo que ha sido la revolución rusa y de sus consecuencias. Hay tres factores negativos que lo impiden, son: a) El poco tiempo que ha transcurrido desde este suceso; b) Las diferencias culturales; c) La falta de libertad de informaciones en Rusia sobre lo acontecido.

a) Han transcurrido 180 años desde que estalló la Revolución Francesa; más o menos después de un tiempo igual al pasado desde la revolución rusa, la literatura francesa describía lo acaecido en su país como algo heroico y romántico; basta leer a Chateaubriand, Thiers, Lamartine y tantos otros autores franceses o extranjeros para formarse un concepto equivocado de lo que pasó. A fines del siglo XIX y principios del actual, los relatos históricos referentes a este suceso han adquirido un carácter crítico filosófico. Hipólito Taine estudió prolijamente los orígenes del movimiento revoluciona-

rio y ahora ya nos encontramos con obras desapasionadas que nos llevan a la conclusión expresada anteriormente: La Revolución Francesa no tuvo la importancia grandiosa, mundial que se pretendía; fue un episodio de una cultura, de la cultura occidental, en que la burguesía arrebató el poder a la nobleza. Basta leer a Bainville, Madelaine, Aubry u otros para ver la verdad de este juicio.

Estamos sólo en la primera etapa de los juicios sobre la revolución rusa; hay innumerables obras sobre este tema, pero casi todas ellas padecen de apasionamientos instintivos o falta de comprensión en favor de uno u otro bando. Para unos esta revolución es el acontecimiento libertario más grandioso que se ha producido a través de los siglos; para otros es una catástrofe que ha hecho retroceder la evolución progresiva de la humanidad.

No se puede, entonces, juzgar lo pasado con ecuanimidad y certeza; por los resultados y por comparación con lo acontecido en otras culturas se puede decir que esta revolución, como la francesa, es solamente un episodio de la cultura rusa en que se elimina a la nobleza, la burguesía y el campesinado, para restablecer una servidumbre como la de antes, so pretexto de hacer triunfar el proletariado, y se crea una clase burocrática que cada vez aprovecha con más intensidad la servidumbre establecida en el resto del país.

b) Al hablar anteriormente sobre la existencia de las culturas se ha insistido en el diferente modo de pensar de los hombres de cada una de ellas. En cuanto al problema de la cultura rusa, se consideró con especial interés en los volúmenes anteriores la diferencia de pensamiento expresada en la literatura de la época del zar Nicolas I y la del nihilismo. Este sentido especial, este algo de místico, de inexplicable, que nos produce la literatura rusa del siglo XIX, tanto la zarista como la nihilista, vuelve a presentarse en la literatura comunista.

Aunque sabemos que no hay libertad de expresión, en los libros netamente comunistas el lector vuelve a encontrar ese fanatismo frío, inexorable, que caracteriza a los autores nihilistas.

El movimiento bolchevique, conocido hoy como comunista, se basaba en la interpretación de las obras de Carlos Marx. Como lo vimos anteriormente, Marx era alemán, de origen hebreo (que él detestaba), al cual le debe, tal vez, la seguridad y aspecto profético, mesiánico de sus teorías. Los rusos interpretaron estas ideas a su manera, según el sentir de su cultura y han hecho del marxismo una especie de religión político-económica, fácil de adaptar a las conveniencias del momento político y fácil, igualmente, de cambiar según las necesidades y exigencias del gobierno.

Por lo anteriormente dicho, al criticar la revolución rusa lo hacemos con el criterio muy diferente al de su propia cultura y, por lo tanto, muy discutible bajo varios aspectos. Al producirse la caída del zarismo se hace entrar a Rusia en el tercer y último período de su historia; desaparecen los descendientes de los boyardos que tanto se opusieron al absolutismo de los zares. En el aparente triunfo del proletariado se asemeja la revolución rusa a la francesa; en esta última hubo también un engañoso triunfo popular cuando el poder pasó a ser ejercido por una burguesía que bajo el dogma del sufragio, primero censatario y después universal, pudo disponer del poder.

c) El nuevo gobierno ruso desplegó una tiranía mucho mayor que la ejercida por los zares; un absolutismo que abarcaba además el campo económico y privaba de toda libertad. Fue imposible expresar una opinión contraria al gobierno, que controlaba la prensa y todo medio de publicidad; al mismo tiempo se impidió la entrada de extranjeros y la salida de los rusos al exterior.

Los sucesos acaecidos en la Rusia comunista sólo se conocen por los comentarios hechos en otros países; a las noticias rusas no se les puede dar crédito por estar subordinadas a la conveniencia política; por lo tanto, la historia de esta época no nos puede dar una visión exacta de lo que ha pasado.

Como se dijo anteriormente, este tercer factor negativo es el más poderoso que nos induce a apreciar lo pasado como una posibilidad, no como una realidad.

2)

Lenin y Trotsky forman un conjunto en que cada uno de ellos refuerza sus cualidades y disminuye los defectos de ambos. Es algo parecido al caso Hindenburg y Ludendorff. Ante la completa anarquía en que se encontraba Rusia, se llegó a la conclusión que había que organizar una policía secreta más poderosa y despiadada que la que existió en tiempo de los zares y formar un ejército ruso comunista para someter a los diferentes pueblos que se habían separado y combatir a los rusos blancos; se llamaba así a los que trataban de restablecer la monarquía.

Lenin, ruso verdadero, pertenecía a la burguesía intelectual, fanática por la causa revolucionaria; no fue un genio ni tuvo una inteligencia extraordinaria; era astuto y tenaz. Muy joven vio perecer ahorcado a su hermano mayor por conspirar contra el zar Alejandro III y esto llenó su alma juvenil de un odio inextinguible contra la monarquía de los zares. Encontró en las obras de Marx el evangelio base de una nueva doctrina revolucionaria; interpretaba con el sentido de su cultura rusa la obra de un hebreo occidental, que aunque pertenecía a otra cultura, su ascendencia le permitía darle ese carácter de universalidad de este pueblo ex-

traño que es el israelita. Sacó de ella una mezcla de ateísmo con el estudio de la economía y la odiosidad de la lucha de clases, que formaba no ya una doctrina político-económica, sino una disfrazada religión con su mística y el fanatismo extremado, inherente al carácter ruso.

Al aplicar sus doctrinas se nota una aparente flexibilidad que lo lleva a pactar con los alemanes, a repartir la propiedad entre los campesinos; todo encaminado al triunfo de la causa. Su lema es: "Dar un paso hacia atrás pada poder dar dos después hacia adelante".

Trotzky, ruso de origen hebreo, interpreta a Marx como a Spinoza u otros grandes pensadores, no sujeto al carácter de determinada cultura, sino con la amplitud propia de su raza. Trotzky comprende que el comunismo marxista no puede triunfar en un pueblo de raigambre agraria como el ruso; tiene que ser en un país industrializado. Es Alemania la clave de la victoria comunista: empequeñecida, destrozada torpemente por el tratado de Versalles, siente toda la amargura necesaria para explotar y propagar por el occidente el credo revolucionario de Marx. Por este motivo Trotzky, buen organizador, audaz y enérgico, se dedica a preparar un ejército que pueda invadir la Europa central. No tiene como Carnot, talento estratégico; pero sabe elegir los militares convenientes. Encuentra en Tukhachevski el general que ha buscado.

Miguel Tukhachevski, ruso de madre italiana, era más asiático, tártaro, que ruso; sentía latir en él el alma de los conquistadores mongoles y el ansia de luchar; la guerra era su ideal; odiaba al cristianismo y detestaba a los judíos; según él: "el judío es un perro, hijo de perros, que infesta con sus moscas el país donde se encuentra". Subteniente de la Guardia Imperial rusa, fue hecho prisionero por los alemanes. En su prisión esperó que llegase su hora, en la que creía como algo fatal; debía llegar. Estimaba que era un bien para la

humanidad quemar todos los libros y sumergirse en el fresco manantial de la ignorancia. Añoraba las épocas de Iván el Terrible o de Pedro el Grande y dice: "Si Lenin es capaz de sacar a Rusia del montón de basuras de sus prejuicios y la aparta del occidente, le seguiré; pero ha de arrojar todo y devolvernos otra vez a la barbarie".

Los grandes generales rusos blancos: Denikin, Wrangel, Kolchak y otros no marchan de acuerdo, e igualmente tampoco los aliados siguen una política uniforme. Los franceses deseaban restablecer la monarquía rusa para obtener el pago de los fuertes empréstitos que habían colocado en Rusia; pero, en realidad, tanto ellos como Inglaterra temían la vuelta de los zares por el carácter imperialista que los había distinguido, algo que creían desaparecido ante la anarquía en que había caído el Imperio ruso.

El más peligroso de los generales zaristas era el almirante Kolchak, que dominaba en Siberia y desde Kazan y Samara amenazaba a Moscú; contra él se dirigió uno de los ejércitos organizados por Trotzky al mando de Tukhachevski, que en una campaña brillante logró rechazarlo hasta Vladivostock. Kolchak fracasó por falta de auxilio de los aliados. Varios autores han insinuado la posibilidad de que Trotzky contaba secretamente con el apoyo de la banca internacional judía.

La base estratégica de la revolución comunista estaba en asegurar el triunfo en Alemania; con este objeto se lanzaron los nuevos ejércitos rusos al ataque contra Ucrania y Polonia; este último país era decisivo; dominada Polonia, estallaría la revolución en Alemania que iba a ser el centro del ataque al Occidente. Por este motivo se dio el mando del principal ejército que iba a combatir a los polacos a Tukhachevski.

3)

En 1916 los Imperios centrales proclamaron la independencia de Polonia y se creó para su administración un Consejo de Regencia que al caer Alemania en 1918 nombró como jefe del ejército a José Pilsudski, el cual se declaró jefe del gobierno y notificó a las demás naciones que Polonia era un estado independiente.

Era José Pilsudski un hombre raro en que se había reencarnado el espíritu heroico y combativo de los antiguos polacos; odiaba a Rusia y a todo lo ruso y su gran pasión era luchar como los guerreros de antaño. No era un militar de estudio como los generales alemanes; el combatir e improvisar el método en los campos de batalla lo acercaba en ciertos aspectos al espíritu napoleónico. Una de sus últimas frases antes de morir nos revela su carácter:

"Ser vencido y no rendirse es una victoria; vencer y descansar sobre los laureles, una derrota".

Curzio Malaparte, que estuvo agregado en un tiempo a la Legación italiana en Varsovia, dice de Pilsudski: "Acabé de convencerme de que estaba dirigido mucho más por la imaginación y por sus pasiones que por la lógica, que era más presuntuoso que ambicioso y, en el fondo, más rico de voluntad que de inteligencia. El mismo no temía declararse loco y testarudo como todos los polacos de Lituania".

El tratado de Versalles había fijado como límite entre Rusia y Polonia la llamada "línea Curzon", por ser Lord Curzon, diplomático inglés, el que la había fijado; ni polacos ni rusos la aceptataban. Pilsudski ansiaba recobrar el antiguo límite de antes de la primera partición de Polonia, es decir, del siglo XVIII. A pesar de la extremada miseria en que había quedado el país después de la guerra (el siguiente dato nos da una idea de ella: la Administración de Socorro Norteameri-

cana daba alimento a 1.300.000 niños polacos), se organizó un ejército con armamento escaso y deficiente, con muy poca caballería, arma tan popular en Polonia, por la falta de caballos. Pilsudski miraba con temor el triunfo de los rusos blancos, pues la restauración de la monarquía implicaba la vuelta al imperialisto zarista; cuando vio derrotado a Kolchak y a los otros generales enemigos de los comunistas y a Rusia presa de la anarquía, se lanzó a la guerra y alcanzó a ocupar Kiev y llegar hasta el Dnieper.

Los bolcheviques resolvieron terminar con Polonia; los ejércitos rusos que la iban a invadir quedaban separados por la región pantanosa de Pinsk, cruzada por el río Pripet. Es esta una zona en que no pueden maniobrar grandes ejércitos y es imposible el transporte del material pesado; por este motivo la ofensiva rusa quedaba dividida en dos: la del norte, al mando de Tukhachevski, era la más fuerte y tenía por objetivo tomar Varsovia e invadir después Alemania; la del sur, de menos importancia, estaba dirigida por varios generales, de los cuales el más conocido era Budenny que mandaba la caballería.

Los polacos no pudieron resistir a fuerzas muy superiores y mejor equipadas, aunque las tropas rusas más parecían una horda que un ejército. Tukhachevski llegó hasta cerca de 20 millas de Varsovia y concentró su mayor fuerza hacia el ala derecha. Llegó un momento en que se consideró Varsovia perdida y los embajadores extranjeros se retiraron a Posen.

Ingleses y franceses miraron con temor la posibilidad del triunfo ruso, que representaba el peligro comunista en Alemania; mandaron misiones militares; Francia envió a uno de sus mejores generales, Weigand. Los polacos lo que necesitaban eran armas y no consejos; su salvación la debieron a la audaz maniobra de Pilsudski, que retiró fuerzas del ejército del sur y atacó el ala izquierda del ejército de Tukhachevski, logrando de-

rrotarla, lo que produjo la retirada total del ejército ruso.

La batalla de Varsovia, nombre que se ha dado a esta acción militar, fue un hecho decisivo que salvó la cultura occidental del dominio ruso comunista. Pilsudski puede compararse con el rey de Polonia Juan Sobieski, cuando al derrotar a los turcos salvó a Viena y a Europa de la invasión de éstos. Agotados tanto rusos como polacos, llegaron a la paz; en ella se estableció como límite entre las dos naciones, una línea intermedia entre la Curzon y la del siglo XVII.

4)

Aquiles Ratti nació en Desio, pueblo de Lombardía cerca de Milán. Hijo de honrados industriales, manifestó desde niño una gran vocación por el sacerdocio; cuando fue ordenado sacerdote, al poco tiempo, entró a formar parte del personal de la Biblioteca Ambrosiana del Arzobispado de Milán. Trabajó ahí 26 años y se dio a conocer como un hábil investigador de buen criterio, lo que demostró ampliamente como autor de varias obras. Se hizo popular por su pasión por el alpinismo y en este deporte se pudo apreciar su valentía y su audacia.

Llamado por el Papa Benedicto XV, tomó a su cargo la dirección de la Biblioteca del Vaticano y se ganó el aprecio del Papa por la forma rápida y precisa con que respondía las frecuentes consultas hechas sobre temas históricos. Fue grande su sorpresa cuando supo que iba a ser designado delegado apostólico y luego nuncio en Varsovia.

El nuevo estado polaco formado por los antiguos territorios que Rusia, Austria y Prusia se habían apropiado al dividirse Polonia, se encontraba en un caos en

cuanto la administración eclesiástica; los prelados polacos pidieron a la Santa Sede un delegado que pusiera en orden los asuntos religiosos. Cuando Aquiles Ratti supo ya seguro su nombramiento, quedó espantado y pidió al Papa una audiencia en la cual le expuso su situación: jamás había desempeñado un cargo en la diplomacia y no tenía ningún conocimiento de los problemas que iba a resolver; se consideraba incapaz para desempeñar tan elevada y difícil misión. Benedicto XV lo escuchó con toda calma y sólo le pregunto, como respuesta a sus objeciones, cuándo iba a partir.

Le tocó actuar a Ratti como nuncio en los críticos momentos en que los rusos estaban a punto de tomar Varsovia; la derrota polaca y el fin de la nueva Polonia era algo que se consideraba seguro. Con serenidad, con un absoluto desprecio a todo cuanto se refería a su seguridad personal, el nuncio, como decano del cuerpo diplomático, arregló el traslado de éste a Posen; pero manifestó y así lo hizo, que él permanecería en Varsovia, dando un ejemplo de confianza en el triunfo final de la heroica nación que jamás había olvidado su grandeza y su vida nacional.

Se ha dicho que Ratti deseaba caer en manos de los rusos para establecer un acercamiento entre el Vaticano y Rusia; es una suposición injusta y absurda el suponer que deseaba emplear un medio tan inútil; lo mismo se puede decir del cargo que se le hace al suponer que no tomó en cuenta la posibilidad de que se sublevara el proletariado judío del gheto de Varsovia para ayudar a los invasores rusos. Todo lo sucedido demuestra el buen criterio y la serena valentía del nuncio Ratti y esto fue apreciado en su justo valor por los polacos.

A su regreso a Roma fue nombrado arzobispo de Milán y poco después cardenal. Tan rápido encumbramiento produjo murmuraciones en los círculos de la Curia Romana; estos llegaron a oídos de Benedicto XV, el

cual dijo que en el nombramiento de Ratti sólo habían intervenido Dios y él. Al entregarle el birrete cardenalicio a tres prelados, uno de los cuales era Ratti, el Papa tuvo una inspiración profética al decir: "Uno de ustedes llevará la sotana blanca", es decir, será Papa.

5)

Benedicto XV, de constitución débil, era un trabajador infatigable y continuó su labor a pesar de estar afectado por una bronconeumonía que le causó la muerte. Se cuenta que al acercarse a su lecho de muerte varios cardenales, distinguió entre ellos a Merry del Val, el que había sido su gran contradictor, y entonces le dijo: "Vivo o muerto rece por mí". El anuncio de su fallecimiento fue hecho por el Vaticano en forma breve, de conmovedora belleza:

"El Supremo Pontífice, Benedicto XV, el 22 de enero, a las seis de la mañana, con gran santidad se ha dormido en el Señor".

Había muerto un gran Papa, el cuarto del Imperio Espiritual. Le tocó afrontar los terribles momentos de la guerra mundial y sufrir el dolor de presenciar los fatídicos acuerdos de Versalles. Los tres grandes: un descendiente de los presbiterianos, el presidente Wilson; un anglicano, el ministro inglés Lloyd George, y un ateo, fiero enemigo de la Iglesia, el francés Clemenceau, consideraron como inútil tratar cualquier problema religioso. El Vaticano no tuvo intervención ninguna en los tratados que se suscribieron para dar fin a la primera guerra mundial.

En Italia se reconoció la labor de Benedicto XV; un periódico romano, "L'Epoca", dijo lo siguiente:

"El hombre que está falleciendo. no se ha olvidado de que es italiano. Y su altura moral, que quizás el día

de mañana aparecerá más claramente al cesar las diferencias y los roces actuales, es y será siempre una gloria itálica. Ojalá su sucesor sea digno de él y continúe la obra de verdadera paz entre los hombres de buena voluntad, lo cual fue indudablemente el primer pensamiento de Benedicto XV".

En forma más terminante se expresó Benito Mussolini:

"No hay que hacerse ilusiones. Que hay razón para augurar un acercamiento de las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Italia, lo sostenemos hace algún tiempo. Pero es necesario darse cuenta de que la Iglesia Católica no puede pasar de cierto límite. No se puede pretender hacer de ella una iglesia nacional al servicio de la nación. La fuerza, el prestigio, el encanto milenario del catolicismo consiste precisamente en que el catolicismo es la religión de todos los pueblos y de todas las razas. La fuerza del catolicismo —lo dice la misma palabra—, está en su universalismo. Por eso Roma es la única ciudad de la Tierra que puede llamarse universal".

Estas palabras indican claramente que ya en tiempo de Benedicto XV se había tratado el problema romano.

El cónclave que se reunió demoró tres días en elegir como Papa al cardenal Aquiles Ratti, que tomó el nombre de Pío XI. Los continuados reglamentos dados por los Papas anteriores hicieron secreto todo lo pasado dentro del cónclave. Lo poco que se ha sabido o se ha deducido, se debe a palabras deslizadas en conversaciones con algunos de los conclavistas y así se puede asegurar que fue elegido primero el cardenal Laurenti, el cual no aceptó y puesto de rodillas rogó a los electores que no insistieran; él se consideraba indigno e incapaz de dirigir la Iglesia.

Se supo que al agruparse alrededor del sitial en que permanecía Aquiles Ratti y preguntar el cardenal

decano, en nombre del Sacro Colegio, si aceptaba la elección, contestó pausadamente que aceptaba para no contrariar la Voluntad Divina, para no sustraerse al peso que caía sobre sus hombros; apreciaba en su justo valor el voto de sus colegas, pero esto lo hacía convencido de que no era digno de tan altísimo honor.

Se encuentra mucho de extraño y misterioso cuando se reflexiona sobre el suceder histórico, especialmente en lo que se refiere al Papado; cómo los acontecimientos casuales suceden en una forma que dan la impresión de ser distribuidos para producir un determinado fin. El que sólo deseaba permanecer en el grato ambiente de los libros, el que varios llamaban un "ratón de bibliotecas" pasa a ser un hombre que afronta y da ejemplo de tranquilo valor ante el peligro de caer prisionero de los que sabe serían sus feroces verdugos, y después llega a ser un príncipe de la Iglesia. No termina ahí su brillante actuación, ni él imagina que hay más; llegará a ser un sucesor de San Pedro, llamado a terminar un ya enojoso problema que para muchos no tiene solución.

CAPITULO XIV

1) Clasificación de los sucesos acaecidos entre la primera y segunda guerras mundiales.— 2) Origen del fascismo.— 3) Triunfo del fascismo en Italia.— 4) El tratado de Letrán.— 5) Alemania después de Versalles.— 6) Adolfo Hitler.— 7) Hitler, canciller de Alemania.—

1)

Los veinte años transcurridos entre la primera y la segunda guerra mundial constituyen un período de incertidumbre e inestabilidad, tanto política como social y económica. Los observadores explican esto como algo debido a un fenómeno que se produce siempre después de un largo período de guerras. La primera guerra mundial no fue de larga duración comparada con las de la Revolución Francesa y las de la época napoleónica; pero por su intensidad y extensión mundial adquirió una importancia hasta entonces desconocida.

En estos veinte años pueden tomarse como acontecimientos principales los siguientes:

a) El fascismo en Italia.
b) El tratado de Letrán.
c) La revolución en España.

d) La consolidación del nuevo gobierno ruso, que trata de restablecer y realizar el imperialismo zarista.
e) Las grandes crisis económicas.

2)

El tratado de Versalles fue considerado como humillante por la gran mayoría de los italianos. No se tomó en cuenta lo pactado en el tratado secreto de Londres, por el cual Italia entró a la guerra, y después de tan sangrientas luchas, de las que se recordaba con horror las inútiles carnicerías de las batallas del Isonzo, se le negó el entregarle la mayor parte de los territorios pedidos y se creó a su lado el reino yugoeslavo, cuya ambición e instinto guerrero eran inquietantes.

La juventud italiana, los desmovilizados por haber terminado la guerra, quedaron afectados por el deseo de hacer ver que no aceptaban lo que se consideraba como una burla causada por un gobierno débil e incapaz de imponer el valor y la fuerza del pueblo italiano. Se agregó a esto la influencia de la revolución rusa, que prendió entre los socialistas y contribuyó a formar agrupaciones comunistas. El hecho de que los obreros en huelga en Milán se hubieran apoderado de las fábricas y que el gobierno, pacientemente, esperaba el fracaso del movimiento, fue tomado como una muestra de la extrema debilidad gubernativa.

Pronto se destacó Benito Mussolini como el jefe capaz de encabezar un movimiento salvador del prestigio italiano. De espíritu combativo, desde el periódico "Avanti" había dirigido una campaña socialista. La guerra, el fracaso de la paz, el avance del comunismo ruso, el nuevo estado de ánimo de la juventud desmovilizada a la cual durante tres años se le había enseñado a despreciar la vida humana y considerar como un de-

ber el combatir y dar muerte al enemigo; todo esto fue considerado atentamente por Mussolini. La burguesía dominante en la cultura occidental había desdeñado las bases del cristianismo: el amor al prójimo, la caridad y la igualdad; las había olvidado o las interpretaba en sentido de un mezquino utilitarismo y así se habían llegado a enfrentar dos sistemas netamente materialistas: por una parte el capitalismo y por la otra el marxismo, tomando como base el comunismo. Ambas tendencias, de mortal enemistad, habían transformado al hombre en un factor económico. Había que buscar una tercera interpretación y esta fue la del hombre heroico.

El escritor francés Quinton, en su libro "Máximas de la guerra", dice:

"Es héroe todo hombre que se olvida de sí mismo en favor de los demás. La naturaleza creó al hombre no para vivir, sino para servir. El héroe es un ente único, porque la vida constituye la apoteosis de la devoción y no del esfuerzo. Las guerras devuelven la religión a hombres que la perdieron. La seguridad de la vida ha matado a los dioses. Con su muerte el hombre salva la vida del mundo. Las ideas y no los hombres son las que funden las razas".

En forma similar se expresan escritores alemanes. El gran talento de Mussolini le permitió captar cuánto de esta ideología podía adaptarse al momento presente y su admirable psicología de los conjuntos, de las masas, lo llevó a buscar fórmulas que expresaran la continuación de la grandeza de los romanos por el pueblo italiano. Recordó las guardias de lictores que acompañaban a los cónsules, el arma que portaban: las fasces, conjunto de varillas y un hacha amarradas con un látigo; insignia que significaba la autoridad de vida y muerte sobre los ciudadanos; de aquí apareció el nombre de "fascio" y de "fascismo", palabras que encerraban un conjunto indefinido de poderes. Olvidaba Mussolini, o tal vez fue un olvido voluntario impuesto por la nece-

sidad, que el italiano sólo era un heredero territorial de la antigua cultura romana; tal como el griego actual lo era de los hombres de Esparta y Atenas, o como el egipcio, que en nada hace recordar a los guerreros de Ramsés.

3)

Organizado el nuevo partido, el fascista, en grupos de combate cuyo distintivo era la camiseta negra, empezaron una lucha tenaz y violenta contra comunistas y socialistas, en tal forma que la burguesía adinerada vio en el fascismo los elementos que iban a salvarlos de un terrible peligro, cuyas consecuencias se habían visto en Rusia que era un ejemplo preciso de adonde se podía llegar.

Los fascistas revolucionaron toda Italia y ante el anuncio de una marcha de las milicias del fascismo hacia Roma, el rey llamó a Mussolini y le pidió que organizara un gabinete. Como primer ministro, Mussolini actuó con toda moderación; continuaría la monarquía constitucional con su rey y su parlamento; sólo unos pocos ministros fueron fascistas. Parece que Benito Mussolini creyó poder gobernar en forma enérgica, pero legal. Muy pronto comprendió la imposibilidad de poder hacerlo. Los partidarios del fascismo, algunos honradamente idealistas, ambiciosos la mayor parte, sólo deseaban disfrutar del poder y ejercerlo con el mínimum de cortapisas. Pronto se inquietaron y llegaron al asesinato.

El diputado socialista Matteotti que tuvo el coraje de pronunciar en la Cámara un discurso exponiendo cuál era la situación política de Italia, desapareció y muy luego fue encontrado su cadáver. Es lo más seguro que Mussolini no supo ni pudo evitar este crimen; se vio obligado a declararse responsable de lo sucedido

y a emprender en forma drástica un cambio total en la estructura gubernativa italiana. Todo el poder pasó a sus manos como jefe, el dux o el duce, como se le llamó. Sólo se permitió la existencia de un partido, el fascista; el rey continuaba con menos poder aún que en la monarquía constitucional; se le conservaba como un símbolo; el duce era asesorado por un Gran Consejo. El reunir en una sola mano los tres ya clásicos poderes, además del económico, es decir, la totalidad, dio lugar a llamar a este nuevo tipo de gobierno como totalitario. Era el segundo que se instauraba en Europa; el primero había sido el ruso.

La obra administrativa de Mussolini fue vista con admiración. Con mano dura trató de reprimir la desorganización de los servicios públicos que los gobiernos afectados de un exceso de parlamentarismo producen, agravados en Italia por ser tan reciente su unidad. Lo que Francia podía soportar con su tradición de unidad y con su riqueza, adquirió en Italia el carácter de un síntoma disociador. La primera parte del gobierno de Mussolini, a pesar de la supresión de las libertades, fue juzgada en el extranjero con benevolencia.

4)

Es muy probable que el cardenal Aquiles Ratti pensara que el problema existente entre la Iglesia y el reino de Italia era de tal importancia que necesitaba una solución rápida. Al ser elegido Papa dio la bendición desde la ventana que daba a la Plaza de San Pedro, innovando la costumbre seguida por sus antecesores inmediatos, que lo habían hecho desde un balcón que daba al interior del Vaticano.

El entusiasmo con que fue recibida la bendición papal por la muchedumbre que llenaba la plaza fue al-

go emocionante. El grito de ¡Viva el Papa! y ¡Viva Italia! fue como un anuncio del olvido de lo pasado. Se ha dicho que al ser elegido Pío XI y al anunciar su decisión de bendecir al pueblo estacionado en la plaza de San Pedro se manifestó la oposición de los cardenales ultraconservadores que no aceptaban reconocer el Estado italiano que llevaba más de 50 años de existencia. El nuevo Papa impuso su autoridad y procedió como lo había resuelto.

Mussolini se detuvo en la plaza de San Pedro el penúltimo día del cónclave y al ver la multitud congregada esperando el anuncio de la elección de un nuevo Papa, dijo a sus dos acompañantes:

"Es increíble que los gobiernos liberales no hayan comprendido que la universalidad del Papado, heredera de la universalidad del Imperio Romano, representa la gloria más grande de la historia y de las tradiciones italianas".

Todos los Papas desde Pío IX habían tratado de llegar a un acuerdo con el gobierno italiano; pero impregnado éste de un fanatismo anti-católico, tan característico en las logias masónicas de los países latinos, no quiso en ninguna forma buscar una solución que era deseada por la familia real italiana. Se pensaba que finalmente se iba a conseguir la supresión del Papado, tal como se había tratado de hacer durante el gobierno de la Revolución Francesa. Ahora esos gobiernos habían pasado, el fascismo pensaba en otra forma y había llegado el momento de iniciar el estudio de un acuerdo.

La prensa italiana habló de los diversos puntos en que debería basarse una solución que pusiera fin al conflicto. Nada oficial se dijo hasta que el 11 de febrero de 1929, el "Osservatore Romano" anunció que todo estaba resuelto. El cardenal Gasparri, Secretario de Estado de la Santa Sede, y Mussolini, primer ministro de Italia, firmaron los Pactos de Letrán. Eran tres: uno político, en el que se constituía el Estado de la Ciudad

del Vaticano, neutral e inviolable; comprendía cerca de 44 hectáreas de terreno en Roma y el castillo de Castel-Gandolfo; una convención financiera en que el gobierno italiano indemnizaba a la Santa Sede por los perjuicios sufridos al renunciar al Patrimonio de San Pedro, y un tercer compromiso que era un concordato entre la Iglesia y el Estado de Italia.

El tratado de Letrán fue una de las grandes obras de Mussolini, que produjo indecible alegría en el mundo católico y le atrajo gran número de partidarios. Pío XI continuó su labor al afirmar la universalidad del catolicismo; el año 1926 consagró a los seis primeros obispos chinos, y al año siguiente al primer obispo japonés.

5)

Hoy (1964) se habla con admiración del "milagro alemán". Esta frase se refiere al extraordinario renacimiento de la industria alemana, más potente que el anterior a la segunda guerra mundial. Que esto haya sucedido en un país destrozado por la guerra, por los terribles bombardeos aéreos y después de ver reducido su territorio a casi la mitad, si se cuenta como tal sólo el correspondiente a la Alemania Occidental, se debe a la admirable capacidad técnica y al espíritu de trabajo del pueblo alemán y a la ayuda del capital norteamericano. Pero este "milagro alemán" no es el primero, es el segundo.

La rendición incondicional y el tratado de Versalles dejaron a Alemania no destruida materialmente, puesto que no fue invadida y no sufrió el terrible flajelo de la guerra en su territorio; pero sí fue destruida moralmente. Una nación que se consideraba la primera potencia continental en cuanto a la formidable fuerza de su ejército, dirigido por un estado mayor que era

un modelo de organización; una nación que había afrontado triunfalmente el ataque de una poderosa coalición y que al acercarse a un próximo agotamiento logra vencer en el oriente con posibilidad de obtener un triunfo total, vio derrumbarse todas sus esperanzas de victoria y tiene que rendirse, es algo que destrozó todo el orgullo y que afectó el espíritu de unidad nacional, formado a través de tres guerras victoriosas.

Dentro de la anarquía que dominó al Imperio alemán, al terminar la guerra, se destacó como el hombre fuerte el mariscal Paul de Hindenburg. La fuga del káiser y de los reyes y príncipes de las familias que durante siglos habían gobernado a sus respectivos pueblos, muchos de ellos en forma paternal, sumió en un total desconcierto al pueblo, incitado por los socialistas y por las tendencias comunistas hacia una total reforma social. Ludendorff se había separado de Hindenburg al tener que renunciar ante el emperador Guillermo II. Parecía que el conjunto Hindenburg-Ludendorff era irreemplazable; hacía ya tiempo que el segundo miraba con disgusto al primero. Creía Ludendorff que el triunfo tan resonante en Tannemberg y toda la campaña victoriosa contra Rusia era obra de él; el fracaso de la ofensiva en el frente occidental no lo hizo meditar sobre su actuación y se retiró profundamente amargado y lleno de rencor contra el mariscal; su trabajo político va a ser dirigido en adelante por este sentimiento.

Hindenburg daba la sensación de fuerza e inspiraba confianza; dirigió la retirada y la desmovilización con la misma tranquilidad que siempre había demostrado. Después, se retiró a la vida privada. No temió lo que se decía entre los aliados de someter a un proceso al káiser y a los principales dirigentes alemanes como causantes de la guerra y de las crueldades que en ella se cometieron.

Causa estupor el ver cómo hombres inteligentes, políticos, estadistas de brillante actuación, se sienten ce-

gados por la pasión, por el odio, a veces algunos por el interés particular, hasta llegar al extremo de no poder distinguir entre lo justo y lo injusto; es así como la soberbia de los vencedores los llevó a querer juzgar por un tribunal internacional, es decir, formado por los que habían triunfado, al emperador Guillermo II y a los generales y políticos alemanes a quienes se les atribuía la culpa de haber desatado la guerra.

Muy bien sabían los políticos ingleses, bastante hábiles y astutos, que en realidad ellos y los rusos eran los que habían preparado el trágico escenario que iba a causar millones de víctimas y a iniciar la ruina de la cultura occidental, en la última etapa de su gloriosa existencia. El proceso del káiser habría sido una vergonzosa comedia; por suerte el tiempo dejó en nada tan desacertado proyecto; desgraciadamente fue sembrada una semilla que va a germinar veinte y tantos años después.

5)

El creer que un gobierno republicado evitaría que Alemania se convirtiera nuevamente en un peligro militar era solamente continuar la ideología que Bismarck aplicó a Francia después de la guerra de 1870. Se esperaba que los burgueses alemanes se preocuparían ante todo por su bienestar personal y no desarrollarían una tendencia imperialista conquistadora. No se tomó en cuenta si Alemania deseaba o no constituirse en una república, si tan rápidamente se iban a olvidar siglos de vida monárquica. Se instauró la llamada República de Weimar, gobierno agobiado por la amenaza de las reparaciones y por la crisis económica. El pimer presidente, Ebert, y hábiles ministros como Rathenau y Stresemann, pudieron pasar el temporal. Los acuerdos de

Rapallo, que significaban un acercamiento a la Rusia soviética, y después el tratado de Locarno, la evacuación de Renania por los aliados y la entrada de Alemania en la Liga de las Naciones dieron la impresión de seguridad, de una falsa estabilidad.

Elegido presidente el mariscal Hindenburg a los 77 años de edad, se aumentó la sensación de tranquilidad inspirada por la persona del anciano militar. Sin embargo, la agitación política era cada día mayor, producida por la rivalidad de dos fuertes partidos: el comunista y el nacional-socialista, más conocido por el nombre de nazista.

Era reconocido como jefe del nazismo, Adolfo Hitler, nacido en Braunau, en Austria, en 1889. En la guerra de 1914 Hitler se alistó en el ejército alemán; por su valor y por sus méritos ganó la Cruz de Hierro de primera clase, pero no pasó del grado de cabo. Al terminar la guerra se encontró desmovilizado, sin ninguna pensión ni indemnización por sus años de servicio. Comenzó a actuar en la anárquica y complicada política alemana, dando a conocer sus extraordinarias dotes como dirigente, su elocuencia que irradiaba un magnetismo que sugestionaba a las masas, producto de un profundo convencimiento de estar llamado a realizar una misión fijada por la divinidad. Encarcelado por motivos políticos escribió en la prisión su libro "Mein Kampf", que debe ser considerado como "El Corán" del nazismo. Es interesante conocer esta obra, pues en ella se expresa el sentido heroico que flotaba en el ambiente de los pueblos que habían luchado en la guerra y que causaba especial impresión en los vencidos y en los no satisfechos con la paz, como era el pueblo alemán.

Hay en el "Mein Kampf" trozos como el siguiente:

"Los hombres no mueren en aras de negocios, sino de ideales. Quien quiera vivir ha de luchar. Quien no desee combatir en el mundo, donde el forcejeo permanente constituye la ley de la vida, no tiene derecho a

existir. Para que Alemania recupere su poder no hay que preguntar ¿Cómo vamos a fabricar armas?, sino ¿Cómo vamos a infundir al país el espíritu que impulsa a un pueblo a esgrimir armas? La grandeza del ario no se basa en su potencia intelectual, sino más bien en su voluntad para dedicar todas sus facultades al servicio de la comunidad. Esta actitud mental que obliga al interés particular a pasar a un segundo plano en favor de la riqueza común, es el primer requisito en cualquiera clase da civilización realmente humana".

"La renuncia a la propia vida en favor de la comunidad constituye el máximo significado de la idea del sacrificio. La posteridad no recordará a aquéllos que sólo persiguieron sus intereses individuales, sino que ensalzará a los héroes que renunciaron a su propia felicidad".

Han pasado muy pocos años todavía desde la muerte de Hitler; no es posible apreciar serenamente su personalidad ni lo que fue o pudo ser su obra. Puede sí decirse que poseyó en grado sumo las cualidades de un gran gobernante; que unió a un carácter impetuoso una resolución audaz y el don de percibir el momento favorable para poner en marcha sus planes. Su elocuencia propia para atraer a las multitudes, unida a la capacidad teatral, histriónica, le permitieron sugestionar a sus oyentes. Como ejemplo tenemos su lema, sencillo a pesar de su aplastante grandiosidad: "Un pueblo, un Imperio, un Jefe". Como todos los grandes hombres, tuvo un período brillante; y como la mayor parte de ellos, no supo comprender cuándo había pasado el momento oportuno y detenerse en un camino que lo llevaría infaliblemente al total fracaso.

Ha habido un extraño paralelismo entre el movimiento del siglo XIX para realizar las unidades italianas y alemanes, y el del siglo XX que produjo el fascismo y el nazismo. Primero se inició en Italia; continuó en Alemania: Bismarck fue un imitador de Cavour

y superó con su genio político a los diadocos y epígonos continuadores de la política italiana. Igualmente hay analogía entre las causas, el desarrollo y las directrices del fascismo y del nazismo; de un sentido wagneriano el segundo nos lleva a encontrar un aspecto verdiano en el primero.

7)

A pesar de que el canciller alemán Enrique Brüning había logrado equilibrar las finanzas de la nueva república, el presidente Hindenburg, ya en su segundo período presidencial, tuvo que aceptar su retiro por la oposición de los dos partidos más fuertes: el nazista y el comunista. Pasó a ser canciller el general Schleicher, buen militar y hábil político.

Schleicher vio la imposibilidad de poder gobernar en las condiciones políticas existentes. La terrible crisis económica mundial había agravado aún más la economía alemana. Se calculaba que en 1930 el 20% de los obreros alemanes no tenía trabajo; en 1932 esta cifra llegó al doble, al 40%, y a mediados de año, del resto, sólo el 30% tenía jornada de trabajo completa. Se calculaba en seis millones el número de desocupados.

Ante la oposición parlamentaria, el canciller pensó disolver el Parlamento y declarar fuera de la ley a los nazistas y comunistas. Hindenburg, agobiado por la idea de lo que significaba un golpe de estado que podía producir una guerra civil, resolvió llamar al gobierno al jefe del partido nazista, a Hitler, acompañado de von Papen, político de la confianza del presidente. Esta resolución fue el resultado de un conjunto de intrigas políticas en que se abusó de la ya sabida senilidad de Hindenburg; era corriente el oír decir en forma chistosa que el mariscal estaba muerto, pero que a von Papen se le había olvidado decirlo. "El Titán de made-

ra" como irónicamente se llamaba al presidente, no había perdido su buen criterio ni su serenidad para resolver los problemas que se le presentaban; pero debilitado por su avanzada edad, no podía soportar una larga tensión y le obsesionaba la idea de evitar en cualquiera forma una lucha sangrienta. Confía como es natural, en su hijo, el coronel Hindenburg, que le servía de secretario y cuando éste se convenció de la capacidad política y de la honradez de las intenciones de Hitler, el anciano mariscal aceptó nombrarlo canciller, asesorado por von Papen como vicecanciller. Fue nombrado ministro de guerra el general Blomberg, en quien confiaba Hindenburg. Schleicher fue alejado del poder.

Schleicher tuvo en realidad una visión profética del porvenir, cuando al saber que Hitler había prestado juramento como canciller, exclamó: "Con Hitler llegarán a la cancillería de Bismarck una pandilla de bravucones y falsarios, con los cuales es imposible reformar un estado; lo único que harán será hundirlo. El final será terrible". El general no imaginaba cuán cerca estaba su trágica muerte y tal vez pensó que él tenía la responsabilidad de lo pasado y lo que preveía podía pasar; como jefe del ejército pudo dar un golpe de fuerza, pero lo contuvo la sombra gloriosa y aplastante del anciano mariscal presidente.

Es interesante recordar la opinión de Paul Cambon, embajador francés en Londres. Con motivo del tratado de Versalles, manifestó lo siguiente:

"Temo mucho que en el porvenir se constituya en Alemania una gran unión socialista, que empujada por una pasión nacional creará un estado más unitario y más peligroso todavía que el Imperio".

La sagacidad del diplomático francés previó algo que pocos tomaron en cuenta: tanto el fascismo como el nazismo sirvieron para unificar definitivamente sus respectivas nacionalidades y borrar las todavía existentes diferencias regionales de sus habitantes.

CAPITULO XV

1) Hitler, dictador totalitario de Alemania.— 2) Los comienzos del gobierno de los nazistas.— 3) Nuevos jefes del ejército alemán.— 4) Munich y la anexión de Checoeslovaquia.—

1)

Adolfo Hitler, ya canciller del Reich, inició las reformas encaminadas a transformar el Imperio alemán en una dictadura totalitaria, en una oprobiosa tiranía en que no se aceptaba sino la existencia de un solo partido y no se permitía ni libertad de prensa ni de pensamiento; todos deberían opinar según las normas oficiales. Se suspendieron todas las garantías y el súbdito alemán pasó a depender del exclusivo criterio o capricho de sus jefes.

Hitler estaba asesorado por varios de los jefes fascistas: Hermann Goering era el ministro del interior, presidente del Reichstag y jefe de la fuerza de aviación; Ernest Roehm había sido el organizador de las milicias nazistas, los S.A., que de 600.000 individuos había pasado a contar con millones; Goebbels era el ministro de propaganda e Himmler tenía a su cargo los S.S. (Schutz-Slaffefeln) —escalones de protección—, verdadera

guardia pretoriana del "Fuhrer" Hitler. Todos estos corifeos del nazismo se odiaban unos a otros y trataban de ganar la confianza del Fuhrer para desplazar al que consideraban su rival.

Se disolvió el Reischtag y se llamó a nuevas elecciones, pero antes ocurrió un acontecimiento impensado por los alemanes: el incendio del palacio del Reischtag. Se culpó a los comunistas y se apresó a un anarquista finlandés, incapaz físicamente de haber llevado a cabo el atentado, por el cual se le procesó, condenó y poco después fue ejecutado. Fueron detenidos y llevados a campos de concentración, de los cuales el de más tétrica memoria fue el de Dachau, todos los que en alguna forma podían oponerse a la tiranía nazi, ya fueran comunistas, católicos, protestantes o judíos.

Después de conseguir un poder total, tal como lo deseaba Hitler, el presidente Hindenburg firmaba todos los documentos que se le llevaban; ya no era capaz de ejercer ninguna autoridad. Luego se presentó un problema de muy difícil solución. Los S.A. eran por su número muy superiores al ejército y sus pretensiones se encaminaban a formar parte de él o a reemplazarlo. Roehm, que había sido un distinguido oficial, conocía al general Fritsch, jefe del ejército, y reanudó relaciones con él. Se estudiaba la manera de fusionar los S.A. con el ejército. Las versiones dadas sobre este tema y en general sobre lo sucedido en Alemania en esta época, no se pueden aceptar como realmente verídicas; hay entre unas y otras serias contradicciones; en igual forma, tampoco se puede dar crédito a las memorias de los hombres que actuaron en el gobierno como von Papen, Goebbels y otros; son tan tendenciosas como las de Fouché o Talleyrand, en la época napoleónica.

Parece que en el asunto de los S.A. se llegó a un principio de acuerdo: los soldados del ejército con más de veinte años de servicios pasarían a formar parte de la milicia nazista. Es lo más probable que los jefes del

ejército no aceptaran una medida que iba a disminuir la férrea organización militar considerada como una de las tres más perfectas que existían, según Bismarck. Además, este aumento del poder del jefe en cierto modo creador de los S.A., no era del agrado de Hitler y los inconvenientes se los hicieron ver los rivales de Roehm: Goering, Goebbels e Himmler. Es también lo más probable que estas conversaciones reservadas, que eran seguidas por orden del mismo Hitler, fueran consideradas como un conato de sublevación. Lo cierto fue que el Fuhrer resolvió terminar en forma violenta con todo lo que pudiera hacer sombra a su poder; acordó emprender "la noche de los cuchillos largos", o lo que también se ha llamado "La San Bartolomé del 30 de junio de 1934".

Hitler, de acuerdo con Goering que tomó a su cargo las ejecuciones en Berlín, se trasladó a Essen para asistir a la celebración del matrimonio de uno de los altos jefes del partido y citó a los principales jefes de los S.A. en Munich y sus alrededores. Por uno de esos acontecimientos casuales que tanta importancia han tenido en el desarrollo de la historia de la humanidad, el avión en que iba a viajar Hitler se descompuso e impensadamente el Fuhrer llegó a una hora inesperada, lo que contribuyó a desorganizar y llenar de pavor a los que hubieran podido oponer alguna resistencia.

Al llegar Hitler a Munich (Baviera) se dio orden de encerrar en la cárcel a los principales jefes de la S. A. y poco después se les fusiló sin ningún juicio previo; sólo por una orden del Fuhrer. Roehm, sacado de su lecho, fue encerrado y como se negara a suicidarse, se le fusiló. Los S.S. fueron encargados de llevar a cabo esta sangrienta matanza.

Cuando esto sucedía en Munich, en forma parecida o peor se procedió en Berlín. Los S.S. de acuerdo con la policía, redujeron a prisión o simplemente asesinaron a los indicados en una lista. La víctima más no-

table fue el general Schleicher; aunque algo se le había dicho el general no tomó ninguna precaución. Varios agentes bajaron de un auto ante la casa de Schleicher y al abrirles la puerta penetraron y encontraron al general acompañado de su esposa. Al comprobar que era el que buscaban sacaron sus armas y lo ultimaron a balazos, su esposa que corrió a defenderlo cayó herida y murió poco después.

Uno de los incidentes que hace recordar la altivez, el valor y el desprecio hacia la muerte de los antiguos romanos es el caso del general von Bredow, íntimo amigo y colaborador de Schleicher. Al saber lo pasado se encontraba en un club aristocrático de Berlín; a pesar de que sus amigos querían ocultarlo, él con toda calma, llamó al mozo a quien pidió su sombrero y le dio una buena propina (se sabía que la servidumbre estaba a las órdenes de la policía), salió tranquilamente para ser asesinado momentos después.

Se dio una comunicación en que se anunciaba que el estado había sido salvado de un peligroso complot; fueron más de 300 las personas asesinadas. Von Papen, víctima de varios atropellos, fue salvado por el mismo Goering. Para apreciar el valor moral de von Papen es conveniente conocer la carta que éste envió a Hitler después de haber renunciado a su cargo de vicecanciller; dice así:

"Después que la nación y el mundo entero han sido informados del desarrollo interno de nuestro país y sobre todo de los acontecimientos hasta el 30 de junio, me siento obligado, lo mismo que hice el 30 de enero de 1933, a estrechar su mano y agradecerle lo que ha hecho en favor del pueblo alemán desenmascarando a los que intentaban una segunda revolución y dando al pueblo una base sólida desde la cual empezar de nuevo. Le quedaría muy agradecido si encuentra la oportunidad de hacer constar, sin lugar a dudas, que he sido su leal colaborador, de que estoy de acuerdo con su glo-

rioso caudillaje y su labor en pro de Alemania por la cual también he luchado.

Siempre suyo,

Papen".

2)

El pueblo alemán, uno de los más cultos de la Europa occidental y del mundo entero, gracias al tratado de Versalles, en que se vio humillado y sumido en la miseria y la desesperación, tuvo que soportar una horrenda tiranía disfrazada bajo emblemas y manifestaciones que le anunciaban la vuelta hacia el esplendor perdido. "Un Imperio, un pueblo, un Fuhrer" era una promesa de que se iba a recuperar el lugar que le correspondía entre las naciones. Nadie imaginaba que las palabras "un Fuhrer" encerraban un odioso abandono de la personalidad humana ante los caprichos de un amo que no tomaría en cuenta méritos, leyes, derechos ni nada que fuera un obstáculo a sus arbitrarios deseos.

"La noche de los cuchillos largos" marca el fin de la libertad en Alemania; sólo queda la voluntad del Fuhrer, señor de la vida de los ciudadanos, gracias a su guardia y policía secreta de los S.S. que controlan celosamente la fidelidad de sus partidarios. Hacia los campos de concentración han ido a dar no sólo los judíos, sino también todos los que formaban una oposición o podían organizar algo semejante. Estos campos son las antesalas de la muerte y algunos como Dachau eran conocidos por escenas de dantesco horror.

Pero la administración nazista inició un resurgimiento total de Alemania; se logró absorber la cesantía comenzando la construcción de autopistas y de una serie de obras de gran utilidad. Hitler era dueño abso-

luto del poder; el presidente Hindenburg firmaba todos los documentos que el canciller le hacía presentar. A pesar de la divulgación obligatoria del libro de Hitler, "Mein Kampf", eran muy pocos los que habían analizado el conjunto de ideas desarrolladas en esta obra; muchos estimaban que era sólo el pasatiempo de un hombre recluido en una prisión: sin embargo, ahí estaban las verdaderas ideas de Hitler y es fácil comprobar que ya en el poder trató de realizar todo lo que había pensado.

La marcha hacia el este era un antiguo ideal germánico iniciado por los primeros emperadores y llevado a la realidad por los Caballeros Teutónicos y por los Porta-Espadas; había sido dejado a un lado desde la reforma. El estado prusiano había basado su política desde Federico II en la amistad con Rusia. Le correspondió a Hitler el trabajo de hacer ver a los alemanes la realidad de su porvenir. La marcha hacia el este significaba la conquista de las inmensas estepas rusas y llegar a formar el espacio vital necesario a un gran Imperio; conseguido esto en una guerra próxima, Alemania no temería un bloqueo, pues se iba a bastar a sí misma. "Un Imperio, un pueblo, un Fuhrer" no eran palabras vanas; encerraban un grandioso programa: la creación de un vasto y poderoso Imperio que según Hitler en sus raptos de orgullo, en sus verdaderos desvaríos de una incontrolada soberbia, duraría mil años.

Si se analiza la actuación del Fuhrer, se ve que todos sus pasos están encaminados a realizar una obra ya enunciada. Nada es debido a una decisión imprevista. Los estadistas y diplomáticos extranjeros, tan hábiles, no comprendieron ni dieron su verdadero valor al hombre que gobernaba Alemania.

La agitación nazista desarrollada en Austria tuvo trágico resultado con el asesinato del canciller Döllfus. Mussolini consideraba la independencia de Austria como un factor esencial de la seguridad de Italia. Ame-

nazó y concentró fuerzas militares en el paso de Brenner y en Verona; en todo esto hubo mucho teatro, pero dio un resultado momentáneo; la amenaza nazista no desapareció en Austria; continuó su trabajo dirigido a conseguir la unión del Austria al Imperio alemán. La muerte de Hindenburg sólo tuvo una influencia sentimental; Hitler unió a su autoridad como canciller la presidencia; algo que ya hacía mucho tiempo era una realidad.

3)

El Fuhrer citó un día a su despacho al ministro de guerra, Blomberg, y al jefe del ejército, Fritsch, y les preguntó cuántas divisiones del ejército se podían trasladar a la Renania y cuánto demorarían hacerlo. Los jefes militares quedaron espantados; la pregunta significaba que se pensaba violar el tratado de Versalles, lo que iba a producir el seguro ataque francés que las fuerzas alemanas no estaban en situación de resistir. Ante las objeciones de los generales, Hitler les advirtió que no los había citado para una consulta sobre política internacional; el ejército nada tenía que ver en esto, sino obedecer. Lo que se hacía era una pregunta, la que fue contestada.

La entrada en la Renania y su ocupación por el ejército alemán causó verdadero estupor. El ejército francés podía haber invadido el territorio renano y aplastado al alemán dada la enorme desigualdad de fuerzas que había en ese tiempo. Sin embargo, nada se hizo y el júbilo alemán estalló clamoroso al ver desaparecer una condición que era considerada como una vergüenza para el Imperio. El emblema hitleriano era una verdad.

Una de las naciones más culpable de lo ocurrido era Inglaterra; había llegado a un acuerdo con Alemania para que ésta pudiera construir una escuadra de guerra hasta el 25% de la flota inglesa; este convenio era una flagrante violación del tratado de Versalles. Lo más curioso de lo sucedido está en que los más afectados por el triunfo fueron Hitler y el estado mayor del ejército alemán. El primero se convenció de su maravillosa intuición que era el producto de su genio político; no podía equivocarse. Y los otros, los generales, eran unos infelices; tanto orgullo, tanta superioridad respecto de él "el cabo bohemio". Había que terminar y transformar esa institución tan admirada por Bismarck en una obediente cumplidora de sus órdenes. Los S.S. deberían fiscalizar toda actuación del estado mayor que pudiera alejarse de las tareas que le eran encomendadas. Aún más, había que modernizar las fuerzas armadas y colocarlas de acuerdo con los avances de la ciencia y aprovechar tantos nuevos inventos.

En una reunión con los jefes de las fuerzas armadas Hitler les expuso sus planes en general. La guerra era una necesidad inevitable. Por el momento no era posible; la marina necesitaba construir una potente flota de submarinos, sólo el año 43 podría estar en situación favorable; la aviación, dirigida por Goering, exigía cada vez más aparatos y pilotos capaces y el ejército formuló un rotundo no. Para ello partía del axioma, ya aceptado como un dogma, que jamás debería lucharse contra Rusia; por muy fuerte que fuera el ejército alemán, fatalmente se diluía en la inmensidad de la estepa rusa. Es decir, entre el Fuhrer, autor del "Mein Kampf", y el estado mayor del ejército existía un insalvable desacuerdo. Hitler habló y actuó con gran tranquilidad; advirtió que la guerra era inevitable y necesaria; debería estallar entre los años 42 o 43 (se estaba en el año 36). Salvo complicaciones imprevistas, había

que aprovechar el tiempo que restaba para desarrollar la potencia necesaria.

Intimamente Hitler llegó a una conclusión: los jefes supremos del ejército eran testarudos e incapaces; había que cambiarlos y remozar toda la férrea organización militar. Con todo disimulo, asesorado por Himmler y Goebbels principalmente, preparó un proyecto en que se iban a utilizar los servicios secretos; debería hacerse algo que no afectaría el terrible orgullo militar alemán.

Un día el general Blomberg, viudo y anciano, le avisó que pensaba casarse, pero que su novia no tenía una posición social correspondiente a su alta jerarquía. Hitler lo felicitó y le advirtió que él era partidario de olvidar esos antiguos prejuicios sociales y que él y Goering serían los padrinos de la boda. Después de celebrado el matrimonio, empezó a murmurarse que la nueva esposa de Blomberg había ejercido en Berlín actividades vergonzosas y un buen día fue presentado al Fuhrer un prontuario en que se establecía que dicha mujer había ejercido la prostitución y como tal estaba fichada en los archivos policiales de Berlín; ¿qué se podía hacer? Era una vergüenza para el ejército que uno de sus jefes, el ministro de guerra, se hubiera rebajado tanto; sólo cabía la renuncia de Blomberg y su retiro del ejército, y así se hizo; el general advirtió que no abandonaría a su nueva esposa.

El problema estaba sólo parcialmente resuelto, pues había que reemplazar al ministro renunciado y el puesto correspondía al general Fritsch, notable por su carácter recio y sus dotes militares. Era todo lo contrario de lo que Hitler deseaba; quería a alguien obediente y resuelto a realizar sus planes sin hacer objeciones; por esto resolvió asumir él el ministerio de guerra y dejar a Fritsch como jefe superior del ejército.

Un día el servicio de policía secreta habló de una acusación existente contra el general Fritsch por mante-

ner relaciones homosexuales; se instauró un proceso ante tribunales militares al que comparecieron los acusadores. Después de arrastrar por el fango la personalidad del más alto jefe del ejército alemán, hubo que dar un fallo absolutario al comprobarse que se confundía al general con un antiguo capitán von Fritsch. Demostrado su proceder honorable, el general se retiró del ejército y entonces Hitler nombró a generales como Keitel y Halder que estimaba iban a ser servidores incondicionales.

4)

Al creer Hitler que disponía de un estado mayor sumiso a sus órdenes, emprendió la aventura austríaca. Había enviado como embajador a von Papen, de cuya astucia diplomática y talento para la intriga tenía un alto concepto. Se inició un movimiento contra el gobierno austríaco constituido y los nazistas austríacos procedieron a organizar manifestaciones en que se pedía la anexión al Gran Reich alemán. Después de diferentes incidentes, se ordenó a las divisiones alemanas preparadas especialmente para esta operación, que atravesaran la frontera e invadieran el Austria. Hubo momentos de ansiedad y temor en Alemania ante la posibilidad de que se declarara la guerra, pero una vez más se pudo comprobar el acierto del Fuhrer. Las tropas alemanas fueron recibidas como libertadoras y las potencias europeas no protestaron. El más afectado, Mussolini, estaba de acuerdo, aunque no fue prevenido de que se iba a verificar la invasión.

La anexión del Austria o de la Marca austríaca, como se denominaba esta región en la época del primer Reich, era sólo el principio de un vasto plan de nuevas conquistas. La absurda creación del estado checoes-

lovaco, acordada en el tratado de Versalles, había agravado los problemas raciales y limítrofes de diferentes nuevos estados. Polonia y Hungría reclamaban territorios habitados por polacos y húngaros y cuando vieron la nueva y rica república checoeslovaca amenazada por Alemania, que al anexarse el Austria la había cercado en su parte principal, extremaron sus pretensiones.

Al saberse el estallido de las protestas de las minorías alemanas que poblaban territorios checos, muchos vieron que se comenzaba una táctica ya sabida, la cual necesariamente iba a terminar en una guerra. El estado mayor alemán discutió secretamente la situación política para llegar a la conclusión que una nueva guerra significaba la ruina, el fin de Alemania. Con Hitler no había discusión posible, sólo quedaba un medio y éste era apresarlo y someterlo a un juicio ante un tribunal militar.

El que los orgullosos generales alemanes, para los cuales la disciplina y el respecto a la jerarquía era un culto de honor, hayan llegado a tramar un complot contra el Fuhrer, nos hace ver cuál era el sentir real del alemán y cómo comprendía la gravedad de una política insensata que iba a lanzar a Alemania, y posiblemente al mundo, a los horrores de una guerra total.

Checoeslovaquia disponía de un ejército fuerte, bien armado y de una serie de fortificaciones que defendían su frontera con Alemania; pero al verificarse la anexión austríaca, quedó amenazada en fronteras que antes no le había interesado defender. Si se mira un mapa del estado checoeslovaco, creado en Versalles, en gran parte por imposición del presidente Wilson, que tenía por el gran patriota checo Tomás Masaryk admiración y gran amistad, se puede apreciar la falta de sentido de la realidad de la situación de una nueva nacionalidad que no iba a poder defender sus fronteras.

El mariscal Foch, al criticar la creación de las naciones nacidas del ex Imperio austro-húngaro, se detie-

ne expresamente en Checoeslovaquia y dice: "¿Dónde están sus fronteras? ¿Cómo se presentan? Evidentemente no fueron delineadas por consideraciones estratégicas. En el Consejo del cual salió esta nueva Europa hubo más diplomáticos que generales".

Se cuenta que en una de las discusiones en el congreso se nombró a Teschen y Lloyd George preguntó qué cosa era Teschen. El ducado de Teschen, desde la época medioeval, había sido disputado por Alemania, Polonia y Bohemia. Rico en minas de diferentes clases de minerales, fue adjudicado a Checoeslovaquia ante las protestas polacas. Si uno de los cuatro grandes que trazaron el nuevo mapa de Europa tenía una ignorancia tan grande de la Historia, que posiblemente era compartida en mayor o menor escala por los otros, no es raro que se creara un estado en que sus habitantes alemanes, checos, polacos, húngaros, rutenos y eslovacos no podían entenderse y por lo tanto estaba destinado a ser despedazado, víctima de la codicia de sus vecinos más poderosos.

Al proseguir los incidentes fronterizos entre alemanes y checos, y al movilizar los primeros un millón y medio de soldados y estar los últimos dispuestos a resistir por creer que contaban con el apoyo de Francia, Inglaterra y Rusia, se llegó a una situación muy parecida a la de 1914; era lo más probable que de un modo u otro estallara la guerra. El único que estaba seguro de lo contrario era Hitler; su intuición, que tampoco le falló esta vez, le decía que ni Francia ni Inglaterra irían a la guerra y menos Rusia.

Los generales del estado mayor estaban de acuerdo para actuar cuando se diera la orden de invadir Checoeslovaquia. Con gran sorpresa supieron la inesperada noticia de que el primer ministro británico, Chamberlain, había llegado por vía aérea para entrevistarse con Hitler. El acontecimiento era de tal magnitud que hubo que suspender todo lo preparado.

Chamberlain, profundamente inquieto por la situación producida, encaminada hacia una guerra que Inglaterra no deseaba ni le convenía que se produjese, dejó a un lado el tradicional orgullo del gobierno inglés y resolvió tratar el asunto directamente con Hitler y ver las posibilidades de llegar a una solución pacífica. Su sorpresa fue grande cuando comprendió que no se trataba de proteger minorías alemanas, sino de anexar al Reich los territorios habitados por estas y aún esto planteado en una forma que dejaban ver ambiciones mucho mayores.

Hitler hablaba sólo alemán y Chamberlain inglés. El intérprete Paul Schmidt nos cuenta en sus memorias de apasionante interés, los detalles de las entrevistas y el tacto que tuvo que desplegar para transmitir en inglés a Chamberlain las bruscas y provocativas frases de Hitler sin alterar el sentido de lo expresado.

Chamberlain se convenció que la guerra podía evitarse siempre que los aliados de Checoeslovaquia —Inglaterra y Francia— la convencieran de que debía entregar territorios en que estaban situadas todas sus líneas de defensas, es decir, su única garantía de resistir hasta recibir el auxilio de las naciones que aseguraban su libertad. Para esto propuso un acuerdo garantizado por los gobernantes de Inglaterra, Francia e Italia, que asistían a la reunión. El estado checoeslovaco entregaba los territorios indicados en el mapa, previa verificación por un plebiscito si había mayoría alemana o no; la votación sería fiscalizada por los delegados de las naciones que suscribían el pacto. Los ministros Chamberlain y Daladier, inglés el uno y francés el otro, observaron con inmensa sorpresa y regocijo que una enorme multitud los esperaba en los aeródromos de sus respectivos países, para aclamarlos con gran entusiasmo por haber salvado la paz.

Chamberlain pudo comprender por lo que vio que su éxito sólo consistía desgraciadamente en haber con-

seguido un compás de espera. Hitler estaba resuelto a ir a una guerra y por eso el gobierno inglés no protestó ni le causó sorpresa el que los alemanes entraran en los territorios disputados, se apoderaran de las defensas checas y después fomentaran disturbios en Eslovaquia que pedía su autonomía y alentaran las protestas polacas, cuyas tropas entraron en el ducado de Teschen, y que igualmente Hungría reclamara algunos territorios.

Todo terminó cuando los alemanes invadieron Bohemia, entraron en Praga y declararon Bohemia, Eslovaquia y Rutenia protectorados del Reich. Si Chamberlain pensó que todo esto iba a pasar, seguramente no imaginó el mal que causó a Europa con su gestión en Munich; sin ella, el ejército alemán habría depuesto a Hitler; en cambio después, con el triunfo espectacular obtenido, algo sin precedente, el Fuhrer era el dios de Alemania.

Se continuó realizando el lema "Un Reich, un pueblo, un Fuhrer". En Austria y en Bohemia los judíos y los no nazistas que no habían alcanzado a huir fueron a esperar su fin en los campos de concentración.

CAPITULO XVI

1) Stalin.— 2) Stalín llega al poder.— 3) La gran purga.— 4) La Liga de las Naciones.— 5) Caída de la monarquía en España.— 6) La segunda república española.—

1)

Hitler y Stalin son los dos personajes más tenebrosos de los últimos tiempos. Hay que retroceder siglos atrás y llegar a la época de las invasiones mongólicas para encontrar hombres semejantes. Viene a la memoria la toma de Samarcanda y Bagdad, celebradas erigiendo pirámides de 25.000 cabezas en las puertas de la ciudad; episodios como éstos son los que nos recuerdan los dantescos horrores de los campos de concentración nazis y los tal vez más terribles de la Rusia comunista, cuyos detalles todavía no conocemos.

Hay entre Hitler y Stalin tantas similitudes como profundas diferencias. Ambos tienen del poder un concepto no sólo anti-cristiano, sino inhumano: el hombre es un ente, es un ser sin ningún valor ante el estado. Hitler no fue un genio, pero tuvo intuiciones geniales; no fue un loco, pero tenía raptos de locura que lo convertían en un poseso, en un ser demoníaco. No es posible conocer la vida de Stalin antes de la revolución de

1917 en que recobró la libertad; estaba desterrado en Siberia. Las muchas biografías y libros dedicados a estudiar su personalidad adolecen de enormes exageraciones, ya sea por el odio de sus adversarios, que les induce a falsear o cambiar los hechos, o por haber sido escritos en Rusia durante su gobierno, donde nada se podía decir que pudiera ser interpretado como una crítica al dictador.

José Djugasvili, conocido como Stalin, nació en Gori, ciudad de Georgia, en 1879. Hijo de una familia humilde, tuvo una dura niñez; colocado en el Seminario ortodoxo de Tiflis, fue expulsado cuando se supo que formaba parte de un grupo secreto de marxistas. Nada exacto sabemos de su vida hasta la revolución de 1917; estaba en Siberia cumpliendo una de sus varias condenas debidas a sus actividades revolucionarias. Llama la atención que las autoridades zaristas demostraran benevolencia hacia él, lo que ha hecho creer que posiblemente actuó como agente secreto de la policía política. Se ha llegado hasta publicar un documento que probaría que durante seis años estuvo a sueldo del gobierno. Se ha dicho que el citado documento es una falsificación.

Stalin figuró entre los revolucionarios que ayudaron a Lenin, no entre los primeros; después actuó al lado de Yegorof, como jefe del ala izquierda del ejército comunista de Tukachevski, y en la batalla de Varsovia se le culpó de haber desobedecido las órdenes del general en jefe y en vez de atacar el ala izquierda polaca se lanzó a la conquista de Lemberg, en la Galitzia.

Es lo más probable que Lenin no estaba de acuerdo con Trotzky en cuanto a provocar como principal objetivo la revolución mundial. A Lenin le interesaba ante todo la revolución rusa; Trotzky, de ascendencia judía, comprendía el universalismo del marxismo que era la obra de Marx, un judío alemán; en cambio, Lenin era ruso y entendía las teorías marxistas según la

cultura rusa; por esto, con su gran flexibilidad ideológica, entre el sentir propio de los rusos, las ideas nihilistas y el marxismo fabrica el lenilismo que es, según sus adeptos, la interpretación del marxismo. Es lo más probable que a Lenin le interesaba la derrota de Tukachevski que iba a disminuir el prestigio de Trotzky, ya temible en el ejército, e iba a concentrar en Rusia el movimiento revolucionario.

¿Qué hubo de cierto en las acusaciones hechas contra Stalin a raíz del fracaso ante Varsovia? Se sabe que nada sufrió en una época en que se procedía en forma tan sanguinaria. Por lo demás, Stalin era un hombre muy hábil, muy cauto, procedía siempre de acuerdo con alguna fuerza que debería apoyarlo decididamente. Por su forma de actuar recuerda al célebre José Fouché; tal como él poseía una profunda astucia, disimulo, paciencia para esperar el momento propicio para triunfar y como él fue un genio policíaco, cruel y vengativo.

Puede considerarse como una prueba del sentir ruso del marxismo que tenía Lenin, su política cambiante según lo exigían las circunstancias. Así lo vemos repartir las tierras entre los campesinos para destruir la nobleza y la burguesía, después quitarles las tierras y cuando ve las funestas consecuencias producidas, inaugura una nueva política.

Stalin no olvidó el ataque de Tukachevski y, como lo veremos más adelante, esperó pacientemente el momento favorable para vengarse. Al resultar herido Lenin en un atentado, no murió, pero no pudo recobrar su vigor y cada vez se acentuó más la sorda lucha por el poder. Muy pocos dudaban que Trotzky sería el sucesor, pero Stalin, elegido Secretario del Partido, se fue apoderando de la directiva de la burocracia y colocó en los puestos básicos a sus partidarios.

2)

Es algo digno de meditación el considerar cómo los acontecimientos llamados casuales suceden en momentos tales que se transforman en factores decisivos. Trotzky, enfermo del pulmón, tuvo que trasladarse al Cáucaso para restablecer su salud. Estaba lejos de Moscú cuando murió Lenin y no causó sorpresa que Stalin se transformara en el eje del nuevo gobierno. Cuando Trotzky regresó estaba todo preparado para hacerle a un lado; pero como era un hombre temible se buscó un pretexto; fue acusado de herejía revolucionaria y relegado a un puesto secundario y por último desterrado al extranjero. El trotzkismo, como se ha llamado a esta interpretación herética de los dogmas marxistas, según el comunismo ruso, sirvió ampliamente para acusar como adeptos a ella a todos los revolucionarios, aun a los viejos luchadores de la causa y mandarlos a la muerte.

Stalin, desconfiado y muy celoso de mantener su férrea autoridad, se encontraba entre dos fuerzas que veía que en un momento dado le podían ser hostiles; éstas eran el conjunto de antiguos revolucionarios que ocupaban los puestos claves en la burocracia y el ejército.

La gran purga, o sea la liquidación de todos los opositores o posibles opositores al despotismo staliniano, se produjo en tres etapas. El asesinato de Kirov fue el pretexto para iniciarla. No hay duda que "la noche de los cuchillos largos" en Alemania sirvió a Stalin como un modelo que perfeccionó hasta dar un aspecto propio al sistema y hacerlo completamente ruso.

Kirov era el jefe comunista en Leningrado y ejercía su autoridad en tal forma que era un estado dentro del estado. Fue asesinado y el hechor detenido. El acontecimiento conmovió al mundo comunista; Stalin se trasladó a Leningrado y pronto se supo que los célebres revolucionarios Kamenef y Zinovief, ya procesados,

estaban unidos a Trotzky, que desde su destierro dirigía y era el alma de la conjuración. Fueron innumerables las víctimas; eran procesadas, condenadas y ejecutadas rápidamente; pero muchos desaparecieron sin saberse qué había pasado.

La oposición desapareció y se pudo ver que en la purga habían caído hasta los que se creían amigos de Stalin, pero que habían tenido la temeridad de manifestar que no estaban de acuerdo con los procedimientos seguidos. Esta fue la primera etapa de la gran purga; quedaba por ejecutar tal vez la más peligrosa, la que se refería al ejército. Pocos políticos han observado con mayor cuidado la máxima de Augusto: "Apresúrate lentamente". Stalin en este sentido fue un maestro.

3)

Poco después de terminada la primera guerra mundial, hubo un acercamiento secreto entre los estados mayores rusos y alemanes. Como el tratado de Versalles limitaba el número de soldados y no permitía se estudiaran nuevos armamentos en Alemania, se consiguió que Rusia facilitara campos de entrenamiento para la aviación y el ensayo de nuevos tipos de tanques. Es muy probable que en secretas reuniones se hayan tratado asuntos políticos para llegar a la conclusión de que el ejército era el alma de la nación y la única fuerza que podría evitar la anarquía; esto ya había pasado en Alemania y si podía gobernar la república de Weimar, era gracias al apoyo militar.

Stalin, sin manifestarlo, detestaba a Tukachevski y a pesar de sus temores, justificados por lo demás, de que los generales se complotaran contra él, no se había atrevido a proceder. En el extremo oriente, para oponerse a cualquier tentativa por parte del Japón, se creó un

fuerte núcleo militar que dispusiera en la misma región sus bases de aprovisionamiento y no tuviera que depender del transporte a lo largo del ferrocarril transiberiano. Con este objeto se distribuyeron tierras entre las familias de los militares y se estudió una producción agrícola de acuerdo con el clima; en igual forma se procuró abastecer las necesidades bélicas. Todo esto tuvo pleno éxito, pero se llegó a formar una dictadura militar ejercida por el mariscal Blucher, que en un momento dado podía oponerse al gobierno central. Tanto Blucher como Tukachevski eran dos amenazas que un hombre como Stalin debía eliminar para poder mantener asegurada su autoridad.

Cómo se produjo la gran purga en el ejército es algo hasta hoy muy discutido, y a pesar de todo lo que se ha sabido y escrito después de la muerte de Stalin, nada se puede aceptar como verdaderamente cierto; queda la duda y hay que entrar en un verdadero estudio de probabilidades acerca de la veracidad de las diferentes versiones existentes. Dos son las más interesantes: la alemana y la rusa. La primera es la siguiente:

A los funerales del rey Jorge V de Inglaterra asistió una embajada rusa en la que figuraba el mariscal Tukachevski. Al regresar a Rusia, pasó por Praga y Berlín y tuvo entrevistas con los generales del estado mayor alemán. Parece que Heidrich, segundo jefe de la Gestapo y uno de los más crueles y sanguinarios perseguidores de los no nazistas, sobre todo de los judíos —él era nieto de una judía cuya lápida en el cementerio hizo destruir para que no se supiera que su sangre no era puramente aria—, tuvo fuertes sospechas de lo que podía pasar y creyó que sería un golpe magnífico conseguir que Stalin dudara de la fidelidad del ejército. Se habló de falsificar documentos que probaran que el mariscal ruso complotaba con los generales alemanes.

El almirante Canaris, jefe del servicio secreto internacional alemán, se negó a proporcionar ningún docu-

mento; declaró que no existían; pero luego se produjo un incendio en los archivos del servicio y se encontró que dos cajas fuerte habían sido forzadas. Los documentos así obtenidos sirvieron como modelo para falsificar los que se necesitaban. Si estos documentos se entregaban a Stalin era seguro que éste los creería falsos y no caería en la trampa. Un fingido agente secreto alemán ofreció en Praga al correspondiente servicio checoeslovaco vender estos documentos. La noticia de la existencia de estos papeles interesó inmediatamente al gobierno ruso que envió a un encargado para ver modo de adquirirlos; se pidieron tres a cuatro millones de rublos por ellos.

Un general ruso enviado por la G.P.U llegó a Berlín portador de una maleta en que venía en billetes la suma indicada; le fueron entregados los documentos con los cuales fueron acusados de traición varios generales rusos y se inició su proceso. Según se dijo después, los billetes estaban marcados y al pagar con ellos los alemanes a sus agentes en Rusia fueron éstos identificados, lo que obligó a la Gestapo a destruir gran parte de la suma que tenía en su poder.

La versión rusa parece acercarce más a la verdad. Stalin siempre había sospechado que existían comunicaciones entre los militares rusos y los alemanes. La policía secreta soviética espiaba cuidadosamente a todas las personas que se permitía entrar al país y en especial a las que ocupaban o habían ocupado algún cargo en el estado mayor alemán. Se acostumbraba estudiar las debilidades y pasiones de los visitantes y se facilitaba el satisfacer sus deseos poniendo a su paso agentes de ambos sexos encargados de acceder a sus peticiones, pero siempre se procuraba dejar constancia grabada o fotografiada de todo aquello que se trataba de ocultar. Fue así como se obligó a un alto funcionario alemán a hacer declaraciones ante la amenaza de exhibir pruebas documentadas de acciones vergonzosas. Sólo se le exigió

diera el nombre de algunos de los militares rusos implicados. Parece que fue indicado Gamarnik, general de administración, el que fue llevado secretamente a las prisiones de Moscú y sometido a tormento hasta que dio a conocer todo lo tramado.

Poco después se supo que se había descubierto una conspiración en que estaban implicados altos jefes militares como los mariscales Tukachevski y Blucher. Todos fueron ejecutados y se cree que después de sus muertes se iniciaron los procesos correspondientes. Los jueces que los condenaron a la pena capital y que estaban al cabo de los abusos cometidos fueron a su vez ejecutados y continuó la matanza de los más distinguidos jefes militares. Se sabe que el número de víctimas llegó a cifras increíbles; se calcula que más de 35.000 oficiales perecieron.

Pronto se comenzó la tercera etapa de la gran purga. Stalin estaba en el Cáucaso tomando un corto descanso, cuando el gobierno ruso dirigido por Bujarin tuvo que tratar el problema de la revolución española. Se estimó que ante el decidido apoyo dado a los derechistas por Hitler y Mussolini y las protestas sin consecuencias de Francia e Inglaterra, era conveniente actuar con energía. Se enviaron a España armamentos y personal civil y militar, en tal forma que se montó una organización completamente rusa que sólo obedecía directamente a Moscú.

¿Estuvo de acuerdo en todo esto Stalin? Parece que no; pero con su astucia y parsimonia característica dejó hacer para después ir escatimando los auxilios hasta suprimirlos totalmente. El dictador ruso comprendió la inutilidad de establecer una base en España; no entraba en sus cálculos personales el provocar una revolución mundial y además existía el grave peligro del cambio que sufría el ruso al entrar en contacto con la vida occidental. Lo cierto fue que Bujarin y la mayor parte de los burócratas que actuaron al resolver y ordenar

la intervención en España y los comunistas tanto civiles como militares que allí actuaron, fueron en su mayor parte liquidados. Se cree que perecieron, con o sin proceso, entre el 80 ó 90%, aunque otros opinan que fue suprimido el ciento por ciento.

La gran purga tendió sobre Rusia un manto de horror y ya nadie podía considerarse seguro si no obedecía incondicionalmente al amo del Kremlin. El ejército quedó desquiciado: lo más selecto de su jefatura y de la oficialidad había desaparecido. Con razón Hitler estimó que lo ocurrido equivalía a haber ganado contra Rusia una gran batalla.

4)

La Sociedad o Liga de las Naciones, acordada en el tratado de Versalles, no fue aceptada por el Senado norteamericano, de tal manera que al reunirse en Ginebra no figuraban en la sociedad tres grandes naciones: Estados Unidos, Alemania y Rusia. Francia, Bélgica y las naciones nacidas después de 1918 veían en la Liga una fuerza internacional que defendería los principios acordados y evitaría nuevos conflictos, que en caso de producirse deberían ser resueltos por acuerdos internacionales.

Muy luego se pudo apreciar cuánta ilusión había en todo esto. Las diferentes naciones de la Liga mandaron representaciones brillantes en cuanto a los conocimientos jurídicos, a las dotes oratorias y a la habilidad política; pero todo se concretaba a larguísimos debates y no era difícil notar como disimuladamente se prolongaban con el objeto de no llegar a ninguna resolución que significara un peligro, es decir que pusiera de manifiesto la imposibilidad de hacer efectivo algún acuerdo que contara con la oposición de alguna po-

tencia. Alemania y Rusia pasaron a formar parte de la Liga, lo que en lugar de robustecerla aumentó aún más la imposibilidad de implantar una justicia igual para las grandes como para las pequeñas naciones. Se avanzó en el estudio de todas las medidas que interesaban a los países poderosos. Por lo demás, se había creado una burocracia internacional que beneficiaba a todos los gobiernos al poder disponer de puestos especialmente rentados con que satisfacer a sus partidarios.

La primera crisis de la Liga se produjo por el problema chino-japonés. El Imperio chino, antiquísima cultura de prolongada ancianidad, había entrado al período caótico a la muerte de la emperatriz Tsu-Hi, mujer de extraordinaria capacidad para manejar una corte y un gobierno tan complicado como el chino. Ya se habían comenzado a propagar ideas republicanas, cuyo principal apóstol fue Sun Yat Sen, que había estudiado en Estados Unidos y había formado un conjunto de jóvenes adeptos a su modo de pensar. Al caer la monarquía, fue proclamada la república y como presidente Yuan Chi Kai, último ministro de la emperatriz; al morir éste, China entró a un estado caótico; diferentes caudillos militares se repartieron el Imperio.

El Japón, ante la oposición de Estados Unidos, no pudo ocupar las regiones rusas de la costa del Pacífico y tuvo que contentarse con la conquista de la Manchuria hasta el río Amur, que pasó a ser el límite que lo separaba de las posesiones rusas. Al producirse el caos en China, los japoneses la invadieron y ocuparon gran parte de su territorio con la antigua capital Pekín y puertos tan importantes como Shangai. La China era miembro de la Liga de las Naciones y pidió su auxilio. El Japón alegaba que no estaba en estado de guerra con China, pues no había tal declaración; sólo se trataba de un incidente; tropas japonesas se habían visto atacadas por los chinos en el puente Marco Polo, cerca de Pekín.

A pesar de la evidente justicia de las reclamaciones chinas, el Japón continuó su invasión mientras en la Liga se continuaban los espléndidos discursos sin que se resolviera nada para proteger a uno de sus miembros, víctima de la agresión de otro.

La segunda crisis fue aún más vergonzosa. Mussolini resolvió conquistar Abisinia. Por el tratado de Londres, con el objeto de que Italia entrara a la guerra en favor de los aliados en la guerra de 1914 se le ofrecieron diferentes ventajas que no fueron cumplidas en Versalles. Al tener Italia un gobierno fuerte como era el fascista, se resolvió invadir Abisinia desde el Somalí italiano y Eritrea. Abisinia, como miembro de la Liga, pidió su intervención y que se hiciera justicia. Ante tal situación, la Liga tomó el acuerdo de aislar a Italia si continuaba la guerra. Lo resuelto por la Liga sólo fue nominal. Inglaterra no impidió el paso de los buques italianos por el canal de Suez, cuando transportaban el ejército y el material que se necesitaba para la campaña. Abisinia fue conquistada y el rey de Italia tomó el título de Emperador de Abisinia, título que finalmente fue reconocido por las potencias.

5)

Alfonso XIII, rey de España, fue hijo póstumo de Alfonso XII. Cuando se hizo cargo del poder encontró un reino desquiciado por un gobierno que había permitido la propagación del anarquismo, principalmente en las regiones catalanas, y de otras ideologías tendientes a debilitar aún más la autoridad real. Continuos atentados a la vida del monarca contribuían a que se mirara con mayor temor el futuro de la monarquía española. El nuevo rey, Borbón y Habsburgo, pertenecía a las dos dinastías más antiguas de Europa, que ya ha-

bían perdido varias coronas y que parecían encaminarse a un próximo fin.

El Parlamento, o sea las Cortes españolas, se generaban con un sistema electoral en que los grandes propietarios o poderosos industriales, verdaderos caciques electorales, decidían la composición de las Cámaras. El descuido de los intereses populares y la inestabilidad política fueron creando un ambiente revolucionario. Se unía a esto la tendencia regionalista de partes de España como las provincias vascongadas y Cataluña que aspiraban, la primera a conservar sus fueros, estimados como un patrimonio sagrado de un pueblo de antiquísimo y de inexplicable origen, y la segunda a una autonomía que la convertía en un estado independiente, separado aun por un idioma propio.

La habilidad política internacional desplegada durante la primera guerra mundial logró mantener a España neutral, lo que produjo tranquilidad y holgura económica que apaciguaron las exigencias políticas. Una vez terminada la guerra, el gobierno español cometió el desacierto de tratar de ocupar la zona llamada Marruecos español. El desastre que sufrió el ejército en Anual causó honda impresión y descontento.

Se ha dicho que el "pronunciamiento" del general Primo de Rivera, que volvía al sistema usado en el siglo anterior, en que el ejército imponía su voluntad, fue secretamente incitado por el rey que deseaba suprimir el Parlamento, para evitar se investigara la responsabilidad de lo pasado. Es lo más probable que Alfonso XIII estaba convencido de la imposibilidad de gobernar con el sistema constitucional vigente y deseara el establecimiento de una dictadura que respetara la autoridad real; los atentados contra su persona, el avance del anarquismo y que además del partido socialista apareciera el comunismo, era algo alarmante al considerar la completa falta de sentido práctico demostrado por las Cortes.

La dictadura de Primo de Rivera restableció el orden en España, solucionó de acuerdo con Francia el problema de Marruecos y durante unos cuantos años hubo tranquilidad. Desgraciadamente el dictador era persona inquieta; o tal vez cansado, trató de saber la opinión de la oficialidad y al ver que tenía gran oposición, renunció al poder y se retiró a Francia donde murió poco después.

Alfonso XIII se encontró ante el problema de que como él había aceptado se gobernara al margen de la constitución, ya no se podía gobernar sino con un ministro dictador como el anterior; trató de continuar así, pero no encontró el hombre capaz y poco a poco comenzó de nuevo la desmoralización administrativa y a aumentar el número de descontentos y su audacia. El rey no halló otra solución que volver paulatinamente al régimen constitucional y como primer paso convocó a elecciones municipales.

Estas elecciones fueron considerarse como un plebliscito que iba a decidir entre la república o la monarquía. El poder de la oposición se manifestó en forma abrumadora y el día de la votación al verse los primeros resultados se temió que estallara una revuelta contra el gobierno. Así lo estimó el rey; se trasladó rápidamente a Cartagena y se embarcó hacia Italia. Alfonso XIII no abdicó, sino que declaró se retiraba para no impedir en ninguna forma la manifestación de la voluntad popular; si se le necesitaba volvería.

6)

La segunda república española siguió una marcha similar a la primera, violenta y anárquica. El primer presidente, Aniceto Alcalá Zamora, pronto tuvo que renunciar y fue reemplazado por Manuel Azaña, que nada pudo hacer ante los desbordes pasionales de los partidos izquierdistas apoyados por las organizaciones obre-

ras y la resistencia de la derecha afirmada por los partidos de carácter fascista como era la falange. (Las dos instituciones más conservadoras de España —la Iglesia y el ejército— se encontraban divididas por los extremismos regionalistas que afectaban al clero; la indecisión de la masonería, que tenía fuerte poder dentro de la oficialidad y no encontraba el camino a seguir entre la amenaza de los partidos extremistas como la falange y el comunismo que no la aceptaban en ninguna forma).

Se trató de llegar a una república federal, aceptando la autonomía de Vasconia y Cataluña, aunque en esta última región se deseaba una separación total. Ante una sublevación de los mineros de Asturias se llamó a la Legión Extranjera que guarnecía Marruecos. Al mando del general Francisco Franco, procedió con suma energía como si se tratara de un país conquistado. Se restableció el orden y la figura de Franco pasó a ocupar un primer lugar; se transformó en una esperanza para la derecha, aunque el general estuvo muy lejos de hacer cualquier declaración que afectara su obediencia al gobierno constituido o significara una crítica para él.

Ante el avance del extremismo izquierdista, se comenzó a considerar al presidente Azaña como un nuevo Kerenski español que iba a concluir por entregar a España al comunismo. La gran mayoría del ejército no estaba dispuesta a permitirlo y se habló francamente de dar un golpe de estadó. Los desórdenes transformados en sangrientos incidentes, los asesinatos políticos impunemente cometidos agravaron la situación. El gobierno, temeroso de la actitud de los generales, envió a los puntos más lejanos a los peligrosos. Franco fue mandado a las islas Canarias. El político derechista Calvo Sotelo apareció como el jefe del partido monárquico; después de haber pronunciado en el Cámara un violento discurso en que atacaba al gobierno, fue sacado por engaño de su domicilio y vilmente asesinado. Este suceso provocó la guerra civil.

CAPITULO XVII

1) y 2) La guerra civil en España.— 3) Inglaterra después de la guerra de 1914.— 4) Los problemas de Francia al terminar la guerra del año 14.— 5) El frente popular en Francia.— 6) Factores de la politica internacional.— 8) Factores militares.—

1)

Antes de 1914 se creía que los hombres habían encontrado la senda del progreso indefinido; el asombroso avance de la ciencia era una prueba y la otra se encontraba al considerar que por medio de los gobiernos representativos se garantizaba la libertad. El aumento de la riqueza producida por el auje de la industria y del comercio, al mejorar las condiciones de la vida, tendían a fomentar el materialismo y el alejamiento de todo lo espiritual; ya en muchas partes se consideraba que las ideas religiosas eran algo caduco que debía desaparecer.

La primera guerra mundial fue un primer aviso de que la humanidad no marchaba en la forma ideal que se creía. El no haber podido impedir lo que iba a ser un sangriento y destructor conflicto; el querer justifi-

carlo en una forma tan ridícula al decir que la unión híbrida de pueblos amantes de su libertad, como el francés y el inglés, con uno de los más autocráticos, como era el ruso, tenía por objeto defender la libertad amenazada, según se decía, por Alemania, uno de los países más cultos entre los existentes, y por Austria, una monarquía paternal que había conseguido mantener tranquilo y próspero a un conjunto de pueblos inquietos, incapaces de vivir en paz y de gobernarse independientemente, eran motivos que hacían dudar de la eficacia de las instituciones existentes y del acierto de las ideologías dominantes.

El horrendo espectáculo de la revolución rusa, en que se condenó a desaparecer a la clase noble y en igual forma a la burguesía y al campesinado y se redujo a las clases obreras a sufrir un feroz despotismo, disfrazado tras la careta de una igualdad en que se uniformaba hasta el modo de pensar, fue un acontecimiento al que se trató de restar importancia al decir que Rusia era un pueblo atrasado. Pero estalló el nazismo en Alemania y vinieron las purgas sangrientas, los campos de concentración y la persecución de los judíos, lo que demostró que la humanidad estaba enferma, que el tranquilo pasado de antes había sido un hermoso sueño.

La guerra civil española fue el prólogo sangriento de la segunda guerra mundial, tragedia que va a producir la ruina definitiva de la cultura occidental, la pérdida de su poder que dejará frente a frente las dos culturas vencedoras: la rusa y la norteamericana, rivalidad que puede terminar con la obra de siglos de progreso.

Da la impresión que la llamada "Furia española", comprimida durante largo tiempo, estalló en 1936. Los horrores cometidos por el bando izquierdista, que tras un disfraz republicano ocultaban tendencias anarquistas o marxistas, parecía algo imposible que pasara en un país civilizado y católico como era España. Y a esto hay que sumar las atrocidades cometidas por los derechistas.

Bajo el ideal monárquico se ocultaba el deseo de implantar un gobierno autoritario y enérgico, capaz de encauzar a España en el camino del orden y de la unidad, tal como lo había mantenido durante siglos la monarquía absoluta. Cuando se reflexiona sobre lo sucedido, se ve que el progreso no había modificado en nada la estructura moral del hombre ni había disminuido su espíritu combativo; en la época de la barbarie las matanzas humanas se hacían a cuchillo, ahora se había simplificado el procedimiento y se empleaban los fusiles y las ametralladoras.

2)

Se cuenta que al celebrarse el Día de la Raza, en plena guerra civil, hubo una reunión en la antiquísima Universidad de Salamanca, en la España nacionalista, o sea en el territorio dominado por los derechistas; era rector don Miguel de Unamuno, uno de los grandes pensadores de la España contemporánea y decidió presidirla. Tomó la palabra el general Millán Astray, que desde el fondo de la sala fue recibido con su lema favorito: "Viva la muerte — España una — España grande — España libre". Causó profunda sensación cuando Unamuno se puso de pie y dijo: "Estáis esperando mis palabras, me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces quedarse callado equivale a mentir. Pero ahora acabo de oír el necrófilo e insensato grito de "Viva la muerte". Exasperado Millán gritó "¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte", y fue coreado por la concurrencia falangista. Continuó Unamuno: "Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir y para

persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil deciros que penséis en España".

Se retiró el valiente vasco y fue acompañado por la esposa del general Franco y de varios catedráticos hasta su casa, donde permaneció detenido.

Al estallar la revolución en las grandes ciudades como Madrid y Barcelona, las organizaciones obreras pidieron al gobierno se les entregaran armas y en forma tumultuosa se impusieron en los cuarteles de tal mánera que el movimiento militar fracasó. No pasó así en otras partes y ante la llegada de tropas marroquíes al mando de Franco, se aseguró el partido derechista. La guerra civil fue larga y terriblemente sangrienta; de 50 a 60.000 italianos, con armamentos modernos, intervinieron; igualmente destacamentos y aviones alemanes. Por el lado izquierdista se tuvo el apoyo ruso, especialmente en armamento.

El gobierno de Madrid tuvo que embarcar hacia Odessa lo que restaba de las reservas de oro para cancelar la ayuda rusa. Hay que observar que ninguna de las ayudas extranjeras fue gratuita. Hubo que pagar el armamento proporcionado a ambos bandos. Mientras tanto, en Ginebra se continuaba la comedia de la Liga. Se prohibió la intervención extranjera cuando se sabía que Rusia, Alemania e Italia la practicaban. Inglaterra y Francia protestaban, pero siempre en forma diplomática, no tomando en cuenta la evidencia de lo que estaba sucediendo.

Después del acuerdo de Munich y de la caída de Checoeslovaquia, la ayuda rusa fue disminuyendo y el triunfo de la derecha fue completo. Contaba con el hombre que España necesitaba, el general Francisco Franco, que logró imponer su autoridad y demostró, además de su energía, capacidad de mando y cualidades de hombre de estado, de tal manera que llegó a ser dueño de España, "El Caudillo".

3)

Inglaterra fue una de las potencias vencedoras en la guerra mundial, pero su triunfo fue una victoria a lo Pirro. "Con otra victoria como esta me vuelvo solo al Epiro", dijo el famoso epígono griego al vencer a los romanos. Nunca imaginó este belicoso rey de Epiro que esta frase iba a ser recordada a través de los siglos y no sus grandes triunfos militares. El futuro de Gran Bretaña para la segunda guerra mundial estaba encerrado en esta frase.

Según lo acordado en Versalles, los ingleses se quedaron con la mayor parte de las colonias africanas de Alemania y podían realizar el gran proyecto de unir el Cairo con el Cabo por un ferrocarril que iba a atravesar sólo territorio inglés. Además, Inglaterra adquirió parte de Palestina y de Mesopotamia y aumentaba su influencia en Oceanía. Había destruido el comercio alemán, cuya temible competencia la había obligado a declarar la guerra. Si se hacía un balance del resultado de la guerra, lo obtenido eran las ventajas, pero las pérdidas eran superiores a las ganancias. Inglaterra había gastado su potencialidad financiera que había sido uno de los factores determinantes de sus triunfos y lo más grave era que había perdido su indiscutible dominio marítimo. Antes de la guerra, la base de la política inglesa consistía en que su escuadra fuera superior a la suma de las dos más poderosas después de ella.

En diversas conferencias habidas entre las potencias marítimas, después de Versalles, se estableció una fórmula en que se aceptaba que la flota inglesa tendría igual poder que la norteamericana y a éstas seguiría la japonesa. Esto significaba que el Imperio británico había perdido su calidad de potencia superior; frente a él estaba el poder de Estados Unidos, superior como potencia industrial y financiera y que ya había demos-

trado poder organizar un ejército más poderoso que cualquiera de las naciones de la Europa Occidental. Después de la guerra de 1914, pasó a ser por muchos motivos la primera potencia mundial y si en el siglo anterior la política inglesa siempre había evitado colocarse frente a la norteamericana, ahora bajo varios aspectos, pasó a depender de ella.

El que Inglaterra aceptara darle autonomía a Irlanda, menos al Ulster, o sea la parte de la isla habitada por ingleses, se debió en gran parte a la influencia de los norteamericanos descendientes de irlandeses. Cuando Irlanda se declaró libre, nación independiente, Inglaterra nada dijo; se aceptó un hecho consumado.

La evolución de la política interior inglesa fue notable. Se aceptó el sufragio universal y el partido laborista, basado en un socialismo inglés, llegó a ser, junto con el partido conservador, uno de los dos partidos dominantes; el liberal se eclipsó y cuando el gobierno conservador fue derrotado en las elecciones, asumió el poder el laborismo hasta que a su vez fue vencido por los conservadores.

A la muerte del rey Jorge V, ocupó el trono su hijo Eduardo VIII, monarca popular, querido por los ingleses. No se ha sabido todavía el verdadero motivo que obligó al rey a abdicar; se dijo que enamorado de una dama norteamericana divorciada, deseó casarse con ella. Desde la época de la reina Victoria, era tradicional no aceptar en la corte a personas divorciadas, y no era posible que se rompiera en una forma tan rotunda una costumbre considerada como un elevado ejemplo de moralidad; la presión del gobierno conservador del ministro Balwin hizo que el rey prefiriera retirarse para unirse a la mujer que amaba.

Hermosa y romántica leyenda que no satisface como verdad política de lo sucedido; es lo más probable que la personalidad del rey, sus visitas a los centros mineros, su acercamiento hacia el pueblo, fuera el motivo

de alarma para los gobernantes. El axioma político inglés: "El rey reina, pero no gobierna", se encontraba amenazado. Tal vez Eduardo VIII carecía de la flexibilidad de su abuelo Eduardo VII, que reinaba e indirectamente gobernaba. Se ve en este suceso la característica inglesa de solucionar los problemas sin exponer con rudeza el verdadero sentido de ellos; se trata de hacer aparecer la solución tras un velo que los disfraza. Conseguido el objetivo no hay razón, es un error, dar a conocer la verdad.

El nuevo rey, Jorge VI, segundo hijo de Jorge V, supo muy bien mantenerse en su papel de rey que no gobierna, sino que representa a la nación y a su ya secular tradición monárquica.

4)

La frase "Francia ganó la guerra, pero perdió la paz", es una verdadera síntesis de lo sucedido después de la victoria. Es verdad que Francia recobró Alsacia y Lorena, es decir volvió a tener las fronteras de 1870 e igual que Inglaterra aumentó su imperio colonial en Africa, recuperando los territorios que se había visto obligada a ceder a Alemania y, además de ocupar el Líbano y Siria, daba la impresión que lo adquirido compensaba con creces los sacrificios hechos. No era así: las enormes pérdidas humanas, la devastación de los territorios invadidos por los alemanes y el gasto inmenso hecho para sostener una contienda tan prolongada, causó una ruina general, dejó un país agotado.

Dos problemas principales preocupaban al gobierno francés: las reparaciones, o sea el pago por parte de Alemania de los destrozos causados por la guerra en las regiones invadidas, y la seguridad de que no volvería a estallar una nueva guerra. Esta segunda condición

sólo se podía conseguir debilitando la nación alemana en su poder militar y estableciendo una frontera fácil de defender en caso de una nueva invasión, y éste era el Rhin, considerado como una barrera natural. Las otras dos grandes potencias vencedoras —Inglaterra y Estados Unidos— no aceptaban el anexar a Francia una región netamente alemana como era la Rhenania; por lo tanto, se acordó neutralizar este territorio y durante un tiempo dar a Francia el derecho de tener guarniciones militares en la frontera del Rhin. No se accedió a la idea francesa de crear un estado neutral con los territorios de la orilla izquierda del Rhin.

Hubo agrias controversias entre el jefe del gobierno francés y el mariscal Foch. No hay duda que existió el temor por parte de los políticos civiles respecto de los jefes militares y ante todo trataron de subordinarlos al poder civil, en tal forma que la opinión militar se tomaba sólo como una consulta para resolver lo más adecuado

Fue una gran desgracia para Francia que sus gobernantes guiados en gran parte por un odio ideológico, aceptaran la destrucción del Imperio austro-húngaro que era una monarquía católica. Nada quedaba frente a una Alemania vencida y humillada, pero que tarde o temprano iba a recobrar su poder y podría absorber los pequeños estados surgidos de la división de la monarquía habsburguesa.

El Imperio de los zares había perdido diferentes territorios, el resto, inmenso, quedaba sumido en la anarquía; mas si observamos la Historia se puede ver que las culturas céntricas como es la rusa, al entrar en el tercer período de su existencia, sufren una etapa caótica para entrar a su mayor potencialidad, a su mayor expansión. Si se tomaba en cuenta, además de esto, el instinto de la cultura, era posible presumir que iba a sufrir cambios en que necesariamente trataría de satisfacer sus ansias de dominio hacia el occidente.

En cambio la cultura occidental, como toda cultura divergente, llevaba en sí un germen destructor, el instinto antiunionista. Si se analiza su trayectoria, si se mira hacia atrás, se ve que en su primer período la sociedad feudal estaba unida por el ideal religioso y el Imperio Teocrático realizaba esa unión dentro de la tendencia divisionista. El germen destructor se condensó en el naciente nacionalismo que triunfó plenamente con la Reforma. La Iglesia Católica, reducida a las naciones occidentales, vio formarse monarquías cesaropapistas en que los príncipes eran los jefes de iglesias nacionales.

La condición insular de Inglaterra la llevó a transformarse en el factor determinante antiunionista. Desde el siglo XVIII la preponderancia inglesa impide que haya en Europa una potencia continental dominante. Hemos visto cómo después de una larga lucha logra vencer a Napoleón; el único que habría podido unir la cultura occidental y rechazar a Rusia hacia los Urales. Al desaparecer el gran Emperador, Inglaterra tuvo que dirigir la oposición hacia el avance ruso.

Un político genial, Bismarck, parece haber sido un hombre que sintió la Historia. Formó una alianza entre el Imperio alemán y el austro-húngaro; iba a ser la barrera que detendría el imperialismo de los zares; unidos a Inglaterra, la paz estaba asegurada. Guillermo II no comprendió esa política y provocó la unión de Francia e Inglaterra a Rusia, y por último el apoyo de la cultura norteamericana, que esperaba con ansias el momento propicio para sentar pie en Europa. Se destruyó la barrera germana y se dejó la cultura occidental indefensa ante un seguro resurgimiento de la potencia rusa e Inglaterra continuó su política clásica de evitar por cualquier medio un engrandecimiento de Francia.

5)

Al terminar su período presidencial Raimundo Poincaré, se creyó en Francia que sería elegido presidente Clemenceau, que como primer ministro, verdadero dictador, había logrado la victoria. La energía, la terrible severidad con que había procedido, la forma implacable de castigar cualquier tentativa de terminar la guerra sin un triunfo completo, consiguieron ahogar la naciente anarquía encaminada a robustecer un derrotismo cada vez más evidente.

Clemenceau creyó que podía ser elegido; olvidó las opiniones que había dado en su juventud respecto del candidato que convenía elegir. No tuvo en cuenta que ya no era necesaria su férrea energía; al contrario, era un inconveniente en un sistema parlamentario como el francés. Fue derrotado y triunfó Paul Deschanel. La Tercera República aceptaba un presidente que fuera a presidir, pero no a gobernar. Era un papel honorífico, pero muy triste para un hombre como Clemenceau y con razón los congresales temieron darse un amo, cuando deseaban todo lo contrario.

El gobierno francés estaba absorbido por el problema de la reconstrucción, el pago de las indemnizaciones alemanas y la sorda hostilidad inglesa encaminada a evitar que Francia tomara un papel preponderante en la Europa continental. El fraccionamiento de los antiguos partidos ante el aumento de los nuevos, de un izquierdismo avanzado como eran el socialista y el comunista, dio el triunfo en las elecciones al frente popular y su jefe, León Blum, de origen judío, pasó a ser el primer ministro.

El capital francés, atemorizado por la legislación socialista que iba a implantar el nuevo gobierno, comenzó a huir; en poco tiempo salió del país la tercera parte de las reservas en oro del banco de Francia, 20.000

millones de francos en esa época. El gobierno de Blum se encontró ante una crisis económica y hubo que devaluar el franco. Lo más que preocupaba al gobierno socialista era la actitud del partido comunista que se negaba a formar parte de él; lo apoyaba, pero era un apoyo inestable.

La guerra civil en España y la política exterior tan tímida frente a Mussolini y a Hitler terminó por desacreditar el frente popular francés. El Senado desempeñaba en Francia un papel regulador; era izquierdista cuando el gobierno exageraba la nota derechista y actuaba al revés en caso contrario. Hubo que organizar un ministerio distinto, en que la figura principal fue Daladier.

El espectacular desarrollo del nazismo, la dictadura totalitaria de Hitler con su continuada cadena de éxitos, tanto en lo administrativo como en la política exterior, eran de capital importancia para Francia. Mucho se había discutido a Mussolini, alabado por la tendencia derechista y atacado por las izquierdas; ahora pasó a ser una figura oscurecida por el éxito abrumador del Fuhrer alemán. El franco resurgimiento del ejército, la ocupación de Renania y después la anexión de Austria eran acontecimientos que indicaban claramente el peligro de que igual suerte corrieran los pequeños estados balcánicos, nacidos de la división del Imperio austro-húngaro.

Tanto Francia como Inglaterra tuvieron que cambiar su política; la disimulada pero efectiva oposición de la segunda a todo aumento del poder francés, se transformó en un decidido espíritu de unión ante el peligro que se estimaba común, y ambas naciones volvieron sus ojos hacia Rusia, cuyo apoyo era indispensable ante una Alemania poderosa.

6)

Asombra el pensar cómo en ciertos momentos los estadistas y diplomáticos, y aun los militares, no ven la realidad de las situaciones producidas y se entregan por completo, y a veces fanáticamente, a una determinada política sin percibir los inconvenientes ni ver las fatales consecuencias que se van a producir. Nada hay más útil ni que enseñe más a los hombres llamados a gobernar, que el conocer la Historia y desarrollar el talento de saberla interpretar acertadamente.

Lo dicho anteriormente se refiere a tres factores que fueron decisivos en la política seguida entre la primera y la segunda guerra mundial. Ellos son: a) Factores financieron; b) Factores de la política internacional y c) Factores militares.

a) La rica burguesía francesa, que gobernó durante la Tercera República, comprendió que iba a ser desplazada del poder por los nuevos partidos de la extrema izquierda —el socialismo y el comunismo— y éstos con sus programas inutilizaron la gran arma de los partidos capitalistas, la acción del dinero. La burguesía francesa había sido ampliamente liberal en el sentido de aceptar en su seno a todos los hombres capaces que sobresalían por su talento y que lejos de combatirla pasaban a ser sus defensores.

Alexis Toqueville, famoso pensador político del siglo pasado, admiraba la liberalidad de la nobleza de Inglaterra que admitía en sus filas a los nuevos valores y en cambio la francesa había sido una casta cerrada, defecto que la llevó a la ruina. Toqueville no tomó en cuenta que la nobleza inglesa se destrozó a sí misma en la guerra de las "dos rosas" y después los Tudores terminaron de liquidar su poder; fue reemplazada por una burguesía plutocrática que apareció como una nobleza; fueron muy pocas las familias de la antigua nobleza feudal que figuraron en esta nueva clase. No pasó así en

Francia, donde la nobleza fue una casta cerrada a la que finalmente dominaron los reyes, pero manteniéndole sus privilegios.

La subida al poder del frente popular fue suceso crítico que hizo variar la política francesa. El núcleo financiero se inclinó hacia Inglaterra que, en realidad, a su vez, se guiaba por el norteamericano, de tal modo que indirectamente, o muy posible, secretamente, la directiva partía de Washington o Nueva York. El porqué de la indecisión del gobierno de León Blum en ayudar al gobierno español frente a la franca intervención de Mussolini e Hitler, en favor de los revolucionarios, se encuentra en esta circunstancia: el capitalismo no quería el triunfo social-comunista español y presionó al gobierno francés, en tal forma que Blum perdió prestigio y tuvo que dimitir.

Dos actuaciones de Hitler lanzaron sobre él toda la fuerza del capitalismo, que se veía más amenazado por éstas que por el mismo comunismo. Esta fue la declaración de Hitler:

"La comunidad de la nación no vive gracias al ficticio valor de la moneda, sino de la producción real, que a su vez presta valor a dicha moneda. Esta producción es la garantía verdadera del dinero y no el Banco o una caja de caudales repleta de oro".

No aceptó préstamos extranjeros y fijó el valor de la moneda de acuerdo con la producción sin respaldo de reservas de oro. El comercio se iba a hacer por intercambio directo de mercaderías; se redujeron las importaciones y se prohibió la libertad de cambios, o sea el tráfico de divisas que facilitaban el traslado de grandes fortunas a otros países.

Es imposible evitar los cambios clandestinos, la bolsa negra como generalmente se llama esta clase de transacciones, ni aun en los gobiernos totalitarios, cuyo mayor factor de seguridad es una policía de terrible eficiencia; el ejercicio de tal comercio se transforma en un peligro mortal para los que lo ejercen.

Estas medidas de Hitler perjudicaban especialmente a los países capitalistas en que el préstamo de dinero a interés es un gran factor de enriquecimiento. La segunda actuación de Hitler, que repercutió en Estados Unidos, fue la cruel persecución desatada contra los judíos. Existen en este país grandes núcleos de esa raza y había gran número de banqueros y financistas del mismo origen racial.

7)

b) El panorama político europeo varió totalmente durante el período de los veinte años que siguieron a la primera guerra mundial. En el primer decenio aparecía Francia como la primera potencia continental. Su ejército era el más fuerte y el más numeroso. Alemania oscilaba entre la ruina de la derrota y la anarquía producida por el partido comunista. Rusia, que había perdido grandes extensiones territoriales, trataba de estabilizar el nuevo régimen comunista. Inglaterra continuaba siendo la gran potencia marítima, pero no ya la única; estaba en igualdad de poder naval y en una real inferioridad de conjunto respecto de Estados Unidos, que había pasado a ser la primera potencia mundial sin figurar en la Liga de las Naciones.

En el segundo decenio, es decir después de 1930, toda esta distribución de fuerzas había empezado a variar hasta llegar a la crisis de 1939. El fascismo italiano hacía aparecer a Italia como una potencia muchísimo más fuerte de lo que en realidad era. El talento teatral de Mussolini llegó a convencer de la existencia de un ejército de millones de soldados y de una potencialidad marítima basada en una flota de barcos de nuevas y modernas características. Las continuas alusiones a ser Italia la heredera del Imperio romano, el hablar del "Mare Nostrum" refiriéndose al Mediterráneo, produjo

un verdadero temor y respeto por la fuerza bélica del nuevo régimen.

La Alemania bajo el gobierno nazista se transformó en una potencia militar formidable; tenía un ejército que iba a ser tanto o más numeroso que el de 1914, y si se considera la calidad del armamento, las divisiones motorizadas, las blindadas o de tanques y una aviación preparada especialmente para el ataque, representaba un peligro bélico mucho mayor que el de la primera guerra mundial. Al lado de esta resurrección de la potencia alemana figuraba la rusa; sobre su valor efectivo no había datos precisos. Se suponía que su ejército sería el más numeroso de los existentes y posiblemente bien armado y adiestrado.

La política de las naciones ejes de la Europa occidental —Francia e Inglaterra—, tenía la difícil tarea de defender los numerosos estados pequeños nacidos en el congreso de Versalles por la destrucción del Imperio austríaco y por los territorios quitados a Rusia. ¿Cómo hacerlo? Los estadistas a quienes competía solucionar tan difícil problema, nos dan la impresión de que carecían de imaginación, no tenían un conocimiento profundo de la Historia o el talento apropiado para interpretarla. Si hubieran conocido las ideas planteadas por Vico y las teorías enunciadas por Danilewski y Spengler acerca de la existencia de las culturas, podían haber apreciado el extraño paralelismo existente entre las culturas bizantinas y rusa y ver que con la revolución, Rusia había entrado en el último período de su vida y que el segundo zar de esta época comunista, Stalin, debería realizar el imperialismo característico a los comienzos de la última etapa de la cultura y que en este caso coincidía con el ansia rusa de extenderse hacia el occidente Se trataba por lo menos de recobrar los territorios perdidos, que antes habían sido conquistados por los zares desde Pedro el Grande.

Era conocido el libro de Hitler el "Mein Kampf" De él era fácil deducir que Alemania necesariamente

debía extenderse hacia el este y por lo tanto chocar con Rusia. La solución estaba en permitir dominara en las antiguas posesiones de los Habsburgos en los Balcanes, procurar la amistad germano-polaca y transformar los primeros en los protectores de los estados bálticos: Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania. Se hizo todo lo contrario.

El primer fracaso se vio en Munich. No había manera de hacer aceptar la ayuda rusa a naciones como Rumania y Polonia; si los ejércitos rusos atravesaban estos territorios era lo más posible que se establecieran en ellos. Entre el peligro alemán o el ruso se prefería el primero.

8)

c) Si hay algo que asombre y confunda al lector es el analizar la obra de los estados mayores militares europeos y ver su conservantismo exagerado que los inducía a darle escasa importancia a lo pasado y no estudiar en debida forma el aprovechamiento del avance de las armas modernas.

El ejemplo más evidente de lo ya dicho se encuentra en el caso francés. Se gastaron sumas enormes para construir la Línea Maginot que defendía la frontera franco-alemana. Era una obra de ingeniería militar digna de admiración; los fuertes artillados con toda precisión combinaban sus fuegos para impedir cualquier invasión y estaban unidos por vías subterráneas que aseguraban su abastecimiento ante un peligro de bombardeo. El grave defecto de esta magna obra era el ser inútil si se tomaban en cuenta dos consideraciones.

La primera se refería al ya conocido plan Schliessen; si había fracasado la vez anterior fue debido a las defectuosas modificaciones que se le hicieron; era lógico pensar que podía ser aplicado nuevamente perfeccio-

nado con todos los adelantos modernos. La frontera franco-belga debería ser defendida a campo abierto y además existía la posibilidad de un ataque por la frontera franco-italiana. ¿Era razonable defender con un gasto extraordinario 150 kms. en una frontera de 800 kms.?

La segunda consideración se basaba en la duda de que la línea fuera invulnerable ante el rápido ataque de las nuevas unidades blindadas combinadas con la aviación. Su escasa profundidad en cuanto al ancho defensivo era otro factor de debilidad; una vez atravesada desaparecía su valor efectivo.

En el ejército francés, a pesar de haber distinguidos jefes que insistieron en ello, no se le dio la debida importancia a las unidades blindadas; se las dedicó a reforzar la infantería y no se las consideró como elemento de ataque, de penetración en conjunto. Es digno de observar que desde 1870 se prescinde de la principal cualidad bélica del francés: su instinto de ataque, y sólo se estudia la parte defensiva.

Y es curioso ver que el espíritu conservador animaba igualmente al estado mayor alemán. La distancia, el odio que Hitler sentía por la alta oficialidad se tradujo en un desprecio que lo indujo a apoyar decididamente a los jefes innovadores y a ordenar se llevaran a la práctica las nuevas ideas sobre los métodos guerreros.

Algo parecido sucedió en Inglaterra referente a su fuerza naval. No se le dio debida importancia a la acción de los torpedos aéreos; no se tomaba en cuenta el saber que Alemania construía potentes submarinos y acorazados de inusitado tonelaje; todos estos preparativos deberían ir encaminados a combatir a una potencia marítima.

Llama también la atención el ver cuánto dinero se gastaba en mantener y perfeccionar servicios secretos de espionaje, para no tomar en cuenta los datos que se conseguían; se dudaba de ellos.

CAPITULO XVIII

1) Pío XI y su política.— 2) Polonia.— 3) Causas de la enemistad de Alemania hacia Polonia.— 4), 5) y 6) Pacto germano-soviético.—

1)

El tratado de Letrán daba la impresión de que continuarían las buenas relaciones entre Pío XI y Mussolini. No pasó así; muy pronto hubo desacuerdos de gran importancia debido al diferente modo de pensar sobre varios asuntos entre el Pontífice y el dictador italiano. Para Mussolini, el niño pertenecía al estado, que cuidaría de que su educación estuviera de acuerdo con la ideología fascista para la cual el hombre era un instrumento. En cambio, el Papa exigía seguir la idea cristiana; el niño pertenecía a la familia, que lo educaría de acuerdo con su religión.

Mussolini atacó a todas las organizaciones católicas que se oponían al control educacional del niño por el estado. Pío XI expuso con absoluta precisión, en una encíclica, la idea de la Iglesia y como estaba seguro que su publicación sería prohibida en Italia, entregó al cardenal norteamericano Spellman los originales para que

los llevara a París, donde fue publicada en italiano, francés y alemán.

El choque con Mussolini no pasó más allá de las furiosas protestas de éste, que comprendió cuánto perjuicio causaría al fascismo el declararse enemigo del catolicismo. Al hacer el duce una solemne visita al Papa, el conflicto quedó aparentemente solucionado; era sólo un armisticio.

Poco después, Pío XI tuvo que afrontar un problema parecido, pero más peligroso. Se trataba del ataque nazista a la Iglesia católica alemana. Hitler había enviado a von Papen a Roma para estudiar un concordato que fue aceptado por ambas partes. Para el dictador alemán un tratado no significaba un acuerdo que había que respetar; era un método de adormecer al contrario y actuar sin sujetarse a lo establecido cuando conviniera hacerlo. Hitler era más intransigente que Mussolini en cuanto a las relaciones entre el estado y la familia; era de especial importancia que se siguiera el camino indicado por el partido para que la futura juventud fuera nazista; la autoridad del estado se colocó sobre toda idea religiosa. El Papa condenó en la encíclica "Mit brennender Sorge" las doctrinas nazistas y para hacer ver su imparcialidad publicó la encíclica "Divini Redemptoris promissio" en que condenaba el comunismo ateo. Se evitó el rompimiento con Alemania para no dar motivos para una mayor persecución contra las instituciones católicas. Al verificarse la anexión del Austria el gobieno nazi no consideró para nada el concordato que existía con esta nación.

Y pronto hubo que pensar en el estado de España: la instauración de la república y después el estallido de la guerra civil. El triunfo del general Francisco Franco produjo en Roma la idea de una restauración de la libertad y del catolicismo español. La visita de Hitler a Italia y el aumento de la tensión existente hacían presagiar días de terribles acontecimientos.

Pío XI dirigió con singular acierto el Imperio Espiritual. Poco tiempo antes había consagrado a los primeros seis obispos chinos y a uno japonés; dio impulso a todas las obras católicas y se preocupó de fundar o dar mayor importancia a las universidades católicas en Nimega, Pekín, Montreal y Santiago de Chile.

Poco antes de estallar la segunda guerra mundial murió Pío XI, amargado por el presentimiento de la catástrofe que amenazaba a la humanidad.

2)

La nueva Polonia, nacida del congreso de Versalles, comprendía los territorios rusos, austríacos y parte de los alemanes que estas naciones se habían adjudicado hacía 120 años al dividir entre ellas el reino de Polonia. Causa estupor el pensar que estadistas notables como los que actuaron en el congreso, especialmente los tres grandes, es decir el presidente Wilson, Lloyd George y Clemenceau, creyeran que podría sobrevivir el estado polaco amenazado por dos enemigos tan formidables como eran Rusia y Alemania: el Imperio austríaco había desaparecido. Sólo cabe pensar que estimaron que Rusia continuaría en una creciente anarquía y Alemania nunca volvería a ser una potencia militar.

Tal manera de pensar era impropia de políticos de tan brillante actuación. Sólo se explica si se considera que Wilson era un idealista que pensaba de acuerdo con la mentalidad propia de la cultura norteamericana y no captaba la complicada psicología de la cultura divergente occidental. Lloyd George, que era un hábil e inteligente político, esencialmente inglés, tuvo la intuición de lo que iba a suceder y llegó a decir que el asunto del corredor polaco significaba una guerra a 20 años plazo. Clemenceau, formidable polemista parlamentario,

hombre de recio carácter, capaz de ejercer una dictadura implacable, encaminada a salvar a su patria, estaba ofuscado por el odio hacia Alemania; había visto a su país dos veces invadido por los alemanes. Su pasión antimonárquica y anticatólica lo llevó a cometer el inmenso error de destruir el Imperio austríaco y la monarquía en Alemania.

Uno de los desaciertos más graves acordados en Versalles fue la entrega a Polonia del corredor polaco, o sea una faja de terreno a ambos lados del río Vístula que daba salida a Polonia al mar Báltico. La ciudad de Danzig quedaba como un puerto libre. Los territorios cedidos a Polonia eran polacos y habían sido arrebatados a este país en tiempos de Federico II de Prusia, en la primera partición de Polonia. Ya habían pasado 150 años; a sus habitantes, en su mayoría polacos, económicamente les convenía continuar formando parte de Alemania. Ahora dividir una gran nación, que a corto plazo debería recobrar su importancia, por una angosta faja de terreno, era algo que no tenía justificación política ante cualquier conocedor del extremado nacionalismo que caracterizaba a los países que constituían la cultura divergente occidental. Se daba como argumento en pro que era necesario dar a Polonia una salida al mar; por igual razón debía haberse dado una salida a Checoeslovaquia, Hungría y Austria, con el agravante que a estas dos últimas naciones se les quitaba la que tenían. Es posible que en este asunto primara el criterio político de Wilson, para quien según su mentalidad practicista, propia de la cultura norteamericana, era la solución factible y apropiada. El caso de la independencia de Panamá, para construir el canal, era un ejemplo.

Una política sana, libre de odios, consistía en apoyar Polonia en Alemania, ya que se había cometido la incalificable torpeza de suprimir el Imperio austríaco: así se tenía la probabilidad de resistir a Rusia, pero co-

locarla entre dos formidables enemigos era preparar su destrucción a corto plazo.

El mariscal José Pilsudski, después de triunfar en la batalla de Varsovia, se dedicó a organizar y gobernar el nuevo estado polaco, tarea muy difícil; había que armonizar las administraciones rusas, austríacas y alemanas que durante siglo y medio habían actuado en sus respectivos territorios polacos dominados por estas naciones. Logró Pilsudki llegar a un acuerdo por diez años con Alemania. A su muerte, se hizo cargo del gobierno el general Smigly Rydz.

Como habíamos visto anteriormente, la situación internacional de Polonia cambió totalmente en el segundo decenio del período comprendido entre las dos guerras mundiales. Rusia volvió a ser una potencia militar de primer orden; Alemania, después de la ocupación de Austria y de Checoeslovaquia, había demostrado cuán temible era su poder y cuánta era su ambición. El gobierno polaco, que contribuyó al desastre checoeslovaco, comprendió muy tarde la triste realidad: Alemania no aceptaba la existencia del corredor polaco que la separaba de la Prusia oriental; lo pasado hacía sospechar que éste era un motivo para ir más allá.

3)

Polonia era una nación que tenía una superficie tres veces mayor que la de las Islas Británicas y una densidad de población equivalente al 52% de la de ese país y 120% de la de Francia. Era una extensa llanura sin fronteras naturales excepto en los montes Cárpatos que la separaba de Hungría. Se ve que respecto de sus dos posibles enemigos —Rusia y Alemania— no tenía ninguna defensa natural. Su difícil situación económica le impedía adquirir los armamentos modernos. Su me-

jor arma, tradicional, era la caballería, que frente a las unidades blindadas no tenía valor ninguno.

El gobierno inglés, después de Munich, garantizó a Polonia sus fronteras ante un ataque alemán y en igual forma lo hizo Francia. Se trató de dar un empréstito inglés a Polonia para acelerar su armamento: Francia proporcionó el dinero para crear una zona industrial bélica que pudiera abastecer al ejército; desgraciadamente esta zona, al ser ocupada Checoeslovaquia por Alemania, era fácilmente atacable. Sólo quedaba a Polonia como defensa la alianza rusa, pero era inaceptable permitir que un ejército ruso penetrara en Polonia.

Hitler trató de entenderse directamente con el gobierno polaco sobre la forma de solucionar el problema del corredor polaco y la anexión de Danzig. Da la impresión de que podía haberse llegado a un acuerdo si no hubieran existido factores que impedían una solución pacífica. Estos factores fueron los siguientes: 1º) Las seguridades de apoyo dadas por Inglaterra y Francia. 2º) La desconfianza sobre el proceder de Hitler suscitada después de lo ocurrido en Munich seguida por la ocupación de Checoeslovaquia. 3º) El convencimiento de que la guerra contra el nazismo iba a estallar en una forma u otra por el seguro apoyo de Estados Unidos. Es interesante conocer las comunicaciones enviadas desde Washington por el embajador Jerzy Potcki a su gobierno; dice en algunos párrafos, después de observar que en la campaña emprendida contra el nazismo no se nombra a Rusia, más aún, se deja entender que este país forma parte de las naciones democráticas, y añade que el presidente Roosevelt es el más interesado en este asunto con el objeto de distraer la opinión norteamericana con motivos internacionales y crear un temor a la guerra, lo que se traduciría en un gran programa de armamentos que daría mayor trabajo a la industria. Dice en una parte:

"El trato brutal de que son objeto los judíos en Alemania, así como el problema de los refugiados, constituyen factores que intensifican el odio actual hacia todo cuanto se relaciona con el nazismo. En esta campaña, los intelectuales judíos como Bernard Baruch; Lehman, gobernador del estado de Nueva York; Félix Frankfurter, recién nombrado jefe del Tribunal Supremo; Morgenthau, secretario de hacienda y otros famosos amigos personales de Roosevelt, han desempeñado un papel primordial. Todos quieren que el presidente se convierta en el adalid de la tolerancia religiosa y del derecho a la libre expresión... Todo el problema se ve tratado de una manera extremadamente misteriosa. Roosevelt ha recibido el poder de vitalizar la política exterior americana y de crear enormes reservas de armamentos para una guerra futura que los judíos están deliberadamente provocando".

Esto coincide con las ideas de Hitler, el que en un discurso ante el Reichstag, en enero de 1939, es decir antes de que empezara la gran guerra, dijo:

"Si los financieros internacionales judíos, dentro y fuera de Europa, triunfan una vez más en su empeño de lanzar a la gente a una guerra mundial, el resultado será no la sovietización del mundo con una victoria de la judería, sino el aniquilamiento de la raza judía en Europa".

4)

La noticia de haberse firmado un pacto de no agresión germano-soviético, fue algo no sólo inesperado, sino una confirmación de que la guerra era ya un hecho a muy corto plazo. Cómo se generó este convenio ruso-alemán es algo que todavía no se conoce con precisión. No lo acordado sino las causas y los intereses

que llegaron a producir un acuerdo entre dos naciones necesariamente enemigas. El nazismo y el comunismo eran dos organizaciones inconciliables; separadas aparentemente por una ideología distinta, en el fondo coincidían al partir como base de una estatocracia que prescindía de la libertad humana.

La versión oficial sobre lo acordado y sobre las discusiones preliminares no reflejan la verdad de lo ocurrido; al contrario, tratan de tender una cortina de humo que oculta lo convenido y disfraza los factores que decidieron lo pasado. Hay sobre esto una versión occidental y otra salida de Rusia como un contrabando noticioso. Conviene conocer ambas. La verdad de la occidental está confirmada por la documentación existente; pero es conveniente no olvidar que los móviles secretos no son conocidos y que las memorias de ilustres políticos sólo dicen lo que a ellos conviene dar a conocer con objeto de asegurar su línea política o demostrar cuánto ha influido su talento y carácter, en circunstancias que muchas veces el motivo decisivo se debe a un factor casual. En cuanto a lo deducido del proceso de Nuremberg, hay que recordar que los miembros rusos del tribunal impidieron en varias ocasiones se continuara interrogando sobre temas que no convenía a ellos se aclararan.

En la versión occidental se incluyen los datos conocidos después de la caída de Hitler y lo que se deduce del proceso de Nuremberg. Sería la siguiente:

Hitler, profundamente disgustado por la resistencia polaca a sus insinuaciones de un acuerdo, llegó a la conclusión de que era necesario estudiar la posibilidad de hacer un pacto con Rusia, que le asegurara por un tiempo la neutralidad de este país en caso de una guerra contra Francia e Inglaterra. Esta idea absurda para la gran mayoría, no escapaba en su posibilidad a Hitler, cuyo talento para apreciar la situación internacional lo indujo a partir para esta aventura de dos premisas, la

una real, la otra equivocada. La primera consistía en creer que la guerra era un hecho, era algo inevitable; lo único variable era cuándo se iba a producir y llevaría la ventaja el que atacara primero antes de que se completaran los preparativos del o de los contrarios.

Se estimaba que si Alemania atacaba a Polonia, se encontraría de nuevo ante una triple alianza de Rusia, Francia e Inglaterra; en esos momentos una misión militar anglo-francesa discutía en Moscú las condiciones correspondientes; un ataque en dos frentes sería fatal para Alemania; a esto se debía la terquedad polaca y el apresuramiento con que se armaba.

La segunda premisa, la equivocada, se fundaba en la creencia de que conseguida la neutralidad rusa, ante un ataque nazi a Polonia se produciría un nuevo Munich. Hitler conocía el ambiente popular francés contrario a una guerra por defender Polonia; igualmente contaba con la opinión pública inglesa; si se había entregado Austria y Checoeslovaquia, ¿por qué no se iba a entregar Polonia?

La solución del problema estaba en conseguir la neutralidad rusa; esto era sólo por un tiempo, mientras se apaciguaba el ambiente occidental; después se iría a la guerra contra Rusia, fin principal de la política nazista encaminada a consolidar el Imperio germánico al eliminar el peligro ruso; y así se produciría la hegemonía de Alemania sobre la Europa occidental.

El ministro de relaciones, Ribbentrop, comenzó los sondeos necesarios y ante la posible aceptación rusa se fue más allá, hasta ir por fin a Moscú a firmar un pacto de no agresión. El triunfo diplomático alemán era aparente; encerraba condiciones bastante peligrosas; una parte del acuerdo era pública, pero había otra secreta. Por la primera, Rusia y Alemania se comprometían a permanecer neutrales en una guerra de cualquiera de las dos contra una o varias naciones. En secreto fue acordada la partición de Polonia; Alemania atacaría y Ru-

sia después ocuparía su parte. Alemania reconocía los derechos de Rusia respecto de los estados bálticos, que habían formado antes parte del Imperio de los zares; igualmente, se aceptaban las pretensiones sobre Besarabia y una no bien definida influencia en el oriente balcánico que equivalía a las antiguas ambiciones sobre Constantinopla y el mar Negro.

Ambos pactantes procedían de mala fe; ambos sabían que este pacto era un compás de espera con la seguridad de que durante un tiempo las condiciones mejorarían para uno respecto del otro. Rusia esperaba una larga y agotadora guerra entre Alemania contra Francia e Inglaterra. Hitler confiaba en evitar esa guerra y quedar en condiciones de emprender la marcha hacia el este. Ambos gobiernos se equivocaron. Esta es una posible interpretación de la versión occidental.

5)

La versión rusa es muy diferente. Volvemos nuevamente a advertir que lo a continuación comentado es a base de noticias escapadas secretamente de Rusia, que no tienen hasta ahora ninguna confirmación oficial; sin embargo, hay mucha relación lógica entre esta versión y lo sucedido aun después de conocida esta explicación acerca del motivo que decidió al gobierno ruso a ir a un pacto, que de antemano se sabía era un engaño; nos da la impresión que se acerca más a la verdad que la versión occidental.

Cristián Rakowski, nacido en Bulgaria, de ascendencia judía, era un hombre de inteligencia brillante. Estudió medicina en Francia; leyó y comentó a Marx y fue miembro del partido comunista ruso, tan distinguido que llegó a ser embajador en Londres y en París hasta que en una de las purgas en serie emprendidas

por Stalin para terminar con la oposición, cayó acusado de los acostumbrados delitos. El, en forma inteligente, se declaró culpable con el fin de conseguir una muerte rápida que lo librara de los acostumbrados procedimientos seguidos para obtener la confesión necesaria.

Parece que en algunos de los interrogatorios se pudo apreciar el extraordinario conocimiento que Rakowski tenía de la situación internacional; se llegó a un acuerdo con él: se le perdonaba la vida ante una opinión clara y precisa sobre la política que se debería seguir y la forma en que era conveniente proceder. Rakowski, por su ascendencia, entendía el marxismo como su autor pensaba. Hemos clasificado a los judíos como un pueblo extraño; además de su característica de exclusivismo racial, tiene la de un universalismo ideológico. Las ideas de sus filósofos, sabios o teóricos son captadas y entendidas por los hombres de acuerdo con el carácter de su cultura. Un ejemplo de esto lo encontramos claramente en Rusia. El verdadero revolucionario marxista era Trotzky; judío como Marx, comprendía la idea del primero: ir a una revolución universal; en cambio, Lenin era un marxista de acuerdo con su mentalidad rusa y con razón se habla hoy día de un marxismo-leninismo.

El continuador de Lenin fue Stalin; una vez afirmado en el poder comenzó a eliminar a todos sus contrarios; el mayor delito de estos era ser partidarios de Trotzky. El trotzkismo pasó a ser una herejía perseguida con tal saña que nos recuerda algunas épocas de la historia de Bizancio, en que la herejía religiosa era también política. Stalin fue un émulo de Catalina II. Como ella, no era ruso, era georgiano; su gran talento le permitió comprender la situación existente y poder transformarse en un auténtico ruso identificándose con el carácter de ésa cultura hasta llegar a ser, como la gran Emperatriz, guía, amo y señor del Imperio. Con su ins-

tinto policíaco, su increíble astucia logró eliminar a sus enemigos e hizo triunfar el marxismo ruso que correspondía al modo de sentir del pueblo.

6)

Rakowski planteó el problema internacional en la siguiente forma:

a) El gran enemigo de Rusia es Alemania, es Hitler. La guerra entre ambas naciones es inevitable, algo que tiene que suceder.

b) Los aliados occidentales, Inglaterra y Francia, indirectamente apoyados por Estados Unidos, tratan de conseguir la alianza rusa para producir la guerra entre Rusia y Alemania, esperar el agotamiento de ambos países para poder dominarlos fácilmente.

c) La solución está en conseguir que estalle la lucha entre Alemania y los aliados y esto se puede obtener asegurando a Alemania no sólo la neutralidad rusa, sino, aún más, la ayuda en caso de una guerra con el suministro de petróleo y de los alimentos que Alemania necesitará.

d) Era necesario establecer una garantía de cumplimiento de este pacto y debe ser la partición de Polonia. Ante un hecho como éste, Inglaterra y Francia atacarán a Alemania, pues a Rusia nada le pueden hacer.

e) Debe ayudarse a Alemania lo necesario para que ambos bandos se agoten y entonces Rusia será dueña de la situación.

Como los acontecimientos que Rakowski pronosticaba se fueron realizando, tales como la anexión del Austria y después la ocupación de Checoeslovaquia se tomó muy en cuenta su opinión. Fue condenado a 20 años de presidio y los otros procesados por iguales delitos, ejecutados. El cambio de ministro de relaciones (Molotov fue reemplazado por Litvinov) inició la política de acercamiento a Alemania.

CAPITULO XIX

1) Elección de Pío XII.— 2) y 3) Consideraciones sobre las causas de la segunda guerra mundial.— 4) Hitler decide atacar a Polonia.— 5) Fin del volumen VI.—

1)

Eugenio Pacelli era el tercer hijo de una noble familia romana que durante varias generaciones había dado fieles servidores al Vaticano. Desde muy joven dio muestras de piedad y de un talento que lo hacía destacarse entre sus compañeros de estudio. Su padre deseaba que estudiara leyes y, al hacerlo, tuvo ocasión de apreciar el problema de la unificación italiana y cómo el Papado había sido despojado de los territorios que formaban el Patrimonio de San Pedro. No tuvo reparos en expresar su opinión sobre este tema en un medio hostil como eran los centros de estudios italianos.

Llamó mucho la atención un incidente producido en sus años de estudiante. El profesor pidió a sus alumnos que hicieran un estudio sobre el personaje que juzgaran como el mayor héroe de la Historia. Al enterarse que Eugenio Pacelli designaba como tal a San Agustín, le preguntó indignado si esto era una burla o qué

significaba. Pacelli, ante las risas de sus compañeros, contestó que él lo estimaba así y preguntó a su vez si alguno de los presentes había leído las obras del santo, el escritor y filósofo más genial de la última época del Imperio romano del occidente. Se produjo un completo silencio y se dio por terminado el asunto.

Eugenio Pacelli, después de pasar unos días de meditación, anunció a sus padres que deseaba ser sacerdote, resolución que era algo esperado por su madre. Su mala salud le impidió estudiar internado en un seminario; tuvo autorización para continuar su vida familiar mientras realizaba sus estudios. Al ser ordenado sacerdote, esperaba dedicarse al trabajo parroquial, pero León XIII, que necesitaba tener un grupo de diestros diplomáticos, decidió que fuera agregado a la Secretaría de Estado. Habían llamado la atención sus dotes especiales y su conocimiento de varios idiomas.

Benedicto XV, que como ya hemos visto fue un eximio diplomático, al necesitar un eclesiástico de especial capacidad para enviarlo a Alemania a tratar de convencer al emperador Guillermo II de que era preciso terminar la guerra, resolvió encomendar esta misión a Pacelli. Consagrado arzobispo por el Papa, fue enviado a Munich —Baviera— como nuncio. No existían relaciones diplomáticas directas entre el Vaticano y el Imperio alemán; por este motivo era enviado al reino de Baviera y no a Berlín.

Tuvo entrevistas especiales con el káiser para llegar a la conclusión que tal como estaba la situación política internacional era imposible llegar a una paz sin vencidos ni vencedores. Le tocó al nuncio Pacelli encontrarse en Munich, cuando al ser derrotada Alemania estalló la revolución comunista en Baviera; se negó a huir y dio muestras de un tranquilo valor y de completo desprecio por su seguridad personal. Su actitud causó honda impresión en Alemania y al establecerse el régimen republicano pudo ver aceptado un con-

cordato, primero con Baviera y después otro con Prusia, y él pasó a ser nuncio en Alemania. Al poco tiempo era hecho cardenal y llamado al Vaticano para reemplazar, en la Secretaría de Estado, al cardenal Gasparri que deseaba retirarse. Le dice Pío XI: "Os he llamado a causa de vuestro espíritu de piedad y de oración y también por el gran talento que el Señor os ha confiado".

El cardenal Pacelli, como representante del Papa, visitó Buenos Aires, Montevideo, Chicago y otras ciudades de Estados Unidos. Llamó la atención al hablar en Lourdes y decir refiriéndose a las nuevas ideologías que tenían en común su alejamiento del cristianismo:

"Con el espejismo de ensalzar una nueva sabiduría, son únicamente plagiarios que tapan viejos errores con nuevos engaños. Poco importa que se arracimen alrededor de la bandera de la revolución social. Están inspirados por un falso concepto del mundo y de la vida. Que estén poseídos por la superstición de la raza y de la sangre o por concepciones falsas del mundo económico y social, su filosofía es esencialmente opuesta a la fe cristiana. Y sobre tales principios la Iglesia no puede consentir en forma alguna o pactar con ello".

Estas palabras dichas en 1935, encierran un hálito profético de lo que va a venir y su actualidad no ha pasado; definen la lucha constante del espíritu cristiano ante el materialismo cada vez más poderoso.

El 2 de marzo de 1939 se inició el cónclave que debía elegir al sucesor de Pío XI. La creencia de que el que entraba al cónclave como papábile salía sólo cardenal falló esta vez totalmente. A la segunda votación el cardenal Eugenio Pacelli obtuvo más votos que los exigidos, pero él rogó a los cardenales que reflexionaran y les pidió una tercera votación, en la cual obtuvo 60 votos entre 62 electores. Esta elección recuerda la de Inocencio III. El nuevo Papa tomó el nombre de Pío XII.

El anuncio de su elección causó enorme entusiasmo en Roma. Era el elegido un romano; conocido en el mundo por sus brillantes cualidades, su designación produjo óptima impresión, sobre todo entre los que veían cuán próxima estaba la guerra cuyas consecuencias eran imprevisibles.

2)

Cuando se estudia la forma como se produjo la segunda guerra mundial, comenzada en 1939, es corriente llegar a la conclusión de que las causas inmediatas que la motivaron fueron las ambiciones desorbitadas de Hitler que después de haberse apoderado de Checoeslovaquia trató de seguir igual procedimiento con Polonia de acuerdo con Rusia. El problema del corredor polaco y la cuestión de Danzig eran meros pretextos; es decir que aunque hubieran sido solucionados, se habría encontrado el motivo para seguir adelante, tal como pasó con los acuerdos de Munich que sólo sirvieron para entregar indefensos a los checoeslovacos en poder del nazismo.

Como causas lejanas, 20 años hacia atrás, se tienen los desafortunados acuerdos del congreso de Versalles, cuya responsabilidad en cuanto a la aparente torpeza política que le sirvió de base, no recae en ninguna forma en los delegados de las naciones representadas en Versalles; fueron meras comparsas, los responsables son los tres grandes: el presidente Wilson de Estados Unidos, el primer ministro inglés Lloyd George y el francés Jorge Clemenceau. Los hemos enumerado por orden de importancia en cuanto al valor decisivo de su poder. El primero, el más fuerte, sugestionó al mundo con un idealismo que desgraciadamente sólo favoreció a la política de su nación, indirectamente, pero en una forma

tan efectiva como lo demuestran los acontecimientos que se desarrollaron a continuación. El perdedor fue Clemenceau; logró satisfacer su odio anticatólico al apoyar la destrucción del Imperio austro-húngaro, algo que perjudicaba ante todo a Francia.

La política de Versalles se fundaba en tres premisas o condiciones inestables, cuyo error se vio claramente a los pocos años. Eran: primero, la idea de que Rusia no podría recobrar su poder, continuaría en la anarquía; la segunda, que Alemania convertida en república no trataría de recobrar su potencia militar; y la tercera, la más absurdamente idealista, que la Liga de las Naciones tendría un poder efectivo.

Asombra pensar cómo hombres que representaban los mayores políticos de sus respectivas naciones, asesorados por un conjunto de expertos en las diversas materias que se debían tratar, llegaran a prescindir de sabios consejos para mantener ideas personalistas y muchas veces se guiaran por impresiones u odios que deseaban satisfacer. Sabemos que estos políticos no eran expertos en Historia y no podían comparar lo pasado con la situación actual. Uno de ellos, Wilson, profesor de derecho en varias Universidades, tuvo que darse cuenta de lo que sucedía y esto nos lleva a pensar que dejó hacer en muchos casos en que lo resuelto se traducía en favor de la futura política de su país.

Si tratamos de interpretar lo sucedido en los veinte años anteriores y los motivos que produjeron el conflicto mundial, partiendo de la teoría de la existencia de las culturas en la forma que lo hemos hecho en los casos anteriores, nos encontramos con explicaciones que nos satisfacen ampliamente. Es el caso que la segunda guerra mundial representa el choque que fatalmente debía producirse entre las culturas y una nación dominadora y que alrededor de este conjunto giraron las demás naciones que se vieron obligadas a tomar parte debido a sus condiciones económicas.

De estas tres culturas dos son céntricas —la rusa y la norteamericana— y la tercera, la occidental, es divergente. El Japón es la nación dominadora; para continuar su política absorbente debe destruir el poder marítimo de Estados Unidos. La cultura occidental, según su característica divergente, está dividida y de ella parte el primer estallido de la contienda.

La cultura occidental está en la última etapa de su existencia y ha entrado después de la guerra de 1914 en una acentuada decadencia que trata de disimular en el período siguiente. Inglaterra ha seguido su ya tradicional política de evitar que haya en el continente una potencia dominante; impide que Francia ocupe ese lugar. La anarquía rusa hace desaparecer el temor a su potencialidad. Continúa Inglaterra, ya no evitando oponerse al poder norteamericano, sino que disfrazadamente se somete a él. Antes el Imperio británico controlaba el dominio de los mares; su flota de guerra era más fuerte que la suma de las otras dos más poderosas existentes; ahora acepta la paridad naval con Estados Unidos, paridad que ya no engaña a nadie. El poder industrial y los recursos norteamericanos son decididamente superiores, no a los de Inglaterra, sino a los del conjunto del Imperio inglés. Inglaterra ya no puede oponerse a Estados Unidos; va a seguir una política que siempre contará con el apoyo norteamericano y, a cambio de mantener su posición, entrega el dominio de la cultura occidental a Estados Unidos.

3)

La caída del zarismo en Rusia significa el paso de la cultura rusa al tercer y último período de su historia. Los estadistas europeos creyeron que Rusia no volvería a recobrar su poder; confundieron el alma rusa

con la ambición de los zares y no comprendieron que esta era la interpretación del sentir de ese pueblo. Por eso se atrevieron a crear los estados bálticos: Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia, incapaces de defenderse ante un resurgimiento del imperialismo moscovita.

Era muy posible, era lógico, que las dos culturas céntricas —la rusa y la norteamericana—, que había entrado en su segundo período, se entendieran al final para repartirse el dominio mundial que necesariamente iba a perder la cultura occidental en su decadencia fácil de comprobar.

Tuvo Adolfo Hitler una extraordinaria intuición del futuro; después de Napoleón es el único hombre de estado que ve claramente la amenaza mortal que significa para la cultura occidental el imperialismo ruso. Causa admiración que este hombre, que luchó valientemente como soldado durante la guerra del año 14, sólo alcanzara como premio un grado de suboficial y una medalla. Esto se puede interpretar como que el espíritu conservador dentro del ejército alemán era tan profundo que estimaba que un soldado que no había pasado por escuelas o academias militares era incapaz de desempeñar un cargo de mando como oficial.

Hemos visto cómo Hitler, condenado a prisión por haber actuado en una tentativa subversiva, escribió en la cárcel su obra "Mein Kampf". Los apasionamientos y los odios políticos han tratado de denigrar o hacer pasar al olvido todo aquello que hiere sus intereses. "Mein Kampf" es una obra notable; encierra todo un programa de gobierno que después su autor, ya en el poder, trató de realizar. Hitler ve la absoluta necesidad de crear un Imperio germánico que tenga el espacio vital necesario para asegurar su abastecimiento y no temer bloqueos marítimos. Este Imperio debería alcanzar la hegemonía de Europa y rechazar a los rusos hacia los Urales. El espacio vital está en la vasta llanura de la Europa oriental. Hay que emprender la marcha con-

quistadora hacia el este, es decir, dar nueva vida al ideal de los grandes Emperadores del primer Reich, que culminaron con los Staufen. Inglaterra quedará con su Imperio colonial, pero nada tendrá que ver en el continente.

Desde el momento en que Hitler ocupó Checoeslovaquia, Inglaterra vio el peligro de que se realizara la hegemonía de la Europa occidental. Las entrevistas terminadas en Munich tuvieron funestos resultados. Inglaterra vio la necesidad de una guerra y cometió la torpeza de oponerse a la acción alemana en Polonia que fatalmente habría producido la guerra ruso-alemana. Y, por otro lado, Hitler se convenció de que los políticos occidentales Chamberlain y Daladier, eran incapaces y estaban llenos de temor; no se atreverían a oponerse en caso de una agresión a Polonia.

4)

Al crear Hitler el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, el O.K.W. reunió bajo su autoridad separadamente el ejército, la marina de guerra y la fuerza aérea. Un día convocó a una reunión a todos los jefes y les expuso la política que pensaba seguir: la guerra era una necesidad inevitable, por lo tanto había que prepararse; se llegó a la conclusión que entre el año 43 ó 44 se podría disponer de un ejército completamente preparado y equipado, una flota con una suficiente dotación de submarinos y una fuerza aérea de acuerdo con los últimos adelantos.

Los éxitos espectaculares obtenidos por Hitler en el campo político al militarizar la Renania, ocupar el Austria y Checoeslovaquia lo deslumbraron y creyó que podía continuar su plan atacando o presionando a Polonia sin provocar la guerra. Desgraciadamente, entre los

generales alemanes e Hitler se desarrolló un desprecio y un odio mutuo. Para los generales, el Fuhrer era un ex cabo del ejército sin ninguna instrucción superior, llegando finalmente a considerarlo como un loco que iba a llevar a Alemania a la ruina. Para Hitler, los generales eran unos conservadores presumidos que no aceptaban ninguna innovación y lo más grave era que sus prejuicios los llevaban a no tomar en cuenta los nuevos inventos que iban a cambiar totalmente los métodos militares.

Se ha dicho que Hitler tenía una increíble intuición de lo que pasaba y de lo que iba a pasar; los triunfos políticos conseguidos eran una prueba de que poseía esta cualidad; pero los errores cometidos después y otros factores dan la impresión que, ante todo, estaba dotado de un talento extraordinario para analizar, basado en los datos proporcionados por sus agentes. ¿Tuvo el Fuhrer la intuición o conoció el pensamiento de los generales de complotarse para derrocarlo al querer iniciar el avance contra Checoeslovaquia, que según ellos produciría una guerra que Alemania no podía sostener? Es lo más probable que lo supiera; la forma como trató a los jefes militares y las precauciones que en adelante tomó de ser resguardado por su guardia personal de S.S. es algo que parece confirmar esta suposición.

Hitler juzgó como un desacierto la purga hecha por Stalin en el ejército y consideró que al eliminar a los mejores generales rusos había debilitado considerablemente el poder militar. El procedió en otra forma; la intriga vergonzosa organizada para hacer retirarse a Blomberg y después a Frischt para, finalmente, quedar él como jefe supremo, llenó de odio a la alta oficialidad por lo que había sido en realidad un insulto a una institución eje de la nacionalidad alemana. Tiempo después el Fuhrer, como lo veremos más adelante, tuvo motivos para saciar su furor, haciendo una sangrienta purga donde se llegó al extremo de colgar de la horca a

altos jefes de las fuerzas armadas, entre ellos un mariscal.

El temor de que se organizara un nuevo complot después del asunto checoeslovaco, y al mismo tiempo el sentir disminuir su vigor y tener que recurrir a drogas para mantener las apariencias de una buena salud, llevaron a Hitler a la conclusión de que no podía esperar cuatro o cinco años para emprender la gran aventura; él podía morir antes o estar debilitado en tal forma de no poder soportar el peso del poder. Alemania sólo confiaba en él, el único que podía llevarla a la victoria, a constituir un Imperio que debería durar mil años. Estas parecen haber sido las razones que lo decidieron a citar a los altos jefes y notificarles que la guerra podía estallar al atacar a Polonia. El hecho de que Inglaterra hubiera garantizado sus fronteras a Polonia, a pesar de haberse firmado el pacto germano-soviético, lo decidió a romper las hostilidades antes que las lluvias convirtieran las llanuras polacas en un lodazal, lo que haría imposible emprender una guerra rápida.

5)

La segunda guerra mundial (1939) ha sido la contienda bélica más grande que recuerda la Historia de la Humanidad, no por su duración, que fue relativamente corta comparada con otras de épocas anteriores, sino por la intensidad guerrera desplegada y por la horrorosa mortandad y la destrucción producida. Se combatió en tierra, en el mar y en el aire con una actividad y energía no conocidas. Se aprovecharon todos los adelantos de la ciencia con fines destructores y se puede apreciar que los progresos materiales que trataban de hacer más amable la vida y aumentaban su duración, tomaban ahora, desgraciadamente, un carácter negativo

al transformarse en elementos de destrucción. Los bombardeos aéreos no conocidos anteriormente, hicieron recaer los horrores de la guerra en forma implacable en las ciudades que antes permanecían a salvo de los efectos guerreros.

Los bombardeos causaron inmensa destrucción para, al terminar la guerra, llegar a un punto que amenazó la existencia del género humano o a convertir al hombre que se salvara en un ser degenerado. La palabra apocalíptica, usada al describir los bombardeos de Londres o de las ciudades alemanas, hubo que suprimirla para aplicarla con mayor razón al caso de Hiroshima o Nagasaki, que encerraban una promesa de una destrucción total.

Esta segunda guerra mundial es un acontecimiento transcendental en la historia humana; la cultura más brillante que ha existido entra en un período caótico o tal vez en una prolongada senilidad. Es más probable el primer caso si se compara la trayectoria de la cultura occidental con la griega, la de Roma con la norteamericana y la rusa con la cultura bizantina.

Dada la importancia capital de este acontecimiento, conviene conocerlo no detalladamente, pues su exposición abarcaría varios volúmenes, sino en forma de una síntesis en que se le dé la debida importancia a las diferentes etapas de esta gran tragedia con que termina el poder de la cultura occidental.

En el volumen VII y último de este ensayo, Teocracia Católica, trataremos de exponer la gran guerra, la rivalidad de las culturas norteamericana y rusa, el notable desarrollo del Imperio Espiritual de la Iglesia Católica; los problemas que representan las culturas hispanoamericanas y la brasilera y la posibilidad que el resurgimiento chino signifique el haber nacido otra cultura.

INDICE

Pág.

PROLOGO 7

CAPITULO I 13

1) España. Amadeo de Saboya. Primera república. Alfonso XII.— 2) Estados Unidos. Ulises Grant.— 3) Varios presidentes. Cleveland.— 4) y 5) Características de la cultura norteamericana. Primera y segunda características.— 6) Tercera característica. El adventismo.— 7) Los Testigos de Jehová.— 8) Los mormones.—

CAPITULO II 31

1) La Iglesia Católica en Estados Unidos.— 2) La encíclica "Rerum novarum".— 3) Termina el pontificado de León XIII.— 4) y 5) El zar Alejandro III.— 6) El zar Nicolás II.— 7) Penetración rusa en China.—

CAPITULO III 49

1) Colonias europeas en Asia, Africa y Oceanía.— 2) Teófilo Delcassé.— 3) Acercamiento anglo-francés.— 4) El Japón.— 5) Causas de la guerra ruso-japonesa.— 6) La guerra terrestre.— 7) Fin de la guerra.—

CAPITULO IV 65

1) Teodoro Roosevelt.— 2) El cónclave de 1903.— 3) José Sarto, Patriarca de Venecia.— 4) Elección de Pío X.— 5) Ruptura entre el Vaticano y Francia.— 6) Bulow, Holstein y Eulemburg.— 7) Incidente del Daily Telegraph.— 8) Caída de Bulow.—

CAPITULO V 85

1) El Imperio austro-húngaro.— 2) La anexión de Bosnia y Herzegovina.— 3) El zar Nicolás II convoca una Duma o Parlamento.— 4) El carácter ruso según su literatura.— 5) Guerras ítalo-turca y balcánicas.— 6) El progreso material es incapaz de evitar la guerra.—

CAPITULO VI 99

1) Causas de la primera guerra mundial.— 2) La guerra de 1914 considerada como una lucha de culturas.— 3) Alemania, la Triple Alianza y la Triple Entente.— 4) y 5) Influencia de los planes militares en el estallido de la guerra.— 6) Austria-Hungría.—

CAPITULO VII 113

1) Francia.— 2) Inglaterra.— 3) Rusia.— 4) Síntesis de las causas de la guerra del año 14.— 5) Asesinato del archiduque Francisco Fernando.— 6) Ultimátum de Austria a Servia.— 7) Estalla la guerra de 1914.—

CAPITULO VIII 129

1) Batalla del Marne.— 2) Batalla de Tannemberg.— 3) Muerte de Pío X.— 4) Elección de Benedicto XV.— 5) Estabilización del frente occidental y avance alemán en Rusia.—

CAPITULO IX 145

1) Turquía entra en la guerra. Ataque a los Dardanelos.— 2) Entrada de Italia en la guerra.— 3) Acción del Pontificado.— 4) La prensa y el espionaje.— 5) Verdún.— 6) Rumania y Portugal toman parte en la guerra.— 7) Muere el emperador Francisco José.—

CAPITULO X 159

1) La batalla naval de Jutlandia.— 2) Nicolás II.— 3) Rasputin.— 4) Revolución rusa.— 5) La guerra en el frente italiano.— 6) Woodrow Wilson.—

CAPITULO XI 173

1) Estados Unidos entra en la guerra.— 2) Diferencias de culturas.— 3) Factores económicos.— 4) Propaganda.— 5) Presión de la gran finanza.— 6) El fin de la guerra.—

CAPITULO XII 187

1) Acuerdos principales tomados en Versalles.— 2) Consideraciones sobre el congreso de Versalles.— 3) Los catorce puntos del presidente Wilson.— 4) Política y carácter de Woodrow Wilson.—

CAPITULO XIII 201

1) La revolución rusa.— 2) Lenin y Trotzky.— 3) José Pilsudski y la batalla de Varsovia.— 4) Aquiles Ratti.— 5) Elección de Pío XI.—

CAPITULO XIV 214

1) Clasificación de los sucesos acaecidos entre la primera y segunda guerras mundiales.— 2) Origen del fascismo.— 3) Triunfo del fascismo en Italia.— 4) El tratado de Letrán.— 5) Alemania después de Versalles.— 6) Adolfo Hitler.— 7) Hitler, canciller de Alemania.—

CAPITULO XV 227

1) Hitler, dictador totalitario de Alemania.— 2) Los comienzos del gobierno de los nazistas.— 3) Nuevos jefes del ejército alemán.— 4) Munich y la anexión de Checoeslovaquia.—

CAPITULO XVI 241

1) Stalin.— 2) Stalin llega al poder.— 3) La gran purga.— 4) La Liga de las Naciones.— 5) Caída de la monarquía en España.— 6) La segunda república española.—

CAPITULO XVII 255

1) y 2) La guerra civil en España.— 3) Inglaterra después de la guerra de 1914.— 4) Los problemas de Francia al terminar la guerra del año 14.— 5) El frente popular de Francia.— 6) Factores financieros.— 7) Factores de la política internacional.— 8) Factores militares.—

CAPITULO XVIII 273

1) Pío XI y su política.— 2) Polonia.— 3) Causas de la enemistad de Alemania hacia Polonia.— 4), 5) y 6) Pacto germano-soviético.—

CAPITULO XIX 285

1) Elección de Pío XI.— 2) y 3) Consideraciones sobre las causas de la segunda guerra mundial.— 4) Hitler decide atacar a Polonia.— 5) Final del volumen VI.—

TEOCRACIA CATOLICA

(Volumen VI)

por *Julio Tapia Cabezas*

se terminó de imprimir el día 11 de noviembre de 1964, en los talleres de la Editorial del Pacífico, S. A., Alonso Ovalle 766, Santiago de Chile.

que se destacan los aciertos de este Pontífice tanto en política internacional como en el campo de las cuestiones sociales, donde el espíritu clarovidente del Papa se exterioriza en forma plena y perenne a través de su admirable encíclica "Rerum Novarum".

Al tratarse de los gobiernos de los zares Alejandro III y Nicolás II, se analizan las causas de la guerra ruso-japonesa.

En forma detallada se estudian las situaciones que provocaron la Primera Guerra Mundial; después de una clara exposición de su desarrollo y una severa crítica del Tratado de Versalles, culmina el estudio de esta materia con un interesante análisis de la discutida personalidad del presidente Wilson.

Los pontificados de Pío X, Benedicto XV y Pío XI, así como la elección de Pío XII, son tratados de acuerdo con la norma del autor de analizar los hechos y las personalidades de sus protagonistas.

Se estudia la revolución rusa y sus consecuencias; y a continuación el fascismo y el nacismo, para explicar cómo se produjo la Segunda Guerra Mundial.

El Ingeniero y Profesor don Julio Tapia Cabezas mantiene en este nuevo paso de su vigoroso ensayo, la sencillez de su estilo, y continúa demostrando la amplitud de su criterio y la agudeza de su sentido crítico, que ya hemos tenido oportunidad de admirarle.

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
Alonso Ovalle 766
Santiago — Chile

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01122 1472